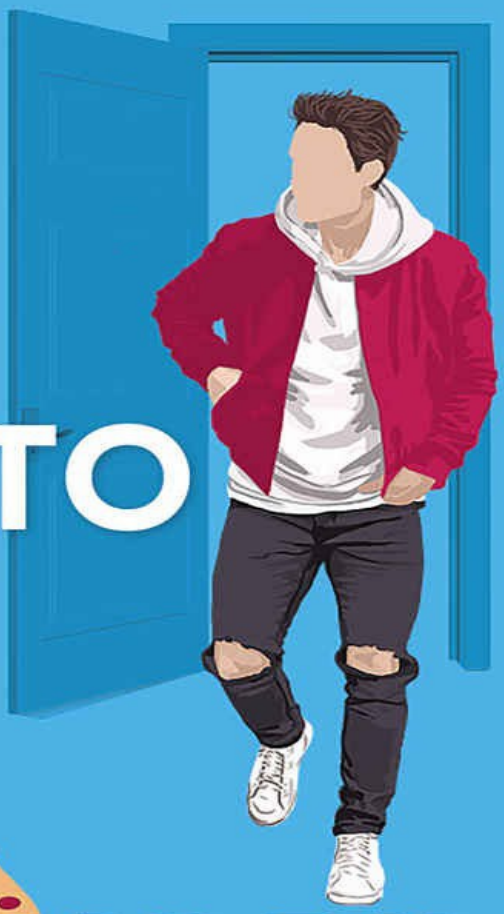




EXPERIMENTO DE Amor EN NUEVA YORK





ELENA ARMAS

AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

VeRa



UN PISO.
DOS DESCONOCIDOS.
Y UN EXPERIMENTO
QUE PODRÍA CAMBIARLO TODO.



Rosie está desesperada. Solo tiene ocho semanas para escribir una novela romántica en medio de un horrible bloqueo creativo. Y además se le ha caído el techo encima, literalmente. Por suerte, puede refugiarse en el piso de Lina mientras ella está de viaje. Lo que Rosie no sabe es que Lucas, el primo de su mejor amiga y a quien ha estado acechando por Instagram, también se quedará allí.

Lucas es un alma libre con abdominales de acero, sonrisa de ensueño, dotes de cocina y un par de secretos. Pero el plato fuerte es que le propone a Rosie un experimento que despertará mucho más que su inspiración.

«Elena Armas es la reina indiscutible
de las comedias románticas que hacen suspirar».
Ali Hazelwood, autora *best seller* de *La hipótesis del amor*

EUROPA
www.ensenopa.es

EXPERIMENTO DE Amor EN NUEVA YORK

ELENA ARMAS

Vé Ra



Para todos aquellos que esperáis el amor

sed pacientes

Al amor le va mucho el drama

está esperando para hacer una entrada triunfal





Para todos aquellos que esperáis el amor,
sed pacientes.
Al amor le va mucho el drama,
está esperando para hacer una entrada triunfal.




I ♥ NY
NYC

Capítulo 1
Rosie

ALGUIEN ESTABA INTENTANDO ENTRAR EN MI PISO.

Bueno, en teoría, no era mi piso, sino más bien donde me estaba quedando. Pero eso no cambiaba nada. Porque, si algo había aprendido después de vivir en un par de barrios neoyorquinos de dudosa reputación era que, si no llamaban a la puerta, les importaba un comino si les dabas permiso o no.

Prueba número uno: el traqueteo constante en la puerta principal que por suerte, estaba cerrada con llave.

El sonido cesó y solté todo el aire que estaba conteniendo.

Esperé, los ojos puestos en la cerradura.

A ver, quizá estaba siendo paranoica. Quizá era un vecino que se había equivocado de piso. O tal vez la persona al otro lado de la puerta estaba a punto de llamar y…

Un ruido, como si alguien acabara de placar la puerta, me asustó y me hizo retroceder de un salto.

Nop.

Ese ruido no era alguien llamando, y dudaba mucho que fuera un vecino.

Mi siguiente inhalación fue tan superficial que el oxígeno apenas llegó a su destino. Pero no podía echarles la culpa a mis pulmones. En realidad, después del día que había tenido, tampoco podía culpar a mi cerebro de no ser capaz de llevar a cabo una función tan básica como la respiración.

Solo habían pasado un par de horas desde que el piso en el que había vivido los últimos cinco años, tan acogedor y cuidado, me había caído encima. Literalmente. Y no estamos hablando de una grieta en el techo que suelta un poco de polvo.

Gran parte del techo se había desprendido. ¡Y había caído! Justo delante de mis ojos. De hecho, casi encima de mí. El agujero era tan

grande que le había visto las partes íntimas al señor Brown, el vecino de piso de arriba, que me contemplaba desde las alturas. En el proceso descubrí un detalle que podría haberme ahorrado hasta la muerte y ser completamente feliz: aquel hombre de mediana edad no llevaba nada debajo de la bata. Nada de nada.

Ese hallazgo fue igual de traumático que el trozo de cemento que casi me lapida de camino al sofá.

Y ahora esto. Alguien intentando entrar a la fuerza. Después de recomponerme lo suficiente como para recoger algunas cosas (bajo la atenta e inquisitiva mirada del señor Brown, y de sus partes íntimas, que colgaban con total… libertad) y huir al único sitio que se me había ocurrido, estaban intentando allanarme.

Se oyeron lo que parecían un par de improperios en una lengua extranjera mientras volvía el asalto a la cerradura.

Mierda.

En Nueva York había más de ocho millones de habitantes y tenía que tocarme a mí ser la víctima de un robo.

De puntillas, me di la vuelta y me alejé de la puerta del estudio al que había huido en busca de cobijo. Di un repaso rápido al espacio, aunque ya lo conocía, para analizar mis opciones.

Dada la distribución abierta del apartamento, no había ningún escondite decente. El baño era la única habitación con puerta, pero ni siquiera tenía cerradura. Tampoco había nada que pudiera usar como arma, aparte de un candelabro torcido de cerámica, resultado de un domingo en el que nos había dado por hacer manualidades, y la lámpara de pie de estilo bohemio, aunque parecía muy endeble. Escapar por la ventana no era una opción, porque me encontraba en un segundo real, que ni siquiera tenía escalera de incendios.

Las palabrotas se oían cada vez con mayor claridad. La voz era ronca y musical, pero esas palabras que no entendía se vieron interrumpidas por un bufido.

Se me aceleró el corazón y me llevé las manos a las sienes en un intento de contener un ataque de pánico.

l «Podría ser peor», me dije. «Sea quien sea, es obvio que lo de forzar
ocerraduras no se le da muy bien. Y no sabe que estoy dentro. Cree que e
rpiso está vacío. Eso me da…»

a Me sonó el móvil, un sonido alto y estridente que rompió el silencio.

Y delató mi presencia.

i Mierda.

Con una mueca, me lancé a por el teléfono que había dejado sobre la
eisla de la cocina. Solo me separaban un par de pasos. Pero mi cerebro, que
atodavía batallaba sobre cómo realizar funciones básicas, calculó mal la
edistancia y acabé estrellándome con un taburete.

a —No, no, no. —Las palabras se me escaparon en un gemido mientras
con una mano, intentaba coger el taburete. Sin éxito. Porque…

a Cayó estrepitosamente al suelo.

Cerré los ojos con fuerza. Como si mi cerebro estuviera protegiéndome
del lío que acababa de armar.

e Después de la Gran Explosión, el silencio llenó la habitación con lo
que solo podía ser una falsa sensación de calma.

e Abrí un ojo y eché un vistazo en dirección a la puerta.

a Quizá no había para tanto. Quizá lo había ahuyentado. O a ellos. Y ya
estaban…

a —¿Hola? —dijo una voz ronca desde el otro lado de la puerta—. ¿Hay
ialguien en casa?

o Mierda.

a Me enderecé y me di la vuelta muy despacio. Todavía tenía una
aoportunidad de…

a Por segunda vez, la melodía que había asignado a la aplicación
emotivacional que me había descargado ese mismo día resonó por todo el
apartamento.

, Dios. Alguien quería arruinarme el día. Llámalo karma, destino, diosa
aFortuna o cualquier otra entidad poderosa a la que era obvio que le había
tocado los cojones. Hasta podría ser Murphy y su estúpida ley.

a Cogí el móvil para silenciar la maldita aplicación.

Sin querer, me fijé en la supuesta frase motivacional que aparecía en la

rpantalla: SI LA OPORTUNIDAD NO LLAMA A TU PUERTA lCONSTRUYE UNA PUERTA.

—¿En serio? —susurré.

—Puedo oírte. Lo sabes ¿no? —comentó el intruso—. El móvil después el golpe, y otra vez el móvil. —Hizo una pausa y agregó— ¿Estás… bien? —Fruncí el ceño. Qué considerado para ser un posible aladrón—. Sé que hay alguien ahí dentro. Puedo escuchar tu respiración —einsistió. ¿Cómo se atrevía? Como si fuera una persona que respirara fuerte a—. Escucha, yo solo quería… —continuó con una risita. ¡Se estaba riendo de mí!

, —No, escúchame tú —solté al fin, con la voz rota—. Sea lo que sea que estés haciendo, me da igual. Voy a, voy a… —Me había quedado ah de pie sin hacer nada, como una tonta. Pero eso iba a cambiar—. Voy a ellamar a la policía.

—¿A la policía?

o —Exacto. —Desbloqueé el móvil con los dedos temblorosos. Ya había tenido suficiente de esta… esta… situación. No podían pasarme más cosas en un solo día—. Te doy un momento para que te vayas antes de que allleguen. Hay una comisaría a la vuelta de la esquina. —No había ninguna pero esperaba que él no lo supiera—. Si yo fuera tú, empezaría a correr. —yDi un paso mínimo en dirección a la puerta, luego me detuve para escuchar su reacción. Con suerte, sería el sonido de su huida. Pero no oí nada—. ¿Me has oído? —le grité. Endurecí la voz antes de volver a hablar a—: Tengo amigos en el departamento de policía. —No los tenía. Aunque mi tío Al era guardia de seguridad de una empresa situada en la Quinta nAvenida. El intruso no parecía impresionado, porque no dijo ni mu—. De lacuerdo, te he avisado. Estoy marcando el número, así que depende de ti… jodido… allana-moradas de turno.

a —¿Qué?

a Puse el altavoz, ignorando mis palabras tan poco afortunadas y para nada amenazantes. Segundos después, la voz del operador sonó por todo el piso:

a —Nueve, uno, uno. ¿Qué emergencia tiene?

—Hola —dije, y me aclaré la garganta—. Hola. Hay… Alguien está intentando entrar por la fuerza al piso en el que me estoy quedando.

—Un momento, ¿en serio estás llamando? —El intruso resopló y enseguida, agregó—: Ah, bueno, ya veo. —A continuación, soltó otra risita. ¡Otra risita! ¿Le parecía graciosa la situación?—. Es una broma.

Me indigné.

—¿Una broma?

—¿Hola? —La voz venía del altavoz—. ¿Señorita? Si no es una emergencia…

—Pero sí que lo es —respondí de inmediato—. Como le estaba diciendo, llamo para denunciar que me han forzado la puerta.

El intruso habló antes de que pudiera hacerlo el operador:

—Estoy fuera del piso, en el pasillo. ¿Cómo que he forzado la puerta? Ni siquiera he conseguido entrar.

Ahora que lo escuchaba hablar, podía distinguir su acento con más nitidez. La forma en que pronunciaba ciertas palabras me era familiar y me activó una alarma. Pero no tenía ni ganas ni energía para perder el tiempo con esa alarma.

—Quiero denunciar un intento de robo —corregí.

—Bien, señorita —respondió el operador—. Voy a necesitar que me dé su nombre y la dirección exacta.

—¡Ahora caigo! —exclamó el intruso con tanta intensidad que retrocedí un paso—. Es una de esas bromas pesadas. Lo he visto por la tele. ¿Cómo se llamaba el presentador? El que tiene un *pelazo* increíble —Hizo una pausa—. Da igual. —Hizo otra pausa—. ¡Me has pillado! Ha sido genial. Mira cómo me río —agregó antes de soltar una carcajada estridente con la que casi tiro el móvil de la sorpresa—. Ahora, ¿podrías por favor, abrirme la puerta? Es más de medianoche y estoy destrozado —Ya se le había ido el buen humor de la voz—. Dile que es graciosísima Lo recordaremos como una de las mejores bromas de la historia.

¿«Dile que es graciosísima»? ¿A quién se refería?

Fruncí el ceño. Bajé la voz y le hablé al operador:

—¿Lo ha escuchado? Creo que es un perturbado.

—¿Perturbado? —se burló el intruso—. No estoy loco, solo… cansado.

Al otro lado de la puerta, algo cayó al suelo con un golpe seco. Rece porque no fuera él. No estaba de humor como para, encima, tener que lidiar con un hombre inconsciente.

—Lo he escuchado —dijo el operador—. Y señorita, yo…

—¿Me he equivocado de puerta o algo? —interrumpió el intruso.

¿Equivocarse de… puerta?

Eso me llamó la atención.

—Señorita —masculló el operador—, su nombre y la dirección de su casa, por favor.

—Rosie —respondí—, me llamo Rosalyn Graham y… Bueno ¿técnicamente esta no es mi casa. Me estoy quedando en casa de mi mejor amiga. Ella está de viaje y yo… necesitaba un sitio donde quedarme. Que quede claro que no me he colado. Tengo una llave.

—Yo también tengo una llave —ofreció el intruso.

La situación se estaba convirtiendo en un disco rayado.

—Imposible. —Enfadada, me giré hacia la puerta—. Tengo la única llave de repuesto que existe.

—Señorita Graham —el operador tenía la voz distorsionada a causa del fastidio—, quiero que pare de interactuar con el individuo y nos reindique su dirección. Le enviaremos una patrulla para que verifique que todo está en orden.

Abrí la boca, pero, antes de que me salieran las palabras, el intruso volvió a hablar:

—De verdad que se ha superado.

Otra vez hablando en tercera persona.

Estuvimos unos segundos en silencio. Un golpe rompió el silencio. Parecía que se hubiera desplomado contra su lado de la puerta.

—¿Quién? —pregunté, por fin, mientras ignoraba el «¿señorita Graham?» del operador.

—Mi prima pequeña, se cree muy creativa y graciosa —dijo sin rodeos.

. Contuve la respiración en algún punto entre el tórax y la boca.

Prima pequeña.

é Ella.

e El acento familiar del intruso.

La única explicación posible se formó en mi cabeza.

¿Me había…?

No, no podía ser tan idiota.

—¿Señorita Graham? —Volvió a sonar por la línea—. Si no se trata de una emergencia…

ı —Lo siento… —Cerré los ojos—. Volveré a llamar si es necesario Gracias.

, Prima pequeña.

r Ay, Dios mío. Ay, no. Si se trataba de un primo de Lina, había metido la pata hasta el fondo.

Colgué y me guardé el móvil en el bolsillo trasero mientras me obligaba a respirar con la esperanza de que se me oxigenara el cerebro, ya que, claramente, no estaba funcionando.

ı —¿De qué prima estamos hablando? —pregunté, aunque estaba bastante segura de la respuesta.

ı —Catalina.

s Era oficial. La había cagado. Y, sin embargo, porque estábamos en eNueva York y tenía un largo historial a la hora de lidiar con gente y situaciones extrañas, añadí:

ɔ —Voy a necesitar más información. Podrías haber mirado el nombre en el buzón. —Un suspiro largo y profundo me llegó del otro lado de la madera que nos separaba, lo que me revolvió el estómago—. Lo siento —solté, incapaz de impedir que se me escaparan esas dos palabras, porque lo .sentía de verdad—, solo quiero asegurarme de que…

—No sea un perturbado —respondió el intruso antes de que yo pudiera ıacabar la frase—. Catalina Martín, nacida el veintidós de noviembre. Pelo y ojos marrones, risa estridente. —Cerré los ojos, las arcadas subiéndome ıpor la garganta—. Es bajita, pero, si te da una patada en los huevos, te va a dejar sin aire; lo digo por experiencia. —Hizo una pausa corta—. ¿Qué

más? A ver… Ah, odia las serpientes y todo lo que se le parezca, aunque sean unas medias cosidas unas con otras y rellenas de papel higiénico. Ingenioso, ¿no? Bueno, eso fue lo que nos llevó a la patada en los huevos. Así que, en realidad, el perjudicado fui yo.

Efectivamente.

Había metido la pata.

¡Hasta el fondo!

Y me sentía fatal.

Tanto que ni siquiera me atreví a interrumpirlo cuando siguió hablando:

—Se ha ido de viaje un par de semanas. De luna de miel a… Perú ¿verdad? —Esperó a que yo se lo confirmara, pero no obtuvo respuesta. Me había quedado sin palabras. Me moría de vergüenza—. El afortunado se llama Aaron. Es alto e intimida un poco, por lo que he visto en fotos. —Espera. ¿Qué quería decir eso?—. Aún no he tenido el placer de conocerlo en persona. —¿Aún no había conocido a Aaron? Yo… No. No, no, no. No me podía estar pasando esto. Pero entonces añadió—: No pude ir a la boda.

Y confirmé que, en efecto, eso me podía estar pasando. Ninguna de mis anteriores conmociones o bochornos se comparaban con lo que estaba empezando a sentir en aquel preciso instante.

Porque no se trataba de un intruso cualquiera o un perturbado que intentaba allanar el piso de mi mejor amiga.

Este hombre, por el que yo había llamado a la policía, era un familiar de Lina.

Y ahí no acababa la cosa. No. Tenía que ser el único primo que todavía no había conocido a Aaron.

La única persona de toda esa larga lista de familiares españoles de Lina que se había perdido la boda.

Tenía que ser él.

—Me han dicho que fue una fiesta de primera —dijo, y fue como si me hubieran dado un golpe en el pecho—. Lástima que me la perdí.

Sin saber cómo, me di cuenta de que estaba apretando el picaporte de

ela puerta. Como si, de algún modo, sus palabras y el darme cuenta de que .era él me hubieran llevado hasta la entrada y me hubieran obligado a coger .el pomo.

«No puede ser él», me gritaba una voz. «No puedo tener tanta mala suerte».

Pero la tenía. Lo sabía de sobras. Y el azar, el destino, la estrella o fuera cual fuera la fuerza a cargo de decidir mi suerte había hecho las maletas y me había abandonado para que me apañara sola.

ó Porque este hombre era el único primo al que, en secreto, había querido encontrarme en la boda. El único por el que se me había acelerado ,el corazón ante la mera idea de conocerlo. De que me diera esos dos besos .obligatorios en las mejillas. De intercambiar cumplidos. De, con suerte ›bailar juntos. De que me viera como la dama de honor de la novia. De -tenerlo delante, por fin.

› De las posibilidades.

› Moví los dedos y la puerta se abrió con un clic.

a Se me aceleró el corazón con la acción, ante la certeza de que era él. La ansiedad, la impaciencia y la esperanza me formaron un nudo en la egarganta. Todas las estupideces con las que había fantaseado los meses aprevios a la boda se mezclaron con las nuevas emociones que provocaba el caos que había desatado. Expectación mezclada con culpa. La vergüenza edando vueltas en espiral con la expectación.

Con el pecho oprimido, abrí la puerta y…

r Algo me cayó a los pies.

Miré hacia abajo y me encontré con el origen del golpe.

a Estaba tirado en el suelo, boca arriba. Como si hubiera apoyado todo el peso contra la puerta y se hubiera caído hacia atrás al abrirla.

a Mientras parecía que el aire apenas me entraba a los pulmones, me topé con una cabeza llena de rizos castaños. No coincidía con la imagen que guardaba, nítida, en mi memoria. O con la captura de pantalla que, de eextranjis, tenía guardada en el móvil. Solo lo había visto con el pelo rapado.

e —Sí que eres tú —dije en un murmullo mientras lo observaba—. Estás

eaquí. Tienes el pelo diferente, más largo y…

r Me mordí la lengua al notar que me ruborizaba.

Puso cara de desconcierto, pero seguía siendo muy guapo. Había observado esa cara más veces de lo que estaba dispuesta a admitir. A segundo, se le iluminaron los ojos mientras dibujaba una sonrisa.

o —¿Nos… conocemos?

s —No —respondí enseguida—. Por supuesto que no. Me refiero a que eres diferente a cómo pensaba que serías. Ya sabes, por tu voz. Nada más a—Negué con la cabeza—. Y lo… Ay, Dios. Perdón. Por todo esto. Yo osolo…

s «¿Solo qué, Rosie?»

, El calor me subió hasta las orejas. En ese momento pensé que, si el esuelo se abría (cosa que me parecía bastante probable) y me tragaba, ni siquiera opondría resistencia.

—¡Lo siento mucho! ¡Perdón! —Exhalé—. ¿Puedo ayudar a levantarte? Por favor.

a Pero él (este hombre que ni siquiera sabía de mi existencia, pero de aque yo podía recitar todos los rasgos de memoria y con los ojos cerrados) sno me dio ningún indicio de que tuviera prisa por levantarse. En cambio lse tomó su tiempo para examinarme, como si fuera yo la que, de la nada ahubiera pasado por allí y le hubiera caído a los pies.

Y, justo cuando pensé que me había recompuesto lo suficiente como para decir algo (con suerte, más o menos inteligente), se le ensanchó la sonrisa. Su mirada de desconcierto se disolvió por completo y, lo que fuera que yo estaba a punto de decir, se desintegró.

l Porque me estaba sonriendo. Y era una sonrisa de oreja a oreja tan franca y descarada que no sabía qué hacer.

e Ni punto de comparación con la sonrisa de aquella única captura de ıpantalla que me había permitido guardar y que, de vez en cuando, miraba.

e —Entonces —dijo, con la sonrisa luminosa y del revés—, si no nos oconocemos: Hola. Soy Lucas Martín. El primo de Lina.

Sí.

s Lo sabía. Sabía perfectamente quién era. No se podía ni llegar a

imaginar hasta qué punto.

imaginar hasta qué punto.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 2
Rosie

Lucas me miraba desde el suelo, era muy probable que se preguntara qué diablos me pasaba.

—Yo… —Uf, esta no era la manera en que me había imaginado que conocería a Lucas. Ni siquiera estaba en la misma galaxia en la que había construido el momento en mi cabeza. Y había tenido tiempo, más de un año, para imaginarme decenas y decenas de escenas diferentes. —Hola Lucas —saludé—. Es… Es un placer conocerte por fin.

«¿Por fin?»

Sí. Había dicho «por fin».

Lucas arqueó las cejas y noté como las orejas se me ponían todavía más rojas, el calor subiendo hasta las puntas.

—¡Queda claro que no eres un ladrón! —solté, en un impulso, para cambiar de tema y olvidar aquel estúpido «por fin»—. Y lo siento mucho por pensar que lo eras. Estoy segura de que no te esperabas esto al llegar a Nueva York. O al piso de Lina... En fin, ¿te ayudo a levantarte?

Pero Lucas se quedó tumbado boca arriba, con la misma sonrisa de antes. Como si todo fuera perfecto. Como si fuera normal. Pero no lo era. En serio, no lo era. Porque Lucas Martín estaba aquí, en el umbral de mi puerta, mejor dicho, en la puerta de Lina. Y yo no podría haber causado peor primera impresión.

—Sí, exacto, no era lo que esperaba —afirmó mientras estiraba una mano y la mantenía suspendida a la altura de mi estómago—. Pero, de todas formas, encantadísimo de conocerte, Rosalyn Graham.

Observé esa mano, absorta en aquellos dedos largos. Mi mirada saltó a la piel bronceada de su muñeca, donde llevaba una pulsera de cuero gastado.

Una pequeña parte de mí se preguntó qué se sentiría al tocarla, pero mantuve los brazos pegados al cuerpo.

—¿Cómo… sabes mi nombre? —pregunté.

Lucas había dicho mi nombre completo.

La mano permaneció suspendida en el aire, esperando. Igual que su sonrisa.

—Lo he oído antes —respondió, distraído—. Cuando hablabas por teléfono, ¿recuerdas? Justo después de que me llamaras «perturbado».

—Ay, Dios, eso he dicho, ¿verdad? —me lamenté y resoplé—. Perdón por decir eso. —Parpadeé. La manga de la sudadera se había deslizado un poco hacia abajo. Me fijé en la piel del antebrazo que quedó al descubierto. Y, como seguía sin cogerle la mano, la dejó caer—. Te juro que no tenía ni idea de que llegabas esta noche. Lina no me ha contado nada. Si no, nunca hubiera llamado a la poli. Joder, ni siquiera hubiera estado aquí. —Lucas ladeó la cabeza con aparente curiosidad. Podía leerle la pregunta en la cara: «¿por qué estás aquí?»—. Pero puedes llamarme Rosie —añadí—. Todo el mundo me llama así. Tú también puedes. Si quieres, claro. Rosalyn también está bien…

Soltó una risita, seguida de un simple «Rosie».

Como si estuviera probando qué sentía al decir mi nombre.

Dios mío, la forma en que lo pronunció, con aquel acento español marcado, haciendo resonar la erre como si estuviera usando todo el cuerpo para pronunciarlo y no solo la lengua y las cuerdas vocales. Era tan… diferente de las otras veces que alguien había pronunciado mi nombre. Interesante. Seductora.

—Rosie —repitió unos segundos después, y agregó algo en su idioma materno, el español, aunque no sabía qué significaba—: *Qué dulce*. Me encanta. Te pega.

—Gracias —balbuceé. Cada vez tenía más calor. Moví los pies—. Tu nombre también es bonito, Lucas. Es muy… chachi.

«Chachi».

Ay, Dios mío.

¿Le acababa de decir que su nombre me parecía chachi? ¿Qué era esto? ¿Una fiesta con temática de los años setenta?

—Gracias, creo. —Soltó una risita—. Y aunque este suelo es bastante

cómodo, me he cansado de mirarte del revés, Rosie.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, se levantó con una rápida maniobra que me pilló por sorpresa. Distraída por el movimiento, su tamaño, la seductora erre que todavía resonaba en mi cabeza y, en última instancia, el efecto de tener delante a Lucas Martín, en carne y hueso, casi se me pasa por alto que se había estremecido de dolor.

—¡Cuidado! —le advertí, abalanzándome hacia delante para sujetarlo por el antebrazo. Pero lo hice un par de segundos demasiado tarde. Tenía la cabeza inclinada hacia abajo y no podía verle la cara—. ¿Estás bien?

—*Estoy bien*. —Exhaló, como si se le hubiera escapado sin querer. Negó con la cabeza—. Estoy bien, todo bajo control.

Con cautela, y bajo esas pestañas densas, me lanzó una mirada que hizo que toda la sangre me subiera a la cara. Pero enseguida bajó la vista como si algo le hubiera llamado la atención.

Hice lo mismo.

Mis manos. Le estaba rodeando los bíceps en un agarre mortal. Bíceps que, ahora que me daba cuenta, estaban muy definidos. Musculosos. Duros. Sólidos.

Nuestras miradas se volvieron a encontrar. Mis ojos, abiertos de par en par, se toparon con los suyos, de color café.

Su expresión se volvió risueña.

—Buenos reflejos, Rosie.

Lo solté al segundo, como si con aquellas tres palabras me hubiera hecho saltar hacia atrás.

—Por supuesto. —Me aparté y junté las manos. Desvié la mirada hasta un punto fijo en su barbilla—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí, nada de qué preocuparse. —Sacudió una mano—. Debería haber estirado las piernas un par de veces durante el vuelo en vez de dormir todo el viaje.

—Claro. —Asentí con la cabeza—. Has cogido un vuelo transatlántico?—Porque era Lucas Martín y acababa de cruzar medio mundo para llegar hasta aquí. Venía de España, donde había nacido. ¿Y qué había hecho yo? Impedirle la entrada, llamar a la policía y, después, dejarlo tirado en el

pasillo una cantidad de tiempo ridículamente larga.

—Ah, no —aclaró—. Vengo de Phoenix.

Ah.

¿Eh?

—¿Has hecho escala o ya estabas en…? —Me callé porque me d cuenta de que no era asunto mío—. Da igual. Voy a parar de retenerte en la puerta. Por favor, pasa. —Me aparté para dejarlo entrar al piso de su prima y, en el proceso, sentí toda clase de cosas que… no vienen al caso.

Lucas cogió su equipaje, que parecía pesar un montón, y entró, lo que me regaló una vista de su espalda. Ahora que no podía verme, por fin me permití examinarlo. Examinarlo de verdad, recorriéndole el cuerpo de arriba abajo con la mirada, varias veces.

¡Dios mío, qué chico! Sus piernas eran largas y esbeltas. Era mucho más alto de lo que había imaginado, dado lo que había visto mientras lo *stalkeaba*. Hasta tenía la espalda más ancha. Y la sudadera gris y arrugada que llevaba no lograba disimularlo (ni los músculos que había tocado unos minutos atrás, cuando lo agarré). Solo hacía falta un vistazo para afirmar que era un atleta profesional. Que hacía surf y competía. Y estábamos hablando de campeonatos y torneos, y de las olas preciosas pero terroríficas que alcanzaban alturas increíbles. Estaba segura de que Lucas se había pasado más de media vida en el agua y su cuerpo podría aguantar…

El sonido de su equipaje captó mi atención. Se había detenido junto a la isla que separaba la cocina del salón.

—Así que, Rosie —dijo mientras se inclinaba para enderezar el taburete que se me había caído al suelo—, si no sabías que iba a venir… —Se dio la vuelta y me dedicó una cálida sonrisa—, y tampoco hubieses estado aquí de haberlo sabido, supongo que no eres mi comité de bienvenida, ¿no? —Tenía la voz ronca; y su tono era amable pero divertido. Algo me invadió el estómago, algo que ignoré al instante— Qué pena. En serio. Yo que ya estaba pensando en darle las gracias a mi prima. —Lo que fuera que tuviera en el estómago se removió, haciéndome tropezar en busca de una respuesta, y nos sumergimos en un silencio

extraño. La sonrisa de Lucas desapareció—. Era una broma. Un chiste muy malo, por lo que parece. Lo siento, suelo ser más amable.

Parpadeé.

«Piensa, piensa, Rosie. Di algo. Cualquier cosa».

—Ashton Kutcher. —Mi cerebro decidió seguir por este camino Lucas frunció el ceño—. El presentador de *Punk'd*, el programa de bromas pesadas. Has dicho que no recordabas su nombre. —Moví las manos y lo imité—: ¡Has picado!

Ladeó la cabeza. Ojalá poder rebobinar los últimos diez segundos y decir otra cosa. Algo inteligente. Seductor. ¿Era mucho pedir? No pedía retroceder los últimos diez minutos ni las últimas diez horas.

Pero, entonces, soltó una carcajada. Sonaba jovial y estridente. Y, por alguna razón desconocida, supe que era genuina y no a mi costa.

—¡Exacto! —respondió, muerto de risa—. Es el programa al que me refería. Y él, el chico con el *pelazo*.

Lo miré con detenimiento: la cara, la sonrisa, los ojos y el cabello, que rera, de lejos, mejor del que Ashton Kutcher podría tener jamás, y se me escapó una sonrisa. No lo pude evitar.

Pero Lucas bajó la mirada hacia mi boca y me borró la sonrisa.

—Vale —repuse mientras me incorporaba y evitaba su mirada—, ha sido divertido. —Aunque no lo había sido—. Creo que ha llegado la hora de que me vaya y te deje para… eso.

Sin perder tiempo ni considerar el hematoma que se le había formado en la frente, me dirigí hacia donde estaban mis cosas, me arrodillé delante de mis dos maletas (una de las cuales estaba abierta y a medio deshacer) una bolsa azul de Ikea llena hasta los topes y la caja en la que había metido toda la comida que tenía en la nevera.

Escuché unos pasos a mi derecha. Luego, un par de zapatillas blancas aparecieron en mi campo de visión.

—Te vas —dijo Lucas justo en el momento en que yo cogía un zapato suelto que no sabía de dónde había salido—, con todo… esto.

No era una pregunta. Lo sabía. Pero respondí de todos modos:

—Por supuesto. —Conseguí meter una pila de jerséis que

eaparentemente, había sacado—. He pasado por aquí para… para… —Para instalarme en este apartamento, que saltaba a la vista que no estaba vacío mientras ella disfrutaba de su luna de miel, porque el mío era inhabitable —. Para regarle las plantas. Vaciarle el buzón. Ya sabes, ese tipo de cosas.

. Un segundo de silencio.

s —No parece que estés de paso, Rosie.

o —Ah. —Hice un gesto con una mano y, con la otra, puse los jerséis en la maleta abierta. Dios mío, ¿por qué había sacado tantas cosas?—. ¿Te /refieres a esto? No es nada.

a Solo yo, intentando no incomodar al chico con el que hace meses que tengo un *crush* por culpa de las redes sociales.

r Lucas sentó en el suelo, frente a mí, como si hubiéramos quedado para pasar el rato.

e Abrí y cerré la boca un par de veces en busca de algo para decir.

—¿Qué haces aquí?

e «Qué lista, Rosie».

e Lucas soltó una risita, un sonido ligero y despreocupado, todo lo contrario a cómo me sentía.

—Justo te iba a preguntar qué haces realmente en el piso de mi prima aTendría que habértelo preguntado antes, pero estábamos… ocupados. — aSe encogió de hombros—. No creo que me debas una explicación. Está claro que todo esto —movió un dedo en el aire—, es culpa de Lina. Tú no otenías ni idea de que yo iba a venir.

e —La verdad es que no.

, —¿Sabe que estás aquí?

a Dejé escapar un suspiro.

—No… —Me detuve. Sí que le debía una explicación—. Pero no sporque no lo haya intentado. Los he llamado, tanto a Lina como a Aaron para asegurarme de que podía usar la llave de repuesto y pasar la noche oaquí. —O unas noches, en plural—. Pero no me han contestado, supongo que no tienen cobertura.

Lucas me escudriñaba con la mirada, como si tratara de encajar las ,piezas de un puzle. Luego, con un simple movimiento, se sacó un objeto

apequeño del bolsillo.

—Hablando de llaves —dijo, sosteniéndolas entre los dedos—, no mentía. Tengo un juego. —Separé los labios para soltar otra disculpa, pero Lucas me detuvo, negando con la cabeza—. Lina me lo dejó en la pizzería de Alessandro, calle abajo. Me dijo que fuera allí a buscarlo. —Eso tenía… sentido. Aunque no cambiaba el hecho de que, en ningún momento, me hubiera mencionado que Lucas venía de visita—. Muy amable, ese Sandro. —Asintió con la cabeza—. Me ha visto tan reventado que hasta me ha ofrecido comida. —La cara se le iluminó de una forma increíble, y me acordé de una fotografía de Instagram en la que miraba un filete como si le hubiesen bajado la luna y las estrellas—. Creo que es la mejor pizza que he comido en mucho tiempo.

—Típico de Sandro —le respondí, pensando en el pizzero moreno de mediana edad—. No me sorprende. Llevamos pidiendo pizza una vez a la semana desde que Lina se mudó aquí, y ya hace años de eso.

Por eso mi mejor amiga le había confiado a Sandro un juego de llaves de repuesto.

—Algo me comentó —observó Lucas, guiñando un ojo, lo que me hizo preguntar qué le habría contado Sandro sobre nosotras. En el mejor de los casos, no le habría comentado que siempre pedíamos comida como para alimentar a un regimiento.

Nos miramos un buen rato. Y aunque no era tan raro como el de hacía unos minutos, sin duda era un silencio incómodo. Lo era porque mi pasión secreta por el hombre que tenía sentado delante parecía inflarse como un globo y llenar todo el espacio. Y porque todos los detalles que había recopilado durante más de un año y escondido en un cajón sellado de mi mente empezaban a desbordarse.

Como que sabía que Lucas adoraba la pizza con piña por el mero hecho de ser comida, algo que yo no podía entender. O que se había hecho una pequeñísima cicatriz en la barbilla al tropezarse con la correa de Taco su pastor belga. O que prefería los amaneceres antes que los atardeceres.

Dios mío. Era aterradora la cantidad de información sobre una persona que se podía encontrar en las redes sociales con tiempo y ganas.

—Rosie —dijo con tanta dulzura que sentí como una bola de culpa me subía por la garganta.

¿En qué había estado pensando al acechar a alguien de esa forma?

—¿Sí? —chillé.

—¿Qué estás haciendo aquí, en realidad?

Dudé en decirle la verdad o no, porque quería que lo supiera, pero este encuentro ya había sido lo suficientemente dramático como para sumarle el día que había tenido. Sería demasiado.

—Ha habido un problemilla en mi edificio. —Tragué saliva y opté por darle una media verdad—. Algo sin importancia, pero pensé que sería mejor pasar la noche fuera.

Arqueó las cejas.

—¿Qué problemilla?

—Las cañerías. —Me escogí de hombros—. Nada que no se pueda arreglar. Podré volver enseguida.

Dejó escapar un murmuro que indicaba que no me creía.

—¿Por eso has traído todas tus cosas? —Con un movimiento descendente de cabeza, señaló mis maletas y todo lo que había tirado por el suelo—. ¿Y toda tu… comida? ¿Solo por una noche?

—Es un picoteo. —Miré para otro lado—. Siempre estoy picando podría comerme todo esto en una sola una noche.

—Vale… —respondió, pero sabía que no se lo había tragado.

Normal, porque estaba mintiendo.

Le eché un vistazo y no pude descifrar su expresión, pero me escuche decir:

—Vale. No es un problemilla. Tengo un agujero en el techo. Lo suficientemente grande para cogerlo todo, pedir un taxi y venir a pasar la noche aquí. —Porque mi padre se había mudado a Filadelfia y mi hermano Olly no me respondía las llamadas. Sin tener en cuenta que, para colmo, llevaba meses mintiéndoles, seis para ser exactos, y pasar la noche con ellos sería exponer la verdad y revelar mis engaños—. Pero no te apreocupes. Todo está bien, en serio. —Miré a mi alrededor, sopesando el pequeño apartamento de mi mejor amiga—. Sé que esto es un estudio y

eque solo hay una cama, así que creo… No, perdón, sé que no podemos quedarnos los dos. —Sinceramente, podría dormir en el sofá, pero no quería hacerle eso a Lucas. Y ya había pasado suficiente vergüenza— Pasaré la noche en un hotel.

Lo miré justo a tiempo para ver como contraía la boca. No era una esonrisa, sino más bien un mohín.

e —Pero ¿estás bien? —preguntó.

Fruncí el ceño porque la pregunta me pilló por sorpresa.

r —¿Qué?

a —El agujero del techo —repitió—. Parece grave. ¿Estás bien?

—Ah. —Tragué saliva—. Sí, estoy… bien, sí.

Pero parecía que seguía sin creerme. Otra vez.

—En serio. Soy neoyorquina, más dura que una piedra. —Se me aescapó una risa. Esperaba que hubiese sonado natural y revolví algunas cosas más de aquel desastre que tenía enfrente—. Déjame recoger esto y llamaré a un Uber.

o Inspeccioné ese caos desorganizado. Después, empecé a meterlo todo rdentro de las bolsas lo más rápido que pude.

Por eso no me di cuenta de que Lucas se movía hasta que se puso de ,pie y se alejó dando grandes zancadas. Se detuvo para coger su mochila que se colgó del hombro.

—Pero ¿qué...? —Me empecé a levantar—. ¿A dónde vas?

Lucas se repartió el peso. Volvía a sonreír. Esa sonrisa de lado que… éSí, me distraía.

—A otro sitio. No me quedaré aquí.

o —¿Qué? —Lo miré, boquiabierta—. ¿Por qué?

a Dio un paso en dirección a la puerta.

i —Porque son más de las doce y parece que estés a punto de morirte.

a Pestañeé. Luego me pasé la mano por el pelo. ¿Tal mala pinta…?

e Dejé caer la mano. Eso daba igual. Uno, porque no podía remediarlo een ese momento; y dos, porque… no podía remediarlo en ese momento.

l —¿Tienes dónde quedarte? —le pregunté—. Además del piso de Lina.

/ —Por supuesto. —Se escogió de hombros, los labios relajados—. Esto

ses Nueva York, las opciones son infinitas.

o —No. —Negué con la cabeza y di un paso para bloquearle la puerta—. No voy a dejar que lo hagas. Yo soy la que se va. Este es el piso de tu prima. Hasta tienes llave. No… puedes pasar la noche en un hotel.

a Su sonrisa se llenó de afecto.

—Eso es muy dulce, Rosie, pero no es necesario. —Me pasó por al lado y me hizo darme la vuelta para seguirle el paso—. De hecho, es más fácil porque yo solo tengo una mochila y tú, en cambio, tienes… —Miró la pila, enorme y desordenada—. Tú tienes un montón de cosas.

—Pero…

Buscó mi mirada y la forma en la que sus cejas se juntaron en una especie de ceño fruncido, que no concordaba con su sonrisa espontánea me hizo perder el hilo de mis pensamientos.

s —Escucha —dijo con calma—, me considero una persona directa, así que te lo diré son rodeos. ¿Vale? —Tragué saliva—. Tengo la impresión de que mi presencia te hace sentir incómoda. —Hizo una pausa—. Es más, estoy seguro que te hago sentir incómoda. Pero no pasa nada, acabamos de conocernos.

e ¿Qué? Ay, Dios mío, ¿por eso se iba? Él…

, —No estoy incómoda —objeté con total incomodidad—. No es por lo que piensas. —Ladeó la cabeza y abrí la boca para decir algo más, cualquier cosa, pero no salió nada. Solo tartamudeé—: No es… No es…

. —Te propongo un trato —me interrumpió, y, por alguna razón, tuve la idea de que lo había hecho para salvarme de mí misma—, quédate aquí esta noche, descansa un poco y mañana vuelvo. Empezaremos otra vez. Olvida todo lo que acaba de pasar. Después ya veremos como arreglamos el tema del alojamiento. —Hizo una pausa prudente—. ¿Qué te parece?

«Empezaremos otra vez. Olvida todo lo que acaba de pasar».

Daría cualquier cosa para que se hiciera realidad.

o —No hay nada que arreglar, Lucas. Lina te dijo que te podías quedar así que deberías hacerlo.

—Bien —respondió a secas—, pero no esta noche. —De bien nada. En absoluto. Todo había salido mal y yo… solo sabía que respiraba porque

sentía que liberaba el aire por la boca. La risita de Lucas fue profunda .masculina—. Mañana vuelvo, te lo prometo. —Abrí la boca, lista para ıprotestar un poco más, tirarlo al suelo y obligarlo a quedarse si era necesario. Pero agregó, más serio—: No me pasará nada, Rosie. Todo va a salir bien.

l Y mi determinación por evitar que se fuera desapareció y dio paso a sagotamiento. Lo que llevaba años intentando que estuviera bien, bajo ɔcontrol, volvía y me inundaba. De pies a cabeza, en una oleada. Y esta vez, solo esta vez, alguien me había dicho aquellas cinco palabras: «Todo va a salir bien». Por primera vez, no era yo quien se las decía a los demás ıasí que sentía la necesidad de soltar:

, —De acuerdo. Gracias por hacer esto —murmuré. Y eso significaba más de lo que Lucas podía llegar a imaginarse.

í Asintió con la cabeza y dio otro paso hacia fuera.

ı —Te veo mañana. Prometo llamar a la puerta.

, Traté de pensar en algo inteligente y divertido que decir, pero, de todos ɐmodos, ¿qué sentido tenía? Ya había metido la pata. Las primeras impresiones eran como las palabras escritas con pluma y tinta permanente una vez grabadas en el papel, poco se podía hacer para cambiarlas. Así ɔque me quedé mirándolo mientras giraba el pomo de la puerta y tiraba de ,él para abrirla.

—¡Rosie! —me llamó antes de cruzar el umbral—, me alegro de haber ıconocido a la mejor amiga de Lina. Por fin.

í «Por fin». Había dicho «por fin».

. Lo mismo que había dicho yo hacía un rato. Pero seguro que lo había shecho por una razón completamente distinta.

—Lo mismo digo, Lucas. Ha sido… increíble. —Un desastre increíble.

Una pequeña sonrisa se asomó entre sus labios.

—¿Me harías el favor de cerrar con llave cuando me haya ido? —Se ,dio la vuelta, dándome la espalda para alejarse—. Nunca se sabe quién tratará de forzar la puerta.

ı Y así fue como vi desaparecer a Lucas Martín mientras bajaba la ɐescalera en un abrir y cerrar de ojos, justo como había aparecido en el

,umbral de mi puerta… o en el de Lina.

a Como si solo hubiese sido un sueño, un producto de mi imaginación.

a Un sueño tonto y raro sobre un hombre al que había espiado, durante ameses, a través de las redes.

Un hombre del que me había enamorado de forma estúpida, sin tan lsiquiera conocerlo en persona y teniendo la firmeza de que nunca lo haría.

o

a

o

,

a

s

s

:

í

e

r

a

.

e

a

a

l

umbral de mi puerta… o en el de Lina.

Como si solo hubiese sido un sueño, un producto de mi imaginación.

Un sueño tonto y raro sobre un hombre al que había espiado, durante meses, a través de las redes.

Un hombre del que me había enamorado de forma estúpida, sin tan siquiera conocerlo en persona y teniendo la firmeza de que nunca lo haría.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 3
Rosie

Cuando me desperté al día siguiente, a las seis en punto, como llevaba haciendo cada día de los últimos cinco años, aunque ya no tenía por qué cierto hombre sonriente y de ojos marrones me vino a la cabeza.

Y, por un instante, estuve segura de que todo había sido un sueño.

Lucas Martín en la puerta. El desastre que lo siguió.

Pero, mientras los segundos pasaban y la conciencia volvía, me d cuenta de que no había sido producto de mi subconsciente. Había pasad de verdad. Lucas había estado aquí. Y yo lo había confundido con u ladrón. Y me las había arreglado para causar la peor primera impresión d la historia.

«Empezaremos otra vez. Olvida todo lo que acaba de pasar».

Ojalá pudiera hacerlo.

Me tapé la cara con un brazo y solté un gruñido.

Y lo que era todavía peor, cuando se disipó el ensoñamiento, record que había dejado que se marchara, sin apenas oponer resistencia, y que s quedara solo en una ciudad a la que acababa de llegar. Yo me había quedado en el piso y había dejado que él se fuera.

Dios, era lo peor.

Me di la vuelta. No quería levantarme y abandonar la cómod seguridad de la cama de mi mejor amiga. Me fijé en un estante. Una fot de Lina con su abuela me recordó la buena relación que tenía con s familia.

Pero, entonces, ¿por qué no me había avisado de la visita de Lucas? Siempre nos lo contábamos todo. ¿Por qué ni siquiera lo había mencionado?

En defensa de mi amiga, desde que Aaron le propuso matrimonio e septiembre del año pasado, había estado muy ocupada con los preparativo de la boda. Planificar un evento así, en España, estando en la otra punt

del mundo, no era tarea fácil. Y, después de dar el «sí, quiero» en una preciosa boda junto al mar, hacía ya dos meses, Lina se había abrumado con todo lo que vino después, por eso también habían aplazado la luna de miel hasta octubre. Así que, supongo que simplemente se le olvidó.

Al cerrar los ojos decidí que, de todas formas, no importaba. Lucas estaba en Nueva York, y Aaron y Lina, lejos, en Perú, disfrutando de su merecida luna de miel. No tenía por qué sentirme mal.

Sobre todo porque yo no había sido sincera con las personas que me rodeaban. Lina no tenía ni idea de que llevaba años enamorada en secreto de su primo. Y eso no era nada en comparación con las mentiras sistemáticas sobre mi situación laboral que llevaba meses contándoles a mi padre y a Olly. Meses.

Me invadió una oleada de coraje.

Eso de mentir se había acabado.

Pondría a Lina al corriente de lo que le había pasado a mi piso e iría a ver a mi padre a Filadelfia. Quizá incluso Olly podría venir. Si dejaba de ignorar nuestras llamadas, claro.

Me apoyé contra el cabecero de la cama, cogí el móvil, hice clic en el nombre de Lina y empecé a escribir:

¡Ey, par de tortolitos! Espero que Perú os esté tratando bien

Mira, anoche…

Mis pulgares se movían por la pantalla, vacilantes.

Anoche… casi hago que arresten a tu primo Lucas.

¡Sorpresa!

No. Todo menos eso.

Lo borré y empecé otra vez.

Anoche… se rompió el techo de casa, así que usé la llave

de repuesto para entrar a la tuya (no pude avisarte, pero sabía que no te importaría). Bueno, todo fue bien hasta que apareció Lucas y lo confundí con un ladrón. ¿Te acuerdas de Lucas? Tu primo. El del perfil de Instagram que me enseñaste hace mil años. Bueno, lo he estado… siguiendo a través de las redes. Entré un par de veces. Bueno, quizá un poco más. Puede que todos los días. Es difícil de explicar, pero piensa en… Joe Goldberg, el de *You*. Pero sin los asesinatos.

No, ni de coña. Demasiado largo.

Además, la palabra «asesinatos» era una *red flag* de manual.

Con un suspiro largo y sonoro, borré el mensaje y dejé caer el móvil sobre mi regazo.

La verdad era que sí había acechado a Lucas por redes. De manera totalmente inofensiva.

Desde que Lina me había enseñado una de las publicaciones de su primo, sentí curiosidad. Solo había pasado un año desde que había empezado a revisar sus redes con regularidad, cuando Aaron le propuso matrimonio a mi amiga y yo empecé a hacerme fantasías de encontrarme con Lucas en la boda. Y así fue como, lo que empezó como mera curiosidad, se convirtió en algo más.

Cada foto que publicaba, saliese él o no, me hacía sentir mariposas en el estómago. Cada pie de foto, siempre breve, pero divertido y sincero, me acercaba más a él. Cada vídeo que subía me permitía hacerme una idea de su vida y la de Taco. Una idea del hombre interesante y atractivo que era.

Tampoco me molestaba que, dado que era surfista, saliera sin camiseta en la mayoría de publicaciones.

La mayoría seguía a celebridades como Chris Evans, Chris Hemsworth o algún otro Chris para inyectarse una dosis de serotonina antes de irse a dormir. Un poco de fantasía y mucho deseo. Y supongo que… Supongo

que yo tenía a Lucas Martín.

Solo había sido un capricho inocente y tonto con alguien a quien, en realidad, no conocía. Además, había dejado de hacerlo cuando, semanas antes de la boda de Lina y Aaron, se esfumó misteriosamente. Dejó de subir fotos y no se presentó a la ceremonia. Ahí fue cuando decidí que ya había tenido suficiente y dejé de lado todas esas tonterías.

Mi móvil empezó a sonar y me olvidé de todo lo que me daba vueltas por la mente cuando vi la cara de mi hermano en la pantalla.

—¿Olly? —respondí mientras se me formaba un nudo en el estómago —. ¿Dónde diablos has estado? ¿Por qué no me has devuelto las llamadas? ¿Va todo bien? ¿Estás bien?

Escuché un largo suspiro al otro lado de la línea.

—Todo bien, Rosie. —La voz de mi hermano era grave, y su tesitura de barítono me recordaba que ya no era un niño. Ay, no. Era un adulto de diecinueve años que llevaba semanas mandando todas mis llamadas al buzón de voz—. Y lo siento. He estado… ocupado. Pero te he llamado, ¿no?

—¿Ocupado haciendo qué? —pregunté antes de poder contenerme.

Hace un año, cuando nuestro padre anunció que se iba de Queens donde había pasado la mayor parte de su vida, y donde Olly y yo nos habíamos criado, para mudarse a Filadelfia, Olly dijo que no lo acompañaría. También nos informó de que, a diferencia de mí, no seguiría la vía universitaria. Lo alentamos a que buscase lo que lo hiciera feliz. Incluso le había ayudado a pagar el alquiler y las facturas durante un tiempo. Se esforzó por encontrar su vocación. Y también por mantener un trabajo más de un par de semanas.

La línea se quedó en silencio tanto rato que temí que hubiera colgado.

—¿Olly? —Se escuchó otro suspiro—. Mira —continué, todas las emociones que me inundaban concentradas en esa única palabra—, no te estoy atacando. Te quiero, ¿vale? Más que a nada, ya lo sabes. Pero llevas semanas ignorándome. Solo me enviaste un par de mensajes para que no me volviera loca y llamase a la policía para informar de que habías desaparecido. —Lo hubiera hecho. Sin dudarlo ni un segundo—. Así que

no me digas que has estado ocupado ni esperes que me quede conforme
con esa explicación, por favor. No te…

—He estado ocupado con un trabajo, Rosie.

El pecho se me llenó de esperanza durante un segundo, pero pronto
cientos de preguntas nuevas la ahogaron.

—Qué bien —le comenté, dejando de lado mi preocupación—
¿dónde?

—En… un club. Un club nocturno.

—Un club nocturno —repetí, y me esforcé por mantenerme imparcial
—. ¿Cómo camarero? Ya trabajaste de eso y… —«dimitiste a las tres
semanas»—, no funcionó. En la cafetería, ¿te acuerdas?

—No sirvo las bebidas —explicó—. Hago otra cosa. Es… difícil de
explicar. Pero me permite vivir bien, Rosie.

—No me interesa cuánto dinero ganes, Olly. Me importa que seas
feliz, que…

—Estoy bien, ¿de acuerdo? Ya no soy un niño, no tienes que
preocuparte.

Estuve a punto de burlarme, pero me contuve. Olly era un adulto y yo
entendía su necesidad de explorar límites. Su deseo de ser independiente
Pero yo era su hermana mayor y él seguía siendo el chico al que le daba
cereales para cenar cuando la nevera estaba vacía y papá hacía el turno de
noche.

—Vale. Ya me callo. Por hoy.

—Gracias —masculló sin entusiasmo.

—Escúchame. —Desvié el tema de conversación hacia un terreno
menos pantanoso—. Estaba pensando en comprar un par de rollitos de
salchicha e ir a Filadelfia. Sorprender a papá con un *brunch*. ¿Te animas?
Volveríamos por la tarde. ¿Qué te parece si nos encontramos en la
estación y vamos juntos?

Tras un segundo de silencio, preguntó:

—¿No deberías ir a la oficina? Es lunes.

Hice un gesto de desagrado y me maldije a mí misma por el descuido.

—Yo… sí. Tienes razón. —Era verdad, en teoría. Lo que Olly y papá

eno sabían era que hacía seis meses que InTech ya no era «la oficina»—
Pero me he tomado el día libre. Mi jefe es… más flexible desde que soy
como ya sabes, líder de equipo.

o —Ah, sí. Mi hermana mayor es una jefaza. Muy bien. —Soltó una
risita. Ojalá escuchar ese sonido más a menudo. Me gustaría no tener que
,mentirle y que él tampoco me ocultara cosas—. Así que te está yendo de
perlas con el ascenso que conseguiste el año pasado, ¿eh? ¿Cuántos
peldaños más de la escalera del éxito planeas subir, hermanita mayor?

l —No tengo planes de hacer eso, créeme. —Sobre todo porque he
sabandonado esa escalera por completo. Me levanté de la cama—
Entonces… ¿vas a venir?

e —Ya veremos… —Su voz se esfumó, lo que indicaba que iba a
rechazar mi oferta.

s —Por favor, Olly. Tengo que decirte algo. A los dos. Y papá te echa de
menos. Llevo semanas cubriéndote las espaldas y ya me estoy quedando
esin excusas. Por favor, ven.

Suspiró y dijo:

o —Vale, veré qué puedo hacer.

. Bien. Había avanzado algo. O eso creía.

a —Te enviaré el horario de los trenes, ¿vale? Podemos encontrarnos en
ela estación.

—Sí —respondió. La esperanza se reavivó con más fuerza—. Te…
quiero, frijolito.

«Frijolito». Hacía siglos que no me llamaba así.

o —Yo también te quiero, Olly.

e Y con esas palabras de despedida, me dispuse a prepararme para
?confesarle la verdad al hombre que se había dejado la piel en miles de
aempleos para darnos a mi hermano y a mí una buena vida. Al hombre que
nos había criado después de que nuestra madre nos abandonase. Al
hombre que me había mandado a la universidad con el sudor de su frente y
una determinación de acero. Al hombre al que le debía la seguridad
financiera que me había dado mi título en ingeniería, al menos hasta hacía
ápoco. Hasta que había dado un salto de fe y había decidido cambiar m

.vida. Mi carrera.

, ¿Cómo iba a contarle que había decidido renunciar a un trabajo bier remunerado y estable por el que tanto habíamos luchado solo para cumpli aun sueño que, por ahora, no era más que tinta sobre papel?

e ¿Cómo iba a decirle a ese hombre que había sacrificado tanto que ehabía cambiado una carrera consolidada, con un futuro increíble, por una ssin ningún tipo de garantía?

No tenía ni la más remota idea. Por eso llevaba tantos meses cargando econ ese secreto.

. Pero no podía seguir así.

Me lo repetí a modo de mantra mientras me preparaba. Me puse lo aprimero que pude sacar de la maleta: unos pantalones vaqueros y un enorme suéter borgoña. Y, como cada mañana, traté, sin éxito, de dominar ela maraña de rizos oscuros que tenía en la cabeza. Al final me conformé ocon atarlos en un moño alto.

Una vez lista, formulé un plan.

Primero, compraría los rollos de salchicha favoritos de mi padre, así que tenía que pasar por O´Brien, una panadería de Brooklyn que quedaba a pocos minutos del piso de Lina. Esperaría a que le diera el primer amordisco antes de soltarle la bomba.

Era un buen plan.

. De eso intentaba convencerme cuando entré en la panadería y pedí dispuesta a salir con el soborno. Seguramente por eso, al pisar la acera casi tropiezo al fijarme en la ventana de la cafetería de enfrente.

Eché un segundo vistazo. Seguido de otro más. Creo que miré afijamente durante un minuto.

e Pero cómo para no hacerlo. Lucas estaba sentado allí, junto a la eventana, con el pelo revuelto y los brazos fuertes y delgados cruzados lsobre el pecho. Su boca, siempre dibujando una sonrisa, estaba abierta y Tenía la cabeza apoyada contra el respaldo de la silla y llevaba la misma lropa que la noche anterior.

a Pero no podía ser cierto. Ese no podía ser Lucas.

i No podía estar durmiendo en una cafetería, delante de una taza y un

plato vacío. Se suponía que estaba en un hotel. A menos que…

Ese pensamiento quedó inconcluso porque mis pies decidieron rmoverse solos. Ya dentro, no podía parar de darle vueltas a la misma pregunta: «¿Había pasado la noche aquí? ¿Por qué? ¿Por qué no se había eido a un hotel?»

Crucé el umbral y caminé hacia él. Con la bolsa llena de masa de hojaldre recién horneado aun en la mano.

Me acerqué hasta tenerlo en primer plano, ojeroso y con la ropa increíblemente arrugada. El comienzo de algo parecido a la… baba le caía de la comisura de la boca.

—Lucas —murmuré. No se movió. Ni siquiera me escuchó. Me aclaré la garganta y me incliné un poco—. Lucas —repetí.

La culpa y la preocupación se me enredaron en el estómago y me éhicieron querer sacudirlo y despertarlo, así podía exigirle respuestas y disculparme unas cien veces. Todo al mismo tiempo. Porque nadie se queda a dormir en una cafetería a menos que no tenga otra opción, y yo no ídebería haber dejado que se fuese con tanta facilidad.

Vacilante, estiré el brazo y, con la mano que tenía vacía, le toqué el rhombro con suavidad.

—Ey. —Lo sacudí con delicadeza, tratando de no concentrarme en el calor que percibía a través de su sudadera—. Lucas, despierta. —Nada ,Dormía como un muerto. Y a falta de opciones—. ¡DESPIERTA!

Cerró la boca de repente y abrió un ojo.

El iris marrón me pilló. Luego, su expresión se fue relajando hasta que éuna sonrisa adormilada tomó forma delante de mí.

—Rosie —balbuceó en un murmullo, con la voz ronca—. ¿De verdad aeres tú? ¿O me he despertado en el paraíso?

plato vacío. Se suponía que estaba en un hotel. A menos que…

Ese pensamiento quedó inconcluso porque mis pies decidieron moverse solos. Ya dentro, no podía parar de darle vueltas a la misma pregunta: «¿Había pasado la noche aquí? ¿Por qué? ¿Por qué no se había ido a un hotel?»

Crucé el umbral y caminé hacia él. Con la bolsa llena de masa de hojaldre recién horneado aun en la mano.

Me acerqué hasta tenerlo en primer plano, ojeroso y con la ropa increíblemente arrugada. El comienzo de algo parecido a la… baba le caía de la comisura de la boca.

—Lucas —murmuré. No se movió. Ni siquiera me escuchó. Me aclaré la garganta y me incliné un poco—. Lucas —repetí.

La culpa y la preocupación se me enredaron en el estómago y me hicieron querer sacudirlo y despertarlo, así podía exigirle respuestas y disculparme unas cien veces. Todo al mismo tiempo. Porque nadie se queda a dormir en una cafetería a menos que no tenga otra opción, y yo no debería haber dejado que se fuese con tanta facilidad.

Vacilante, estiré el brazo y, con la mano que tenía vacía, le toqué el hombro con suavidad.

—Ey. —Lo sacudí con delicadeza, tratando de no concentrarme en el calor que percibía a través de su sudadera—. Lucas, despierta. —Nada. Dormía como un muerto. Y a falta de opciones—. ¡DESPIERTA!

Cerró la boca de repente y abrió un ojo.

El iris marrón me pilló. Luego, su expresión se fue relajando hasta que una sonrisa adormilada tomó forma delante de mí.

—Rosie —balbuceó en un murmullo, con la voz ronca—. ¿De verdad eres tú? ¿O me he despertado en el paraíso?


I ♥ NY
NYC

Capítulo 4
Lucas

ERA UN IDIOTA. UN IDIOTA ADORMILADO.

«¿De verdad eres tú? ¿O me he despertado en el paraíso?»

¿En serio, Lucas? *Por Dios*.

No me hizo falta despertarme del todo para lamentar lo que acababa de decir. Pero la frase cursi, poco original e innecesaria se me escapó antes de saber lo que estaba diciendo. Abrí los ojos, o el ojo, y allí estaba ella. Rosie. La mejor amiga de Lina. La chica que había conquistado a toda la familia Martín. Rostro en forma de corazón, rasgos delicados, labios suaves y ojos cautivadores. Parecía una especie de visión, y mi cerebro falto de sueño, estaba tratando de determinar si era real. Y mira la mierda que me había salido de la boca cuando mi cabeza no estaba atenta.

—¿Qu… Qué? —murmuró Rosie cuando no añadí nada más a esa maravillosa frase. Curvó las cejas—. ¿Estás bien?

La pregunta del año.

Dispuesto a abrir el otro ojo, negué con la cabeza, y, mientras rogaba que mi mirada pareciera relajada, dije:

—El sol brilla a tus espaldas. —Señalé la ventana con la mano— Estaba enmarcándote el rostro. Como un halo.

Rosie parpadeó dos veces antes de responder:

—Eh… Gracias.

Ante su reacción, ahogué una risita y estiré los brazos por encima de la cabeza. Me dolían los músculos de la espalda. La tenía entumecida por todas las horas que llevaba sentado allí, mucho más de las que debía. No debería haberme quedado tanto tiempo. Necesitaba ponerme de pie, empezar a mover las piernas, poner las articulaciones a trabajar, pero…

Tenía a Rosie delante, mirándome con una cara graciosa, con el entrecejo mínimamente fruncido. Preocupada y un poco molesta.

—¿Estás enfadada con…? —empecé a interrogarla.

Pero, casi al mismo tiempo, dijo:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Busqué su mirada, sonreí para mis adentros y le respondí:

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—Sé que no es de mi incumbencia —aclaró—, pero… ¿Qué estás haciendo aquí, Lucas? Parece que… ¿Has pasado…? —Se aclaró la garganta, como si estuviera tratando de suavizar el tono—. ¿Has pasado la noche aquí?

No quería mentirle. Era algo que nunca se me había dado bien. Así que indagué:

—¿Qué pinta tengo?

—Estás genial. —Dejó escapar un ruido raro antes de continuar— Tienes buen aspecto, aunque un poco como… Como el de una persona que ha dormido en una cafetería.

—¿Atractivo, pero con un toque relajado y natural?

—Estabas babeando.

—Ay.

—En serio —insistió.

—¡Uf! Te creo. Me apuesto lo que quieras a que era digno de admirar.

—Bueno… En cierta forma sí, creo —admitió y se encogió de hombros—. Para las personas a las que les gustan los hombres babeantes y adormilados. —Hizo una pausa—. Aunque no es mi caso.

Ladeé la cabeza y simulé que estaba pensando en algo.

—Y entonces, ¿cuál es tu tipo de hombre, Rosalyn Graham?

Me miró un poco sorprendida.

—Mi tipo es… —empezó a decir, pero se detuvo—. Te estás desviando del tema. —Hizo una pausa y puso una mueca de desagrado— Dijiste que buscarías un hotel. Deberías haberte quedado en casa de Lina si no tenías a dónde ir. Deberías habérmelo dicho en vez de dejar que te echara.

Fruncí el ceño.

—No me echaste —le contesté muy serio, con honestidad—. Yo decidí irme. —Porque presentí que mi presencia la incomodaba. Mi llegada la

descolocó por completo. Y no me gustaba sentir que estaba invadiendo la privacidad y el espacio personal de una chica con la que solo había hablado una vez—. Estos asientos son más cómodos de lo que parecen. Dales una oportunidad. —Señalé con la mano el sofá granate que tenía delante—. Toma asiento y compruébalo tú misma. Voy a pillar algo de beber.

Me di la vuelta y llamé al camarero con una sonrisa. Asintió con la cabeza, señal de que en un minuto estaría con nosotros.

Cuando miré a Rosie otra vez, todavía no se había sentado.

Ni siquiera se había movido.

Estaba demasiado ocupada mirándome con el ceño fruncido.

Pero ese ceño fruncido… me hizo morderme el labio. Otra vez. Porque estaba furiosa conmigo, un completo desconocido con edad para tener vello púbico, porque había dormido en una cafetería. Me parecía muy tierno.

—Dijiste que estarías bien —me recordó Rosie con voz temblorosa.

—Estoy bien. —Me señalé con ambas manos e hice un gran esfuerzo por mantener el tono ligero y esconder el agotamiento en mi voz—. En la vida he estado mejor.

La miré a los ojos y parpadeé.

Se le pusieron rojas las mejillas y frunció aún más el ceño.

—Tus ojeras dicen otra cosa.

—En serio, Rosie. —Me di una palmada en el pecho—. Tienes que dejar de darme en el ego o nunca lo recuperaré.

Pero no cedió ni sonrió ante mi intento de broma, solo se cruzó de brazos. Entonces vi la bolsa marrón que le colgaba de una mano.

Después de lo que se convirtió en una mirada fija de diez segundos, suspiré y volví a señalar el asiento que tenía delante.

—¿Tienes prisa? ¿Puedes quedarte un rato? Tómate este café conmigo y te lo explico.

Dudó, pero después dio un pasito hacia delante.

—Tengo tiempo. Puedo quedarme un rato.

Justo cuando Rosie tomaba asiento, apareció el camarero con dos tazas

alimpias y una jarra con café recién hecho.

a —No te mentí. Anoche busqué un hotel —admití—. Gracias —le dije .al hombre, y asentí con la cabeza antes de que se fuera—. Pero tuve un aproblema con la tarjeta de crédito mientras intentaba registrarme. Con emucha educación, me invitaron a marcharme.

—¿Qué clase de problema?

a Le agregué azúcar al café, lo revolví y le di un sorbo. El sabor, amargo a más no poder, me penetró las papilas gustativas por las razones equivocadas.

—La tarjeta no estaba en la cartera. Y soy un idiota que viaja sin nada de efectivo, así que… —Me encogí de hombros—. No tengo ni la menor eidea de dónde podría haberla perdido o dejado. Todo lo que llevo encima res mi documento de identidad y algo de suelto.

/ Cincuenta dólares para ser exactos.

Rosie puso unos ojos como platos, el mohín volvió a su boca.

—¿Por qué no volviste al piso? Yo estaba allí.

o —Era muy tarde, Rosie —le respondí sin darle más vueltas—. Me met aen el primer lugar que encontré abierto con la intención de hacer un par de llamadas y me quedé dormido. ¿Te acuerdas de la baba *sexy*? —Esperé su risa, pero nunca llegó. Público difícil—. Antes de quedarme dormido —continué—, pude hablar con el banco, denuncié el robo de la tarjeta y les pedí que me enviaran una nueva. Aunque puede que tarde un poco, ya que eviene de España.

—Ay, Lucas —se lamentó Rosie mientras miraba su taza con los ehombros abatidos—. Eso es una mierda. Y me siento…

—No hay ninguna razón para que te sientas responsable, Rosie.

, No creía que estuviese de acuerdo, pero no dijo nada. En cambio, le dio un sorbo al café. Puso cara de asco y se apartó la taza de los labios.

o Me incliné hacia ella y susurré:

—Gracias a Dios que a ti tampoco te gusta. Empezaba a preguntarme si era lo que solíais beber por aquí.

—Claro que no —murmuró—. Este café es horrible. Dios. ¿Cuántos te shas bebido?

—Creo que es el quinto.

Estaba seguro de que lo que le cruzó por el rostro fue culpa.

—Lo siento muchísimo.

—Para de decir eso. —La detuve en seco y, con el dedo levantado, dije —: Si sigues disculpándote, nunca podremos ser amigos, Rosalyn Graham.

—¿Amigos?

Asentí con la cabeza y decidí no indagar en la forma en la que había dicho esa palabra. Como si ser amigos fuera algo imposible de entender.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí? Supongo que no es la decoración rlas bebidas o la vista, teniendo en cuenta que los hombres que babean no son lo tuyo.

Soltó un soplido. Fue un sonido nítido y rápido. Pero bonito. Se me escapó una sonrisa mientras ella negaba con la cabeza.

—Te he visto al salir de O'Brien. —El brazo desapareció debajo de la mesa y volvió a aparecer con la bolsa manchada de grasa—. Ahí venden ílos mejores rollitos de salchicha de la ciudad. Bueno, es probable que sea una de las pocas panaderías de Nueva York que los vende. En fin, son el desayuno preferido de los Graham.

Embelesado por el aroma que salía de la bolsa, no pude evitar mirar sboquiabierto, cuando sacó una flamante masa crujiente.

Un aroma intenso a rosquilla me atacó los sentidos.

—¿Tienes hambre? —Escuché que preguntaba mientras sostenía el srollito.

—Nah —contesté, aunque me moría de hambre—. Estoy bien.

Rosie titubeó. Me sorprendí cuando estiró un brazo hacia mí.

Seguí el movimiento con la mirada, que luego levanté hacia ella.

—Cógelo —ofreció con ojos divertidos y juguetones—. Lo necesitas más que yo.

—En serio, no debería. Es tu desayuno.

Se encogió de hombros y, con una velocidad deliberadamente lenta, se llevó la masa a la boca. Observé, atónito, sus labios entreabiertos, pero también el flamante rollito seductor. Se detuvo cuando apenas quedaba un

centímetro de distancia. Levanté la vista y me encontré con la suya.

Mi estómago gruñó.

—¡Ah! —observó—. Creo que tu estómago intenta decirme algo. —S
eno hubiera estado tan concentrado en fingir que no anhelaba ese rollito de
ısalchicha, su comentario no me habría pillado por sorpresa. Pero lo hizo, y
me arrancó una carcajada. Rosie apretó la boca y se unió a mí con su
propia risita. Una de verdad. Por fin. Me gustó—. Cómetelo —me ordenó
acon una sonrisa—. Insisto, Lucas. Me gustaría que lo hicieras.

Nunca sabré con exactitud qué inclinó la balanza, pero estiré el brazo y
,acepté el rollito que tenía en la mano.

ɔ —Gracias, Rosie. —Bajo su atenta mirada, me lo llevé a la boca, le d
un mordisco y—… Dios mío —gemí—. Es una de los mejores —le di otro
ɐmordisco— cosas que haya bendecido —y otro más— mis papilas
gustativas.

ɐ Se rio otra vez.

ı La miré y encontré su mirada clavada en mis labios.

ɐ —¿Te gusta? —indagó.

l —¿Gustarme? —Negué con la cabeza—: Este rollito se merece mucho
más que un «me gusta». —Me lamí el dedo índice—. Se merece que le
,digan «te quiero». —Me lamí el pulgar—. Se merece que lo seduzcan y lo
adoren.

Se puso roja, quizá avergonzada de manera indirecta por mi exhibición
limpúdica. Pero, si hablábamos de comida, se podría decir que era un
apasionado. Y más a lo que pastas de hojaldre se refería.

Recuperó la compostura, aunque seguía teniendo las orejas rojas.

—Lo de los Martín y la comida es una auténtica historia de amor, ¿no?

Le sonreí, sin que me importara limpiarme la grasa o quitarme las
ƨmigas de la boca.

—No puedo hablar por todos, pero si me trajeses uno de estos todos los
días, me rendiría a tus pies y te juraría amor eterno, Rosalyn Graham. Solo
ɘen una semana. Quizá menos.

ɔ Eso la dejó sin palabras.

ı Incliné la cabeza y me pregunté si en realidad era tímida o solo iba con

cautela porque era un extraño. De todas formas, no importaba, porque nada de eso era un impedimento para mí. Sobre todo después de que me hubiese dado comida.

Para mi sorpresa, sacó otro rollito de la bolsa.

—Toma, coge otro.

—Te juro que eres un ángel caído del cielo —le aseguré y, con sorpresa, me di cuenta de que no era del todo una mentira—. Pero no me lo merezco.

—Claro que sí —afirmó, intimidante, con una expresión seria.

Agité una mano.

—No puedo aceptarlo y no lo haré.

—Cógelo o… nunca podremos ser amigos. Y has dicho… que querías que lo fuéramos. Así que…

Así que no era tímida.

Sonreí como si me estuviera ofreciendo el mundo en vez de un pedazo de masa grasosa. Me incliné para acercarme todavía más. Quería asegurarme de mirarla fijamente a los ojos.

—Solo si lo compartimos. —Lo partí por la mitad—. Aunque nunca me ha importado montar un espectáculo, preferiría no comer solo. —Rosie consideró mi oferta, pero al final lo cogió y se lo llevó a los labios. Cuando ya no quedaba nada, sacó otro, lo partió y me dio una mitad, que acepté con una sonrisa aún más grande—. Así que, Rosie… —Le di un sorbo al café, ahora tibio, y dejé que mi mirada viajara hacia la base de su cuello y contemplara el suéter de hombros descubiertos que llevaba. ¿Iría de camino a la oficina?—. Trabajas en la misma compañía que Lina ¿verdad? ¿Cómo se llamaba…? Creo que era algo así como Tech.

—InTech —respondió con una mueca—. Y… trabajaba ahí. Ya no. Por… Es una larga historia.

Esperé a que me lo explicara mejor, pero, aunque abrió y cerró los labios dos veces, no dijo ni una palabra.

Tarareé y di un par de golpecitos rítmicos en la mesa.

—Te propongo un trato.

—¿Un trato? —Frunció el ceño.

Mis labios se crisparon.

—Un juego. Ya sabes, el juego de «conoce a tu compañero». Porque si vamos a ser amigos, deberíamos romper el hielo de alguna forma.

Estaba tentando a la suerte, lo sabía. No tenía ninguna obligación de compartir sus secretos conmigo, pero saltaba a la vista que estaba ocultando cosas. Y Rosie ya se podría haber ido. Pero allí estaba. Sentada conmigo.

Ladeó la cabeza y un mechón oscuro se le escapó del moño.

—Entonces, ¿los dos vamos a contestar las preguntas?

Asentí con la cabeza.

—Una respuesta a cambio de otra respuesta. Por turnos, hasta llegar a las cinco. Y no importa si la respuesta es larga. ¿Qué te parece?

Nos miramos unos segundos y, en sus ojos, puede ver la lucha que se llevaba a cabo en su interior. Vacilaba. También tenía curiosidad.

Finalmente, anunció:

—Cinco preguntas. No es para tanto.

Asentí con la cabeza, despacio, y aplaqué mi creciente ansiedad.

—Porque me has dado de comer y porque soy un hombre de honor, te dejaré empezar.

Me miró con un gesto de suspicacia, como si se estuviera preparando para arrancar mis secretos más profundos de raíz.

Era adorable. Y un poquito aterradora.

Entrelazó los dedos y colocó las manos sobre la mesa.

—¿Dónde estabas… antes de venir a Nueva York? Dijiste que cogiste un vuelo en Phoenix.

Relajé los hombros.

—Llevo seis semanas viajando por Estados Unidos. —Me percaté de que esa información pareció sorprenderla—. Empecé arriba, en el norte en Portland, Oregón. Después me dirigí al sur, alquilé un coche y conduje desde Nueva Orleans hasta Phoenix.

Rosie asentía con la cabeza, procesando todas mis palabras. Después dijo:

—De acuerdo, te toca.

—Fácil. ¿Con quién ibas a compartir los rollitos? Tenías tres y, a ,menos que tengas un gran apetito…

Desvió la vista hacia la bolsa, ahora hecha una bola, y suspiró.

e —Mi padre y, con suerte, mi hermano pequeño, pero es largo de…

a Chasqueé la lengua.

a —Sin romper las reglas. Sea larga o corta, quiero la respuesta.

Soltó una risa.

—Me voy a Fili (Filadelfia), porque mi padre vive ahí. Y espero que mi hermano pequeño también vaya, que lleva semanas ignorando mis llamadas, así que sospecho que ha hecho algo que, o me va a molestar d ame va a volver loca. Quizá ambas cosas. Tengo que decirles algo importante. Por eso el desayuno. —Dejó escapar un suspiro leve—. Son elos favoritos de mi padre. Le hacen perder la cabeza.

Me quedé en silencio hasta que levantó la mirada de la mesa y volvió a buscar la mía. Ocultaba algo. Saltaba a la vista.

Fingí estar pensando en otra cosa y luego le pregunté:

—¿Debería preocuparme porque tu padre me persiga porque su hija me eha dado sus queridos rollitos?

Eso le arrancó una carcajada. Como siempre, fue una risa breve, perc obastó para tranquilizarme. Por ahora. Recobró la seriedad y me desafió con la mirada.

—¿Esa ha sido tu segunda pregunta?

—No sé cómo apaciguar a los padres enfadados, así que, sí, esa ha sido emi segunda pregunta.

—¿Sueles ir por ahí molestando a padres ajenos?

—¿Esa es tu segunda pregunta? —contraataqué con los codos sobre la emesa y sin dejar de hacer contacto visual.

, Entrecerró los ojos, pero asintió con la cabeza.

e —Ya no. En el pasado, quizá… Estoy seguro de que he hecho enfadar a uno o dos. —Le guiñé un ojo y vi que se le sonrojaron las mejillas— sMe debes una respuesta.

Tragó con fuerza.

—No, papá no te va a perseguir. Ni siquiera sabía que iba de camino a

su casa. Era una sorpresa; y los rollitos, un soborno emocional.

Eso último despertó mi interés, pero Rosie fue más rápida.

—Mi turno —anunció—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Nueva York?

—Seis semanas. Sin tramitar la visa, solo puedo estar tres meses en el país, así que decidí quedarme más tiempo en Nueva York porque Lina me ofreció su casa. Dijo que hasta diciembre no podía rescindir el contrato y que el piso se había quedado vacío después de mudarse con Aaron.

Rosie frunció los labios, pero no podía interpretar con certeza el por qué, y no quería desperdiciar una pregunta en eso cuando había una que me interesaba más.

Descansé la barbilla en el puño.

—¿Por qué necesitas un soborno emocional?

Se desinfló. Se quedó quieta tanto rato que pensé que no me iba a contestar, que, tal vez, ya no quería seguir jugando con un hombre que había entrado a su vida hacía menos de veinticuatro horas.

Pero entonces respondió:

—Dejé mi trabajo. —Y las siguientes palabras le salieron a borbotones—: Mi puesto fijo y bien remunerado como líder de equipo en una empresa de ingeniería. Por eso he dicho que ya no trabajaba en InTech. Porque lo dejé. Hace seis meses. —Abrí la boca para hablar, pero más palabras salieron a la carrera—. Mi padre no lo sabe. Mi hermano tampoco. Solo Lina. Y Aaron, por supuesto. No porque sea su marido, sino porque era mi jefe y tuve que entregarle la carta de dimisión. Y todos mis compañeros, por supuesto, ya que llevan meses sin verme por la oficina. Creo que lo sabe más gente. Lo que no saben es por qué lo hice. —Se mordió el labio—. Y por eso necesitaba un soborno. Porque le he… escondido este tema. Y nunca le he mentido, ni una sola vez. Tenemos muy buena relación. Siempre hemos sido un equipo.

—¿Se va a enfadar? —Algo inesperado me revolvió las entrañas. Actitud protectora. La hice a un lado y lo atribuí a que Rosie era la mejor amiga de mi prima. Y a lo mucho que odio a los bravucones—. ¿Crees que será más por dejar el trabajo o por qué no se lo contaste?

—No, no. Nunca se ha enfadado conmigo por perseguir un sueño Aunque se trate de uno bastante nuevo. —De alguna forma, eso me aapaciguó, pero también aumentó mi curiosidad. ¿Un sueño bastante nuevo?—. Pero tampoco creo que se vaya a alegrar. Siempre ha estado lmuy orgulloso de mí. De su hija, la ingeniera. Que trabaja en Manhattan eNunca hemos tenido mucho dinero. —Hizo una pausa—. La primera vez /que lo vi llorar fue cuando me gradué. Lágrimas grandes, pesadas, que no podía reprimir. Creo que lloró durante horas. Y cuando me ascendieron el raño pasado, cuando él todavía vivía en Queens, les contó a todos los evecinos que su hija, su frijolito, era jefa de equipo. ¡Jefa! Organizó una fiesta e invitó a todo el mundo, como si…, no sé, como si su hija hubiera ganado un Premio Nobel o algo parecido. —Negó con la cabeza y sonrió con tristeza—. Se horrorizará cuando sepa que lo estoy tirando todo por la aborda por algo que no llegará a entender del todo. Por eso todavía no he esacado el valor para decírselo. Tengo miedo de que no… me entienda y no me apoye. Se me rompería el corazón.

—¿Y cuál es? —No pude contener mi pregunta, necesitaba saber más s—. Ese sueño nuevo que estás persiguiendo.

a Rosie, casi ensimismada, dejó caer los hombros y desvió la mirada .Sabía que se estaba alejando.

s —Pensarás que es una tontería.

o —Ningún sueño es una tontería. No importa si es viejo o nuevo. — ,Aquellos ojos verde esmeralda volvieron a mí con una nueva profundidad s—. Cuéntamelo, Rosalyn Graham —continué—. Sé que todavía no lo asabes, pero no juzgo. Nunca.

. Respiró hondo.

. —Escribí y publiqué un libro —confesó, al fin—. Una novela sromántica. Hace como un año. Al mismo tiempo conseguí el ascenso.

Lo dijo como si fuera algo ridículo.

. Fruncí el ceño.

r —Eso es impresionante, Rosie. Más que impresionante. Es increíble, y eninguna tontería.

—Hay… más. —Asentí con la cabeza, alentándola a que continuara—

.Lo autopubliqué bajo seudónimo, no con mi nombre real. Y, al principio
eno se lo dije a nadie, excepto a Lina, porque…, bueno, tenía miedo de que
emis compañeros no me tomaran en serio si sabían que estaba escribiendo
olo que ellos consideran novelas para señoras que se aburren de hacer de
.amas de casa. —Suspiró—. Suena muy estúpido, ¿no? En vez de sentirme
zorgullosa… —Negó con la cabeza—. Pero tenía miedo de que alguien
omenospreciara mi trabajo como ingeniera o subestimara mi libro por ser
lde un género que se juzga injustamente, y temía que alguien me
ssubestimara por hacer algo que me gusta. Vale, no alguien, sino ellos, mis
acompañeros de trabajo. La mayoría, hombres. Mi padre también. ¿Quizá la
asociedad en general? No lo sé. —Durante un segundo, Rosie se distrajo
ócon sus pensamientos y luego, con la mirada un poco más iluminada
acontinuó—: En fin… La novela ha empezado a llamar la atención de
ealgunos lectores. No a niveles extremos, pero más de lo que había
oprevisto. Poco a poco, fue ganando popularidad hasta que me ofrecieron
un contrato de edición. Y ahí se rompió algo en mí. Firmé el contrato con
sel editor y dejé mi trabajo, algo muy impropio de mí. Arriesgar no es lo
mío. Tomar decisiones sin minimizar los riesgos, sin tener la certeza de
.que va a funcionar, es algo que nunca he hecho. Pero nunca me había
sentido tan bien. Fue aterrorizante, pero liberador, como si hubiese
esperado toda la vida para ser… libre. —Se le diluyó la sonrisa—. Y
-después, todo se fue a la m…

l Se detuvo.

o —¿Todo se fue a dónde? —pregunté. Y me di cuenta de que me había
acercado a ella. Por encima de la mesa.

Se enderezó, firme.

a —Ya has llegado al cupo.

—¿Qué? —gruñí.

—Ya has hecho tus cinco preguntas —explicó—. Así que no te queda
ninguna. —Me había olvidado de que todavía estábamos jugando—. Por
votro lado, a mí —señaló con lo que estaba seguro que era satisfacción—
me quedan dos preguntas.

. Me apoyé en el respaldo.

—Tengo la impresión de que has hecho trampa.

Los labios de Rosie esbozaron una sonrisa.

—Siempre sigo las reglas. —Levantó la barbilla—. Entonces…, ¿qué planeas hacer, Lucas?

Aunque era una pregunta simple, fue como si me dieran un puñetazo en el estómago. Porque me recordaba la verdad: no tenía ningún plan. Ya no planificaba las cosas. Era *Lucas Sin Planes*.

—Nada especial. Solo… turismo. —Un breve silencio se instaló entre nosotros mientras ella sopesaba mi breve respuesta. Me aclaré la garganta—. Te queda una pregunta.

Lo consideró unos segundos más y luego dijo:

—¿Por qué no fuiste a la boda de Lina y Aaron? —Me quedé atónito. Su pregunta me había pillado desprevenido. Los recuerdos de la semana previa a la boda me invadieron y me dejaron sin aire. Rosie, que se dio cuenta de que algo pasaba, dudó—. Lucas…

—Está bien. —La corté en seco. Podía jugar siguiendo mis propias reglas. Una pregunta, una respuesta. Daba igual si era larga o difícil—. No pude asistir. —Me costó respirar—. No pude llegar a tiempo. Es… — Solté un suspiro tembloroso—. Estaba…

Negué con la cabeza.

Fuera larga o corta, fácil o difícil, parecía que no podía darle una respuesta. Porque ¿cómo podía expresar en palabras todo de lo que huía? ¡Ojalá lo supiera!

Algo cálido me acarició el dorso de la mano y me hizo tocar de pies a tierra.

—Ey… —musitó, mis ojos fijos en nuestras manos—. No pudiste ir. Es una respuesta válida, Lucas. Has jugado según las reglas.

Me debatí entre liberarme o entrelazar nuestros dedos. Necesitaba el contacto físico, la cercanía de otro ser humano. Pero no escogí ninguna de esas alternativas.

Hice lo que mejor se me daba.

Me recompuse y le dediqué una sonrisa de oreja a oreja que esperaba que funcionara.

—Los dos nos hemos quedado sin preguntas —comenté—. ¿A qué hora te vas a Fili?

Iba a decir algo, pero, antes de darme una respuesta, le sonó el móvil. Lo pescó del interior de su bolso y miró la pantalla con el ceño fruncido.

—Lo siento, tengo que responder. —Descolgó la llamada y se llevó el móvil a la oreja—. Ey, papá, ¿Olly ha ido a…? —La respuesta, fuera cual fuese, la dejó muda. Puso unos ojos como platos y el pánico le invadió los rasgos, siempre suaves—. ¿Que tú qué? —Respiró fuerte—. ¿Una ambulancia? —Se me cayó el alma a los pies al escuchar esa última palabra, y todavía más cuando, segundos después, colgó y se levantó horrorizada y casi sin mirarme—. Me tengo que ir —dijo recogiendo sus cosas—. Lo siento. Es mi padre. —Revolvió dentro del bolso en un arrebato demasiado brusco y se le cayó al suelo—. ¡Maldita sea!

—Rosie —la llamé de rodillas junto a ella para ayudarla a recoger las cosas que se le habían caído. Mis músculos protestaron, pero ignoré el dolor y levanté sus llaves y algo parecido a un pintalabios—. ¡Ey, Rosie —Busqué su mirada, le di sus cosas y, como no me miró, le rodeé las muñecas con los dedos. Tenía la piel cálida, suave. La sostuve con delicadeza, pero con fuerza. Lo suficiente como para llamarle la atención. Nuestras miradas por fin se encontraron—. Respira. —Lo hizo. Llenó los pulmones de aire mientras permanecíamos en el suelo, cara a cara— ¿Quieres que te acompañe? Estás un poco aturdida.

—¿Qué? —Sus rasgos se suavizaron—. Eso es… No. Estoy bien. —Volvió a respirar hondo—. Me estoy portando como una tonta. Seguro que papá está bien. Es la cadera, una vieja lesión; pero se ha caído y un vecino ha llamado una ambulancia. Ni siquiera me necesita. Solo me ha llamado porque la señora Hull le ha obligado. De todas maneras, hoy iba a ir a Fili Así que todo va bien. —Tenía las palabras adecuadas en la punta de la lengua, pero me distrajo cuando se puso de pie. Me levanté, con cuidado de no apoyar el peso en la pierna derecha para que no se repitiera lo de la noche anterior. Rosie sacó su cartera, extrajo un par de billetes y los puso sobre la mesa—. Aquí tienes. —Sonrió antes de desafiarme con la mirada —. Creo que esto cubre nuestra cuenta.

¿Nuestra cuenta?

—Rosie, no. —Negué con la cabeza—. No tienes que hacerlo.

—Cógelo —insistió—. Por favor, Lucas.

—Rosie… —Bajé la voz. Pero ¿qué esperaba después de contarle que había perdido la tarjeta de crédito y que solo me quedaba algo de calderilla? Dios. Era un *zopenco*, como solía llamarme mi abuela cuando hacía una estupidez de gran calibre.

Me sonrió.

—Será mejor que me vaya. —Dio un paso y se alejó de nuestra mesa—. Esta noche volveré para recoger mis cosas, ¿de acuerdo?

—Buena suerte. —Asentí con la cabeza—. Y… gracias, Rosie. Te prometo que voy a devolvértelo. Eso de que estaba en deuda contigo no era ninguna broma.

Una nueva emoción le atravesó el rostro.

—Nos vemos, Lucas.

La observé mientras se acercaba a la salida y, justo antes de que saliera, le dije:

—Ah y, por favor, ¡no le digas a tu padre que me he comido sus rollitos de salchicha! Me gustaría que se llevara una buena primera impresión de mí. —No se dio la vuelta, pero, antes de que la puerta de vidrio se cerrara, la escuché reír. Fue un sonido dulce. Sutil y cauteloso como ella—. ¡Ay, mierda! —exclamé y suspiré al mismo tiempo, mirando mi taza vacía y los billetes prestados—. *Lina me va a cortar las pelotas*.

¿Nuestra cuenta?

—Rosie, no. —Negué con la cabeza—. No tienes que hacerlo.

—Cógelo —insistió—. Por favor, Lucas.

—Rosie… —Bajé la voz. Pero ¿qué esperaba después de contarle que había perdido la tarjeta de crédito y que solo me quedaba algo de calderilla? Dios. Era un *zopenco*, como solía llamarme mi abuela cuando hacía una estupidez de gran calibre.

Me sonrió.

—Será mejor que me vaya. —Dio un paso y se alejó de nuestra mesa —. Esta noche volveré para recoger mis cosas, ¿de acuerdo?

—Buena suerte. —Asentí con la cabeza—. Y… gracias, Rosie. Te prometo que voy a devolvértelo. Eso de que estaba en deuda contigo no era ninguna broma.

Una nueva emoción le atravesó el rostro.

—Nos vemos, Lucas.

La observé mientras se acercaba a la salida y, justo antes de que saliera, le dije:

—Ah y, por favor, ¡no le digas a tu padre que me he comido sus rollitos de salchicha! Me gustaría que se llevara una buena primera impresión de mí. —No se dio la vuelta, pero, antes de que la puerta de vidrio se cerrara, la escuché reír. Fue un sonido dulce. Sutil y cauteloso, como ella—. ¡Ay, mierda! —exclamé y suspiré al mismo tiempo, mirando mi taza vacía y los billetes prestados—. *Lina me va a cortar las pelotas*.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 5
Rosie

OLLY NO SE PRESENTÓ A LA ESTACIÓN.

Aún así, ni siquiera me sorprendí. Creo que esperaba que me ignorara Pero eso no suavizó el rechazo cuando no me cogió el teléfono (otra vez) y me envió un mensaje que decía:

No puedo hacerlo, hermana. Lo siento.

Por suerte, en cuanto llegué a Filadelfia, descubrí que mi padre estaba bien. Un poco dolorido por la caída. Aunque tampoco lo admitió. No, no En casa, se había negado a tumbarse, tomarse los analgésicos o dejar que le preparara té o algo de comer. Sin parar. Pero así era el Joe Graham que conocía. No paraba de repetir «estoy bien, Frijolito» para después añadir «ya te has ocupado de demasiadas cosas estos años, desde que se fue tu madre», «no deberías preocuparte, Frijolito», «¿por qué te has cogido el día libre para venir a ver a tu viejo?», «ahora lideras un equipo, Frijolito Hay personas que dependen de ti», «¿sabes algo de Olly, por casualidad? Está bien, ¿no, Frijolito?».

Cuando cogí el tren de vuelta a Manhattan, mi medidor de mentiras era el mismo, si no más alto, después de cubrir a mi hermano (otra vez), y sentía tal agotamiento emocional por haber lidiado con un padre testarudo que ni siquiera tenía fuerzas para culpar a Olly.

Y, por supuesto, también estaba Lucas.

Algo se echó a volar en mi estómago y me hizo sentir mareada inquieta y toda clase de nervios de solo pensar en él.

Aquí estaba yo, una mujer razonable e independiente la mayor parte

del tiempo, sintiéndome como una chica de dieciséis años ante la idea de ver a su *crush*.

Solo que Lucas Martín no era mi *crush*. Nop. Era un hombre al que siendo sinceros, no conocía, aunque lo que había visto por redes me había… gustado en cierta medida.

Además, le había confesado buena parte de mis secretos mejor guardados esa misma mañana. Y me había sentido bien. Más que eso: muy bien.

Y aquí estábamos. Él, al otro lado de la puerta de Lina, preguntándose si iba a volver, dada la hora. Y quién sabe, tal vez hasta estaba considerando lanzar mi descomunal pila de pertenencias por la ventana si no aparecía. «No, nunca lo haría», argumentó una voz. Y yo, de pie en el pasillo, mirando esa puerta desde hacía un lapso de tiempo insano, con el deseo de tener visión de rayos X para poder… ¿Para poder qué?

Negando con la cabeza, avancé.

Pero, al girar el pomo, me percaté de que no había llamado a la puerta. ¿Qué estaba haciendo, colándome así? ¿Y si Lucas…?

Guau.

Me paré en seco y me quedé helada, con la puerta abierta de par en par. El aroma más maravilloso y delicioso del mundo me llegó como una ola.

—Rosie. —Mi nombre (proveniente de los labios de Lucas, con esa erre vibrante) atravesó la niebla—. Por fin has vuelto.

Con un par de parpadeos, enfoqué la vista. Estaba de pie en la cocina delante de los fogones, dándome la espalda. Llevaba una camiseta y el pelo le caía en desordenados rizos húmedos. Parecía que acababa de ducharse, ya que unas pequeñísimas partículas de agua le rodaban por la nuca. Tenía la piel bronceada y parecía suave al tacto, y… lo estaba mirando fijamente. En realidad, me lo estaba comiendo con la mirada.

Me aclaré la garganta.

—Hola —chillé—. He vuelto. Y estás aquí, como dijimos. Genial. No sé por qué debería sorprenderme. —Me maldije por no ser capaz de ocultar mi torpeza delante de este hombre que no había hecho nada para merecerla. Cerré la puerta y entré de una zancada—. Huele que alimenta

eLucas.

Por fin me salía algo normal de la boca.

, —Me encanta que pienses eso. —Soltó una risita—. Espero que e esabor esté a la altura.

Viendo la comida que había en la angosta isla de cocina, que también rfuncionaba como barra de desayuno, mesa de comedor y escritorio, me era /imposible pensar lo contrario.

Como una abeja atraída por una flor, las piernas se me movieron solas ey me acercaron más. Con asombro, lo devoré todo con la mirada. En e acentro, un plato de arroz salteado con verduras de diferentes colores. A la iderecha, algo que parecía ser queso feta asado y rociado con lo que debía lser miel. Y a la izquierda, una bandeja llena de rodajas de pan tostado con lpimientos y cebollas.

Me llegó otra risita y me di cuenta de que Lucas ya no estaba delante de los fogones, sino al otro lado de la isla. Me miraba con una expresión .de diversión total.

—Vamos —dijo—, siéntate antes de que se enfríe.

Puse unos ojos como platos.

. —¿Que me… siente?

—¿Dónde vas a comer sino?

a —¿Me estás invitando a cenar? —Tragué saliva en una mezcla de sorpresa y un poco más de ese atolondramiento nervioso que me hacía ,cosquillas en la barriga—. ¿Contigo?

l Ladeó la cabeza, reflexivo.

e —Solo si tienes hambre.

a —Yo… —No sabía qué decir, algo que solía pasarme a su alrededor.

a ¿Quería sentarme y aprovechar la cena para compartir más tiempo con Lucas (antes de que nuestros caminos se separaran) o quería rechazarlo con amabilidad, hacer las maletas, irme y planear qué iba a hacer?

o Antes de que mi mente pudiera resolverlo, me rugió el estómago y le edio una respuesta a Lucas. Me avergoncé.

a —¡Ajá! —señaló, divertido—. ¡Qué vueltas da la vida! Creo que ahora ,es tu estómago el que intenta comunicarse conmigo, Rosalyn Graham. Y

me lo tomo como un cumplido. —Tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras ponía los platos sobre la mesa. Luego vino hacia mí, estiró un brazo y me acercó el taburete. Me miró a los ojos y palmeó la superficie afelpada—. Tienes hambre, así que ponte cómoda. Cuéntame cómo está tu padre.

Abrí la boca, pero enseguida la cerré.

No podía ser más dulce. Considerado. Y en un giro no tan impactante de los acontecimientos, dado mi largo historial de acecho, esto era algo con lo que había fantaseado cientos de veces. Cenar con Lucas Martín. Que me cocinase. Compartir comida.

Pero dudé. Me quedé inmóvil, excepto por mis globos oculares, que estaban ocupados en seguir sus movimientos.

—Rosie, ¿quieres sentarte? —repitió—. Diría que no muerdo, pero no te lo puedo prometer.

La siguiente inhalación se me quedó trabada en la garganta.

Me ardían las mejillas mientras me decía a mí misma que reaccionara. Que solo era una broma. Ya de por sí era seductor, divertido y cercano. Solo estaba siendo amable.

Abrí la boca y se me escapó una carcajada estridente.

Lucas levantó tanto las cejas que casi se le fusionan con el cuero cabelludo.

«Te has pasado, Rosie».

—Qué gracioso. —Me palmeé el pecho y mi chillido me hizo eco en los oídos—. Muy buena broma, de verdad. Porque no me vas a morder, eso está claro.

Lucas negó con la cabeza.

—Empezaba a pensar que había perdido mi toque —murmuró. Pero cuando por fin me dejé caer sobre el taburete, su ceño fruncido desapareció por completo. Suavizó la expresión y se puso serio—. Gracias, Rosie.

—¿Por qué me das las gracias? —respondí, mi voz, por suerte, había vuelto a la normalidad.

Se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que comí con alguien
Viajar solo tiene sus ventajas, pero también puede ser un poco solitario
Creo que me estaba empezando a sentir así. Hasta esta mañana. —Me
miró a los ojos—. Y hasta ahora.

Me quedé mirando ese par de ojos marrones unos segundos, y sent
como me derretía por dentro: era una mezcla de vacilación, torpeza y algo
emás.

—Gracias por invitarme a cenar contigo, Lucas. Es un placer, de
verdad.

«Ni te imaginas cuánto», quise añadir.

Sonrió, y su sonrisa, otra vez, transmitió felicidad y… peligro, mucho
peligro. Pude verlo mientras le miraba los labios fijamente. Si seguía
sonriendo así, como si no fuera nada, yo iba a meterme en zona de peligro.

—¿Cómo está tu padre? —volvió a preguntarme mientras me acercaba
el plato de arroz. Lo cogí y me serví un gran cucharón.

—Está bien. Tiene problemas de cadera. Se tropezó con uno de los
espeluznantes gnomos de jardín que tanto adora. —Dejé escapar un
resoplido—. Por suerte, está bien. Solo un poco dolorido. Podría haber
sido mucho peor. El gnomo fue la única baja.

—Me alegro mucho, Rosie.

Yo también. Y, por alguna razón, dudé de que me lo hubiera dicho solo
por educación.

—Gracias, Lucas. —Busqué otra cosa en la que concentrarme, así que
cogí una rodaja de pan y me la llevé a la boca—. ¡Ay, Dios mío! —Casi
gemí al saborearla—. ¿Qué les has puesto a estos pimientos? Tienen un
regusto a… ¡Guau! Están deliciosos.

—Los he caramelizado con cebollas moradas y unas especias que
encontré en un armario. —Me guiñó el ojo y le dio un mordisco a otra
rebanada—. Compré el resto de los ingredientes con el dinero que me
quedaba y el que me prestaste. —Su expresión se volvió vacilante—
Rosie, siento que te debo…

—No te preocupes —atajé antes de que empezara a darme
explicaciones—. No me importa prestarte algo de dinero hasta que te

.llegue la tarjeta. Aquí no conoces a nadie. Es lo menos que puedo hacer .Además, me has hecho la cena. —Señalé el festín digno de los dioses que ehabía servido—. No veo dónde salgo perdiendo. —Me serví un par de cucharadas del delicioso queso feta—. No sabes lo que haría por un queso ícomo este.

o —Intentaré recordarlo para la próxima.

¿La próxima? ¿Quería decir que…?

e No. Solo era una forma de hablar.

Prosiguió:

—Cocinar y luego comer es una de las pocas cosas que me animan odespués de un mal día.

a Me puse la servilleta en el regazo y me volví a concentrar en la .comida.

a —Ahora sé por qué, Lucas —le aseguré, y me contuve de preguntarle por los días malos, ya que supuse que se estaba refiriendo a la noche santerior.

n —Dime, Rosie —comentó un par de minutos después—. Lina nos ha rcontado a todos como os conocisteis, pero, si te soy sincero, me moría de ganas de escuchar tu versión de los hechos.

Con el ceño fruncido, le eché un vistazo furtivo. Aquella enorme osonrisa, que me impedía concentrarme, volvía a estar allí. Mierda. Volví a mirar mi plato.

e —¿Mi versión de los hechos? Nos conocimos en la Semana de iPresentación de InTech.

n —¡Ah! Eso no es lo que Lina nos ha contado. —Soltó una risita baja profunda y… familiar—. En casa eres toda una leyenda.

e —¿Una leyenda?

a —¡Sí! No todos los días un alma piadosa salva a mi prima de un ecaballo que se ha dado a la fuga.

. —¿Un qué? —Y así, los hechos a los que se refería me vinieron a la mente y solté la única respuesta que me parecía lógica: estallé en una ecarcajada profunda que me sacudió todo el cuerpo—. ¿Eso os dijo Lina? e—pregunté, y Lucas asintió con la cabeza—. Increíble. Bueno, en

.realidad, viniendo de Lina, no debería sorprenderme.

e —¿Intentas decirme que mi muy discreta y en absoluto dramática eprima lo adornó un poco? —Se rio—. Ya sabes, describe hasta el más ɔmínimo detalle cómo su vida pasó ante sus ojos. —Inclinó la cabeza— Todo eso antes de abrirlos y encontrarse a un ángel de la guarda con ojos verdes.

—Creo que eso explica por qué tu abuela lloró cuando nos conocimos —bromeé.

Sin apartar los ojos, Lucas me acercó la bandeja con queso.

ı —Entonces, ¿no hubo ningún caballo desbocado? —Como no cog más queso, estiró el brazo y me sirvió una cucharada—. ¿No te ɑabalanzaste y le salvaste la vida?

—Bueno —repuse mientras lo veía acomodar las manos con cara de ɛsatisfacción—. ¿Te suenan los carruajes de Central Park?

e Lucas asintió con la cabeza y echó mano a la última rebanada de pan.

—Son sobre todo para los turistas, o por si quieres tener una cita de ɑpelícula, lo que es poco… original, si quieres mi opinión. No tengo nada ɛen contra, pero estos detalles románticos deberían ser más personales. S lo piensas bien, es como… —Nuestras miradas se encontraron y, cuando ɛdetecté diversión en la suya, me callé—. Da igual. —Me encogí de ɑhombros—. No me preguntes cómo, pero uno de los caballos se soltó e iba por Central Park al paso lento típico de los… bueno, caballos. Y ahí estaba ɛLina, con los auriculares puestos, mirando Google Maps completamente perdida. —Tiempo después aprendería que mi mejor amiga carecía de ,sentido de la orientación—. Esa misma mañana había visto como le tiraba una jarra de café encima a alguien, así que sabía que no tenía muchos reflejos.

ı Lucas se rio con disimulo.

—No, no son su punto fuerte.

ɑ —¿Verdad que no? —Solté una risita—. En fin, grité para avisarla y ɑcomo no se movió, fui y la empujé para apartarla.

? Lucas hizo un chasquido de desaprobación.

ı —Está claro que no es la versión que llevo escuchando cada Navidad

desde que te conoció.

¿Cada Navidad?

¿Lucas llevaba escuchando esa historia cada Navidad?

—Perdón por decepcionarte. —Cogí el tenedor y comí un poco de arroz—. No soy un ángel de la guarda. Ni una heroína. Solo tu ingeniera típica y tópica, que ha resultado ser escritora de romántica. —Incliné la cabeza—. ¡Ay! Es la primera vez que lo digo en voz alta.

—¿Y qué tal? —Su sonrisa se volvió más cálida.

Reflexioné mi respuesta.

—Bien. Me ha gustado decirlo. Escucharlo.

Solo deseaba sentirme segura con este rumbo que había cogido mi vida. Pero no era el caso, al menos por el momento. En parte porque… alguien que solo había escrito un libro, ¿se podría considerar escritor? ¿Cómo podría alguien considerarse escritor si apenas había escrito el primer capítulo de su segundo libro?

Se me revolvió el estómago con solo pensarlo.

No sabía si Lucas se había dado cuenta o no, pero dijo:

—¿Puedo preguntarte algo más? Es un poco personal.

—Claro —respondí con un suspiro, los restos de mi baja autoestima perseguían revolviéndome las entrañas.

—No me has contado cómo te sentiste al dejar el trabajo de ingeniera. Me contaste que te preocupaba la idea que podían hacerse tus compañeros al enterarse que eras escritora y cómo creías que se sentiría tu padre ante tu renuncia. Pero en ningún momento has mencionado cómo te sentiste tú.

Era la última pregunta que esperaba que me hiciese. Una pregunta que pensé que nadie de mi alrededor me haría.

¿Cómo me sentía? Sabía por qué lo había hecho. Pero ¿había tomado la decisión correcta? ¿Una parte de mí se arrepentía? El hecho de que no hubiera sido capaz de escribir ni una sola palabra desde entonces, ¿era una señal de que había cometido un gran error?

—Sé que no me incumbe —aclaró tras un largo silencio de mi parte. Su sonrisa se torció, casi cohibida—. No pasa nada.

—No… —Me quedé sin voz.

Me miró durante unos segundos y, como no agregué nada más, siguió comiendo, como si no fuera nada del otro mundo. Porque, para él, no lo era.

—No estaba mal. —Me echó un vistazo muy despacio, como si un amovimiento brusco pudiera espantarme—. Creo que sería feliz trabajando aen InTech si no hubiera encontrado algo que… me apasiona. Algo que me hizo entender lo que es amar lo que haces. Algo que me ha completado de una forma que la ingeniería nunca ha hecho, aunque no lo supiera y estuviera satisfecha. —Exhalé todo el aire que había retenido y me sentí como un globo al que habían pinchado—. Por eso me cuesta tanto hablar idel tema. Porque este sueño nuevo parece tan… frágil. Quiero decir, lo .tengo en mis manos, pero lo siento tan… nuevo, extraño, que me da ?pánico que pueda caerse y hacerse añicos, así que solo… me quedo quieta ly lo observo en silencio.

Y porque cada día que me acercaba un poquito más a la fecha de entrega (dentro de ocho semanas), cada día que pasaba sin escribir ni una sola palabra o sin poder conectarme con lo que sea que había tenido dentro hasta hacía poco, sentía que estaba fracasando. Que yo estaba fracasando.

a —¡Ey! —La voz de Lucas me hizo darme cuenta de que me había quedado mirando un punto con la mirada perdida—. Eres una guerrera .Rosie. —Esbozó una media sonrisa—. No lo olvides. Es algo de lo que sdeberías sentirte orgullosa.

e Guerrera. Nunca me habían llamado algo así. Ni una sola vez. Siempre decían que era prudente, responsable, motivada… pero nunca guerrera.

e —Gracias —murmuré tan despacio que no estaba segura de que me hubiera oído—. Me vale. —Me enderecé en mi taburete—. Aparte de ococinar, ¿qué más te hace sentir mejor cuando estás bajo de ánimos?

o Lucas se quedó pensando la respuesta unos segundos. Luego, se ainclinó sobre los codos. Muy despacio. Bajó la voz, como si me estuviera revelando un secreto, y sentí que yo también me inclinaba hacia delante.

. —Algo casi tan divertido como comer pero que implica mucha menos ropa. —La respiración se me atascó en la garganta, sin importar que estaba en medio del proceso de tragar. En consecuencia, un grano de arroz se fue

ópor dónde no era y acabé en medio de un ataque de tos—. *Por Dios* —lo
pescuché decir entre bocanada y bocanada—. Rosie, ¿estás bien?

Nop. Para nada. Saltaba a la vista. Porque la imagen mental de Lucas
n(con mucha menos ropa de la que llevaba y haciendo cosas divertidas) me
phabía dejado incapaz de realizar las funciones corporales más básicas.

e Como no respondí y solo continué tosiendo, dejó escapar una
emaldición en lo que juraría que era español. Se puso de pie y vino hacia
ymí.

í Antes de que se le pasara por la cabeza rodearme con los brazos y
rhacerme la maniobra de Heimlich, tomé cartas en el asunto y me estiré
pencima de la mesa para coger un vaso de agua.

a —Espera, Rosie —me advirtió mientras yo me llevaba el vaso a la
aboca—. ¡No tan rápido! Eso es… Vale.

Me acabé el agua y dejé el vaso en la mesa.

e —Vino —murmuré, casi sin aliento—. Era vino blanco. —Algo de lo
aque no me había percatado. Porque… Bueno, había estado ocupada
omirando a Lucas.

—Sí —admitió, y pude escuchar la diversión en sus palabras—
aBueno, ha hecho el trabajo.

, —Síp. —Me aclaré la garganta y me incorporé sobre el taburete
erehusándome a mirarlo. «Dios mío, tenemos parar de hacer esto»—
Puedo… ¿Puedo llenarme el vaso, por favor?

e —¿Estás segura? Te acabas de beber un vaso entero —respondió al
cabo de un rato.

e Sentía los ojos de Lucas sobre un lado del rostro. Al final me atreví a
eenfrentarme a su mirada. Me estaba examinando.

—Apenas bebo. Muy de vez en cuando. —Suspiré—. Pero hoy no le
ediría que no a un par de copas de vino. O esta semana en general. Además
acasi hemos acabado de comer, así que necesito otra cosa con la que
distraerme. —Parecía un poco sorprendido por mi confesión, así que
sagregué—: Algo que no implique mucha menos ropa.

a Despacio y reticente, Lucas me sirvió más líquido dorado.

e —Tu hermano —señaló sin darle vueltas—. Mencionaste que te ha

estado ignorando. ¿Por eso no le dirás que no a un par de copas?

—Tienes muy buena memoria —murmuré.

—Se me da bien escuchar. —Volvió a su sitio, al otro lado de la isla, y ese aseguró de mirarme a los ojos—. No ha ido, ¿verdad?

Entrecerré los ojos hasta que acabaron siendo dos rayas.

—¿Quién eres? ¿El doctor Phil?

—¿El doctor… qué?

—Es psicólogo, tiene un programa de televisión. —Extendí el brazo para coger el vaso—. La gente va, el Dr. Phil les examina el alma y ¡boom!, desentierra y expone sus preocupaciones más profundas.

Lucas sonrió con satisfacción.

—¿Es guapo? ¿Por eso te recuerdo a él?

Una carcajada me trepó por la garganta y se me escapó antes de que pudiera detenerla.

—¡Por Dios, no!

La media sonrisa de Lucas se desdibujó.

—Ah.

—A ver, eres guapo —aclaré, ya que me parecía necesario. Aunque de inmediato me arrepentí—. Objetivamente. Para el resto de la gente. No subjetivamente, solo para mí. Si hablamos de forma objetiva, eres guapo… creo.

—Solo… ¿lo crees? —Lucas frunció los labios—. Siento que debería tomármelo como un cumplido, pero me está costando.

«Si tú supieras…», pensé.

Pero, en vez de eso, comenté:

—Lo que quiero decir es que parece que te haya estado utilizando como soporte psicológico. ¿Hace cuánto que nos conocemos? ¿Un día? Y ya sabes más de mí que mucha de la gente que me rodea. —Me encogí de hombros—. Por eso te estaba comparando con el Dr. Phil.

Sonrió.

—Que las chicas guapas se aprovechen de mí no me molesta lo más mínimo.

Chicas guapas.

Mi estúpido corazón iba a mil.

Me acerqué el vaso a los labios para ganar algo de tiempo. Traté de concentrarme en que había dicho chicas, en plural, y no chica, en singular que vendría a ser yo, Rosie. Aunque tampoco es que me importase. Estamos hablando de Lucas Martín. Cuando se acabase la noche, ya no habría nada que nos uniese, teniendo en cuenta que Lina no estaba en Nueva York para poner alguna excusa que nos hiciera volver a vernos. Y no podíamos obviar que, en mes y medio, él se subiría a un avión para dejar el país. El continente. Así que no importaba si se estaba refiriendo a mí o no.

—Pues mi hermano —retomé el hilo para llevar la conversación a un terreno más seguro— no ha aparecido. Me ha dejado plantada. Otra vez.

Lucas asintió con la cabeza.

—¿Te ha dicho por qué?

—No. Ya no me cuenta nada de nada. —Busqué mi servilleta, solo para tener las manos ocupadas con algo—. Y ese es el problema. No sé qué le pasa, es como si ya no lo conociera, como si ya no quisiera que reforme parte de su vida. —Negué con la cabeza y estrujé la tela entre los dedos—. Y eso, aunque parezca increíble, me pone muy triste.

Levanté la mirada y me encontré con la de Lucas mientras masticaba el último bocado.

—¿Y tu padre?

—Estoy segura de que se está culpando, pensando que podría haber hecho algo si se hubiera quedado en la ciudad. —Dejé la servilleta al lado del plato y cogí el vino otra vez—. Por eso siempre le cubro las espaldas. Le digo que está ocupado, que tiene un nuevo trabajo, que está viviendo su vida, que ya es un adulto y que tenemos que darle espacio para que madure por sí solo. Pero ni yo me lo creo. —Me bebí la copa de un trago —. Me da que no nos lo ha contado todo, que nos oculta algo.

Lucas asintió. Evadí su mirada.

—¿Qué crees que es?

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

—No lo sé, Lucas. —Me concentré en él y me esforcé por sonreír—

¿Lo ves? Es una noche ideal para tomarse dos copas de vino.

Lucas se quedó en silencio, parecía perdido en sus pensamientos. Después comentó:

—A veces, ocultamos cosas a las personas que queremos por razones que ni siquiera nosotros entendemos. —Y, por alguna razón que no puedo explicar, sus palabras me parecieron una confesión. Prosiguió—: Dale algo de tiempo. Ya se dará cuenta de lo aislador que puede ser tener secretos.

Sombras de preocupación le cruzaron la mirada. Tardé un poco en contestar:

—Ojalá tengas razón, Dr. Phil. —Me moví en mi asiento y recordé que no era la única de esa habitación que había tenido un día complicado— Debería irme. Seguro que estás cansado después de las veinticuatro horas más extrañas de tu vida.

Soltó una risita y volvió a ser el Lucas alegre de siempre.

—«Extrañas» no es la palabra que usaría —admitió.

«Yo tampoco», pensé. Pero no dije nada mientras me levantaba. Las dos copas de vino que había ingerido en tan pocos minutos se me subieron a la cabeza y me tambaleé un microsegundo.

Lucas frunció el ceño.

—¡Ups! Me he levantado demasiado rápido. —Le resté importancia con una risa jovial—. Bueno, la cena ha estado genial, Lucas. En serio. La mejor que he tenido en mucho tiempo. Gracias por invitarme.

Se le contrajo la boca, y me hizo desear que me dedicara una última sonrisa radiante antes de irme, pero no fue el caso. En vez de eso, se puso de pie y caminó hacia el salón. Me dejó allí, observando como su esbelta y ancha espalda se movía con cada paso. Se tiró encima del enorme sofá con el que mi mejor amiga se había encaprichado hacía alrededor de un año.

Se estiró para coger el mando y encendió la televisión. Apretó algunos botones y abrió el menú de aplicaciones que Lina tenía instaladas.

—Te juro que tiene todas las plataformas de *streaming* que existen.

—Ajá —mascullé. Me preguntaba si iba a despedirse—. Sí, nos hemos pasado muchas noches usándolas. —Mejor dicho, todas las noches—. C

solíamos hacerlo, antes de Aaron y la boda.

Y en ese momento, me di cuenta de que quizá Lucas no era el único que se había sentido un poco solo últimamente. Quizá yo también.

Se dio media vuelta y me miró por encima del hombro.

—¿Vienes o qué? —Parpadeé. Su sonrisita de satisfacción volvió a reaparecer—. No me mires así. Te voy a dejar escoger.

—Debería… —dudé—. Creo que debería empezar a recoger mis cosas. Tengo un montón y saqué más de las necesarias. Tampoco he reservado ninguna habitación de hotel, y debería hacerlo. —Eso dejaba en evidencia lo dispersa que había estado todo el día. Porque yo era «Rosie la que siempre está lista», y, en otra ocasión, buscar un sitio dónde pasar la noche hubiera encabezado mi lista de cosas por hacer.

—O puedes relajarte mientras miramos algo, y después te ayudo con tus cosas —señaló Lucas. Bajó la vista y se miró el reloj—. Solo son las ocho y media. Y piensa que no le dejo el mando a cualquiera.

—Creo que… —Di un paso hacia delante y sentí que la cabeza me daba vueltas. «Por esto no sueles beber alcohol»—. Creo que relajarse nunca le ha hecho daño a nadie. —Otro pasito más—. Creo que… podría quedarme.

—¿Entonces qué estás esperando, Rosie?

No solo lo creía. Quería estar así de mal para acortar la distancia, coger el mando y sentarme a su lado en el sofá. O al menos así lo quería el vino.



Después de un par de episodios de mi serie favorita, no me había relajado pero había sucumbido al agotamiento mental de las últimas horas… y días y semanas.

Me moví por el sofá, relajada, me giré y dejé caer la cabeza sobre el cojín. Mis ojos somnolientos se fijaron en el perfil de Lucas.

Nariz definida, mandíbula fuerte, pómulos altos, labios carnosos… y ese pelo. Aquellos rizos largos que se las arreglaban para hacer que mi estómago se llenara de sorpresa y algo más. Algo… más cálido y en lo que

no quería pensar. No cuando solo podía mirarlo.

Síp. Ese nuevo corte de pelo le quedaba bien. Mucho mejor que cuando se lo había rapado.

Antes de que supiera lo que estaba haciendo, me escuché murmurar:

—¿Lucas?

Vi cómo se le curvaban las comisuras de los labios antes de que me escontestara en un murmullo:

—¿Rosie?

Solté una risita.

—Creo que aún voy un poco piripi. Y estoy muy cansada. Voy a caer aen cualquier momento si no me levanto ahora mismo.

El que se rio fue él.

—Podrías —replicó, pero luego se calló y se le tensó el cuello. Giró la escabeza y se aseguró de mirarme a los ojos—. ¿Eso te preocupa? —Frunc el ceño, me estaba costando seguirlo. Levantó las cejas—. No debería eSabes que estás a salvo conmigo, ¿no?

¡Oh!

Ante la seriedad de su tono, el estómago se me estrujó.

—Lo sé. —Lo decía en serio. Sabía que estaba a salvo con él. Relajó la expresión y los hombros, lo que me causó una sensación de satisfacción rprofunda que no entendí—. ¿Sabes por qué lo sé? —pregunté. Esperó m respuesta—. Porque te diste cuenta de que estaba mareada, y por esc insististe en que me quedara. Querías asegurarte de que estuviera bien antes de que me fuera.

Asintió con la cabeza, parecía estar pensando en algo. Para m sorpresa, volvió a mirar la tele y bajó la voz:

—Silencio, por favor. Intento ver mi serie.

Ese comentario me arrancó una sonrisa estúpida. Porque no era su serie. Era la mía. Llena de vampiros, hombres lobos, anillos mágicos lmedallones encantados, curas místicas y mucho drama.

—¿Lucas? —repetí al cabo de pocos minutos.

Se le volvieron a tensar las comisuras.

—¿Si, Rosie?

—Gracias. —Por escuchar. Y por esta noche. Y por hacerme sentir… emenos sola. Un poco menos abrumada, aunque solo fuesen unas horas— Necesitaba hablar con alguien. Solo quería que lo supieras.

Me miró y seguro que vio la seriedad de mis palabras en la cara porque me preguntó:

e —¿Qué pasa?

El vino quizá había aniquilado el último de mis filtros, y su expresión era tan tierna y gentil que era imposible no responder.

—¿Te acuerdas de mi nuevo sueño? —pregunté, y solté un gran y rlargo suspiro mientras acomodaba la almohada—. Me estoy acercando a la fecha de entrega. —Bajé la voz y susurré—: Es mi oportunidad de demostrarme que no me equivoqué, Lucas. Y me da miedo no conseguirlo

a Una parte de mí se dio cuenta de que no le estaba dando demasiada íinformación. Aunque en realidad no le estaba contando el verdadero .problema: yo, que me sentía como alguien a quien le habían cortado el suministro de oxígeno cada vez que abría ese manuscrito; yo, que me ahogaba en la presión y me paralizaba ante el miedo; yo, bloqueada Estancada.

a Pero Lucas giró todo el cuerpo hacia mí y apoyó la cabeza sobre un ıcojín, imitando mi postura.

i Tenía los labios bien cerrados, rígidos.

o —Lo vas a solucionar, Rosie. —En su mirada brillaba una confianza ıque yo aún no había logrado—. Has llegado hasta aquí. No necesito tener más información para saber que vas a seguir adelante. Eso es lo que hace ila gente guerrera.

Guerrera. Me gustaba como se sentía. Que él me llamara así.

Pero todavía quería decirle que no estuviera tan seguro. Que podría ıacabar siendo un fraude, o una fracasada. Que podría haber cometido un ,error. Pero no me salía ser negativa cerca de Lucas, que se las ingeniaba para brillar con una luz resplandeciente.

—Ojalá tengas razón.

—¿Quieres que nos juguemos algo? —dijo en voz baja, con un tono solemne.

. Solté una risita.

. —Mejor no.

—Bien, porque sé que ganaría.

, Sonrió, y creo que yo también.

El tiempo pasó mientras nos mirábamos el uno al otro, con la tele de fondo. Y, en algún momento, segundos o minutos después, sentí los ıpárpados cada vez más pesados mientras iba perdiendo la conciencia poco a poco y un pensamiento vago e inesperado iba cogiendo forma en mi ymente.

a ¿Qué hubiera pasado si Lucas hubiese ido a la boda de Lina y Aaron, si enos hubiéramos conocido ese día? ¿Hubiese sido tan fácil hablar con él?

. Pero antes de poder conjeturar una respuesta, el sueño ganó la batalla.

a

)

l

e

.

ı

a

r

e

a

ı

a

)

Solté una risita.

—Mejor no.

—Bien, porque sé que ganaría.

Sonrió, y creo que yo también.

El tiempo pasó mientras nos mirábamos el uno al otro, con la tele de fondo. Y, en algún momento, segundos o minutos después, sentí los párpados cada vez más pesados mientras iba perdiendo la conciencia poco a poco y un pensamiento vago e inesperado iba cogiendo forma en mi mente.

¿Qué hubiera pasado si Lucas hubiese ido a la boda de Lina y Aaron, si nos hubiéramos conocido ese día? ¿Hubiese sido tan fácil hablar con él?

Pero antes de poder conjeturar una respuesta, el sueño ganó la batalla.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 6
Lucas

ABRÍ LOS OJOS DE GOLPE, CON LA RESPIRACIÓN ATASCADA EN LA GARGANTA.

Me llevé una mano al pecho. No podía respirar.

Yo… *Joder*.

Despacio, me las arreglé para frotarme el tórax en círculos, en un intento de aliviar la presión que me oprimía los pulmones.

«No estoy en el agua», me recordé. «Estoy respirando».

Y estaba durmiendo.

Desorientado, dejé que mi mirada deambulara y reconociera el espacio iluminado por lo que tenía que ser la luz de primera hora de la mañana. Había un cuadro de colores en una pared. En la isla de la cocina descansaban dos copas de vino. Mi mochila gastada yacía a los pies del sofá en el que estaba recostado.

El sofá.

¿Había vuelto a quedarme dormido en el sofá de la abuela? No, este no era su sofá de dos plazas hecho polvo que sin lugar a duda había visto épocas mejores. Tampoco era su salón. Los muebles y la decoración eran modernos y vibrantes. Me recordaba a…

Entonces me volvió todo a la mente.

No estaba en España ni en la casa de mi abuela. Estaba en Nueva York. En el piso de Lina. Y había pasado la noche en su sofá.

Me froté la cara varias veces y me restregué los ojos, todo mientras repetía el mantra que había usado en innumerables ocasiones durante los últimos meses.

«Solo era un sueño. Estoy bien».

Aunque la última parte podría ser mentira. Estaba tan bien como podía estar. Porque esta era mi nueva vida. No Nueva York, sino esto. despertarme bañado en sudor frío; con los músculos, que alguna vez habían estado en un estado excelente, adoloridos, tensos y poco fiables.

A mi izquierda, un ronquido suave me llamó la atención. Con una mueca de dolor, levanté ambas piernas del sofá y busqué el origen del sonido. No tardé mucho en divisar una figura que yacía en medio de la cama. Rizos oscuros desparramados sobre la almohada.

Rosie. Rosalyn Graham.

No me sorprendió que se hubiera quedado dormida. De hecho, me impresionó que no cayera rendida hasta el cuarto o quinto capítulo de esa serie de vampiros que se sabía de memoria. Aunque nos habíamos esforzado por quedarnos despiertos (ella porque tenía la intención de irse y yo, mierda, porque esa serie era como una droga), nos habíamos quedado dormidos de todos modos. Y no había sido hasta un par de horas después que me desperté con un calambre y me la encontré roncando a mi lado. Así que, sin pensarlo, apagué la televisión, recogí a Rosie lo mejor que pude y la llevé a la cama.

La conversación de la noche anterior me vino a la mente: no éramos tan distintos, ella y yo, ambos le teníamos miedo al futuro. La diferencia era que Rosie tenía el mundo a sus pies y, en mi caso, el mío se había derrumbado. Aparté la mirada de la silueta de Rosie y fui al baño. Sentía la piel pegajosa y el cuerpo tenso, así que cerré la puerta detrás y me metí en la ducha.

Después de pasar una cantidad indecente de tiempo bajo el agua hirviente, me obligué a cerrar el grifo, envolverme una toalla alrededor de la cadera, coger mi ropa y salir del baño.

Volvía a sentirme como yo mismo.

Negué con la cabeza mientras inspeccionaba el pequeño, aunque muy bonito, piso de Brooklyn, Nueva York. ¿Cómo lo llamaba Lina? ¿Su estudio? No me acordaba. Pero, si consideramos que era un espacio abierto, sin habitaciones, a excepción del baño, supongo que le ponían un nombre extravagante para hacerlo más elegante. Como esos programas de remodelación estadounidenses que tanto le gustaban a la abuela cuando los daban doblados por la tele.

—¿Lucas? —La voz de Rosie me devolvió al presente.

Me di la vuelta y me la encontré sentada en medio de la cama, con e

ıedredón enroscado en las piernas. Parecía que acababa de despertarse lpero tenía los ojos, de un verde increíble, muy abiertos.

ı Dibujé una sonrisa.

—*Buenos días*.

Bajó la mirada, aunque enseguida volvió a levantarla.

ɐ —¡Ay, por…! ¡Ey! Sí. Hola —tartamudeó, sonrojada—. Bu… Buenos ıdías.

ʃ Fruncí el ceño.

ʎ —¿Estás bien?

ɔ Sus ojos me recorrían el pecho. Al principio, despacio; luego, con ,desesperación. Como si no supiera dónde mirar.

. —Te has duchado —señaló—. Y ahora solo llevas una toalla.

ɐ Seguí la dirección de su mirada para verificar si había algún problema con mi vestimenta (o toalla) y me aseguré de que las cicatrices de la ʃrodilla y el muslo no quedasen a la vista. Todo estaba en orden y la toalla ɹcubría la mayoría de las marcas. La volví a mirar a la cara.

ı —¿Pasa algo?

ı Negó con la cabeza, observándome una última vez.

í ¡Ah! No pasaba nada. Solo me estaba mirando. Descaradamente. Diría que sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

ı Posó la mirada en el tatuaje que me había hecho en el costado ɘizquierdo y me cubría gran parte del tórax. Me examinó un buen rato.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunté con el tono más serio que pude incapaz de contenerme.

ʎ Levantó la mirada de golpe.

ɹ —Perdón, ¿qué?

ɔ —¿Te gusta lo que ves? —repetí intentando contener la risa.

ɹ —¡Ah! No te estaba mirando con lujuria. Es que… me encantan los ɘtatuajes. —Cambió de tema con rapidez—. De hecho, me fascinan. Solo lo ʃestaba mirando. ¿Es una ola? Es precioso. Un trabajo increíble. ¿Te dolió? Seguro que sí. —Respiró hondo—. Me gustan los hombres que llevan tatuajes. La gente en general.

l Por instinto, me llevé la palma al costado y repasé el diseño. Lo froté

,con los dedos para que redirigiera su mirada allí.

—Me alegro de que lo apruebes. —Solté una risita—. Por un segundo pensé que había cruzado la línea al salir solo con una toalla. Pero creo que estabas un poco distraída… —Hice una pausa—. Con el tatuaje.

—¡Ah, sí! —Rosie asintió con vigor—. Por completo. Podrías pasearte sdesnudo y ni me inmutaría.

—Bien —respondí, fingiendo que la creía. Aunque sabía que no era cierto. La afectaría. Si dejase caer la toalla, seguro que se moriría de vergüenza. Y ese dato me alegró sobremanera—. Me apunto que te parece ıbien que haga nudismo.

—Fantástico —chilló—. Genial. De verdad.

Escondí una sonrisa y me alejé.

ı —Aún es temprano. ¿Te he despertado con la ducha?

ı —No, no —repuso mientras yo iba hacia mi mochila y la abría de un ıtirón—. Siempre me despierto al amanecer. No suelo dormir mucho.

—Entonces ya somos dos. —Saqué una muda de ropa y le eché un vistazo a Rosie—. ¿Necesitas el baño o puedo entrar a cambiarme? —pregunté cruzándome de brazos. Contraje el bíceps, solo un poco, porque ısu atención me subía el ego. Bajó la mirada de inmediato mientras ponía unos ojos como platos—. O podría cambiarme aquí. Ya que no tienes ɔningún problema con…

—¡No! —Se apresuró a responder—. Ve, por favor. Voy a preparar ,algo de café.

Con un asentimiento de cabeza, desaparecí dentro del baño. Cuando volví, Rosie estaba dejando dos tazas en la encimera. Se había cambiado el jersey y ahora llevaba un top negro sin mangas y el pelo recogido en un moño alto. Sin querer, mi mirada le recorrió la nuca, la garganta y los shombros, bajando por los brazos y la espalda. Seguí las suaves curvas de ɔsu cuerpo y, sin remedio, llegué a su culo. Lo tenía muy bonito, redondo… ? Me estremecí.

ı No. No podía observarla de esa forma. No cuando estaba a punto de proponerle el plan que había elaborado en la ducha.

é Rosie se giró y me miró con súplica en los ojos.

—Te juro que ayer quería irme. Lo siento, me quedé dormida.

—No te disculpes. —Sacudí una mano para darles fuerza a mis palabras—. Estabas exhausta, y yo también. Los dos nos quedamos dormidos.

Reflexionó.

—Me llevaste a la cama, ¿no? No tenías que hacerlo, de verdad. —Cogió la cafetera y la dejó en la isla—. Me podría haber quedado en el sofá.

—No fue nada. —Me encogí de hombros.

Empujó un taburete y se sentó frente a mí.

—Me parece muy tierno. —Desvió la mirada y se ocupó de la cafetera —. Ya sabes, Lina no para de decir que eres muy bruto, aunque me sigo preguntando por qué.

—¡Ah! —Solté una risa—. Créeme, tiene muchas razones para decirlo. De pequeño era su peor pesadilla. Y de adolescentes. —Disimulé una sonrisita—. Bueno, lo sigo siendo de vez en cuando.

—Parece que a mí me estás dedicando tu mejor versión.

Encontré su mirada mientras me acercaba mi taza de café.

—Me encanta que pienses eso.

—¿Te encanta? —Frunció un poco el ceño—. ¿Por qué?

Me preparé y esperé a que diera el primer sorbo. Luego respondí:

—Porque pienso que deberías quedarte.

Rosie bajó su taza muy despacio.

—¿A desayunar?

—No, me refiero a todo el tiempo que quieras o necesites. —Dejé que asimilara mis palabras y después agregué—: Quédate aquí, en el piso de Lina, conmigo.

Levantó una ceja.

—¿Qué? No puedo.

—¿Por qué no? —Derramé un poco de café.

La convicción de mi voz trabajó a mi favor, porque tartamudeó:

—Porque tú eres… eres… Lucas. Y yo no… vivo aquí.

—No puedes quedarte en tu piso —señalé mientras cogía la taza entre

mis manos—. Y creo que tampoco puedes confiar en tu padre. De ser así sahora estarías en su casa. Corrígeme si me equivoco.

s Rosie hundió los hombros.

—No. No te equivocas.

La noche anterior no lo había dicho con esas palabras, pero lo supuse -Me di cuenta. Lo entendí. Mucho más de lo que me animaría a admitir.

l —Pues quédate. Tómate tu tiempo para resolver tus asuntos.

—Pero es un estudio, solo hay una cama, y Lina te dio las llaves a ti Lucas.

—Podemos compartirlo, si no te supone un problema. —Se le pusieron alas orejas rojas. Ladeé la cabeza—. El piso, no la cama.

o Dejó escapar una risa sin ganas.

—Por supuesto. —Hizo una pausa—. Pero ¿por qué me preguntas a m .si me parece bien?

a —La noche que llegué me dijiste que no podíamos estar aquí los dos por eso pregunto.

—Tienes razón —murmuró. Se le apagó la voz por lo que parecía ser mucho arrepentimiento—. Pero no lo decía en ese sentido. No me molesta compartir el piso contigo. Para mi sorpresa, eres… maravilloso. En realidad, ni siquiera debería sorprenderme. —Fruncí el ceño y me pregunté qué había querido decir con eso. Rosie, perdida en sus pensamientos, se llevó una mano a la cabeza y se arregló, distraída, el pelo rizado—. Mi plan era encontrar un hotel barato o un Airbnb, algo así Ayer empecé a buscar, en el camino de vuelta, pero eran…

e —Caros —terminé por ella—. Y cansado. Lo sé. Yo también busqué eantes de que Lina me ofreciera su casa. —Me incorporé y me aseguré de mirarla a los ojos—. Quédate aquí, Rosie —le ofrecí por última vez. No iba a presionarla—. Todo el tiempo que quieras o necesites. Pero no… No tires el dinero en una habitación con el precio inflado para salir corriendo de aquí solo porque crees que me vas a causar molestias. Te lo estoy ofreciendo yo.

Algo nuevo se cristalizó en su expresión. Algo que, pondría la mano en el fuego, significaba que se lo estaba pensando.

Titubeó y luego preguntó:

—¿No te voy a invadir?

—¿Te parece que yo te invado a ti? —Negó con la cabeza—. Hemos pasado la noche juntos y todo ha ido bien, ¿verdad? —sostuve, y ella se encogió de hombros—. Y te estás olvidando de que soy un turista. Así que durante el día apenas voy a estar aquí. Tendrás mucha tranquilidad para concentrarte, trabajar y llegar a tu fecha de entrega.

Se le levantó el ánimo, aunque enseguida suspiró:

—Pero no puedo dejar que duermas en un sofá.

Lo examiné, sin verle el problema.

—He dormido en peores sitios que un sofá de un piso moderno de Brooklyn.

—¿Qué sitios?

—En el sofá viejo de la abuela, un colchón inflable, sobre una toalla en la arena o el suelo de mi furgoneta si el colchón inflable se empapaba por la lluvia, lo que pasaba muy a menudo. —Levanté un hombro—. Puedo hacerlo. Me pasé meses en la carretera. Así que, créeme, este sofá suave y elegante es como un sueño.

Rosie se tomó su tiempo para procesar mis palabras.

—¿Dormías en la carretera porque ibas a competir? —Una ola de cruda y pesada realidad me inundó—. Lina presumía de primo cada vez que te clasificabas para un torneo —explicó Rosie—. Me enseñaba fotos. Tuyas. —Eso se me instaló como una piedra en el estómago, porque ni Lina ni el resto de la familia Martín estaba al tanto de lo mucho que había cambiado todo. Rosie se acercó la taza a los labios y me sorprendió al repreguntar—: ¿Por eso tu inglés es tan bueno?

Gracias a un sutil giro en la dirección de la conversación, solté una risita.

—Sí. Me he pasado los últimos cinco años con personas de otros países y lejos de casa más que en España. No tuve otra opción que… aprender. Me empapé de expresiones comunes.

Algo pareció titilar en los ojos de Rosie. Se le extendió por todo el rostro.

—Me quedo —confirmó—. Hasta que averigüe cuándo voy a poder volver a casa. El casero debería decirme algo esta semana.

Asentí con la cabeza e ignoré la sensación de alivio que me invadió.

—Todo el tiempo que necesites.

—Ah, y me voy a hacer cargo de la compra mientras esté aquí. —Me señaló con el dedo—. Incluso cuando hayas recuperado tu tarjeta de crédito. Es lo mínimo que puedo hacer. —Abrí la boca para quejarme pero ella me detuvo y, moviendo el dedo índice, agregó—: No es negociable.

—De acuerdo —acepté con un suspiro—. Pero solo si yo cocino para los dos.

—Vale. —Dejó caer ese dedo combativo—. Pero yo lavo los platos.

—Trato hecho.

—¡Ah! —Se enderezó en su taburete—. Y te quedas con la cama. Yo dormiré en el sofá.

Ni de coña era una opción, pero me parecía adorable que creyera que aceptaría.

—Rosie…

Me sonó el móvil, inundando el piso e interrumpiendo nuestra conversación.

—Quizá es importante —comentó—. Deberías cogerlo.

Con un asentimiento, corrí a buscar el móvil. El nombre de mi hermana iluminó la pantalla y me notificó que era una videollamada.

—*Hermanita*.

—¡Lucas! —chilló, y su pelo rojo fuego se balanceó con su entusiasmo —. *¿Cómo está mi persona favorita en todo el mundo mundial?*

¿Su persona favorita en el mundo? Mi hermana nunca me decía esas cosas, a menos que…

—¿Qué has hecho, Charo? —le pregunté en español.

Habló ofuscada, como si estuviera ofendida.

—¿Disculpa? Soy una santa, ya lo sabes.

Resoplé. Y, como no era una santa, le pregunté:

—¿Taco está bien?

Mi hermana puso los ojos en blanco cuando un ladrido sonó en la oscuridad.

—Eres un papi de cachorros sobreprotector. ¿Lo sabías? Taco está perfectamente bajo mi cuidado.

Algo se movió a su lado, la imagen se volvió borrosa unos segundos. Luego, un hocico familiar apareció en la pantalla.

—*¡Hola, chico!* —saludé a mi mejor compañero, apenas pude contener la emoción—. *¿Estás siendo un buen chico?* —Taco ladeó la cabeza ante el sonido de mi voz, luego un gemido salió del celular—. Yo también te hecho de menos, colega. —Con eso me gané un ladrido de entusiasmo—. ¿Charo te está cuidando bien?

Taco se giró y le lamió la cara a mi hermana, después miró a cámara y le hizo lo mismo al móvil.

—*¡Taco, no!* —La voz de Charo se amortiguó con la lengua de mi perro, que seguramente estaba tapando el micrófono. Después de unos segundos de lucha, ambos retornaron a la pantalla—. Tu perro lo lame y se lo come casi todo, ¿es normal?

Me reí con disimulo.

—Sí. De tal palo, tal astilla. ¿No es cierto, Taco? —Me ladró a modo de afirmación—. Hace unos meses, se coló en el almacén de mamá y le masacró un jamón. Uno bueno. Se puso furiosa. Por eso se ha negado a cuidarlo estos tres meses—. Pero eres un buen chico, ¿no es cierto, Taco? Solo tienes un poquito de hambre cada minuto del día. —Charo negó con la cabeza mientras Taco se sentaba muy orgulloso a su lado—. Ey, amiguito, quiero que conozcas a alguien. —Me volví y busqué a Rosie. La encontré justo donde la había dejado, sentada en el taburete, solo que ahora estaba boquiabierta.

Se señaló a sí misma.

—¿A mí?

—Sí, a ti. —Me levanté a buscarla, me situé a sus espaldas y extendí un brazo delante de nosotros—. ¿De quién más estaría hablando? —Me incliné y me acerqué para asegurarme de que Charo y Taco nos pudieran ver a los dos. Con el cambio de posición, le rozaba los hombros con el

apecho. Era imposible ignorar lo rígida que estaba. Me preguntaba si no me
 había pasado de la raya al invadir su espacio personal—. Taco, esta es
áRosie, mi nueva amiga. Y, Rosie —le eché un vistazo a su perfil y le
 estudié el cuello y las mejillas sonrojadas, con pecas debajo del rubor que
.le cubría la piel—, este es mi mejor amigo, Taco. Y mi hermana, Charo.

Los labios de Rosie se entreabrieron en una exhalación justo cuando
rgiró la cabeza para mirarme. En cuanto nuestras miradas se encontraron
eme di cuenta de que su expresión no tenía nada que ver con que se sintiera
eincómoda con nuestra cercanía. Me estaba examinando.

. No pude evitar morderme el labio.

Sacudió la cabeza y volvió a prestar atención a la pantalla. E
ymovimiento me dejó un sabor dulce y frutal. Como…

Un ladrido me captó la atención.

i —Hola, Taco —saludó Rosie. Pude ver su sonrisa en un pequeño
scuadrado en la pantalla—. Encantada de conocerte por fin.

e «¡Ajá! Así que “por fin”».

Rosie continuó:

—Y, Charo, ¿cómo estás? Me alegro de verte. No tenía ni idea de que
oLucas y tú erais hermanos. Nadie lo mencionó. No es que tenga
eimportancia, por supuesto. Solo me sorprende porque sois tan…

a —Diferentes —acabó Charo—. Lo sé, *cariño*. Es por el pelo, ¿verdad?
?Ya sabes, todos pensaban que Lucas también iba a ser pelirrojo. Era eso o
ıcalvo. Ambos corren por el ADN de la familia. Todos dieron por sentado
,que se había rapado para esconder una calvicie incipiente. ¿Y sabes qué?
aNadie lo hubiera culpado.

e Suspiré.

—Charo, ya sabes que fue por…

—La competición, sí —terminó por mí. Y sentí el espasmo de dolor
 que acompañaba el recuerdo—. Porque es más cómodo con el agua salada
íla luz del sol y toda esa vaina. Pero ahora que estás de vacaciones —
eagregó, y me costó mantener la expresión neutral. No quería darle ningún
ıindicio de que, aunque mi estancia en Estados Unidos no era indefinida
lmis vacaciones sí lo eran—, nos has demostrado a todos que nos

eequivocábamos, ¿no es así, *ricitos de oro*?

s Resoplé.

e Rosie repitió:

e —¿*Ricitos de oro*?

Y aunque su pronunciación no era perfecta, sonaba tan dulce que la opesadez de mis entrañas se esfumó unos segundos.

, —*Goldilocks* —le traduje. Se rio por la nariz y le di un suave empujón acon el hombro—. Ni siquiera soy rubio. Y no llevo el pelo largo ni rizado Así que…

—Lo que tú digas, *ricitos* —replicó Charo antes de centrar toda su latención en mi nueva y temporal compañera de piso—. En fin, Rosie, no sé nada de ti desde la boda de Lina. ¿Cómo estás, *cariño*? —Hizo una pausa, pero antes de que Rosie pudiera abrir la boca, mi hermana disparó omás preguntas—: A propósito, ¿está Lina por ahí? ¿No debería estar de luna de miel? ¿Os presentó antes de irse?

Impávido ante las excentricidades de Charo después de una vida de lidiar con ellas, puse los ojos en blanco.

e —¿Qué querías?

a Me ignoró y, por un momento, entrecerró los ojos.

—Lo digo porque esta es una hora muy rara para quedar. Apenas está ?amaneciendo en Nueva York, ¿no? ¿Qué hora es allí?

o Por alguna razón, Rosie contuvo la respiración.

o Y yo no estaba para entretener a mi hermana mayor en lo que pensase ?que estaba haciendo.

—Es hora de desayunar. Y sabes cuan en serio me tomo la comida más importante del día. Así que, si no te importa…

Charo se palmeó el pecho con la mano.

r —¡Qué divertido! ¡Una fiesta de desayuno!

, Pasé por alto la ironía que se escondía detrás de sus palabras y le eché -un vistazo a Rosie.

ı —Me apetecen torrijas. ¿Y a ti, Rosie?

, Giró la cabeza como un látigo en mi dirección, nuestras narices casi se srozaban.

—Ay, mierda —dijo en un suspiro—. Lo siento.

Me mantuve firme, tranquilo.

—¿Por qué lo sientes? —indagué y, ahora que estaba tan cerca, me llegó el intenso olor a… melocotones. Sin duda eran melocotones—. A menos que no quieras torrijas. También podemos hacer churros. Le di un toque personal a la receta original que está para chuparse los dedos. —Parpadeó con esos ojos verdes llenos de interés—. Me da a mí que van a ser churros.

Le guiñé un ojo.

Rosie murmuró algo.

Algo que podría haber escuchado de no ser por el chillido de mi hermana:

—*¡Ay, Lucas! ¿Sabe Lina que estás…?*

—Charo —la interrumpí. No había ninguna razón para molestar a Lina, porque no había nada que decirle, independientemente de lo que Charo estuviera insinuando. Solo habíamos acordado compartir su piso durante unos días. Y ahora mismo solo estábamos desayunando—. Si no tienes nada más…

Soltó un suspiro, forzado.

—¿Ya queréis libraros de mí? ¡Si apenas hemos hablado!

Entrecerré los ojos.

—Hablando de charlar… —Mi hermana dirigió su atención a la mujer que tenía al lado—. Rosie y yo tenemos que ponernos al día. No hemos hablado desde la boda. Y ese día tuvimos una charla muy interesante. —Rosie dejó escapar un sonido extraño que Charo decidió ignorar. Y continuó—: ¿Te acuerdas? Hablamos de lo sorprendida que estaba de que hubieras ido sola. Y tú me dijiste que llevabas mucho tiempo soltera y…

—Ay, Lucas, Dios mío —interrumpió Rosie, con una mano en la oreja—. ¿Escuchas eso? Creo que es la alarma antiincendios del edificio.

Tardé unos segundos en entender lo que estaba haciendo.

La imité y me llevé la mano a la oreja.

—¡Mierda! Creo que Rosie tiene razón. Espera. —Hice una pausa— ¿Eso es un camión de bomberos?

Los ojos de Charo se entrecerraron, su mirada demostraba sospechas justificadas.

—Creo que tienes razón, Lucas. Deberíamos irnos —agregó Rosie arápido—. Tenemos que darnos prisa, antes de que el fuego se propague.

—Un momento… —protestó Charo—. No os escucho…

—Perdón, Charo —Rosie la interrumpió—. Ya nos pondremos al día a¿vale?

—Si sobrevivimos —agregué.

Rosie me miró de reojo. Bajé la cabeza y le sostuve la mirada, muy consciente de que la sonrisa con la que había estado luchando me curvaba ilos labios.

La sonrisa de Rosie también estaba allí. Una más pequeña. Y me pregunté si lo hacía a menudo. Sonreír.

Charo tosió y captó mi atención. Me las arreglé para no darle pie para ehablar.

—*¡Adiós, hermana!* Y, Taco, te voy a extrañar, *chico*. Pórtate bien o¿vale?

A lo que respondió con un gemido que me partió el corazón.

—¡Adiós, chicos! —se despidió Rosie deprisa—. Me ha encantado conocerte, Taco. Y hablar contigo, Charo.

Entonces por fin corté la llamada y dejé el móvil en la isla.

—La alarma de incendios: un clásico —comenté, y dejé escapar un ssuave suspiro, sin moverme. Me quedé allí, con la cabeza casi a la misma -altura que la de Rosie, y mi cuerpo a pocos centímetros.

Su sonrisa era tierna y sutil; y su postura, no tan tensa como la primera evez que nos habíamos acercado.

—Perdón por mentir. Me siento culpable.

—Me encanta que lo hayas hecho —admití. Estaba muy sorprendido —. Adoro a mi hermana, pero necesitaba que me rescataran. Solo has sido más rápida que yo.

—Yo lo necesitaba tanto como tú, Lucas.

Estaba a punto de preguntarle por qué y si tenía que ver con el comentario que había hecho mi hermana sobre que había ido sola a la

sboda; pero, antes de hacerlo, Rosie relajó la espalda y entró en contacto con mi pecho.

, La súbita calidez de su cuerpo contra el mío me pilló por sorpresa. El cambio de mi respiración fue suficiente para llenarme los pulmones con su aroma. Melocotones.

, Se le cortó la respiración por el contacto y el movimiento, de alguna forma, nos acercó todavía más. Por instinto, la rodeé con los brazos y me apoyé en el borde de la isla. Los melocotones me invadieron los sentidos y el calor que emanaba de su cuerpo mientras mis brazos la sostenían me ahizo recordar el tiempo que había pasado desde la última vez que dejé que alguien se acercara tanto. Me recordó lo natural que siempre me había parecido el contacto físico y el tocar a alguien. Y cómo me había aislado desde lo ocurrido.

a Me saltaron todas las alarmas.

«Aléjate, zona prohibida. No tienes ni el cuerpo ni la cabeza para nada ,de esto».

Entonces, tan rápido como me había movido antes hacia delante retrocedí.

o Rosie estaba a salvo conmigo. Y lo decía en serio, no me lo tomaba a la ligera. Mi prima podía tratarme de bruto a causa de mi falta de… refinamiento o modales, pero no era un hombre de las cavernas. Tenía la ıfirme intención de respetar a Rosie. Sobre todo ahora que íbamos a acompartir piso. Aunque solo fuese un tiempo.

—Muy bien. —Me di la vuelta con un aplauso. Abrí los armarios en abusca de harina—. Te he prometido churros. Así que vas a desayunar churros, compi.

o

o

l

a

boda; pero, antes de hacerlo, Rosie relajó la espalda y entró en contacto con mi pecho.

La súbita calidez de su cuerpo contra el mío me pilló por sorpresa. El cambio de mi respiración fue suficiente para llenarme los pulmones con su aroma. Melocotones.

Se le cortó la respiración por el contacto y el movimiento, de alguna forma, nos acercó todavía más. Por instinto, la rodeé con los brazos y me apoyé en el borde de la isla. Los melocotones me invadieron los sentidos, el calor que emanaba de su cuerpo mientras mis brazos la sostenían me hizo recordar el tiempo que había pasado desde la última vez que dejé que alguien se acercara tanto. Me recordó lo natural que siempre me había parecido el contacto físico y el tocar a alguien. Y cómo me había aislado desde lo ocurrido.

Me saltaron todas las alarmas.

«Aléjate, zona prohibida. No tienes ni el cuerpo ni la cabeza para nada de esto».

Entonces, tan rápido como me había movido antes hacia delante, retrocedí.

Rosie estaba a salvo conmigo. Y lo decía en serio, no me lo tomaba a la ligera. Mi prima podía tratarme de bruto a causa de mi falta de… refinamiento o modales, pero no era un hombre de las cavernas. Tenía la firme intención de respetar a Rosie. Sobre todo ahora que íbamos a compartir piso. Aunque solo fuese un tiempo.

—Muy bien. —Me di la vuelta con un aplauso. Abrí los armarios en busca de harina—. Te he prometido churros. Así que vas a desayunar churros, compi.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 7
Rosie

Éramos compañeros de piso.

De forma temporal, como me había ocupado de dejar bien claro.

Porque no quería aprovecharme de la amabilidad de Lucas.

Una cosa era quedarme en el piso vacío de Lina mientras ella estaba en su luna de miel, tal como lo había planeado cuando se me rompió el techo. Pero otra muy diferente era que le hubiera prometido a su primo que podía quedarse en el piso. Yo solo acepté la propuesta de Lucas porque estaba… un poco desesperada.

Y no me molestaba la compañía.

Vale, también me tentaba la idea de pasar más tiempo con él; tentación incentivada por ese enamoramiento que tenía tan bajo control. Pero, más que nada, me estaba quedando sin tiempo. Faltaban ocho semanas para la entrega, y, seamos sinceros, realistas, no podía darme el lujo de desperdiciarlas buscando un alojamiento con un precio razonable. Necesitaba cada minuto y cada centavo que tenía, porque, en el peor de los casos, si no cumplía con el plazo y cobraba parte del adelanto, mi cuenta de ahorros pagaría las consecuencias.

Así que me iba a quedar con Lucas. Solo unos días. Hasta que acabasen las obras. Lo que esperaba que pasase pronto.

Volví la mirada al ordenador y me recordé a mí misma que debía poner toda mi atención en el manuscrito y no en cualquier otra cosa que me pasara. Y menos en Lucas.

Verifiqué el contador de palabras del día.

Cien de mi meta diaria de dos mil palabras.

Cien tristes palabras en tres largas horas. Y la mitad eran notas que describían una escena inexistente.

Me centré en la página casi en blanco que tenía delante. Mis dedos sobrevolaron las teclas y cerré los ojos, tratando de invocar algo, cualquier

cosa, pero nada se materializaba. Me invadió el miedo. Se expandió. Se me instaló justo en medio del pecho. Como una piedra, pesada y dura. Y como me pasaba siempre, sentí la necesidad de gritar.

Y una vez más, la reprimí.

Porque era Rosie. Mantener la calma era lo mío. Planeaba racionalizaba, respiraba hondo y lo reorganizaba todo sin perder la cabeza Era la persona en que todo el mundo confiaba para estas cosas.

Cuando escribí mi primer y único libro, todo vino solo, sin más. Fue como abrir una válvula y liberar todo lo que había estado encerrado esperando salir. El anhelo de querer con locura. El milagro de convertirte en el mundo de alguien. La felicidad de encontrar a esa persona con la que encajas. Alguien que no es perfecto, porque nadie lo es, pero que es perfecta para ti.

El giro del viaje en el tiempo solo lo había metido para divertirme porque siempre había sentido debilidad por el héroe perdido, un pez fuera del agua. Así creé un hombre que venía del pasado, un oficial que se había quedado atascado en el presente, al que lo acechaban los demonios e intentaba aceptar un amor que no creía merecer. Porque, por muy perdido que estuviera, eso no significaba que nadie lo fuera a encontrar. Su persona. A pesar de tenerlo todo en contra y después de haber dado un salto de cien o doscientos años hacia el futuro.

Entonces, ¿por qué yo no podía…?

Un chillido intenso captó mi atención.

¿Lucas?

No podía ser. Había decidido salir a hacer turismo y se suponía que iba a volver tarde.

Caminé hacia la puerta y miré a través de la mirilla.

Una anciana vestida con un mono rojo estaba de pie con las manos en la cadera frente a su puerta, al otro lado del pasillo. Podía ver un sofá de dos plazas dentro del piso.

Salí y me arriesgué a hablarle.

—Hola, ¿necesita ayuda con eso? —No hubo ninguna reacción, como si no se hubiese percatado de que estaba ahí. La mujer estaba ocupada

empujando uno de los apoyabrazos del sofá de cuero mostaza, que se había quedado atascado en el umbral de la puerta—. ¿Hola? —insistí con un tono un poco más alto, y di un paso hacia delante—. ¿Puedo ayudarla a mover eso?

Todavía ajena a mi presencia, la mujer, que debía tener unos setenta años a juzgar por la melena gris y la postura encorvada, volvió a empujar el mueble con fuerza. Y como no se movió, dio dos pasos hacia atrás.

Rápidamente, me acerqué y cogí el sofá por uno de los apoyabrazos.

Por fin se dio cuenta de que estaba ahí. Levantó las cejas, acentuando las arrugas de la frente.

—¡Ay, por todos los santos! —chilló, dándose palmaditas en el pecho—. ¡Con el susto que me has dado se me ha salido el alma del cuerpo niña!

Le dediqué mi sonrisa más amigable.

—Lo siento, he tratado de llamar su atención un par de veces, pero creo que no me ha oído. —Entrecerró los ojos. Se me borró la sonrisa— Soy Rosie. —Esperé que se presentara, pero no lo hizo—. Parece que está teniendo dificultades con esto, y no quisiera que se hiciera daño.

La señora me miró de arriba abajo lentamente.

—No lo sé.

—¿No sabe si puedo ayudarla? —Fruncí el ceño. Su mirada se detuvo en mis brazos—. ¿Soy más fuerte de lo que parezco?

Por alguna razón, lo dije con entonación de pregunta.

La mujer ladeó la cabeza.

—Tal vez. —Con desconfianza, continuó su escrutinio—. Tú no vives aquí.

—Es verdad. —Señalé el piso—. Soy amiga de Catalina, su vecina Me estoy quedando unos días en su casa.

—No conozco a ninguna Catalina.

Eso me descolocó.

—Catalina Martín. Bajita. Morena. De mi edad. ¿No la conoce? —La señora parpadeó—. Ella… Ella… —¿Por qué no podía pensar en una descripción mejor?— ¡Ay, Dios! Le juro que la conozco…

Hizo un ademán y me interrumpió.

—Te estaba poniendo a prueba. —Soltó una risita—. Siempre saluda ano hace fiestas ni tiene animales ruidosos. Su novio es muy alto. Me gusta Él también.

—Esa misma, sí.

—¿Tiene algo que ver con el problema que hubo en el pasillo hace dos noches?

Sentí temor.

—Ah, en realidad, fui yo y mi… —Me fui callando, sin saber cómo acabar la frase. ¿Mi compañero de piso? ¿El primo de mi mejor amiga, a quien confundí con un ladrón?—. Lucas. No mi Lucas. Perdón por las ,molestias. —Hice una pausa, incómoda. Miré otra vez el sofá— Entonces… ¿Cree que podemos mover eso… juntas?

La vecina de Lina me echó otro vistazo.

—Supongo que tendré que conformarme contigo. Por cierto, soy .Adele.

—Gracias, Adele —le dije y cogí un lado del sofá con las dos manos Tiré los hombros hacia atrás y me preparé para darle a Adele algunas instrucciones—. Creo que deberíamos empujarlo hacia dentro para poder maniobrar. Así que, a la cuenta de tres. —Asintió con la cabeza y murmuró algo que sonó como «sabelotodo». Suspiré y decidí ignorarlo— Bien. Tres, dos, uno… ¡Empuje! —El sofá no se movió ni un centímetro Más que nada porque Adele había tirado—. Vale —repetí, controlando la frustración—. Podemos volver a intentarlo. Asegúrese de empujar, ¿de sacuerdo? Empuje hacia dentro.

Adele me fulminó con la mirada.

—No uses ese tono conmigo, señorita. Sé lo que estoy haciendo.

Ay, Dios mío. No tenía tiempo para esto.

Le dediqué una gran y amplia sonrisa.

—Solo trato de ayudar, Adele.

—Pues hazlo con esos bracitos de espagueti —murmuró.

Me miré los brazos y me morí de vergüenza.

Se me ocurrió algo…

—Adele, ¿lo estamos entrando o…?

—Volvamos a intentarlo. —Me ignoró—. Ahora.

Debatiendo si debía cuestionarla más, me aferré con ambas manos del borde.

Le eché un vistazo a la espera de instrucciones, pero su expresión había cambiado. Se le había ido la sangre de la cara, estaba pálida y tenía los ojos vidriosos.

Le puse una mano en el hombro.

—Adele, ¿está bien? ¿Necesita sentarse?

La mujer miró a la nada durante lo que pareció un minuto, sin responder a ninguno de mis intentos de moverla o hacerla volver en sí.

Se me dispararon todas las alarmas.

No podía llevarla dentro de su piso porque la entrada estaba bloqueada. Pedir ayuda parecía una pérdida de tiempo, ya que no estaba herida. Simplemente no estaba… aquí. Como si su mente la hubiera abandonado.

Tenía la nuca bañada en sudor.

La llamé una última vez, sin respuesta.

Sin embargo, justo cuando estaba sacando el móvil para pedir ayuda, sus ojos se centraron, la confusión le frunció el entrecejo. Su mirada saltó al sofá atascado. Luego la bajó, justo hacia mi mano, que le sujetaba el hombro. Todo su rostro reflejaba su estado de alarma.

—¿Adele? —la llamé, quitando la mano muy despacio—. ¿Está bien?

Pero esta señora no tenía nada que ver con la Adele irritable de hacía unos minutos. Estaba desorientada y parecía tan perdida como quien se acaba de despertar de un sueño.

Mierda. Yo ya estaba entrando en pánico.

—Me…

—¿Rosie? —Una voz musical y grave inundó el pasillo.

Lucas.

Había vuelto.

El alivio que sentí al escuchar su voz fue tan repentino e inesperado que me abrumé, como si tuviera que cerrar los ojos y coger aire.

Oí sus pasos mientras se acercaba.

—¿Qué está pasando? —Hizo una pausa—. ¿Qué hace este sofá aquí?

Me di la vuelta para mirarlo y lo encontré de pie a pocos pasos de ldistancia.

—Lo estamos sacando. —Nuestras miradas se cruzaron y aquella ısonrisa reluciente que llevaba con facilidad se desvaneció en el momento aen que me miró bien—. O entrando. No lo sé, si te soy sincera.

Lucas frunció el ceño y procesó mis palabras mientras me examinaba la cara.

—¿Mateo? —intervino Adele, con incredulidad y alegría, todo en una ısola palabra.

Parpadeé, mi mirada iba de la mujer, que tenía las manos entrelazadas debajo de la barbilla, a Lucas, cuya expresión permanecía tan calmada .como siempre.

. ¿Mateo?

—Adele, este es Lucas —aclaré lo más suave que pude—. El Lucas de que le he hablado hace un rato. Mi Lucas, ¿se acuerd…? —Me detuve, me puse pálida en cuanto me di cuenta de lo que me había salido de la boca ,Me aseguré de mirar solo a la mujer—. El primo de Catalina.

ó Adele me observó con el ceño fruncido.

l —Pero no puede ser tu Lucas. Es mi Mateo.

Sonreí, incómoda. No sabía cómo diablos habíamos llegado a este punto ni cómo desviar la conversación.

a Después de lo que pareció una eternidad, Lucas preguntó:

e —¿Qué le parece si quito esa cosa de en medio y la acompaño dentro Adele? Estoy a favor del feminismo, pero esta vez estoy dispuesto a hacerme cargo por el bien del equipo.

Al fin me atreví a echarle un vistazo, justo a tiempo para encontrarme con su mirada, un solo segundo, antes de que se nos acercara.

Le puso una mano en la espalda a Adele, la apartó y volvió a mi lado Despacio, se inclinó y me susurró:

o —Tu Lucas al rescate.

Tu Lucas.

Se me escapó un sonido raro.

Por suerte, Lucas se puso manos a la obra y, minutos después, el sofá ese desatascó y volvió dentro del piso, después acompañó a la frágil anciana al interior.

—¿Tenéis hambre? —interrogó Adele mientras entrábamos y me daba la espalda—. Creo que tengo sobras de lasaña, y estás muy delgado.

—¿Cree que estoy delgado? —replicó Lucas relajado y con tanta naturalidad que parecía que se conocían de toda la vida—. Diría que estoy en muy buena forma. —Levantó el brazo, desocupado, y contrajo los músculos del bíceps—. ¿Ha visto lo fuerte que estoy?

Adele soltó una risita tonta y le bajó el brazo con una palmadita.

—¡Ay, mírate, pícaro!

Yo me quedé de pie, tan cautivada por la escena agridulce y extraña (y embelesada por la forma en que Lucas irradiaba ese tipo de energía relajada y dominante) que me pilló con la guardia baja cuando miró por encima del hombro y buscó mis ojos.

—¿Vienes? —articuló. Nunca sabré lo que vio en mi expresión cuando nuestras miradas se quedaron inmóviles unos segundos. Como no me moví, me insistió, con seriedad, en ese tono firme, aunque tierno—: Ven, Rosie.

Y los pies me empujaron hacia delante.

Después de preparar té y charlar por un rato, Adele nos aseguró que su hija iba a llegar esa noche. Cuando por fin se quedó dormida, volvimos a casa de Lina. A nuestra casa. Aunque fuese temporal. Una parte de mí se dio cuenta, en ese momento.

En cuanto cruzamos el umbral y cerramos la puerta, nos dejamos caer contra la superficie de madera.

—Eso ha sido… intenso —susurré—. Y me ha roto un poco el corazón.

Por suerte, Lucas se puso manos a la obra y, minutos después, el sofá se desatascó y volvió dentro del piso, después acompañó a la frágil anciana al interior.

—¿Tenéis hambre? —interrogó Adele mientras entrábamos y me daba la espalda—. Creo que tengo sobras de lasaña, y estás muy delgado.

—¿Cree que estoy delgado? —replicó Lucas relajado y con tanta naturalidad que parecía que se conocían de toda la vida—. Diría que estoy en muy buena forma. —Levantó el brazo, desocupado, y contrajo los músculos del bíceps—. ¿Ha visto lo fuerte que estoy?

Adele soltó una risita tonta y le bajó el brazo con una palmadita.

—¡Ay, mírate, pícaro!

Yo me quedé de pie, tan cautivada por la escena agridulce y extraña (y embelesada por la forma en que Lucas irradiaba ese tipo de energía relajada y dominante) que me pilló con la guardia baja cuando miró por encima del hombro y buscó mis ojos.

—¿Vienes? —articuló. Nunca sabré lo que vio en mi expresión cuando nuestras miradas se quedaron inmóviles unos segundos. Como no me moví, me insistió, con seriedad, en ese tono firme, aunque tierno—: Ven, Rosie.

Y los pies me empujaron hacia delante.

Después de preparar té y charlar por un rato, Adele nos aseguró que su hija iba a llegar esa noche. Cuando por fin se quedó dormida, volvimos a casa de Lina. A nuestra casa. Aunque fuese temporal. Una parte de mí se dio cuenta en ese momento.

En cuanto cruzamos el umbral y cerramos la puerta, nos dejamos caer contra la superficie de madera.

—Eso ha sido… intenso —susurré—. Y me ha roto un poco el corazón.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 8
Lucas

NUEVA YORK. LA GRAN MANZANA. LA CIUDAD QUE NUNCA DUERME.

Mirase donde mirase, la gente iba corriendo a todos sitios, los coches aceleraban por las calles o los edificios bullían con actividad y…

Ruido. Mucho ruido.

Era diferente a las otras ciudades que había visitado en la primera parte de mi viaje, y se alejaba mucho de casa.

De mi hogar. España.

Pero por eso me había ido, ¿verdad? Necesitaba un cambio de aires.

Había cambiado, por voluntad propia, despertarme junto a las olas que rompían contra la costa por rascacielos y vendedores de perritos calientes. Había dejado atrás la libertad de pillar la carretera costera y conducir cuando y por donde quisiera para comprometerme con una especie de itinerario. Había intercambiado a Taco y a mi gente por multitudes de extraños sin rostro.

Y la única razón por la que lo había hecho era porque esa paz, esa libertad, ese escenario que conocía como la palma de mi mano y todas las personas que me querían (o la versión de Lucas que había sido) ya no me llenaban. Querían a alguien que, en ese momento, para mí, era un extraño.

La ciudad de Nueva York era mi última oportunidad de escapar. De postergar lo inevitable. Que todos descubrieran la verdadera razón de mi viaje. Que quisieran arreglarlo. Arreglarme a mí. Porque así era como funcionaba la familia Martín.

«*Ay, Lucas, no vas a arreglar nada tumbado ahí como un monigote*» me solía decir mi abuela.

Pero no había nada que arreglar. Estaba seguro de que yo no lo necesitaba. Porque eso significaba que existía la posibilidad de restaurar lo que había perdido. Y no existía. Nunca más podría subirme a una tabla. No podría hacer lo único que sabía hacer. Surfear. Lo único que me

apasionaba y con lo que, por suerte, me ganaba la vida. Lo único en lo que había progresado. El agua, las olas, sentir la aspereza de la cera bajo los pies, la arena pegada a la piel. Lo era todo para mí. La adrenalina, los constantes viajes. Estaba en mi mejor momento y, teniendo en cuenta que apenas había entrado en la treintena, aún me esperaban los mejores años.

Respiré, agitado, desde el puente de Brooklyn. Me di cuenta de que llevaba una cantidad exagerada de tiempo mirando las aguas turbulentas del East River.

Miré la hora en el móvil. Aún era pronto, así que podía tachar otro sitio de mi lista, como el Toro de Wall Street, o caminar por los alrededores del City Hall Park. Ambas eran gratis, lo que era un requisito, ya que seguía esperando mi tarjeta. Rosie me había prestado más dinero (lo había metido en el bolsillo de la chaqueta sin que me diera cuenta), pero me lo reservaba para el transporte público.

«*Como un monigote*», repetí las palabras de la abuela.

Tenía razón. Lo era. No tenía ningún objetivo. Era como una botella de plástico en el río. Flotaba sin dirección alguna. Solo me dejaba arrastrar. Existía.

Estaba cansado. En realidad, exhausto. Y la simple idea de visitar lugares turísticos, flotar a la deriva por la corriente de extraños, no me parecía algo que pudiera hacer.

De repente, me vino la cara de Rosie a la mente. De forma completamente inesperada. Le había prometido que no iba a molestarla en todo el día para que pudiese trabajar, y había tenido la firme intención de cumplir esa promesa. Hoy era una excepción, el dolor me abrumaba. Tanto que me sorprendería no acabar el día con aquella maldita cojera que había arrastrado durante tantas semanas.

También me sentía muy solo.

Y Rosie era muy buena compañía. Dulce, inteligente y… la mejor amiga de Lina.

No podía olvidarme de eso. No porque tuviera alguna intención de ser algo más que compañeros de piso, quizá amigos, buenos amigos, más bien… ¿Más bien qué, Lucas?

Sacudí la cabeza y abrí el *maps*. Busqué el mejor camino de vuelta a sapartamento y me dirigí a la estación de metro más cercana. Cuarenta sminutos más tarde, y con la maldita cojera aflorando, divisé el edificio de eLina.

De pie en los angostos escalones de la entrada, saqué las llaves. Casi epodía saborear la oleada de alivio que sentiría al sentarme cuando, de srepente, una imagen borrosa de rizos oscuros se estrelló contra mí.

—¡Mierda! —Una voz femenina se ahogó contra mi jersey.

Aún pegada a mi pecho, la cabellera de rizos dio paso a una oleada de lmelocotones dulces que reconocí de inmediato.

Solté una risa.

—Yo también te he echado de menos, compi.

Rosie, cuyo rostro todavía estaba metido en algún lugar entre m pectoral derecho y mi clavícula, maldijo.

Sin pensarlo, la rodeé por los hombros y nos saqué de los escalones.

—¡Oh! —Dejó escapar casi sin aliento—. Vale, gracias.

Ignoré lo bien que se sentía tenerla conta el pecho y la solté.

—Si hubiera sabido que me darías esta bienvenida, habría llegado rantes.

Se estaba aguantando la risa y tenía las mejillas rojas como un tomate.

—Qué gracioso. Ya sabes que no te he visto. Si no, no me hubiera achocado contigo.

—No me importa que te choques conmigo, Rosie —le dije con una esonrisa, y noté con qué facilidad se le ruborizaban las orejas y el cuello—. ¿A dónde vas? Parece que tengas prisa.

—¡Correcto! —Puso los ojos como platos, como si acabara de enterarse de que había bajado las escaleras corriendo—. Me ha llamado el encargado de mi edificio. Se va a pasar con el contratista en menos de una rhora. La grieta, ¿recuerdas?

Asentí con la cabeza.

—El pequeño incidente que no era tan pequeño. Me acuerdo. Es una sbuena noticia. ¿Las cosas van avanzando?

—Sí. —Bajó la mirada y me miró los pies—. Bueno… Perdón por

lchocarme contigo. En serio, me tengo que ir. El encargado tiene un pocc
ıde… mal genio.
e Fruncí el ceño.
—¿Mal genio?
i —Bueno, no es una persona grata para tener cerca. —Dibujó una
esonrisa amplia pero tensa. Sabía que estaba fingiendo—. Pero puedo cor
él.
—Yo ya he acabado con las cosas que tenía planeadas para hoy —
ementí—. Podría venir contigo.
—¿Quieres acompañarme? —repitió y parpadeó un par de veces.
—Soy curioso por naturaleza. ¿No has conocido a mi hermana Charo?
Nos viene de familia.
i —Ya te aviso que no va a ser una reunión divertida o emocionante —
advirtió, pero no me perdí el destello fugaz de confianza que apareció en
su expresión—. Vamos a estar mucho rato de pie mientras el contratista
evalúa los daños.
Sentí un dolor punzante en la rodilla derecha.
o —Perfecto. Voy a tener un montón de tiempo para husmear —
respondí, retrocedí unos pasos y alejé el gesto de dolor—. Tengo que
mantener mi reputación de cotilla.
a

a

Tal como había anticipado Rosie, el encargado, un hombre que se había
presentado como el señor Allen, no solo era malhumorado. Era un imbécil
de manual.
a Y, al parecer, el dueño de todo el edificio, como hizo saber de
inmediato.
Un momento después, llegó un hombre de pelo oscuro, un par de años
a mayor que yo; llevaba unos pantalones oscuros y una sudadera con
capucha con la inscripción *Castillo & Sons* en la parte delantera.
r —Perdón por llegar tarde —nos dijo cuando nos encontramos en el
pasillo—. La visita anterior se ha alargado un poco. He venido tan rápido

como he podido.

—Un poco —se burló el señor Allen. Sus palabras rezumaban sarcasmo—. Llega diez minutos tarde. Le pedí que nos encontráramos a las 18:45.

Me pareció un comentario de imbécil, ya que él mismo acababa de llegar.

Pero el contratista lo ignoró con facilidad y se dirigió a Rosie.

—Hola —se presentó—. Soy Aiden Castillo.

—Rosalyn Graham —respondió con apenas una sonrisa y antes de girar la llave en la cerradura y abrirnos la puerta—. Gracias por venir señor Castillo.

—No tienes por qué dármelas. —Aiden le sostuvo la mirada a Rosie mientras se quedaba de pie a su lado. Saltaba a la vista que no tenía prisa para entrar.

Antes de que pudiera pensarlo, me acerqué a Rosie y extendí una mano con rudeza hacia él.

—Lucas Martín. —Hice una pausa y me aseguré de mirarlo a los ojos—. Un muy buen amigo.

Aiden me estrechó la mano sin dudarlo y me clavó una mirada comprensiva que de inmediato me hizo sentir como un idiota por lo que fuera que hubiese intentado conseguir.

«*¿Pero qué coño haces, Lucas?*»

Me regañé para mis adentros y le estreché la mano. Luego entramos y Aiden sacó un bloc de papel y un bolígrafo para empezar a trabajar.

El señor Allen, que nos había seguido, soltó un largo suspiro.

—También tenemos que ver al inquilino del piso de arriba, así que date prisa, ¿vale?

El contratista volvió a ignorarlo.

Rosie, por otro lado, se mordía el labio con preocupación mientras miraba al impaciente señor Allen.

—¡Ey! —le dije acercándome para entrar en su campo visual—. Me encanta tu piso, Rosie. Es muy bonito.

No estaba mintiendo, era muy bonito. También estaba en Brooklyn

pero en otra zona. Era más grande que el de Lina, aunque no hacía falta ıcorrer mucho, pero también más hogareño. La casa de Rosie gritaba ıcomodidad y tranquilidad por todos lados (desde el sofá *chaise longue* de terciopelo hasta el suave resplandor blanquecino de la lámpara y las epequeñas baratijas y libros que había desparramados por todos lados) como si estuviera diseñado para consolar. Un hogar.

Le iba como anillo al dedo.

Aparté ese pensamiento y, con la cabeza, señalé hacia la izquierda.

e —Sobre todo ese cuadro.

, Era una fotografía enorme en la que aparecía con Lina disfrazadas de Minions. Incluso llevaban las caras pintadas de amarillo y dos rollos de epapel higiénico pegados encima de los ojos. Los disfraces eran ridículos ıpero el hecho de que fueran dos mujeres adultas que miraban a la cámara con orgullo era… atrayente. Tonto.

o —Y tierno —mascullé antes de volverme a mirarla—. ¿Crees que deberíamos llevárnoslo al piso de Lina? Quizá lo echas de menos. Yo lo sharía, si fuese tú.

—Qué gracioso. —Hizo un mohín—. Fue un regalo de Lina, ¿vale? —ıNo tenía ni la menor duda—. Y creo que puedo sobrevivir sin él.

e Me reí con disimulo, sintiendo una extraña satisfacción por la ligereza de su tono y la forma en que parecía haberse olvidado de la presencia de los otros dos hombres.

y —Señorita Graham. —Aiden la llamó desde la otra punta del salón y rompió el momento. Rosie y yo le echamos un vistazo y nos lo encontramos mirando hacia arriba, inspeccionando el techo—. ¿Estos son etodos los daños? ¿No se ha caído en ningún otro lado?

¿Caído?

¿No había dicho que era una grieta? Pendiente como estaba de svigilarla, me había olvidado de comprobarlo por mí mismo. Levanté la vista para inspeccionar el techo y…

e —*¡Pero qué cojones!* —Se me escapó sin más.

El señor Allen se burló de mí y Rosie arrastró los pies hasta Aiden.

, —Sí, eso es todo.

—¿Eso es todo? —dije sin pensar, la sorpresa envolvió mis palabras— ¡Rosie, te podría haber caído encima. Dijiste que era una grieta.

—Sí —confirmó Aiden—. Esto podría haber terminado muy mal si alguien hubiera estado justo debajo.

—*Jesús* —susurré mientras miraba a Rosie de perfil.

—Pero no había nadie —repuso Rosie con suavidad—. Solo se me cayó a los pies.

Un sonido ahogado me subió por la garganta.

—Señorita Graham —intervino Aiden antes de que pudiera hablar— ¿hay más daños? ¿En el dormitorio, el baño o la cocina?

Rosie negó con la cabeza.

—Solo esto. Que yo sepa.

—Muy bien. —El contratista se puso la libreta debajo del brazo—. Si no le importa, me gustaría echar un vistazo a las otras habitaciones.

—Sí, por supuesto. —Rosie dejó escapar un suspiro—. Por favor tómese su tiempo. Y perdón por el desorden. Cuando todo se vino abajo me fui corriendo. Literalmente.

Con un asentimiento, Aiden dio media vuelta y salió.

Rosie apretó los labios en una línea tensa.

Controlando mi conmoción y, a decir verdad, la frustración al verla minimizar el riesgo cuando podría haberse hecho mucho daño, acorté la distancia y, con el hombro, le di un empujoncito.

—Ey. —Me miró de soslayo, con una expresión neutral, en apariencia pasiva, pero los ojos la delataban—. Lo siento, se me ha ido un poco la olla.

Se encogió de hombros.

—No deberías disculparte. —Hizo un gesto de tristeza con la boca— O perder la olla por nada.

Lo ignoré. La necesidad de hacerla sonreír me surgió de dentro.

—No sé cómo he podido pasarlo por alto al entrar —comenté y ella me echó un vistazo—. Quien diría que me iban a atraer las mujeres pintadas de amarillo —solté lo más relajadamente que pude—. Y no me refiero a mi prima.

. Parpadeó y dejó escapar una risa que pareció un ronquido.

—Hoy estamos bromistas, ¿eh?

i —Pensé que eso lo era siempre. —Le guiñé un ojo y eso pareció distraerla lo suficiente como para que me dedicase otra de esas risas a medias—. Ahora en serio, ¿estás bien?

e Se encogió de hombros.

—Sí.

—No pasa nada si no lo estás. —Hice una pausa—. Esto es demasiado ,Rosie.

Me sostuvo la mirada, como si quisiera decirme algo, pero pareció cambiar de opinión.

—Esto. —Echó la cabeza hacia atrás y miró el agujero (que claramente ino era una grieta)—. Esto no es nada. En serio. Solo un pequeño inconveniente. Lo arreglarán en un santiamén.

, No era pequeño. De verdad que no lo era.

, —Yo no diría que no es nada, señorita Graham. —El señor Allen, que para sorpresa de todos, había estado callado, se burló y nos recordó su presencia.

Apareció en nuestro campo de visión, con el labio superior curvado ahacia arriba y apretando el nudo de lo que parecía una corbata cara. Me arecordó a una película de terror de principios de los 2000. Esa con un psicópata de protagonista.

a Y, mientras le daba la razón, di un pequeño paso hacia delante.

a Nos miró a ambos antes de centrarse en Rosie.

—Supongo que no tiene ninguna propiedad, señorita Graham.

—No, no tengo. Pero solo estaba tratando de restarle importancia a la .situación…

—Exacto —el casero psicópata la interrumpió e hizo que se me crispara la espina dorsal ante el cambio de tono—, no es consciente de el dinero que implicará esta reparación, porque «tampoco es para tanto» sPero, por supuesto… —Hizo una pausa, su labio superior cada vez más aarriba—… es mi tiempo, señorita Graham. Y mi dinero. ¿Sabe cuánto pierdo por estar aquí, ocupándome de esto?

—Lo entiendo. —La respuesta de Rosie fue rápida—. Yo tampoco he elegido estar aquí. No fui yo quien causó…

—¡Oh, no! No lo entiende. —La cortó por segunda vez, y mi cuerpo se acercó al de Rosie. Nuestros hombros se rozaron. El casero psicópata, con una sonrisa irónica, continuó—: No entiende nada si cree que esto se va a arreglar en un santiamén. Porque nada más lejos de la realidad.

Rosie se quedó de piedra ante las últimas palabras del señor Allen. Así que la examiné y la encontré con la mirada fija en él, la mandíbula rígida y el ceño fruncido con seriedad. A simple vista, nunca dirías que estaba molesta, sino que se lo había tomado como una profesional, pero soltó una exhalación temblorosa y parpadeó un par de veces. Me di cuenta de que era la cara que ponía cuando estaba enfadada. Se estaba poniendo una máscara, pero no sabía por qué. Tampoco me preocupó cuando alargué la mano y la deposité en su espalda. Justo entre los omóplatos.

No se movió ni me dio ningún indicio de que mi palma estuviera haciendo efecto mientras fulminaba el espacio con la mirada, así que la dejé donde estaba. Dibujé círculos con lentitud y le hice saber que estaba allí si me necesitaba, listo para defenderla.

—Nada de qué preocuparse en el resto de las habitaciones —anunció Aiden mientras volvía al salón—. A excepción de un par de manchas en la pared de yeso del baño que me gustaría revisar. —Miró a Rosie con cautela y señaló el techo con el bolígrafo—. Eso sí, voy a necesitar inspeccionar el piso de arriba para comprobar la extensión de los daños.

—Gracias, señor Castillo. —La voz de Rosie fue inestable cuando respondió.

Aiden se guardó el bolígrafo en el bolsillo lateral del pantalón y se dirigió al casero psicópata:

—Vendré más adelante con mi equipo.

El señor Allen chasqueó la lengua.

—¿Y con respecto al presupuesto? No voy a aprobar ninguna reparación antes de ver un presupuesto, Aiden.

—Un presupuesto —repitió Aiden con lentitud—. Pero si hace años que no…

—Para esto sí lo quiero —interrumpió el casero psicópata. Algo se le había cristalizado en la mirada, algo que no me gustaba—. Tómate el tiempo que necesites, pero ningún equipo entrará por esa puerta sin presupuesto.

—Señor Allen —intervino Rosie con voz chillona—. Tengo que pedirle que…

—Déjeme adivinar… Le gustaría que priorizara su apartamento antes que el del señor Brown. O que acelerara la cosas —le espetó con tal desdén que inconscientemente me moví hacia delante para ponerme en medio. El casero no se detuvo, porque elevó el tono—: Si no le gusta cómo estoy llevando las reparaciones en mi propiedad, siéntase libre de rescindir el contrato. Conseguiré un nuevo inquilino en… —bajó la voz— ¿cómo era la frase? En un santiamén. Como ya debería saber, los apartamentos como este no duran ni un minuto en el mercado.

Rosie contuvo la respiración, pero se recobró lo suficientemente rápido como para acotar:

—No hay ningún motivo para ser irracional y…

—¿Irracional? —contestó, enfurecido. El rostro le mutó en una mueca de satisfacción, como si estuviera disfrutando de ese juego de poder con Rosie. Sentí que se me subía la sangre a la cabeza y el mal genio, que rara vez demostraba, salió a la superficie—. Señorita Graham —contraatacó en un tono que me hizo poner en guardia—, no sea una…

—No —lo corté en seco, buscándole la mirada, así que no tuvo otra opción que mirarme—. Le sugiero que no acabe esa frase. —El hombre me sostuvo la mirada, pero le temblaba la garganta—. De hecho —insistí bajando la voz—, le sugiero que deje de hablarnos.

El hombre se limitó a mirarme boquiabierto, sin responder. Lentamente, muy lentamente, se atrevió a sonreír. Como el casero psicópata que era, sonrió como un idiota.

Sentí como mi cuerpo se adelantaba y devoraba los centímetros de espacio que nos separaban. No supe con exactitud para qué, ya que alguien me detuvo antes de que pudiera adivinarlo.

Unos dedos delicados me sujetaron el antebrazo y me frenaron. Como

eno retrocedí, volvieron a tirar, y esa segunda vez no pude ignorar lo que lsignificaba: «Detente. Estás cruzando una línea. Retrocede». Pero yo no ıquería. Nunca me habían gustado los abusones.

Pero Rosie me detuvo otra vez, tan despacio que apenas lo sentí, y no etuve más remedio que volver a su lado.

—Tiene amigos muy poco civilizados, señorita Graham —susurró el shombre con visible alivio.

l Esperaba que Rosie se pusiera de su lado, pero, en vez de eso, deslizó ılos dedos hasta mi muñeca y la sujetó con suavidad. Deslizó el pulgar ıdentro de mi manga, rozándome la piel, como si intentara decirme que etodo saldría bien y que no estaba enfadada.

, Y, porque yo no respetaba los límites, giré la mano y se la cogí.

s —Esa no es la palabra que utilizaría para describirlo. —Creo que la escuché murmurar.

› Una parte de mi quiso prestarte atención, mirarla, pero el casero psicópata intervino:

—Aiden, vamos. El señor Brown nos espera.

ı Y sin más, se dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

ı —Es un idiota —dijo Aiden, una vez desapareció, y suspiró—. Tendré ıel presupuesto lo antes posible. —Y con un asentimiento de cabeza ıdesapareció detrás del casero psicópata.

Rosie retrocedió unos pasos y cortó el contacto entre nuestras manos ıCuando la miré, estaba observando el techo.

e —Esto ha sido una mierda —masculló con las manos en la cintura— ,Me pregunto cuánto espacio necesitarán los obreros, entre las herramientas y el equipo… —Fruncí el ceño—. Si lo piensas, la cocina, el baño y el .dormitorio están libres.

› ¿Libres? No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

Y menos la forma en que Rosie levantaba las cejas mientras einspeccionaba el techo y pensaba mucho en algo. Y…

ı Seguro que hice algún ruido, porque Rosie volvió a centrarse en mí.

—¿Estás bien?

› ¿Lo estaba?

—Por favor, dime que no estás pensando quedarte aquí. —Se mordió el labio y no respondió—. No puedes quedarte aquí, Rosie.

Traté de esbozar una sonrisa, pero no pude, a juzgar por su reacción. De hecho, seguro que estaba frunciendo el ceño.

Se cruzó de brazos con una expresión de incredulidad.

—No tienes que preocuparte por mí. Ni cuidarme.

—Rosie —exhalé con una sonrisa—, no te estoy cuidando. Solo soy el primo de tu mejor amiga.

Ella se quedó pensando en algo.

—Ya has hecho demasiado. Has dejado que me quedase contigo. Has escuchado todas mis… tonterías. Y hasta has intercedido ante el señor Allen cuando ni siquiera hacía falta.

Esa vez, fui yo quien se quedó perplejo.

—Pero somos amigos.

—¿Lo somos?

Antes de poder responder, una voz vino de arriba.

—¿Qué son todos esos gritos? —Eché la cabeza hacia atrás, levanté la vista y me encontré a un hombre, vestido con una bata a cuadros, que nos espiaba desde el agujero. Levanté las cejas. El hombre continuó—: Aquí arriba estamos intentando mantener una conversación.

Incapaz de creer lo que estaba presenciando, di un paso hacia delante. Entrecerré los ojos, inspeccioné al hombre y…

—*Por el amor de Dios* —me burlé, temblando ante la vista—. No lleva nada bajo la bata. —Volví a mirar a Rosie—. Rosie, tiene las pelotas sueltas como…

—¡Hola, señor Brown! —me interrumpió Rosie antes de darme un codazo—. ¡Espero que esté todo bien!

—Rosie —gemí—, ¿por qué…? —empecé a decir, pero estaba demasiado perplejo para seguir—. Jesús, María y José.

—Está bien. —Puso los ojos en blanco—. No es la primera vez que lo veo.

Me quedé con la boca abierta. Luego la cerré de golpe. Ni siquiera sabía qué decir. Lo único que sabía era que me había vuelto loco y quería

ócargar a Rosie sobre un hombro y sacarla de allí lo más antes posible.

—Rosie —musité con cuidado—, vamos a casa.

. Un temblor la sacudió y contestó:

—Pero tengo todas mis cosas aquí.

—Haré la cena y daremos por acabado este día —sugerí, mirándola de cerca—. Mañana estarás fresca como una lechuga, lista para escribir todas llas palabras que necesites.

—Ya, seguro —dijo con frustración. Su expresión mostraba cansancio Abatimiento—. Porque eso es algo que puedo hacer.

s Eso me llamó la atención.

r —¿Qué quieres decir?

Negó con la cabeza.

—¿Por qué dices eso? —Suavicé la voz. Suponía, no, más bien sabía que me ocultaba algo—. Puedes confiar en mí, Rosie. —Volvió a negar con la cabeza, abrazándose la cintura. Me acerqué un poco más, me estaba preocupando—. Rosie, ¿qué pasa? —No me respondió; ni siquiera me amiraba. Incliné la cabeza—. ¡Ey, Ro…!

s —¡Nada! —soltó de golpe en voz alta, dándome un susto—. ¡No pasa ínada! —La voz le salió estridente y chillona, le temblaba el labio y le rechinaban los dientes—. ¡Todo va sobre ruedas!

. —Rosie —murmuré y, con más prisa, acorté la distancia entre nosotros —. Ey, *cariño*, ¿qué pasa?

a Soltó un suspiro agitado. En un segundo, tenía los hombros abatidos y slos ojos se le llenaron de lágrimas.

—Todo va bien —repitió justo antes de que se derrumbara la presa que ala contenía—: Tengo un maldito agujero en el techo del piso y tardarán más tiempo del que pensé en arreglarlo. Te estoy causando inconvenientes aporque llevo meses mintiéndole a mi padre y no puedo quedarme en su casa. Estoy casi segura de que el trabajo de mi hermano no es muy lega oque digamos. Y tengo menos de ocho semanas para entregar un manuscrito que apenas he empezado porque estoy bloqueada. No puedo aescribir, Lucas. Y aquí estás, un testigo del desastre total y absoluto que es ami vida. ¡Ah! Y para rematarlo, llevo con antojo de *cronuts* desde que me

vino la regla esta mañana, y cuando salgamos de aquí será demasiado tarde porque Holy Cronut ya estará cerrado. —De piedra donde estaba, la miré mientras recuperaba el aire—. Y sí, sé que mi vida ahora mismo está patas arriba. Pero soy Rosie. Se supone que tengo que conservar la calma —Se le escapó un hipo—. Porque es lo que mejor sé hacer. Mantener la cordura. Y ahora solo… solo…

Fue la lágrima solitaria que le brotó del borde del ojo la que me impulsó a acortar el resto de la distancia que nos separaba.

En dos segundos, la estreché entre mis brazos y la atraje hacia mi pecho.

—No te preocupes —dije, y le puse una mano en la nuca para sostenerla donde estaba.

—No puedo perder los nervios —musitó contra mi sudadera—. Soy Rosie, debo controlarlos.

La apreté un poquito más cuando tembló. Dejé que mi barbilla descansara sobre su cabeza.

—Puedes perder los nervios, Graham —le respondí mientras nos mecíamos de un lado a otro—. Tienes todo el derecho a perderlos de vez en cuando.

—Pero odio cuando pasa. No me gusta que nadie me vea así. Sobre todo tú. —Otra vez el hipo—. Estoy feísima cuando lloro.

—¿Fea? Imposible.

Dejó escapar un sonido ahogado que me entibió la piel debajo de la tela de la sudadera.

—Deja de ser tan tierno conmigo.

—Solo soy sincero —le respondí. Y lo era. Y no se me había pasado por alto ese «sobre todo tú», pero no era momento para eso—. Lo mejor es dejarlo salir. —Y le pasé la mano por la espalda, de arriba abajo, en un suave masaje—. Y más cuando estás bajo tanta presión.

—Quizá —repuso, todavía hundida en mi pecho—. Pero no me gusta.

Se me ocurrió algo para detener aquellas lágrimas.

—Conociste a mi abuela, ¿verdad? —Rosie asintió con la cabeza—. La última vez que hice algo parecido, como fingir que todo era perfecto, que

todo… iba sobre ruedas, mi abuela me tiró una cuchara de madera a la cabeza. Me dio en toda la cara.

Esperaba que Rosie se quedara boquiabierta o se riera, pero, en vez de eso, se puso pensativa.

—Adoro a tu abuela.

—Es difícil no quererla. Y, admitámoslo, tal vez me lo merecía.

Rosie dejó escapar algo parecido a una risa.

Bien, si así conseguía que dejase de llorar, podía humillarme un poco más.

—Había estado preparando salsa boloñesa con esa cuchara, así que quedé como si me hubiera tirado una lata de tomate encima. —En defensa de la abuela, me lo merecía—. Ah, y después de golpearme, me gritó «*Tontos son los que hacen tonterías*». —Dejé que mis dedos alcanzaran el pelo de Rosie y acaricié distraído sus suaves rizos. Como no se resistió dejé la mano allí—. Pero la abuela tenía razón. No es inteligente fingir que todo está bien cuando no lo está. Si embotellas más de lo que puedes aguantar, el tapón acabará saltando tarde o temprano.

Rosie no dijo nada y mi última afirmación me dejó un sabor amargo en la boca. Así que nos quedamos en silencio, meciéndonos de un lado a otro sin soltarnos.

Cuando Rosie habló otra vez, ya no le temblaba la voz.

—¿Lucas?

Respondí con un «¡ajá!», muy consciente de que ya no había razones para tenerla entre mis brazos, pero sin dignarme a moverme.

—¿Qué te habías estado guardando para ti mismo cuando te tiró la cuchara?

No debería haber hecho esa confesión a medias, pero su pregunta me pilló por sorpresa.

—Te… —Me fui callando y, sin seguir mi propio consejo, resguardé aún más lo que me había estado guardando dentro—. Te lo diré si dejas de rechazar mi ayuda. Y si vuelves al piso de Lina conmigo. No puedes quedarte aquí.

—¿No me lo puedes decir ahora?

—Demuéstrame que confías en mí. —Rosie se liberó de mi abrazo y me miró a los ojos. Yo también la miré—. Así es como funcionan las cosas, Graham. Es una calle de doble sentido.

Lo estuvo considerando un buen rato. Finalmente dijo, reticente:

—Vale. —Y soltó un fuerte suspiro—. Si es tu manera de pedirme que seamos amigos, entonces me parece bien. Creo que podemos ser amigos.

Algo me atravesó el pecho, se detuvo un momento allí y luego se desfumó.

—Amigos —afirmé, y por fin dejé caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo, porque los amigos se consuelan el uno al otro, pero saben dónde está el límite—. Vamos. No quiero arriesgarme a verle los huevos al señor Brown otra vez.

—Está bien —repitió, ahora con más convicción—. Vamos a casa, compi.

—Demuéstrame que confías en mí. —Rosie se liberó de mi abrazo y me miró a los ojos. Yo también la miré—. Así es como funcionan las cosas, Graham. Es una calle de doble sentido.

Lo estuvo considerando un buen rato. Finalmente dijo, reticente:

—Vale. —Y soltó un fuerte suspiro—. Si es tu manera de pedirme que seamos amigos, entonces me parece bien. Creo que podemos ser amigos.

Algo me atravesó el pecho, se detuvo un momento allí y luego se esfumó.

—Amigos —afirmé, y por fin dejé caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo, porque los amigos se consuelan el uno al otro, pero saben dónde está el límite—. Vamos. No quiero arriesgarme a verle los huevos al señor Brown otra vez.

—Está bien —repitió, ahora con más convicción—. Vamos a casa, compi.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 9
Rosie

CERRÉ EL PORTÁTIL. YA NO PODÍA MIRAR EL MANUSCRITO NI UN SEGUNDO MÁS.

Cero de 2.500 palabras.

—Esto es una mierda —me lamenté en el silencioso y vacío apartamento.

Porque había escrito cero palabras y tenía que recalcular mi objetivo diario. Otra vez.

Me puse a pensar en cómo me había derrumbado el día anterior. En cómo me había desquitado con Lucas. En cómo le había babeado la sudadera durante una cantidad indecente de tiempo. Y, más que nada, pensé en la calma de Lucas y en su consuelo. En cómo había intervenido sin que yo se lo pidiera. Sin que yo esperara que lo hiciera.

Y pensé en ese abrazo. Un abrazo con todo el cuerpo. Reconfortante, sanador, intencional; porque Lucas abrazaba como si le importara, como si toda su atención estuviera puesta en ese gesto. Un abrazo que te cambia la vida, si eso era posible.

Toda la vida he sido la persona en la que todo el mundo confía. Cuando tenía diez años, compartí con mi padre la carga emocional cuando mi madre se fue y nos dejó con un bebé de diez meses, Olly. Tuve que crecer de golpe. Y cuando él no estaba, tenía que cargar con ese peso sola. En cuanto a los amigos, siempre he sido su salvavidas, esa persona con la que podían contar para que les consolase o les diera un consejo sincero. Fuera cual fuera la situación, siempre estaba ahí para coger las riendas y solucionar la crisis. Siempre tranquila, siempre centrada. Quizá por eso estudiar ingeniería me había parecido lo más adecuado, lo más natural. Me pagaban por planificar, poner en práctica mis conocimientos y asesorar en momentos de crisis. Aunque también fue el motivo por el cual lo dejé y empecé a hacer lo que realmente me apasionaba (algo que se basaba en las emociones). Y había sido… liberador.

Aunque me había llevado hasta aquí. Al colapso. A la reacción inmediata de Lucas, que me dio su fuerza. Que me contuvo.

Suspiré.

Sonrisa deslumbrante, hombros anchos, habilidades culinarias increíbles, el superpoder de dar los mejores abrazos de cuerpo entero del mundo y un gran corazón.

A veces, la vida era muy injusta.

—Y aquí estoy —murmuré por lo bajo—, pensando en un hombre en vez de escribir.

Eso tampoco cambiaba nada; seguía sin poder escribir.

Me levanté del taburete, avancé con calma hasta la ventana y la abrí. Le di la bienvenida a la brisa fría de octubre. Me incliné sobre el umbral, preguntándome si debería llamar a Lina. Quizá…

Al otro lado del piso, oí como me vibraba el móvil.

—Qué raro —murmuré.

Sigilosamente, fui hacia la isla de la cocina, levanté el teléfono y sonreí ante el nombre que aparecía en la pantalla.

—¡Amiga! —chilló una voz que conocía muy bien—. ¿Por qué tengo un millón de llamadas perdidas tuyas? O me has echado mucho de menos o te has encontrado a Sebastian Stan en la calle y me lo he perdido. ¿Es majo? ¿Es más guapo en persona? Si ha resultado ser un capullo, no me lo digas. No me arruines a Seb.

—Lina. —Su nombre fue una mezcla de suspiro y risa—. Estaba pensando en ti. Y tampoco te he llamado tantas veces, solo dos.

—Me lo tomaré como un no. Pobre Seb. Él se lo pierde.

—¡Te echo tanto de menos! —Caminé hacia el sofá y me desplomé sobre él. Subí el volumen al máximo y dejé el móvil en la mesita de café —. ¿Cómo va todo, señora Martín-Blackford? ¿Cómo es Perú? ¿La luna de miel va según lo planeado?

—¡Ay, Rosie! Me podría acostumbrar a esto. ¿Qué crees que dirán en el trabajo si nos quedamos un poco más? —Bajó la voz—. ¿O para siempre?

—Bueno, considerando que tu marido es jefe de división de una

empresa de ingeniería en Nueva York y que tú eres líder de equipo en dicha división, diría que se quejarían bastante.

—¡Uf! Me debería haber quedado de consultora —se lamentó, aunque yo sabía que no lo decía en serio. Lina adoraba su trabajo—. O haberme casado con alguien sin responsabilidades.

Abrí la boca para decirle lo ridículo que era eso, teniendo en cuenta que eran incapaces de mantener las manos lejos el uno del otro; pero antes de que pudiera decir algo, distinguí la voz grave de Aaron de fondo y cómo Lina le decía:

—¡No iba en serio, *amor*! Era una broma. Me casaría contigo las veces que hiciera falta.

No pude distinguir las palabras ahogadas que sonaban de fondo, pero mi mejor amiga soltó una risita. Si me basaba en la experiencia, era la clase de risita que, en general, precede al beso, al contacto o a una mirada cómplice.

Me invadieron los celos. Los buenos. El anhelo de encontrar lo mismo que ellos. Irónicamente, el mismo anhelo que me había impulsado a coquetear con la idea de escribir. De crear la clase de amor que nunca experimentaba en carne propia.

Sin embargo, tenía una novela publicada y un intento de segundo libro a medio hacer; y no solamente me había quedado sin inspiración, sino que tampoco había logrado encontrar el amor.

—¿Rosie? —La voz de Lina me trajo de vuelta—. Te estaba relatando mis aventuras sexuales de luna de miel, aprovechando que mi marido se ha ido a comprar empanadas peruanas, pero me has dejado hablando sola.

—Lo siento, cariño.

La línea se quedó en silencio.

—¿Va todo bien? —indagó Lina sin su tono juguetón y alegre—. Lo de las llamadas era broma, lo sabes, ¿no? Puedes llamarme las veces que quieras.

—Lo sé —asentí, porque lo sabía—. Pero…

—No vas a explotar mi burbuja —terminó la frase por mí y me recordó por qué era tan importante y esencial en mi vida. Me conocía como a la

ıpalma de su mano. Y por eso sabía qué decir para tranquilizarme—
Nunca había sido tan feliz, pero ten por seguro que puedes decirme lo que
equieras.

e Le di un par de vueltas y, esta vez, no sentí celos, ni de los buenos
solo alegría. Por ella. Por ellos. Aaron y Lina se merecían toda la felicidad
ıdel mundo.

s —De hecho —continuó—, si crees que no puedes contar conmigo, me
/rompes el corazón, que ya de por sí es pobre y débil. Me…

—¡Vale, vale! —Exhalé—. Para con el chantaje emocional. No es que
sno quiera contártelo. Solo…

—No quieres molestarme mientras estoy en mi luna de miel con el
ɔpibón de marido que tengo, lo sé. Pero ya te he dicho que no molestas, así
ıque empieza a hablar, amiga.

ı «Empieza a hablar».

Necesitaba contarle tantas cosas. Confesarle, en realidad. Para
ɔempezar, el hecho de que no sabía cuándo podría volver a mi piso y que
ıme estaba quedando en el suyo con su primo. Y que me había enamorado
ıvirtualmente de susodicho primo y que pasar el tiempo con él no mejoraba
la situación.

ɔ Lo único que conseguí decir fue:

e —Creo que he cometido un grave error.

—Vale. —Su tono fue cauteloso—. ¿Rollo «le he echado sal a la masa
ɔen vez de azúcar» o más bien «amor, ¿te acuerdas del fosfuro de zinc que
ecompramos para el problema de las ratas?, bueno, si fuera tú, dejaría de
masticar»?

Cerré los ojos.

—¿El segundo? —Lo pensé mejor—. No tal cual, pero en gravedad se
ɔacerca. Menos eso de envenenar accidentalmente a mi pareja. Digamos
eque la envenenada he sido yo. Y que me lo he hecho yo misma…

—¿Rosie? —me detuvo.

—¿Sí?

ó —Creo que te has ido por las ramas con esto de las metáforas. Ya no sé
ıde qué estamos hablando.

. Suspiré profundamente.

e —Dejar InTech. Ese fue mi error, Lina.

—¿Qué? —Me di cuenta de que su asombro era sincero—. ¿Por qué lo ,crees? Te dedicas a la escritura, sin distracciones y con un contrato por un llibro bajo el brazo. Estás viviendo tu sueño.

—Sí, solo que no estoy viviendo mi sueño. —Miré hacia arriba, al etecho, y me llevé las manos a las sienes—. No he sido capaz de escribir nada. Quedan menos de ocho semanas para la fecha de entrega y estoy… eperdida. Estoy tan bloqueada que no sé cómo lo conseguiré. No tengo nada, Lina. Ni una maldita línea.

l Se hizo el silencio y luego, mi mejor amiga exclamó:

í —¡Ay, Rosie!

Un temblor me agitó el labio inferior, la cerradura de la puerta que había abierto y roto hacía menos de veinticuatro volvía a tambalearse.

a —Así que ya ves —dije sin pensar—. Soy un fraude. Todavía no he ecumplido mi sueño y ya he fracasado. Crees… ¿Crees que Aaron volverá ɔa contratarme si se lo pido?

a —No.

—Vale, lo pillo. Supongo que…

—No —repitió—. No le vas a pedir a Aaron que vuelva a contratarte.

—Lina…

a —Cállate y escucha. Escúchame con mucha atención. —Mi mejor eamiga me habló con dureza. Me tembló el labio y se me llenaron los ojos ede lágrimas—. Tú, Rosalyn Graham, eres la puta ama. —Dejé salir un sonido que me negué a reconocer como hipo—. Te licenciaste en Ingeniería. Te ascendieron a líder de equipo en una excelente compañía de eNueva York que se dedica a la tecnología. —Hizo una pausa para que yo spudiera procesarlo—. Escribiste un libro en tu tiempo libre. Un libro increíble, Rosie. Una historia de amor épica. Un veterano de guerra que viaja a través del tiempo y lucha por encontrar un lugar en el mundo junto a la mujer que ama con locura. ¿Sabías que Charo aún lo llama «mi éoficial»? Lo ha reclamado como propio y se enfada con la gente si lo mencionan mucho. —Lo sabía. Lina me había enviado capturas de

pantalla de algunos mensajes, entusiastas al extremo—. El día que descubra que eres Rosalyn Sage, se volverá loca y te atormentará lo que le oquede de vida. —Hizo una pausa—. Y eso es porque te coronaste. Lo hiciste muy bien, mejor de lo esperado.

—Tampoco me coroné, Lina. Me…

l —No te han ofrecido un contrato editorial por tu cara bonita.

r —Bien —acepté a regañadientes—. Supongo que mi primer libro está .bien.

o Lina bufó.

—Está más que bien, Rosie. Es adictivo, ya te lo digo yo. A la pequeña pero entusiasta parte de mi familia que habla inglés le encantó. —Escuché un ruido de papel arrugado de fondo, como si estuviera abriendo una ebarrita de chocolate o una bolsa de patatas. Ambas opciones eran muy probables, tratándose de ella—. Y tuviste los ovarios de renunciar a un etrabajo que no te satisfacía y perseguir una carrera que sí lo hacía. Como áautora. Porque se te da bien, Rosie.

Los ovarios.

Pensé en Lucas y su «guerrera». Guerrera. Yo.

Mi corazón continuó con el divertido asunto de ida y vuelta que realizaba cada vez que pensaba en él.

—¿Quieres decir que soy una guerrera? —Me escuché preguntar a viva rvoz.

s —¡Sí! —confirmó Lina enseguida—. Es tu miedo el que habla, el que nte bloquea. El fracaso te aterroriza, Rosie. Te conozco. Pero tienes que nsacártelo de la cabeza, deja de lloriquear porque no puedes arreglar e eproblema y empieza a creer que sí puedes.

o —¡Ay! —murmuré.

o —Te lo digo porque te quiero. —Me la imaginaba señalándome con e edo y moviéndolo en el aire—. No dejes que la presión te paralice. Eres ola única persona que te está limitando, Rosie.

i Sus palabras fueron más profundas de lo que deberían haber sido. No ola parte de que debía dejar de lamentarme, sino la otra, la que ponía en voz ealta que el problema era yo. Porque estaba empezando a creer que lo era.

—El bloqueo del escritor es algo muy común —agregó Lina—. Así que te vamos a desbloquear.

—¿A desbloquearme?

—Vas a sacarlo todo.

Dejé caer las manos a los lados, con las palmas sobre la tela suave de los cojines.

—No sé, Lina. Aún no… sé lo que me pasa. Estoy…

Hubo un segundo de silencio.

—¿Estás qué?

—Estoy… —Me fui callando—. Es como si hubiera cientos de cosas que me impidieran escribir y me paralizaran al intentar hacerlo. —Sacudí la cabeza—. Lo he intentado todo, hasta acupuntura, porque leí en un blog que ayudaba a liberar las endorfinas que ayudan a encontrar la inspiración. No funcionó.

La línea se quedó otra vez en silencio.

—Quizá hay algo que puedas probar.

—Y eso es…

Lina no me respondió de inmediato, ya me lo veía venir.

—Tu segundo libro se desarrolla en el mismo universo, ¿verdad? Me dijiste que le querías dar un final de cuento a su mejor amigo.

—Sí.

—Mencionaste que esta vez la historia sería un poco más… alegre. De su batalla con la vida moderna y sobre la adaptación a las formas salvajes de ligar de hoy en día.

—Recuerdo haber dicho algo así.

—Creo que —Lina pronunció tan lentamente esas palabras que se alargaron unos segundos—, podrías hacer lo mismo. Podrías volver a salir.

Fruncí el ceño.

—¿Salir a dónde?

—A tener citas —confirmó con confianza, e indagó—: ¿Cuánto llevas encerrada en casa? —preguntó, pero no me dio la oportunidad de responder—. Demasiado. Tal vez ese sea el problema. Eres una escritora de novelas románticas que intenta escribir sobre un hombre de principios

ídel siglo veinte que quiere encontrar el amor en el mundo actual. Quizá deberías… hacer lo mismo. Si lo piensas bien, no sois tan diferentes. Llevas dos años sin tener ni una cita. —Dejó escapar una risita—. Tu héroe y tú sois dos peces que habéis caído en el estanque de las citas del siglo veintiuno. —Un sonido extraño me salió de la garganta. Abrí la boca para enumerarle todas y cada una de las razones por las que no iba a funcionar, pero me detuve. Porque quizá, solo quizá—… Podría funcionar —afirmó Lina, como si me hubiera leído la mente—. Escucha, lo primero que me ha venido a la mente ha sido tirar por el sexo. Orgasmos. Iba a sugerirte que te compraras un vibrador nuevo para liberar endorfinas, pero ícreo que esta vez necesitas experimentarlo al completo.

Parpadeé y traté de procesarlo todo.

—Sabes que las aventuras de una noche no son lo mío —objeté.

—Exacto —respondió enseguida—. Tienes que experimentar la parte de romance antes de echar un *kiki*.

—¿Echar un *kiki*?

Ignoró mi pregunta.

—Por eso creo que deberías volver a descargarte Tinder. O Bumble. O elo que sea que haya inventado esta semana el Zuckerberg de las aplicaciones de citas.

—Una aplicación de citas. —Podía oír el escepticismo en mi voz— ¿Dónde ha quedado eso del pez? Creo que me gustaba más. ¿Podemos svolver a eso? Ya sabes que nunca sale nada bueno de estas aplicaciones.

—Escucha —Lina se aclaró la garganta—, sé que has abandonado las aplicaciones (y los hombres) por una razón, una buena. El último hombre con el que tuviste una cita, el Cara de paleto número cinco, era… Bueno .digamos que tuvo suerte de que no le pidiera el coche a Aaron y le pasara por encima accidentalmente.

—¡Lina! —Resoplé—. Quedamos en que no dirías este tipo de cosas.

—Un golpecito tonto con el parachoques. Solo quería eso.

Negué con la cabeza.

—Quieres atropellar a todos los hombres con los que he salido.

Lina se rio de una forma muy sombría y… sanguinaria.

—Porque todos han resultado ser imbéciles. —Cerré los ojos. Me sentía… indefensa y cansada. En gran parte porque tenía razón—. La cuestión es que la larga fila de idiotas con los que has tenido citas te permitió escribir tu debut. Y no puedes ir a Central Park, perder un pañuelo y esperar a que el hombre de tus sueños lo encuentre y empiece a buscar por toda la ciudad…

—Sí —la corté—. No tengo tiempo, ya lo pillo.

—No —coincidió con dulzura—. Así que quizá, solo quizá descargarte una aplicación de citas y salir por ahí podría cambiar algo. Podría inspirarte. Poner la maquinaria en marcha. O ayudarte a aclarar las ideas mientras te diverites. Eso tampoco estaría mal.

Me rodeé con los brazos, no quería aceptar que lo que estaba diciendo tenía sentido.

—Tal vez hasta podrías tomártelo como… —Se le fue apagando la voz. Luego continuó con más entusiasmo—. Como una investigación trabajo de campo. Como si estuvieras haciendo un experimento. Elige un hombre y haz lo que sea necesario para que fluya la creatividad. No siquiera se lo tienes que decir.

Un experimento.

Eso sí, no me gustó la última parte. No creía que tuviera las agallas para engañar a alguien para hacer… lo que fuera que Lina estuviera insinuando. Hacer trampa nunca había sido lo mío.

Me recordé a mí misma que, sin embargo, llevaba meses mintiéndole a mi padre. Y que le estaba mintiendo a Lina (por omisión) al no decirle que me había instalado en su piso mientras ella estaba de viaje. Con su primo.

—Vale la pena intentarlo —me alentó.

—Es posible —admití con calma—. A estas alturas, voy a intentar cualquier cosa con tal de tener la posibilidad de superar este estúpido miedo. —Sentí la presión detrás de los ojos y me sorprendí a mí misma cuando dije—: Quien sabe… tal vez encuentre el amor de una vez por todas. —Un rayo de esperanza me atravesó el pecho al pensarlo, pero se apagó rápidamente—. Y si eso no es una opción, me conformo con soñar despierta y escribir sobre él lo que me queda de vida.

—No digas eso, Rosie —objetó Lina con tal ternura que sentí que se me cerraba la garganta con… emociones. Muchas emociones desordenadas e intensas. «Dios mío, últimamente me estoy comportando como una cría»—. Por supuesto que lo encontrarás. Quien sabe… hasta podría convertirse en una de esas películas de Hallmark que tanto adoras —Bajó la voz y anunció—: «Escritora de novelas románticas tiene una cita en su búsqueda de inspiración y se enamora. ¡Alerta de *spoiler*! Acabó siendo un *best seller*». —Soltó una risita—. Y si no te enamoras y el tío resulta ser imbécil, le pediremos el coche a Aaron y nos aseguraremos de que nunca más cruce un paso de cebra en rojo.

La adoraba. A pesar de que sus buenas intenciones de naturaleza violenta nos llevarían a la cárcel cualquier día de estos.

Una vez más, se me formó un nudo en el estómago al recordar todo lo que le estaba ocultando. Pero justo cuando iba a abrir la boca, un sonido chillón me llamó la atención.

Me sobresalté y mi mirada se tropezó con una figura espigada y fuerte que reconocería en cualquier parte.

Lucas. Mi compañero de piso. El primo de Lina.

Estaba de pie en el umbral de la puerta, con los hombros levantados y los ojos como platos. De hecho, era la imagen de alguien a quien habían atrapado haciendo algo malo. Algo que no debería haber estado haciendo Algo…

¡Ay, Dios!

Ay, no.

Entonces lo supe.

Supe, con una certeza que me costaba procesar, qué había estado haciendo.

Poner la oreja.

—¿Rosie? —me llamó mi mejor amiga. La voz salió del auricular a máximo volumen posible, justo como había configurado al principio de la llamada—. ¿Sigues aquí?

—Lo siento —gruñí, fulminándolo con la mirada—. Estoy aquí, pero me… Me tengo que ir ya.

Como no pude apartar los ojos de Lucas, seguí sus movimientos con la mirada. Mientras tanto, mi mente se inundó con «¿Por qué, Señor? ¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que escuchar justo esta conversación?».

Lucas caminó en mi dirección, y mi mirada, que iba por libre, decidió que era un buen momento para fijarse en él. Para maravillarse con la forma en que la sudadera verde esmeralda le marcaba el pecho definido que había sentido contra la mejilla. Para perderse un poco en la forma en que ese rizo rebelde le caía sobre la frente.

Sexy y desaliñado fisgón.

Al menos podría tener la decencia de no verse tan… seductor.

—Vale, vale —le escuché decir a Lina cuando Lucas se sentó sobre la mesita de café, justo delante, y dejó una caja rosa y azul, que no había visto, al lado de mi móvil. Tragué saliva y vi que tenía las rodillas a medio centímetro de las mías. Casi las rozaba. Lina continuó—: Voy a decirle a la abuela que te ponga una vela y pida un hombre normal que te dé uno o dos orgasmos decentes porque…

—Gracias, Lina —la interrumpí de inmediato, inclinándome hacia delante para coger el móvil. Desactivé el altavoz y me lo llevé a la oreja —. Te llamo después, ¿vale? Me tengo que ir de verdad.

—Está bien —se rindió mi mejor amiga—. Te dejo marchar, pero solo porque te quiero. Esi sí, prométeme que recordarás que puedes con todo lo que te propongas.

Podía sentir los ojos de Lucas como dos bolas de fuego sobre una de mis mejillas, pero mantuve la mirada baja.

—Yo también te quiero, Lina. Dale a Aaron un abrazo y disfrutad de la luna de miel.

Con el corazón en la boca, colgué e hice mi mejor intento de no parecer desesperada para poner una excusa mientras mi mente lanzaba preguntas a diestro y siniestro.

Lucas había escuchado lo de los orgasmos. Pero ¿y el resto? Dios mío ¿cuánto tiempo había estado ahí?

—¡Ey! —dijo con tanta suavidad que la palabra me disparó cientos de alarmas. El día anterior me había sostenido mientras perdía el maldito

ıcontrol; y ahora, esto—. ¿No me vas a saludar, Rosie?

r —Hola —respondí mirando hacia abajo. Porque, si levantaba la vista y encontraba el más mínimo indicio de lástima en su rostro, sería tan… ótriste. Devastador, en realidad—. Estaba hablando con Lina.

ı —Me he dado cuenta.

ɔ Fruncí los labios.

ı —No he tenido la oportunidad de decirle que nos estamos quedando aquí los dos. Juntos. Hasta que… ya sabes, pueda volver a mi casa. —Tragué saliva y mantuve la mirada fija en la esquina de la mesita que no estaba ocupando. Si quería disimular y hacerle creer que todo iba bien ıtenía que actuar en consecuencia—. En fin, ¿qué tal tu día? ¿Has ido a la ıexhibición de la Biblioteca Pública de Nueva York que te recomendé? ¿Te ɔha gustado? ¿Está tan bien como parece por internet?

ı —Sí —respondió, como si con esa sola palabra contestara mis cuatro ɔpreguntas. Luego, agregó—: Te he traído algo.

Me dio la caja azul y rosa y tuve que mirar dos veces al ver el logo ıAlgo en mi pecho se expandió como un globo y creció mientras miraba ıesa cajita de cartón que conocía tan bien.

—Te has acordado —murmuré con voz temblorosa—. *Cronuts*, de ɔHoly Cronut. Los que mencioné ayer.

ɔ No solo lo había mencionado. Lo había gritado después de decirle que me había bajado la regla, y justo antes de que le dejara la sudadera llena de ɘmocos.

—Sí —admitió, el globo me llenó todo el tórax—. Me ha llegado la ıtarjeta esta mañana. La he encontrado en el buzón. Así que pensé que podíamos celebrarlo. —Empujó la caja en mi dirección—. Si decides ɔcompartirlos, porque, como ya te he dicho, son para ti.

ı —¿Si decido compartirlos? —repetí. ¿Este hombre era real? ¿Era verdaderamente real? Deslicé la mirada desde las letras azules que decían ,Holy Cronut hacia sus rodillas—. Por supuesto que voy a compartir. —Hice una pausa—. Has comprado la caja grande.

ɘ —He pedido la más grande que tuvieran.

ɔ Puso una de las manos sobre su muslo izquierdo. Me quedé pensando

en la parte de piel bronceada que podía ver a través de las rasgaduras de sus pantalones vaqueros. Sentía la urgencia de estirarme y ver cómo era al tacto.

—¿Qué dices? —Unos dedos fuertes dieron golpecitos contra la pierna. Como si hubiera sabido que estaba concentrada en ese punto exacto y quisiera llamarme la atención—. ¿Nos los comemos ahora o los guardamos para después de cenar? —Solté algo parecido a un gruñido— No se hable más. —Se rio, y su risa pareció razón suficiente para mirarlo A la cara.

—Mi ataque de nervios de ayer debió de ser épico —murmuré mientras examinaba cómo se le arrugaban los extremos de los ojos al sonreír—. O me tienes miedo y quieres apaciguar al horrible monstruo llorón.

—No tienes nada de horrible. —Separé los labios, sus palabras haciendo eco en mis oídos. Como si no hubiera dicho algo que recordaría toda la vida, levantó la tapa y me enseñó las seis piezas—. Además, me gusta que me lloren de vez en cuando. —Empujó la caja en mi dirección —. Es bueno para mi piel.

Negué con la cabeza y cogí un pedazo de cielo crujiente espolvoreado con canela.

—Te lo agradezco, Lucas. No tenías por qué hacerlo.

Él también cogió uno y lo chocó con el mío, como si hubiera algo digno de celebrar.

—Los amigos no hacen las cosas esperando algo a cambio, Rosie.

Amigos.

—Tienes razón. —Me esforcé para curvar los labios y esbozar lo que sabía era la sonrisa más pequeña de la historia de las sonrisas. Frunció el ceño, así que sentí la necesidad de distraerlo—. Vamos a tener que encontrar otra palabra para agradecernos las cosas.

Los ojos le brillaron y me alegré de saber que había sido cosa mía. Aun después de recordar que somos amigos.

—¿Cómo un código? —indagó—. ¿Solo para nosotros?

—Eso es. —Asentí. La idea me gustaba más que a él. Mucho más de lo

eque debería—. Algo así.

l Lucas se quedó pensando un momento, luego agitó el *cronut*.

—Te *cronut*. ¿Qué te parece?

a Su sonrisa era grande, brillante, con toda la potencia de un megavatio.

o Y lo miré, sentado allí como si esto no fuera nada, como si no fuera smaravilloso y no me estuviera poniendo muy difícil que no me gustara .cada vez más, tanto que tuve que contenerme de decirle que creía que era .el hombre más cariñoso que había conocido. Más dulce que cualquier pastel que pudiera comprarme.

é —Te *cronut*, Lucas.

l Y, sin decir nada más, le hincamos el diente con gemidos de deleite. El ocontenido de la caja desapareció en tiempo récord. Y, para cuando terminamos de lamernos los dedos, ya había conseguido olvidarme de casi stodo.

a —Dime, Rosie —comentó Lucas, y fijó su mirada en mí, con una eexpresión que debería haberme advertido de lo que venía—. ¿Me vas a hablar de tu bloqueo y esa larga fila de idiotas con los que has salido?

o

o

e

l

e

n

o

que debería—. Algo así.

Lucas se quedó pensando un momento, luego agitó el *cronut*.

—Te *cronut*. ¿Qué te parece?

Su sonrisa era grande, brillante, con toda la potencia de un megavatio.

Y lo miré, sentado allí como si esto no fuera nada, como si no fuera maravilloso y no me estuviera poniendo muy difícil que no me gustara cada vez más, tanto que tuve que contenerme de decirle que creía que era el hombre más cariñoso que había conocido. Más dulce que cualquier pastel que pudiera comprarme.

—Te *cronut*, Lucas.

Y, sin decir nada más, le hincamos el diente con gemidos de deleite. El contenido de la caja desapareció en tiempo récord. Y, para cuando terminamos de lamernos los dedos, ya había conseguido olvidarme de casi todo.

—Dime, Rosie —comentó Lucas, y fijó su mirada en mí, con una expresión que debería haberme advertido de lo que venía—. ¿Me vas a hablar de tu bloqueo y esa larga fila de idiotas con los que has salido?


I ♥ NY
NYC

Capítulo 10
Rosie

—Lo has escuchado todo, ¿no?

Sabía que sí. Le eché un vistazo a nuestras rodillas, separadas por un pelo de distancia.

—Creo que te ha oído todo el vecindario, ya que habéis estado hablando en voz alta y con la ventana abierta.

Me tapé la cara con las manos.

—Perfecto.

Me apoyó la mano sobre la muñeca derecha con suavidad. Me quedé sin aliento ante el contacto inesperado. Tiró con sutileza y un hormigueo se me extendió por todo el brazo, y no… Bueno, no pude hacer nada excepto dejar que me apartara la mano.

Lo miré fijamente.

—Seré muy sincero contigo, Rosie. —Fue a por mi otra muñeca y como me resistí un poco, esa pequeña sonrisa que había estado jugueteando en su expresión se ensanchó y me deslumbró tanto que le permití bajar la otra mano. «¡Estúpida sonrisa!»—. Quizá he escuchado parte de la conversación desde la calle sin querer. Pero luego me he quedado detrás de la puerta para acabar de enterarme. Y eso sí que lo he hecho a propósito.

—Vale —respondí despacio mientras me llevaba las manos al regazo —. Gracias por tu sinceridad.

Porque, ¿qué se suponía que debía decirle? Por alguna razón, ni siquiera me había puesto histérica. Podía ser muchas cosas, pero histérica no era una de ellas.

—Me gustas, Rosie —anunció Lucas y el corazón me dio un vuelco ante esas palabras—. Creo que es bastante obvio. —Se encogió de hombros sin mostrar remordimiento, se me aceleraron las pulsaciones— Pero ¿que sigas creyendo que eres una fracasada? ¿Solo porque estás

bloqueada? Eso no me gusta. En absoluto. Y, como amigo, voy a decirte algo, tal como ha hecho mi prima.

Como amigo.

Porque yo le gustaba como amiga. Por supuesto. No era nada nuevo.

—Y como amigo —continuó—, quiero ayudarte. Mi prima no está aquí, así que ocuparé su lugar. ¿Puedo ser tu mejor amigo?

Mi mejor amigo. Sonaba maravilloso y, a la vez, me revolvía el estómago. Suspiré.

—Vale.

—Lina ha dicho que renegabas de los hombres. —Se inclinó un poco más hacia delante—. Y de las aplicaciones para ligar. —Se puso serio— ¿Por qué?

Negué con la cabeza, sentía que me hervían las puntas de las orejas.

—No creo que me apetezca relatarte todas mis citas desastrosas, Lucas —murmuré.

—Solo quiero entenderte, pero llevo una clara desventaja. Me faltan todas las piezas que Lina sí tiene. —Se había deslizado hasta el mismísimo borde de la mesita, de modo que yo tenía las rodillas entre las suyas. Tragué saliva—. Además, he tenido montones de citas. No me asusto con facilidad.

Ese «montones» que había deslizado con tanta naturalidad despertó mi curiosidad. Bueno, y también un poco de celos.

—¿Me estás diciendo que eres un experto en esto de salir con gente?

Ladeó un poco la cabeza y pensó la respuesta.

—No diría que soy un experto, pero ninguna mujer se ha quejado.

Así que era un ligón. Las palabras que me había dicho un par de días atrás me golpearon. Todas de golpe. Junto con una nueva ráfaga de celos.

—Pensaba que ya no tenías citas.

También había dicho que nadie le había roto el corazón, pero me guardé ese detalle.

—Buena memoria, Rosalyn Graham —admitió—. Y no, no tengo citas. Ya no estoy en el mercado. No puedo.

Quería indagar. Preguntarle por qué.

—Así que eres un experto en citas que ya no sale.

—Si eso es lo que quieres oír, entonces eso es lo que soy.

No, no era lo que quería escuchar. Pero ¿qué más daba?

Suspiré, levanté las piernas y las crucé, cortando el leve contacto con las rodillas de Lucas.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

Lucas estiró los pies y los puso a un extremo del sofá, justo al lado de mi muslo, acercándose todavía más.

—Cara de paleto número cinco —ofreció con una expresión seria—. Puedes empezar por ahí. ¿Nombre completo? ¿Dirección? ¿Fecha de nacimiento? Solo para tener referencias.

—¡Ja! —Le lancé una mirada—. Ted, sin apellido, lugar y fecha de nacimiento desconocidos. —Ignoré el ceño fruncido de Lucas y le pregunté—: ¿Qué más quieres saber? ¿Qué salió mal? —Afirmó con la cabeza—. Si quieres todos los detalles insulsos —bromeé, pero no se rio—. Muy bien. Salimos un par de semanas, más o menos. —Seis, para ser exactos—. Le había dejado claro desde el principio que no quería que viéramos otras personas porque… —Negué con la cabeza—. Así soy yo. Él estuvo de acuerdo, me dijo que no quería compartirme. Pero un día, de pura casualidad, lo vi pegado a los labios de otra. Cuando me acerqué fingió que no me conocía. —Y eso fue como darme de cara contra la pared—. Montó tal escena, que, por un segundo, llegué a pensar que me había equivocado. Pero no, era Ted. Y llevaba más tiempo con ella que conmigo. —Lucas me estudiaba, extrañamente quieto. Llené el silencio—. Y ahora conoces la historia de Ted. Cara de paleto número cinco. —Me estiré sobre el respaldo del sofá para estar más cómoda mientras esperaba que dijera algo, cualquier cosa. No lo hizo—. No pasa nada. Tardé un par de días en superarlo. Ni siquiera fue el peor.

Con el ceño levantado, Lucas dijo muy despacio:

—Hay alguien peor que él.

Me di cuenta de que no había sido una pregunta, pero aun así la respondí:

—Nathan. Tu prima lo apodó «Rey de los Cara de paleto». —Me

incorporé, abrazándome las rodillas contra el pecho, las piernas flexionadas. Y, como parecía que ya no tenía filtro, también le conté esa historia—: Era guionista. Divertido, ingenioso, seductor. Nuestra primera cita fue la mejor que he tenido, y eso debería haber sido una *red flag* teniendo en cuenta que se presentó borracho. —Lucas se estremeció apretando los labios—. Su excusa fue que había tenido un día de mierda en el trabajo y que había decidido tomarse un par de cervezas antes de nuestra cita. Me dijo que no quería cancelarla porque yo le gustaba mucho.—Y, además, Nathan había sido muy convincente—. En fin, las siguientes citas fueron… como salir con múltiples hombres al mismo tiempo. Podía ser seductor y encantador, pero luego, se convertía en alguien completamente diferente. No sabía si me encontraría con un rarito, un tipo con mal genio o un… pirado.

Se le tensó el músculo de la mandíbula.

—¿Alguna vez él…?

—No —lo detuve—. Nunca. Nunca me levantó la mano. Estoy hablando de las cosas que decía o cómo actuaba. —Hacía cosas que parecían sacadas directamente de un *sketch* de comedia. Muy raras— Pero siempre se acababa disculpando y diciendo que los nervios lo hacían actuar de forma extraña porque estaba loco por mí. —Y mi parte enamoradiza, tonta e ingenua, se lo tragaba cada vez. Me reí para restarle importancia a la malísima experiencia—. En resumen, resultó que me había estado usando como conejillo de indias: probaba escenas conmigo: Para el guion en el que estaba trabajando.

Lucas permanecía tan inmóvil que ni siquiera podría decir a ciencia cierta si respiraba. Ni siquiera había pestañeado los últimos minutos.

Aparté la vista y me miré los pies.

—Ya te he dicho que era deprimente, Lucas.

Ignoró mi último comentario.

—¿Cuánto tiempo saliste con este Nathan antes de dejarlo?

Retorcí los dedos de los pies dentro de los calcetines.

—Ah, creo que… ni siquiera lo dejé yo. —Me tragué la vergüenza con toda la dignidad que pude. Porque debería haberlo dejado, debería haber

shuido en la primera cita—. Fue él quien cortó. La revelación fue su gran
agiro de trama. —Lucas no decía nada. Ni una palabra. Y yo… Dios mío
a¿qué estaba haciendo? ¿Por qué le estaba contando todo esto? Podíamos
,ser amigos sin necesidad de revelarle cosas que no me hacían quedar bien
,—. Y eso es todo por hoy, amigo. —Por fin busqué su mirada. Me
aencontré con una expresión que preferí ignorar—. Por eso reniego de los
ehombres y de las aplicaciones de citas. —Y era cierto. Después de esa
.estela de pseudo-relaciones fallidas, decidí apartarme del amor de la vida
sreal y concentrarme en el de la ficción—. Quizá Lina tenga razón. Solo
anecesito salir y volver a tener citas. Y por salir me refiero a volver a
ıdescargarme Tinder.

o Frunció el ceño con una expresión extraña.

Sentí la necesidad de volver a llenar el silencio.

—No es lo ideal, pero no se me ocurre otra cosa. —Comencé a jugar
con los dedos, por lo que decidí sentarme sobre ellos—. Podría hacer una
ylista de todas las cosas que necesito para guiar esta… investigación, como
eha dicho Lina. Convertirlo en un experimento. Elijo a un hombre y sigo
.con el procedimiento. Todas las fases de las citas. El arco natural de
ıconocer a alguien en profundidad, desde lo divertido y más básico, como
ecomprar flores o experimentar mariposas en el estómago antes de la
eprimera cita, hasta el primer roce de manos o cuando se acerque y sepa
eque… —Me detuve al ver que estaba divagando—. Pues eso.

. Le eché un vistazo al hombre que tenía delante y esperé unos
segundos.

a —¡Ey! —Me fui apagando mientras me preguntaba si, quizá, debería
darle un empujoncito con el dedo para comprobar que estuviera bien—
Creo que nos hemos comido uno o cinco *cronuts* de más. ¿Sientes un
cosquilleo en la punta de los dedos? ¿Sudor frío? Tal vez debería traerte
un vaso de agua.

Apenas me había movido medio centímetro cuando la mano de Lucas
salió disparada en mi dirección. Dejó caer la palma sobre mi rodilla justo
ıcuando respondió:

r —No.

Levanté las cejas.

—¿No al agua? —Miré embelesada aquella palma pesada y tibia que sme calentaba la piel por debajo de los pantalones vaqueros, dejándome un poco sin aliento—. ¿Quieres un vaso de leche?

—No, Rosie —repitió con tal determinación que me hizo levantar la svista al sentir que me apretaba el muslo con suavidad—. Lo haré yo.

Parpadeando y procesando sus palabras, recapitulé en mi mente y abusqué lo que quizá se estaba ofreciendo a hacer.

—¿Me vas a… traer flores? —le pregunté sintiendo cómo retiraba la amano. Me volví a sentar, aliviada, ya que podía pensar con más claridad —. Creo que ningún hombre me ha traído flores, pero…

Negó con la cabeza y dejó escapar algo parecido a una risa.

—No, me refiero a que seré tu pareja experimental.

Se me cortó la respiración. Mi tonto flechazo, ese que tanto había atratado de disimular, empezó a golpearse contra las rejas de la jaula en la oque lo había encerrado.

«Silencio», le ordené al ensordecedor grito en mi cabeza. «Me ha edicho que somos amigos». Demasiadas veces.

Traté de invocar una sonrisa y fallé.

—¿Serás mi pareja experimental?

Él asintió con la cabeza. Ahí estaba esa personalidad afable otra vez.

—Piénsalo, es perfecto. —¿Perfecto? Siendo sincera, me estaba scostando mucho oír mis propios pensamientos por encima del martilleo de las sienes—. No vas a tener que descargarte Tinder ni ninguna de esas aaplicaciones en las que hay hombres. —Un imperceptible mohín le curvó .los labios en un gesto de satisfacción. Abrí la boca, pero no me salió nada —. Lo simplifica todo.

Las siguientes dos palabras quedaron suspendidas en el aire.

—¿El qué?

—Yo, tú, nosotros, esto —respondió con tanta seguridad que me hizo opensar que le estaba dando una subida de azúcar. Quizá me estaba dando a mí. Porque, ¿en serio Lucas Martín me estaba sugiriendo que saliéramos (para un experimento) para que yo encontrase la inspiración?—. Has dicho

que escogerías a un hombre y seguirías todo el procedimiento. ¿Vas a decir que se trata de un experimento? ¿Todas las fases? ¿El arco natural de la conexión con alguien?

—Tú… —Tragué saliva—. Lo has escuchado todo.

Sonrió. No fui capaz de pasar por alto lo engreído que se veía en ese momento.

—No eres la única que tiene buena memoria, Rosalyn Graham. —Le vino algo a la mente—. Por cierto, nunca me has dicho tu seudónimo.

—Rosalyn Sage —contesté sin pensar.

Lucas entrecerró los ojos mientras yo los abría al comprender lo que estaba pasando.

Mierda.

—Espera. ¿Eres esa Rosalyn Sage? —Tenía la boca abierta como una aletra «O», y, a pesar de que era el peor momento posible, no pude evitar apensar en cuánto me gustaban esos labios. Eran carnosos. Masculinos— ¿Eres la autora del libro del que mi hermana no para de hablar? ¿Ese libro aque parece vivir en la mesita de café? Tú… —Se detuvo.

—Sí. —Suspiré—. Soy yo.

Lentamente, fue dibujando una sonrisa de oreja a oreja: separó los labios de forma magnífica y grandiosa, como si el mismísimo Moisés se los estuviera abriendo como hizo con el mar Rojo.

Con toda la magnificencia que pude invocar, dejé de mirarlo a la cara.

—En fin, todavía no he pensado en los detalles, así que no sé si iba a sser del todo honesta o simplemente, no sé, dejar que la cosa fluya y esperar lo mejor. —Fruncí el ceño ante lo poco práctico que sonaba eso— aPero no quiero herir a alguien si descubre que lo estoy utilizando.

—Y ahí entra Lucas —acotó en broma.

Levanté la vista y me encontré con su mirada fija en mí. Esa sonrisa desprendía tanta… confianza. Era tan tranquilizadora y reconfortante Como una red de seguridad, siempre allí en caso de que te cayeras.

—Lucas… —Me apagué. Me cuestioné mi propia salud mental porque sestaba considerando su oferta—. No tienes citas. No estás en el mercado Tú mismo lo has dicho.

—No es salir de verdad, se trata de un experimento.

—Esto es… —Era una locura.

«No lo es», una voz ávida y temeraria contraatacó en mi cabeza. «Es una oportunidad de acercarte a él sin la necesidad de buscar una excusa Antes de que se vaya para siempre».

No.

Tenía que ser razonable.

—Has venido de visita un par de semanas —señalé. Seis, para ser exactos—. No quiero que malgastes tu tiempo haciendo esto en vez de lo que sea que tengas planeado.

Lucas se observó las manos unos segundos antes de volver a mirarme.

—Eso no supone ningún problema, Rosie.

Incliné la cabeza y lo miré de cerca. Una sombra le oscureció la mirada.

—¿No quieres seguir recorriendo la ciudad?

—No. —Negó con la cabeza—. Voy a ser totalmente sincero contigo Rosie. —Y la manera en que bajó la voz hizo que contuviera la respiración para no perderme ninguna palabra—. Llevo seis semanas viajando solo Por decisión propia. Porque era algo que necesitaba hacer. Pero me ha… resultado contraproducente. Y no me lo esperaba. No te mentí cuando dije que me sentía solo. —Se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa como si no sintiera ganas de alargar el brazo y cogerle la mano— Podríamos decir que paso más tiempo solo del que me gustaría, por lo que agradecería la compañía. Y sé que ya te has dado cuenta, pero —se dio una palmadita en el muslo— no estoy en, digamos, mi mejor forma como para ir andando a todos lados.

Al instante, bajé la mirada a la mano que descansaba sobre su pierna No era muy obvio, pero sí que me había dado cuenta de que prefería apoyarse en el lado izquierdo. Recordé esa primera noche, cuando estuvo a punto de caerse.

Quería preguntarle: «¿Qué te ha pasado, Lucas?».

Pero no lo hice porque algo me decía que estaba haciendo un esfuerzo para abrirse y admitirlo en voz alta. Y quería atesorarlo, pero, ante todo

quería demostrarle que podíamos ir a su ritmo, bajo sus propios términos y que no le haría preguntas de más.

—¿Me estás diciendo que tú también sacas algo de este experimento?

—Así es, Rosie. —Me miró a los ojos—. Más de lo que te imaginas.

Me gustaba cómo sonaba. Tanto que algo estremecedor me llenó el pecho.

—Eso sí, tiene que parecer real. No me refiero a… besuquearse o rcogerse de la mano, sino a otra cosa. A ser románticos. Tener una oconexión. Compartir cosas como si estuviéramos en una cita real.

Su risa resonó por todo el piso.

—¿Besuquearse?

—Ya sabes, acercarse… mucho físicamente. —La diversión se apagó ıen su mirada, pero decidí ignorarlo—. Eso podría confundir las cosas Perjudicar nuestra amistad.

—Deberemos ser sinceros el uno con el otro, si es que llega a pasar —,respondió sin dudar.

«Sinceros el uno con el otro».

¿Tanto como para confesarle que llevaba tiempo enamorada de él en .secreto?

¡*Strike* uno para Rosie!

Lucas se inclinó. Un aroma fragante, nítido, me llegó a las entrañas.

—Mira —dijo y yo tragué saliva, más que nada porque, en ese emomento, estaba muchísimo más cerca. Justo al borde de la mesita de ocafé. Me tenía atrapada con las piernas—. Te prometo que esto no afectará oa nuestra amistad. —Se movió otro centímetro hacia delante—. Me contarás los detalles de las citas que necesitas experimentar, saldremos, lo .haremos lo mejor que podamos y, al acabar, cuando volvamos a casa ıseremos Rosie y Lucas. Compañeros de piso. Amigos. Pronto, mejores oamigos.

—¿Mejores amigos? —grazné.

—Sí —asintió con la cabeza, y repitió, con aquella voz musical y grave o—, mejores amigos. —Como era evidente que estaba aturdida por su ,acento, sus palabras y la forma en la que parecían titilar esos ojos

,marrones que tenía tan cerca, no dije nada. Quizá por eso sintió la necesidad de añadir—: Y si todavía estás indecisa, te puedo prometer algo —Hizo una pausa—. Te prometo que no me enamoraré de ti ni te complicaré las cosas, Rosalyn Sage.

l Tragué saliva y me tomé mi tiempo, porque no había ninguna razón para sentir que… esa promesa me rompía el corazón.

ɔ De hecho, solo tenía razones para entusiasmarme. Lucas se estaba aofreciendo a darme una mano. Y la aceptara o no, él se iría dentro de cinco semanas. A otro continente. Pasase lo que pasase. Y dos semanas después yo tenía que presentar mi manuscrito.

Así que, ¿qué podía perder?

ó —De acuerdo —confirmé—. Hagámoslo. —Me proyectó una de esas .miradas con las que no sabía qué hacer—. Cuatro citas. Para el experimento, claro —aclaré y levanté cuatro dedos para dejarlo claro— -Cinco serían… demasiadas, teniendo en cuenta que solo te quedan cinco semanas. Y tres no serían suficientes. Así que cuatro.

—Que sean cuatro —aceptó y se puso de pie, desplegando toda su ıaltura—. Creo que ahora somos una pareja experimental. Compañeros de experimento. ¿Trabajadores de… campo? Eres la mente pensante.

Me reí y la risa salió agitada y desamparada. Justo como me sentía.

—Contigo solo siento que doy palos de ciego.

e —¿Palos de ciego? —resopló con dramatismo y me ofreció una mano eque rechacé—. Me hieres, Rosie. Solo tengo ideas maravillosas.

á —Tenemos que establecer límites. Poner términos —anuncié más para emí que para él—, como ya he dicho. Pase lo que pase, nada cambiará entre ɔnosotros. Nada de incomodidades. —«¿Me has escuchado, corazón? No lo ,compliques»—. Y no quiero que te gastes el dinero en mí de forma ɜinnecesaria. Tengo ahorros y gasto poco. Iremos a medias.

—Puedo seguir algunas de esas reglas. —Tenía una mano suspendida en el aire. Esos dedos que yo sabía que eran cálidos y fuertes serpenteaban edelante de mí—. Pero vas a tener que confiar en mí.

ı Ay, Lucas, créeme que confío en ti.

ʂ ¿En mí? No tanto.

—Vale. Pero…

Lucas me cogió de la muñeca y me atrajo hacia él, en dirección a su pecho, para lo que sabía que sería un abrazo de cuerpo entero al estilo Lucas Martín.

—Lo sellaremos con un abrazo, Graham —anunció, y me envolvió los hombros con los brazos para atraerme hacia él. Y… Dios mío, deseé que alguien inventara la forma de poder conservar esto en un frasco. Los compraría todos. Llenaría todos los armarios y los guardaría para días malos. O para cualquier día—. ¿Te gustan las alcaparras?

Con la guardia baja, se me escapó una risa contra su sudadera.

—¿Alcaparras? —pregunté.

Me soltó y dio un paso hacia atrás. Otra vez, me dejó sola para lidiar con los efectos de su ataque.

—Con todo este drama, me ha entrado hambre. —Antes de que pudiera decirle que lo que decía no tenía sentido, teniendo en cuenta que acababa de comerse media caja de *cronuts*, salió disparado hacia la cocina. Empezó a sacar cosas de la nevera. Luego se dirigió al armario de las sartenes—. Ayúdame con la cena —dijo mirándome por encima de hombro.

Caminé hasta la isla y me dejé caer sobre un taburete.

—¿Por ayudar quieres decir mirar?

—Me encanta tener público.

—Dime, ¿qué estamos cocinando? —Posé la mirada en sus músculos mientras cogía una tabla de cortar.

—Lasaña de berenjena. —Se giró y me sonrió por encima del hombro—. Y quiero preparar la masa para una *ciabatta* rústica. Para mañana. —Dios mío. ¿Lucas sabía amasar pan? Me distrajo de mis pensamientos— Entonces… ¿Qué me dices de las alcaparras?

—Me encantan.

—Esa es mi chica. —Se le encendieron los ojos.

«Esa es mi chica».

Ay, mierda.

l

)

s

e

s

s

r

e

e

.

s

l

s

)

-

.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 11
Rosie

UNA SEMANA.

Habían pasado siete días desde que acordamos llevar a cabo este experimento. Y, aparte de que se me revolvía el estómago cada vez que pensaba en él, no había pasado nada. No habíamos tenido ninguna cita, no me había reencontrado con ninguna musa ni había aumentado el contador de palabras. Por supuesto, había necesitado un par de días para confeccionar las citas, ya que le había prometido a Lucas que se lo pasaría junto con un par de páginas de notas con todo lo que creía que podía ser útil.

Cuando se lo di todo, me miró con su sonrisa eléctrica, se metió las notas en la mochila y me dijo que se estudiaría el material.

Todo esto era tan frío que había dudado entre reír histéricamente o recordarme que debía ir con cuidado. Porque, ¿qué diablos estaba haciendo? El hombre por el que llevaba más de un año suspirando en secreto estaba a punto de llevarme a una cita que yo misma había diseñado; y después haría las maletas y se iría al otro lado del charco.

Mi corazón ya había sufrido bastante con lo de vivir juntos. Con tener que ver a Lucas salir del baño solo en toalla y un ejército de gotas bajándole por la piel. Con verlo dar vueltas (todavía en esa maldita toalla) y tensar los músculos de la nuca, los hombros y la espalda al colgarse la mochila. Mi estúpido y débil corazón había batallado bastante con la necesidad de caer de rodillas cuando, cada noche, volvía con una bolsa y con una sonrisa galante, me preguntaba «¿cuántas palabras hoy, Rosie?» mientras empezaba a preparar la cena.

Sobre todo tuve que esforzarme para sobrevivir a esa última parte.

Porque, ¿Lucas cocinando? ¿Lucas al lado de los fogones? Era como tener entradas de primera fila para un espectáculo diseñado para satisfacer todas las fantasías sexuales que no sabía que tenía. Como la película

Magic Mike, pero con ollas y sartenes. Lucas podría estar amasando pan y mis tristes y desatendidas partes femeninas se amotinarían ante la imagen de esos dedos apretando y acariciando la esponjosa sustancia, trabajando la mezcla con tal diligencia y mano de hierro que me harían sudar y temblar en mi taburete. Podría estar dándole la vuelta a una tortilla francesa y yo suspiraría de deseo ante la flexión de sus músculos.

¡Uf! Y lo que era peor (lo más duro para mis estúpidas y débiles partes femeninas): el resultado. La comida de Lucas era increíble, maravillosa, sensacional y todos los superlativos que usa Lady Gaga.

Tanto yo como mi corazón habíamos llegado al límite.

Me vibró el móvil, así que aparté esos pensamientos sobre Lucas. Rodeé la isla, donde había establecido mi zona de trabajo, y lo desbloqueé.

Desconocido:

Cita esta noche. A las 18 h.

Ignoré las mariposas que me provocaron las palabras «esta noche» y releí el mensaje un par de veces.

Tenía que ser Lucas. Nadie más me enviaría un mensaje así, aunque tampoco sería la primera vez que recibía un mensaje por equivocación.

¿Quién eres?

Lucas.

¿Estás esperando que alguien más te invite a salir? Pensaba que era el único 🐶

—Si tú supieras —dije por lo bajo mientras me guardaba su número y pensaba una respuesta ingeniosa que no me delatase.

Si es lo que quieres, podemos experimentar esto de ser

exclusivos

¿No lo éramos?

Negué con la cabeza y decidí ir al grano y responder la pregunta inicial.

A las 18 h me parece bien. ¡Gracias!

Iba a preguntarle cómo había conseguido mi número (era un poco raro que no lo tuviera, considerando que llevábamos más de una semana viviendo juntos), pero la explicación aterrizó en mi teléfono en forma de retahíla de mensajes de texto de mi mejor amiga antes de que pudiera darle a «enviar».

Lina:
¡Hola, amiga! Acabamos de llegar a Trujillo.
¿Cómo va por NYC?

Perdón por no haberte hablado estos días, decidimos hacer senderismo y no había cobertura.

Por cierto, me olvidé de decirte que mi primo estará en Nueva York un par de semanas. Se quedará en mi piso.

Vale. No me olvidé, confundí las fechas y pensé que llegaba hoy. Soy lo peor. Sigo con el chip de la boda.

Por cierto, le he dado tu número. Le he dicho no te moleste a no ser que tenga una emergencia. No te sientas obligada a

perder el tiempo con él. Es un hombre adulto.

Si te molesta por cosas sin importancia, dile que lo busque en Google.

La culpa me revolvió el estómago. Lina no sabía nada del acuerdo de convivencia que teníamos Lucas y yo. Que compartíamos su piso. N tampoco sabía nada del experimento.

En algún momento debería dejar de mentirle a todo el mundo por omisión.

Me llegó otra notificación.

Lucas:

Mira esto.

Abrí su conversación y apareció una imagen.

Una *selfie* de Lucas, que llevaba puesta una gorra azul que decía I NYC. Su sonrisa era burlona, coqueta, y de fondo se veía el Empire State Building.

El corazón me dio un vuelvo.

Eres un turista de los pies a la cabeza.

¡Me encanta la gorra!

No solo me encantaba. Me gustaba tanto que, antes de darme cuenta me había guardado la foto en la galería del móvil.

Lina me acaba de mandar un mensaje. Dice que confundió las fechas y que pensó que llegabas hoy.

También me ha dicho que te había dado mi número.

Por si tenías una emergencia.

Estaba buscando la mejor manera de decirle que deberíamos contarle nuestra situación, pero otro mensaje suyo interrumpió el hilo de mis pensamientos. Era otra *selfie*, sacada desde abajo, con ese torso fornido y hombros anchos que había mirado con lujuria más de una vez en primer plano. La sonrisa torcida había dado paso a una sonrisa de oreja a oreja, y el aleteo que sentía en el estómago se reveló, sacó la artillería pesada y se convirtió en una gran revuelta.

Ir así de guapo por la vida y no tener con quién compartirlo debería considerarse una emergencia, Graham.

No se equivocaba. Estaba muy guapo. Era una buena emergencia.

«Y es un seductor nato», me recordé a mí misma. «¿Te acuerdas de sus palabras? Dijo que ninguna mujer se había quejado».

Puse los ojos en blanco porque, en realidad, no tenía ninguna razón para estar amargada o celosa.

Hola, ego de Lucas. Encantada de conocerte, por fin.

Te manda un saludo.

Los tres puntos saltaron en la pantalla durante unos segundos y me hicieron morderme el labio con ansiedad. Me llegó otro mensaje.

Te dejo que vuelvas a trabajar. Prepárate para esta tarde.

Nos vemos, compi.

Compi.

Tenía que contárselo a Lina. Iba a hacerlo. En el momento exacto en que ella y Aaron pisaran suelo estadounidense, se lo contaría todo.



Apenas había tenido tiempo de ponerme los vaqueros cuando llamaron a la puerta.

—¡Un segundo! —grité, abrochándome el pantalón mientras corría descalza—. ¡Voy! —Al abrir la puerta, no esperaba encontrarme a Lucas apoyado tranquilo contra el marco—. Lucas —susurré, casi sin aliento antes de retroceder—. ¿Te has dejado las llaves?

Se incorporó. Y… no sé cómo lo hizo, pero en ese momento parecía más grande que de normal. Más corpulento, más alto. Pero antes de que pudiera procesarlo, dio un pequeño paso hacia delante y dejó que su mirada me recorriera el cuerpo de arriba abajo, muy lentamente, de una forma que no supe procesar.

¿Qué había sido eso?

Poco a poco, fue sonriendo.

—Nop. —comentó. ¿Nop a qué? ¿Qué le había preguntado?—. Estás muy guapa, Rosie. Preciosa.

Muy guapa. Preciosa.

Creo que moví los labios en un extraño gesto, abriendo y cerrándolos de forma extraña.

—Gracias —murmuré por fin, y luego, sentí la necesidad de añadir— Son mis vaqueros favoritos.

Bajamos la vista al mismo tiempo.

Y cuando Lucas me volvió a mirar a los ojos un segundo después, la sonrisa se había ensanchado.

—Creo que también podrían ser mis favoritos.

Ese comentario dio paso a muchos más movimientos de boca de pez pero esta vez me recuperé más rápido.

—Vale.

Quizá me había recuperado más rápido, pero estaba claro que no mejor.

—Así que… —empezó a decir Lucas. Su expresión se volvió seria— ¿me invitas a pasar, Rosie?

Arqueé una ceja.

—Vives aquí.

Tenía diversión en la mirada, pero repitió con un tono dominante pero gentil que solo había usado conmigo una vez:

—Invítame a pasar, Rosie.

El estómago me dio un vuelco.

—¿Quieres… pasar, Lucas?

—Me encantaría —contestó rápida y firmemente. Y entonces, solo entonces, entró.

Fui hasta la cama, me senté en el borde y me concentré en los zapatos que había sacado la noche anterior. Me había decidido por unos tacones de terciopelo azul.

Me los puse al instante, me levanté y me detuve cuando encontré la mirada de Lucas fija en mis pies.

—¿Crees que están bien? —indagué, porque los estaba examinando con mucha atención—. No me has dicho cuál es el plan, aunque tampoco he preguntado…

—Son perfectos —respondió sin dudar.

—Genial. Perfecto —susurré.

Pero ¿lo estaba? Con la intensidad con la que me había mirado, no sabría decirlo, no me decidía si era bueno o malo. Inspirador o seductor. Excitante o abrumador. Real o… experimental.

La cabeza me daba vueltas con preguntas y especulaciones mientras en mi pecho continuaba la sensación de aleteo.

Y…

—¿Lucas?

Seguro que notó algo en mi voz, porque suavizó toda esa intensidad.

—¿Sí?

—Creo que lo estoy estropeando —confesé—. Lo estoy complicando Dije que no quería situaciones incómodas entre nosotros y yo ya…

Me tocó el hombro, parando mi discurso. Sentí la calidez de sus dedos a través de la tela de mi blusa. Reconfortante y electrizante.

—¿Confías en mí? —Asentí con la cabeza y sonrió—. Pues estate tranquila. No estás echando nada a perder. Míralo como *Rosie y Lucas. Cita nocturna*. Fase uno del experimento. Justo como acordamos.

Tragué saliva.

—¿Podemos tomarnos un descanso? ¿Ser… solo nosotros, Rosie y Lucas, como cualquier otro día, durante unos minutos?

—Podemos ser lo que necesites —afirmó con la mano donde estaba Movió el pulgar de atrás hacia delante. Y me desordenó los pensamientos Con sus palabras. Su contacto. Mierda. Inclinó la cabeza—. ¿Sabes? Pense que sería buena idea empezar así sin más —admitió, y me recorrió toda la sclavícula con el pulgar, lo que dejó una huella de estremecimiento— eLlamar a la puerta, que me invitaras a entrar, pero quizá ha sido más frío de lo que pretendía. Así que, espero que no me eches de este experimento aRo.

Ro.

Eso era nuevo.

Me gustaba. Me encantaba. Un montón.

Y eso estaba mal. Muy mal. Sacudí la cabeza para intenta concentrarme, lista para decirle que no había sido frío, basándome en cómo me había afectado; pero apartó la mano y la ausencia de contacto me odistrajo.

. La metió dentro del bolsillo de su cazadora.

—Creo que es buen momento para darte lo que te he traído. No es nada nespecial, pero… —Sacó ese «nada especial» y me lo puso en la cabeza— Dijiste que te encantaba.

Volvió a ponerme la mano en el hombro y me giró hasta que quede cara a cara con el espejo, mirándonos a los dos.

Disfruté del reflejo de nuestras gorras I ♥ NYC a conjunto, azul y rosa Pensé en lo equivocado que estaba por pensar que esto no era nada especial, y me di cuenta del gran error que yo había cometido.

—Mira eso —comentó de pie detrás de mí—. Que alguien llame a las autoridades porque tenemos una doble emergencia.

Se me salió el corazón del pecho haciendo una pirueta cuando entreabrí los labios y, en vez de palabras, se me escapó una risa. Una erupción de risitas nerviosas. Risas caóticas y felices que liberaron cualquier tensión o vergüenza que hubiera estado sintiendo y la reemplazaron por pura y desenfrenada exaltación.

Ese había sido mi error. Un error de cálculo sobre lo que podía soportar; una sobreestimación de mi control, de lo que experimentaría como real. La respuesta a mi propia pregunta, ¿qué podía perder? Más de lo que pensaba. Y la cita ni siquiera había empezado.

—Te *cronut* —contesté, usando el código que habíamos acordado aPorque los amigos no hacen las cosas esperando algo a cambio, como é había dicho. Y tenía que recordarlo.

«Somos amigos. Lucas no tiene citas. Esto es un experimento».

Su sonrisa vaciló un segundo, demasiado corto para adivinar cómo o por qué. En un arrebato, nos quitó las gorras y las tiró encima de la cama.

—¡Ey! —me quejé.

—Se ha acabado la pausa —sentenció. Giró sobre sus talones y se lanzó a la puerta de entrada—. ¿Preparada, Rosie?

Rosie, no Ro.

Tragué saliva, los nervios y la expectativa volvieron a inundarme, pero eeran diferentes. Más grandes, más amenazantes, aunque más… soportables, si es que eso era posible. Cogí la chaqueta, me la puse y declaré:

—Nací preparada.

Después de caminar unas cuantas calles, Lucas rompió el cómodo silencio.

—Fase uno —anunció—. Una buena primera impresión, un mínimo interés, la dulce expectativa que conduce a esa primera cita. Las primeras

.citas son como las primeras impresiones: solo tienes una oportunidad de
ahacerlo bien.

Las mejillas me ardían al oír mis propias palabras salir de sus labios.

s No estaba orgullosa de vivir una historia romántica a través de los ojos
de una ingeniera o una gestora de proyectos, como había hecho en m
otrabajo en InTech. Como si estuviera optimizando un proceso. Establecer
aestos cuatro puntos de referencia en una relación que necesitaba verificar
acon la esperanza de recuperar la inspiración. Pero los hábitos son difíciles
ade romper, y esto era un experimento. Necesitábamos una lista. Eficiencia
Un plan.

a Y, sin duda, Lucas se había estudiado el material como había
aprometido.

e —Creo que ya tuvimos esa primera impresión —continuó—. ¿Te
acuerdas de cuando pensaste que estaba intentando entrar a la fuerza y
.llamaste a la policía? —Cómo olvidarlo—. Pues he decidido centrarme en
lel resto de la fase uno.

—La primera cita.

—Según mi experiencia —miró hacia delante y, después de comprobar
oun cartel, nos hizo girar—, las mejores primeras citas son tontas
Divertidas. Tienes que ver si la otra persona se ríe de los mismos chistes
si sientes calor en el pecho cuando lo hacen, algo que te impulsa a hacer
eque la otra persona vuelva a sonreír. Algo que pueda llevar a algo… más.

—Nunca he experimentado eso en la primera cita —me escuché decir
en voz alta.

o Lucas bajó la voz cuando lo dijo:

. —Voy a encargarme de remediarlo.

/ Bajé la mirada.

—Quizá tú deberías ser el escritor de novelas románticas —traté de
bromear—. Hasta podríamos buscarte un buen seudónimo.

o Su risita me resonó en los oídos y le sonreí en respuesta.

—Nunca se me han dado bien las palabras, Rosie. —Se detuvo en seco
oy me acarició el codo con la mano. Solo cuando me giré para mirarlo a los
sojos, añadió—: Pero lo compenso con las manos.

Pensé que se me había caído la mandíbula, me invadieron toda clase de imágenes que implicaban las manos de Lucas. Y ninguna de ellas tenía nada que ver con Lucas amasando pan. O haciendo origami.

Antes de que pudiera decir algo, extendió los brazos y señaló el inegocio que tenía detrás.

—Hemos llegado.

Mis ojos saltaron al cartel que colgaba sobre la puerta, y no valía la spena negar que mi voz sonó un poco entrecortada cuando dije:

—Una tienda de discos.

—Belleza antes que la edad —dijo abriéndome la puerta con un gesto atriunfal.

Ignoré como ese comentario me complicó todavía más las cosas y eentré. El aroma característico del vinilo y el cartón me despertaron una yserie de recuerdos.

Antes de que Olly naciera y nuestra madre se fuera, papá solía llevarme a negocios como este. A uno diferente cada sábado por la mañana. Nos pasábamos horas buceando entre discos; cada uno elegía su rportada favorita, la que nos parecía más rara o la que considerábamos más .fea. Y aunque nunca comprábamos nada, esperaba con ansias esas citas.

Haciendo ese recorrido por el pasado, no me di cuenta de que Lucas rme seguía muy de cerca, hasta que me puso ambas manos sobre los hombros. «Por segunda vez en lo que llevamos de día», hice apunte rmental.

Me empujó con suavidad hacia delante para adentrarnos más en la tienda. Sentí su respiración sobre la sien antes de escuchar sus palabras:

—¿Estás bien?

—No me esperaba esto —respondí con sinceridad.

—¿Eso es bueno o malo?

Lo miré por encima del hombro.

—Es bueno, créeme, muy bueno.

Con eso me gané una de sus sonrisas.

—Bien —dijo antes de caminar a mi alrededor—. Porque tenemos una misión.

Dejé que mi mano se moviera sobre una pila de discos, incapaz de ignorar la ansiedad que teñía sus palabras.

—¿Una misión?

Lucas me sujetó y me miró con seriedad, señalándome con un dedo.

—Vas a elegir un disco, cualquiera, el que más te guste, y te lo voy a regalar. —Fruncí el ceño, pero agitó el dedo acusador y me detuvo—. M cita, mis reglas —sentenció, y yo puse los ojos en blanco—. Vas a elegi un disco, pero elige con sabiduría, porque será nuestra banda sonora.

Parecía que la garganta se me había secado en un instante.

—¿Nuestra banda sonora?

Asintió con la cabeza.

—La de Lucas y Rosie.

¡Ay, por Dios!

Un volcán de estridente y caótica alegría erupcionó en mis sienes.

La banda sonora de Lucas y Rosie.

—Esto es… —Me fui apagando mientras trataba de concentrarme en sacar un vinilo de una caja para poder respirar y no parecer eufórica— sEsto es… un poco cursi. —Y me encantaba. En serio. Me volvía loca.

—¿Cursi? —preguntó en tono seco.

Seguí caminando, acariciando el borde de un disco, y nunca sabré qué sme pasó, pero me abrumó la necesidad de burlarme de él.

—Sí, un poco cursi, pero tierno. Creo que, después que me dijeras que había caído del cielo, ya no debería sorprenderme. —Lo miré por encima del hombro—. Quizá lo que pasa es que eres un poco cursi.

Lucas entrecerró los ojos, su expresión mutó.

—Te acuerdas de esa frase. Por supuesto que sí —lo dijo por lo bajo.

—Es difícil olvidar algo así—señalé.

Su expresión se transformó y, antes que supiera qué estaba pasando, se estaba moviendo.

En otro ataque ninja, me cogió por los hombros y me acercó a su costado. Lo primero que sentí fue su aliento mentolado en la mejilla luego, la línea de nuestros cuerpos, pegados el uno al otro. Él, sólido y cálido. Yo, convertida en gelatina por el contacto, me moldeaba a su

efigura. Me hizo cosquillas.

Lucas Martín me hizo cosquillas.

Me pellizcó en las costillas.

Y me arrancó un grito.

a —¿Te estás riendo de mí, Rosie? —dijo en un gruñido tan cerca de m ioído que temblé.

r Me hizo cosquillas otra vez y estallé en un ataque de risa. Debajo de jersey, la piel me ardía por una gran variedad y diversidad de razones.

El ataque en sí apenas duró unos segundos. Y cuando parecía que había terminado, se negó a soltarme, y me mantuvo donde estaba, cobijada con cuidado contra su pecho. Como ya no me reía, reposó la barbilla en m hombro, y nuestras caras quedaron tan cerca que, más que escuchar, sent su risita en la mejilla.

—Lo siento —creo que dije, pero lo hice tan bajo que no estaba segura de que me hubiera escuchado.

a —No, no lo sientes —replicó, todavía con un gruñido bajo. Su barbilla .se acercó un milímetro y se me aceleró el corazón—. Te encanta burlarte de mí —agregó. No se equivocaba—. Y me encanta que lo hagas.

—¡Ah! —solté a viva voz—. Encantada de que estemos en la misma éonda.

En ese momento, su agarre se soltó un poco y me arriesgué a moverme efuera de su alcance.

a Se le borró la sonrisa unos segundos y se puso farruco.

—Ponte manos a la obra, Rosie. Encuéntranos una banda sonora.

Sonó tan mandón que no tuve más remedio que hacer lo que me decía.

Unos cien discos después, cogí uno, lo inspeccioné y miré a Lucas.

—Esto es más difícil de lo que pensaba.

e —Le das demasiadas vueltas —señaló, inclinándose hacia delante para ver el disco que tenía entre las manos—. ¿Qué le pasa a ese? Háblame de ıtu proceso de búsqueda.

, —Es Coldplay, así que no tiene nada de malo.

/ —Mmm… Anticipo un «pero».

a —Pero mi primer beso fue con una canción de Coldplay —repuse

incapaz de disimular el disgusto.

—¿Qué cojones te hizo?

Fingí que no me sorprendía su suposición.

—¿Cómo sabes que no fui yo quien lo estropeó?

—Simplemente lo sé —aseguró con tanta confianza que no pude evitar mirarlo. Sonrió con satisfacción—. Dime. ¿Qué pasó?

—En defensa de Jake Jagielski, no sabía que le habían puesto alcohol al ponche.

—¡Ay, no!

—Era la noche de nuestra graduación. Jake llevaba toda la noche intentando besarme y yo me moría de ganas de que lo hiciese. —Me reí por lo bajo al recordar que bailábamos casi a un metro de distancia—. Sin embargo, estaba muy nervioso. Se olvidó del ramillete, llevaba la corbata torcida y las manos no paraban de sudarle.

—Me da pena. Pobrecito.

—¿A ti también te sudan las manos?

Lucas se aseguró de que lo estuviera mirando a los ojos cuando comentó:

—¿Si estuviera reuniendo el coraje para besar a una chica como tú? Claro que sí.

Lo miré fijamente, esa posibilidad me daba vueltas por la cabeza. Pensaba en los labios de Lucas sobre los míos. En su boca moviéndose contra la mía. ¿Estaría nervioso de verdad? ¿Su confesión había sido real?

«Está coqueteando contigo por el experimento», me recordé a mí misma.

Me aclaré la garganta.

—La cuestión es que estábamos bailando, dando vueltas en círculos lentos, canción tras canción. *Speed of Sound*, de Coldplay, está a punto de acabar, Jake se inclina hacia delante muy despacio y empiezo a pensar «¡Ay, Dios mío, lo va a hacer. Aquí viene mi primer beso!». Cierro los ojos y espero ese roce de sus labios contra los míos y luego, ¡bum!, allí están. Una presión contra la boca. Solo un pico. Pero estaba tan conmocionada que abrí los ojos justo a tiempo para ver… —Me fui,

apagando y me dio un escalofrío ante el recuerdo—. A Jake, que retrocedió y me vomitó encima del vestido.

Lucas se quedó boquiabierto.

—No —susurró.

—Ay, sí.

Me arrancó el álbum de Coldplay de las manos y lo devolvió a la caja.

—Bueno, Coldplay queda descartado. No quiero que pienses en esc cuando lo escuches. —Sacó otro vinilo y lo sostuvo en el aire—. ¿Y los Smiths?

—Demasiado tristes. Me recuerdan a *(500) días juntos*.

Frunció el ceño.

—¿Y cuál es el problema? Es una comedia romántica, ¿no?

Un poco indignada, respondí con voz entrecortada:

—En la primera escena de la película literalmente te avisan de que no es una historia de amor.

Lucas se rio entre dientes y eligió otro.

—¿Elton John?

Suspiré y me palmeé el pecho.

—¡Uh! No podría.

—¿Otra banda sonora triste?

Arqueé las cejas.

—¿Puedes nombrar a Elton John sin pensar en *Your Song*, de *Moulin Rouge*?

—¿Eso no es…? —Lucas frunció el ceño.

Giré la cabeza muy lentamente y lo fulminé con la mirada.

—¿La película más bonita y desgarradora del mundo? Sí, lo es.

Con una sonrisa disimulada, dejó caer el disco de Elton John en su caja y dijo algo que no llegué a entender.

Decidí ignorarlo y, mientras seguíamos buscando, se me ocurrió algo.

—Te he hablado de mi primer beso. Lo justo sería que tú me contases el tuyo.

Se le dibujó una sonrisa.

—Mi primer beso no fue memorable. Una experiencia sin más, n

ebuena ni mala.

—¿Tienes alguna primera vez memorable? Siento que me debes un momento bochornoso.

—Puede que tenga uno. —Inclinó la cabeza—. Pero ni de coña es tan bueno como el tuyo.

—Quiero escucharlo de todos modos.

o Lucas se lo pensó tanto tiempo que pensé que no me lo iba a decir. sPero luego empezó:

—Es la historia de la noche en que no perdí mi virginidad. —La mano se me paralizó justo cuando estaba sacando un disco de una caja. Tenía la mandíbula tan abierta que en cualquier momento rozaría el suelo. Me ahogué con mis palabras. Palabras que ni siquiera me salían de la boca. ¿Eso significaba que…? No. Imposible. No podía ser. De ninguna manera. oLucas echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. Tendrías que verte la cara ahora mismo. Te sacaría una foto, te lo juro.

Por el rabillo del ojo, vi como sacaba el móvil. Eso me hizo reaccionar. Le di unas palmaditas en el brazo.

—¿Qué cara? No he puesto ninguna cara.

—Oh, sí. —Negó con la cabeza y volvió a guardarse el móvil—. Muy buena la cara que has puesto mientras te preguntabas si sigo siendo virgen. —Miré a mi alrededor para ver si teníamos a otros clientes cerca, npreocupada por el comportamiento de Lucas. Pero a él no pareció importarle. Se inclinó hacia delante y dijo en voz baja—: No lo soy, Rosie. La perdí hace mucho tiempo. Eso de ser virgen ya me queda muy lejos.

De alguna manera, supe que no era para que la gente no lo oyera.

¡Qué calor hacía allí! ¿O es que estaba subiendo la intensidad para adejarme acalorada y sin aliento?

Le di un golpecito en el hombro con el puño y respondí lo primero que se me pasó por la cabeza:

s —¡Me alegro por ti! —Me miró, divertido, aunque no sonrió ni se rio. Me volví a centrar en recorrer la fila de cajas—. Cuéntame la historia. Me tienes en ascuas.

i —Lorena Navarro —respondió Lucas, siguiéndome de cerca—. La

chica con la que salí de forma intermitente durante toda la secundaria
Primera y única relación que he tenido. —Esa afirmación me alegró los
oídos, que almacenaron toda la información para posterior inspección—
Un fin de semana, mis padres decidieron ir a visitar a unos parientes que
tenemos en Portugal, y Charo, que es cinco años mayor que yo, estaba
ocupada con sus cosas. Así que tenía la casa para mí.

Traté de convencerme de que no estaba celosa de esta Lorena, en lo
más mínimo, aunque perteneciera al pasado de Lucas.

—¿Le diste un ramo de flores? ¿Pusiste velas? ¿Te bañaste en aceite
acorporal?

—¿Aceite corporal? —Lucas me miró con sorpresa.

—A algunos chicos les gusta. —Me encogí de hombros—. Cara de
paleto número tres era uno de esos. Me…

—No sigas —gruñó—. No quiero seguir escuchando cosas sobre esos
idiotas. —A mí tampoco me gustaba ese recuerdo. Se rascó la barba
incipiente—. Era un adolescente, distaba mucho de ser sofisticado. M
versión de una noche romántica fue convencer a la abuela para que
horneara algo y comprarle una bolsa de golosinas.

—Qué suerte, Lorena Navarro —murmuré y, aunque pareciese irónico
lo dije en serio.

Lucas continuó:

—Alquilé una película, puse el pastel y las golosinas en la mesita de
café, y me senté muy cerca de ella. Cuando llegaron los créditos, algunas
prendas estaban en el suelo y yo estaba haciendo lo mío. —Se rio entre
dientes—. O lo que pensé que debía hacer. —Contuve la respiración
esperando una imagen mental que, estaba segura, sería incapaz de olvidar
La sonrisa de Lucas era grande, sin vergüenza—. Estaba arrodillado en el
suelo, entre las piernas de Lorena, mientras hacía todo lo posible para…
ya sabes, asegurarme de que lo estuviera disfrutando, pasándolo bien. —
Inclinó la cabeza hacia abajo, sabía exactamente hacia dónde iba la
historia—. Y lo siguiente que sé es que me arrastraron de la oreja fuera de
casa. No sé cómo pasó, pero, de repente, tanto mi madre como mi abuela
estaban ahí. Y estaban muy enfadadas. —Me tapé la boca con las manos, y

.aunque traté de contenerla, la risa se me escapó entre los dientes—. Te sríes, pero la abuela nunca más volvió a hornearme nada. —Negó con la .cabeza—. Al día siguiente, me tiró un delantal a la cara, me sentó en una esilla y me retuvo hasta que hice mi primer pastel.

a Después de este final, solté:

—Bueno, sí que hubo una primera vez ese día. —Lucas pareció perdido en sus pensamientos antes de estallar en una risa profunda y estridente. Estaba tan eufórica por ser la que había causado ese sonido ealegre que ni siquiera sonó amargo cuando añadí—: Y estoy segura de que Lorena fue muy feliz cuando le hiciste un pastel.

Agitó una mano en el aire.

e —Mmm… Creo que nunca le hice ninguno.

—¿Por qué no? ¿No volvió contigo después de eso?

s —Volvió conmigo. En algún momento —aclaró, y se acercó a mí aestirándose hasta que los lados de nuestras caras quedaron alineados— iPero no me pongo un delantal para cualquiera.

e Giré la cabeza y miré de cerca ese par de ojos marrón chocolate. El calor se me extendió por el pecho, llenó cada hueco hasta que no quedó ,vacío alguno.

—Ah, ¿no? —pregunté con la respiración superficial y entrecortada «Pero te lo has puesto para mí», quise apuntar.

e La respuesta de Lucas nunca llegó. Solo comentó:

s —Ahora deja de distraerme y vuelve a buscar, Rosie. Ya llevamos dos ehistorias vergonzosas y todavía no tenemos ninguna canción.

’
.
l
.
–
a
e
a
/

aunque traté de contenerla, la risa se me escapó entre los dientes—. Te ríes, pero la abuela nunca más volvió a hornearme nada. —Negó con la cabeza—. Al día siguiente, me tiró un delantal a la cara, me sentó en una silla y me retuvo hasta que hice mi primer pastel.

Después de este final, solté:

—Bueno, sí que hubo una primera vez ese día. —Lucas pareció perdido en sus pensamientos antes de estallar en una risa profunda y estridente. Estaba tan eufórica por ser la que había causado ese sonido alegre que ni siquiera sonó amargo cuando añadí—: Y estoy segura de que Lorena fue muy feliz cuando le hiciste un pastel.

Agitó una mano en el aire.

—Mmm… Creo que nunca le hice ninguno.

—¿Por qué no? ¿No volvió contigo después de eso?

—Volvió conmigo. En algún momento —aclaró, y se acercó a mí, estirándose hasta que los lados de nuestras caras quedaron alineados—. Pero no me pongo un delantal para cualquiera.

Giré la cabeza y miré de cerca ese par de ojos marrón chocolate. El calor se me extendió por el pecho, llenó cada hueco hasta que no quedó vacío alguno.

—Ah, ¿no? —pregunté con la respiración superficial y entrecortada. «Pero te lo has puesto para mí», quise apuntar.

La respuesta de Lucas nunca llegó. Solo comentó:

—Ahora deja de distraerme y vuelve a buscar, Rosie. Ya llevamos dos historias vergonzosas y todavía no tenemos ninguna canción.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 12
Lucas

—¿No es una banda sonora? —le pregunté volviendo a casa.

Rosie resopló, mirando fijamente al disco que llevaba.

—Algo así, pero esto es diferente.

—Diferente. —Se lo arranqué de las manos y lo inspeccioné— *Dancing Queen*, de ABBA. —Le di la vuelta—. ¿No es más bien para… una noche de chicas, que para una cita?

—Un experimento —murmuró—. Y era este o *Ice baby*, de Vanilla Ice, un clásico del hip hop.

El dueño nos había metido prisa porque tenía que cerrar. Y no iba a mentir, me alegraba que no se hubiera quedado con Vanilla Ice. No tenía nada contra él ni contra ABBA, pero el hip hop no era lo que me había imaginado al pedirle que escogiera nuestra banda sonora.

Siguió y me miró con escepticismo.

—¿Nunca has visto *Mamma mia*? Esta canción es la revelación del momento de Meryl Streep. Es el resumen de toda la película. Una vez leí un artículo que hablaba sobre lo triste que es esta canción en realidad pero…, no sé… Siempre me ha hecho feliz. Es más que una canción para bailar.

Su confesión bastó para ponerme contento. De hecho, saber que había elegido una canción que significaba algo para ella me puso excesivamente contento.

—Así que eres una de esas personas, ¿eh?

—¿Qué personas? —dijo con los ojos entrecerrados. No pude evitar sonreír.

—Una de esas personas obsesionadas con *Mamma Mia*.

Rosie pareció indignada ante mi pregunta.

—Es un musical y una obra maestra. —Me sacó el disco de las manos —. ¿A quién no le gustan varias historias de amor reunidas en un musical?

Es perfecto, e imposible que no te encante.

—Vale, vale. —Levanté las manos—. No es lo ideal para lo que viene a continuación, pero nos apañaremos. —Me miró de reojo y pude ver la pregunta en su mirada—. Adelante, Rosie. Pregúntame. —Sonreí para mis adentros y dirigí la mirada a la acera, feliz, porque me estaba empezando a familiarizar con todas sus expresiones—. Puedes decirme lo que piensas.

—¿Qué viene a continuación y por qué esto —levantó el disco y lo sostuvo a la altura de su cara— no es maravilloso, espectacular y una obra musical adelantada a su tiempo para lo que vamos a hacer?

Se me escapó una risa que terminó en un fuerte estruendo por segunda o tercera vez en lo que llevábamos de día.

Rosie bajó el álbum y frunció un poco el ceño.

—¿Qué te hace tanta gracia?

No había nada gracioso en lo mucho que me gustaba que me hiciera reír y lo despistada que era.

—No tienes ni idea —repuse, sin darle vueltas, mientras divisaba el edificio de Lina a la distancia—. Pero pronto lo sabrás.

Aceleré el paso y, cuando vi que no me estaba siguiendo, miré hacia atrás por encima del hombro.

Rosie estaba de pie en la acera y me miraba con el ceño fruncido, esas piernas largas y los zapatos difíciles de ignorar, los ojos más verdes que nunca y la chaqueta de cuero.

—No sé si me gustan las sorpresas. —Su expresión decía otra cosa. Tenía curiosidad. Estaba exaltada—. ¿Puedes decírmelo?

—Nop. —Le sonreí y me di media vuelta—. Mi cita, mis reglas.

—Cursi y mandón —musitó—. Nunca pensé que esa combinación fuera posible.

Se me escapó otra risa escandalosa, pero esta implicaba algo más. Algo que exigía mi atención. Pero negué con la cabeza y dije:

—¡Lo he oído!

Ya en el edificio de Lina, detuve a Rosie y la llevé por el pasillo de Adele. Llamé a la puerta de la vecina y, antes de que pudiera captar la mirada inquisitiva de Rosie, la anciana ya se estaba asomando.

—¡Ah! Has venido. —Adele me dedicó una sonrisa torcida antes de emoverse y permitirme entrar—. Me preguntaba cuándo lo recogerías. Está ajusto donde lo dejaste.

s —Gracias, *hermosa* —le respondí a Adele. Entré y cogí la caja que ahabía dejado unas horas antes. Ahora que sabía que ese Mateo con el que a veces me confundía era español, procuraba hablar en mi idioma cada vez oque la veía—. *Eres la mejor*. Pásalo bien con tu hija, ¿de acuerdo?

a —Lo haré —respondió con el rostro iluminado. Observó a Rosie y agregó—: Tú también, diablillo.

a Me reí con disimulo y volví al lado de Rosie, que estaba atónita.

—¿Podrías encargarte de la puerta? —le dije.

Rosie me miró boquiabierta mientras yo cargaba la caja de cartón antes de entrar en acción.

a —Si, por supuesto. La puerta. —La seguí dentro del piso y cerré la puerta con el pie izquierdo. Algo que, me di cuenta demasiado tarde, era lmala idea, porque mi rodilla derecha cedió—. ¡Lucas! —gritó Rosie mientras corría a mi lado—. Ay, Dios.

a Con un gesto de dolor, recuperé el equilibrio para intentar restarle importancia, pero Rosie ya había cogido la caja por el otro lado.

s No valía la pena negarlo, así que repetí lo que le dije la primera noche:

e —Buenos reflejos, Rosie. —Señalé a la izquierda con la cabeza y añadí—: Vamos a dejarla ahí, al lado de la tele. Creo que hay un enchufe .libre.

Nos movimos y la dejamos en el suelo.

Rosie retrocedió un paso, pero no se fue demasiado lejos.

a Abrí la caja bajo su mirada y saqué lo que había dejado en casa de Adele para que Rosie no lo viera.

o —¡Guau! —dijo en voz baja—. Guau.

Levanté la mirada y la encontré boquiabierta.

—Tiene un par de golpes —admití, un momento después—, pero la eseñora que me lo vendió me juró que funcionaba.

a —¿Lo has comprado tú? ¿Para m… el experimento?

—Por supuesto. —Conecté el viejo tocadiscos, me incorporé y

eretrocedí un paso para admirar mi adquisición—. Fue el destino, en árealidad. Estaba de paseo por ahí y me encontré a una mujer que había hecho limpieza en el sótano y vendía un montón de cosas. Me lo vendió epor un par de billetes y un favor.

a —¿Qué clase de favor?

z Cogí el disco de ABBA de la mesita de café, donde Rosie lo había dejado para ayudarme a cargar la caja.

y —Necesitaba ayuda para mover un tocador. —Uno que, la mujer se había olvidado de mencionar, pesaba como un maldito elefante.

Rosie hizo un sonido extraño.

—¿Te metiste en casa de una desconocida solo porque te pidió un sfavor?

Me encogí de hombros y me arrodillé frente al reproductor.

a —De hecho, me metí en su sótano.

a —Lucas. —Estaba indignada—. No puedes… No puedes hacer estas ecosas.

—¿Por qué? —Puse el vinilo sobre el plato—. Me pidió que la eayudara. Y a cambio, me llevaba un tocadiscos.

—¿Y si…? ¿Y si te estaba engañando para que entraras? Para cortarte en pedazos. O vender tus órganos. Estamos en Nueva York, Lucas. El índice de gente loca por manzana es demasiado alto como para confiar eSobre todo si hay un sótano de por medio.

—Qué tierno —comenté y ella parpadeó. Pero me resultaba tierno que hubiera pensado en la posibilidad de que me asesinaran—. Muy bien Rosalyn Graham. —Me acerqué a ella e inclinó la cabeza hacia atrás— eQuítate los zapatos.

—¿Qué? —murmuró—. ¿Por qué?

—Porque no podemos bailar con esos tacones tan *sexys* que llevas puestos sin molestar a los vecinos de abajo.

a Puso los ojos como platos, como si acabase de decir una locura.

—Bailar. ¿Vamos a bailar?

Me saqué los zapatos.

y —Por supuesto. —Me arrodillé y operé los pocos ajustes que tenía el

ıreproductor—. Te dije que ibas a escoger nuestra banda sonora. Y para esc
ıes una banda sonora. Para bailar. —Rosie me miró como si le estuviera
ópidiendo que le crecieran alas y se echara a volar—. ¿Necesitas ayuda con
los zapatos? Puedo echarte una mano, si quieres —pregunté con la cabeza
ladeada. Siendo sinceros, no me hubiese importado hacerlo. Esos zapatos
ame estaban volviendo loco desde que se los había puesto.

Abrió y cerró la boca un par de veces, sin decir ni una palabra.

e Solo cuando me acerqué un paso pareció recuperarse. En pocos
segundos, se sacó los tacones azules de terciopelo y los dedos de los pies
le asomaron bajo el dobladillo de los vaqueros. ¡Y qué vaqueros! No le
ıhabía mentido al decirle que también eran mis favoritos. ¿Cómo no iban a
serlo cuando se ajustaban…?

«Lucas, concéntrate», me dije.

Le di al *play*. Las primeras notas de *Dancing Queen* llenaron el
sapartamento.

Después de hacerme crujir el cuello, me aseguré de mirarla a los ojos
amientras comenzaba a moverme de un lado a otro.

No era mi canción favorita, y menos la que me había imaginado que
ebailaríamos, pero al menos sabía seguir el ritmo. La abuela se había
lasegurado de ello cuando era un niño, por si se presentaba la ocasión. Y
.fue así como le sumé los brazos, las caderas y luego, solo para conseguir
una reacción, cualquier reacción de su parte, di un giro perfecto.

e Rosie puso los ojos como platos.

, —¿Y esa cara de sorpresa, Rosie? —me burlé sin detener mi actuación
.—. ¿Tan raro te parece verme bailar? —De acuerdo, no sabía seguir el
ritmo. Solo sabía bailar. Se puso roja como un tomate, pero se le tensaron
las comisuras de los labios. Intenté ocultar la sonrisa e hice lo único que
spodía hacer: caminé muy lentamente en su dirección, al ritmo de la
canción, mirándola fijamente a los ojos—. Vamos, Rosie. *You can dance*
—Moví la cadera de izquierda a derecha—. *You can jive*.

Cuando ya solo nos separaban unos centímetros, estaba cantando
ABBA a todo pulmón y moviéndome a su alrededor.

l Dejó escapar una pequeñísima risa por la nariz.

o «Casi estamos», pensé. Ni siquiera la pierna me molestaba aDemasiado.

ı Me adelanté.

a —¿No crees que soy la reina del baile? —le pregunté, y me acerqué smás, mucho más—. No tengo diecisiete, pero al menos soy joven y tierno ¿no crees? —En ese momento, una pequeña sonrisa le curvó los labios. Y por supuesto, eso avivó mi necesidad de sacarle algo más. De hacer que sme diera más—. Basta ya. Ven aquí —le dije mientras la cogía de la mano sy le hacía dar una vuelta.

e Rosie soltó un grito agudo y estridente antes de estallar en una acarcajada.

Y ahí estaba, esa risa que tanto deseaba.

Le hice dar otra vuelta y, en ese momento, empezó a seguir el ritmo de lla canción con el cuerpo. Cuando me miró, tenía tal sonrisa que no tuve más remedio que corresponder el gesto.

s Como si lo hubiéramos ensayado, empezó a sonar el estribillo, y lo cantamos a todo pulmón.

e Y, de pronto, Rosie relajó las extremidades, cerró los ojos y se entregó aa aquel éxito de los años setenta. Le sostenía una de las manos y la Yobservaba cantar con total libertad, tan a viva voz que podía escucharla rpor encima de la música. Aunque cantar no era lo suyo. Para nada.

Eso no me detuvo y le cogí la otra mano para hacerle dar otra vuelta Giramos y giramos, cantamos y reímos, tal vez demasiadas veces, porque ıen la última vuelta, Rosie se tropezó y perdió el equilibrio justo sobre m lpecho.

ı Nos chocamos y, con el brazo, la cogí de la cintura. Nos miramos a los eojos mientras respirábamos, agitados, en perfecta sincronía. Ese aroma a ameloco tón me envolvió e hizo que se me dilataran las fosas nasales.

. Tragué con fuerza al notar la forma en que sus pechos se apretaban contra mí, con el movimiento ascendente y descendente de cada orespiración. Una de mis piernas se deslizó entre las suyas y, de alguna manera, la atraje un poco más, en un acto reflejo que no fui capaz de controlar. Nuestras caderas entraron en contacto y se nos enredaron las

.piernas.

Se quedó sin aliento y, cuando exhaló, temblorosa y agitada, el aire que liberó me dio en la mandíbula y me puso tenso.

Separé los dedos y me…

Todo se paró de golpe cuando el disco rayado saltó.

—Lucas —exhaló Rosie.

La mantuve justo donde estaba, contra mí, ganando unos segundos para… pensar. Necesitaba pensar.

—¿Sí?

—La música —agregó, con sutileza, en un hilo de voz—. Se ha parado.

—Sí.

—¿Eso era…? —La interrumpió un ruido extraño. Asomó la cabeza por encima de mi hombro, en dirección al sonido—. ¿Lucas? —dijo más alto. Iba a decir algo, pero el ruido se hizo más fuerte—. ¿Qué es eso? ¿Qué demonios es eso?

Se refería a ese chillido horrible.

Y era muy buena pregunta.

Nos di la vuelta por más de una razón.

El chillido continuó y se volvió más intenso, y di un paso hacia delante.

—*¿Pero qué cojones…?* —se me escapó el improperio español mientras estiraba el cuello.

—Ay, no —susurró Rosie un poco alto—. Lina solo dice eso cuando algo está a punto de salir mal.

Nos movimos hacia delante.

—Lucas, no me gusta esto. ¿Qué estás…?

—¡Shhh! —le dije con suavidad—. Creo que hay algo detrás del tocadiscos. —Un sonido agudo salió de las inmediaciones de la caja, así que me asomé, a tiempo para… *Ay, mierda*—. Vale —suavicé la voz— Quiero que mantengas la calma, Ro. —Porque si eso era lo que estaba seguro que era, y Rosie tenía miedo de…

Un grito me perforó los oídos.

Vale. Allí estaba.

—¡Lucas! —bramó antes de saltar y colgarse de mí como si fuera un poste—. ¡Una rata! ¿Es una rata? —Me puso una mano en la cara, otra en el hombro y me metió una rodilla en la axila—. No, no, no, no… Por favor, ¡dime que no es una rata!

La cogí de los muslos y la subí para que me rodeara la cintura con las piernas.

—No te lo voy a decir.

—¿¡Por qué no!?

Me reí con disimulo y le puse las manos en la parte posterior de los muslos, girándonos para que ella mirara en otra dirección.

—Porque hay una rata gigante en el piso y no te voy a mentir, Ro Nunca.

Otro grito.

Me di la vuelta y traté de llevarla a la otra punta mientras se retorcía en mis brazos y no me dejaba otra opción que colocar la palma justo en las inmediaciones de su culo, con el cual, me prometí a mí mismo, no pensaría nunca más.

—Ey, Ro —contuve un gemido cuando se movió justo en mi entrepierna—, voy a ponerte a salvo, ¿vale? Pero será mejor que dejes de moverte. Por favor.

Eso pareció poner fin a sus contorsionismos, porque se quedó inmóvil en mis brazos.

—Ay, Dios, lo siento, Lucas. —Trató de bajarse de un salto, pero no la dejé—. ¿Peso mucho? Soy idiota. Deja que me…

—Quédate donde estás —le pedí mientras la cargaba con una cojera leve—. Está bien. —Y la dejé en la encimera.

—No, no lo está. —Su expresión era de culpa y dolor—. No debería haberte saltado encima de esa manera.

Pero no me importaba que lo hubiera hecho. Ni que me sujetara con fuerza los músculos, débiles en ese momento, bajo su peso. Ni el dolor que sentiría en unas horas a causa de nuestra sesión de baile. Para ser sincero estaba harto y cansado de prestar atención a cosas como esas. Estaba harto

de no poder hacer lo que quisiera por esa maldita lesión.

Tragué y le contesté de la única manera que pude:

—No te preocupes por eso. No me importa.

Asintió con la cabeza y, una vez más, me sorprendió que no insistiera Que no me obligara a hablar sobre eso. En cambio, bajó la voz:

—Las ratas me dan pánico. —Levantó las dos piernas y apoyó los pies en la encimera—. Y ahora no puedo dejar de pensar en eso… —Se estremeció—. Esa criatura se me comerá los dedos de los pies.

Tenía una expresión de puro asco que me hizo sonreír.

—No se te va a comer los dedos.

—Podría hacerlo.

—Claro que podría. Pero me refiero a que ahora estás aquí arriba. No llega.

—Así no me ayudas —se quejó—. Ahora voy a tener pesadillas Lucas. Vamos a tener que dormir con las luces encendidas y quizá tenga que despertarte para que me traigas agua, porque voy a tener miedo de que algo me muerda los dedos de los pies si toco el suelo. Estás cavando tu propia tumba.

Suspiré, pero era más para molestar.

—Lo haré, si es lo que necesitas. Así soy yo. Un buen compañero de piso, por no hablar de lo buen amigo que soy. —Rosie cerró la boca y murmuró algo por lo bajo—. Ahora quédate quieta, ¿vale? —Se lo dije antes de que se olvidara. Me giré hacia el tocadiscos, localicé el roedor y con mucho esfuerzo, logré arrinconarlo y empujarlo a la caja vacía con la ayuda de una revista vieja.

Una vez listo, agarré la caja con la rata dentro y me dirigí hacia ella Me detuvo con una mano.

—No te atrevas a dar un paso más con esa cosa, amigo.

—¿Amigo? ¿En serio? —Fingí indignación—. ¿Dónde ha quedado «ay, Lucas, ¿mi *sexy* caballero de armadura reluciente»? Creo que es el apodo que más me pega. Y de allí no vas a bajarme.

Me fulminó con la mirada.

Antes de que pudiera decir algo, llamaron a la puerta.

—Ay, Dios mío —murmuró Rosie—. ¿Y si es otra más de esas?

—Bueno —respondí mientras iba hacia la entrada—, espero que traiga algo de comer.

Dejé a una Rosie furiosa detrás, abrí la puerta con la caja bajo el brazo y me encontré con un rostro cuyos rasgos reconocí por otros de una señora mucho mayor.

—Hola —dijo una mujer de pelo castaño, con uno de esos cortes vanguardistas que había visto por ahí—. Soy Alexia, la hija de Adele. Espero no… —Miró detrás de mí—. Espero no estar interrumpiendo nada.

—No, no te preocupes —le respondí con una sonrisa afable—. Le gusta sentarse allí. ¿Verdad, Ro?

La respuesta de Rosie tardó unos segundos.

—Sí. Es verdad. Adoro escalar muebles. Es como una afición.

Solté una risita antes de volverme hacia Alexia.

—Me alegro de conocerte. —Le ofrecí la mano libre—. Soy Lucas. Y la bella dama de la encimera es Rosie.

—Encantada de conoceros —dijo mientras nos estrechábamos las manos—. Quería presentarme y darte las gracias por cuidar de mi madre. Tanto mi mujer como yo venimos todas las tardes, y Dios sabe lo mucho que hemos buscado a alguien que la cuide a tiempo completo, pero se ve que… —Parecía un poco abrumada por el momento y dejó la frase incompleta—. En fin, te has portado muy bien con ella, aunque no tenías la obligación de cuidarla, así que lo valoro mucho. Más de lo que crees.

—No ha sido nada. —Negué con la cabeza. Lo decía en serio. No era nada.

—Es mucho. —Alexia extendió la mano y me dio unas palmaditas en el brazo—. La última vez que habló así de papá fue justo después de que falleciera.

Papá.

Así que Mateo era el marido de Adele, justo como sospechaba.

Alexia me miró con los ojos llenos de pena. Claro como el agua.

—Dios, te pareces tanto a él cuando era joven. Era argentino, *mi papá* —No había nada que pudiera decir para hacerla sentir mejor, así que me

quedé callado. Alexia se aclaró la garganta y una sonrisa cómplice areemplazó la tristeza—. Bueno. No os quiero robar más tiempo de… lo que sea que estuvierais haciendo, parece divertido.

Asentí con la cabeza, aliviado de que no hubiera preguntado por la caja aque llevaba bajo el brazo.

—Nos vemos, Alexia.

—Sí. Creo que nos veremos, Lucas. —Se asomó por la puerta para .mirar detrás de mí—. ¡Adiós, Rosie!

—¡Adiós! —gritó—. ¡Encantada de conocerte!

Cuando Alexia ya se había ido, la miré por encima del hombro. Rosie estaba justo donde la había dejado, pero con una expresión completamente distinta.

—¿Has ido a ver a Adele todos los días?

—Sí.

—Tú… —comenzó. Me recorrió el rostro con la mirada, llena de algo más—. Ay, mierda.

Fruncí el ceño, pero nuestro pequeño amigo de la caja se movió y .atrajo nuestra atención donde debería haber estado.

—Supongo que recoger cosas de la calle está prohibido por aquí.

Se le movió la comisura de los labios.

—Y también me mantendría lejos de los sótanos.

—Vale. —Suspiré y dije con el ceño fruncido—: Bueno, voy a llevar a nuestro pequeño amigo a la calle o al parque. ¿Sabes qué? Voy a buscar en aGoogle qué puedo hacer con él. Baja cuando haya cerrado la puerta, ¿de acuerdo? Ya estás a salvo.

Porque hubiera un roedor o no, se lo había prometido a Rosie.

Y no lo iba a olvidar.

quedé callado. Alexia se aclaró la garganta y una sonrisa cómplice reemplazó la tristeza—. Bueno. No os quiero robar más tiempo de… lo que sea que estuvierais haciendo, parece divertido.

Asentí con la cabeza, aliviado de que no hubiera preguntado por la caja que llevaba bajo el brazo.

—Nos vemos, Alexia.

—Sí. Creo que nos veremos, Lucas. —Se asomó por la puerta para mirar detrás de mí—. ¡Adiós, Rosie!

—¡Adiós! —gritó—. ¡Encantada de conocerte!

Cuando Alexia ya se había ido, la miré por encima del hombro. Rosie estaba justo donde la había dejado, pero con una expresión completamente distinta.

—¿Has ido a ver a Adele todos los días?

—Sí.

—Tú… —comenzó. Me recorrió el rostro con la mirada, llena de algo más—. Ay, mierda.

Fruncí el ceño, pero nuestro pequeño amigo de la caja se movió y atrajo nuestra atención donde debería haber estado.

—Supongo que recoger cosas de la calle está prohibido por aquí.

Se le movió la comisura de los labios.

—Y también me mantendría lejos de los sótanos.

—Vale. —Suspiré y dije con el ceño fruncido—: Bueno, voy a llevar a nuestro pequeño amigo a la calle o al parque. ¿Sabes qué? Voy a buscar en Google qué puedo hacer con él. Baja cuando haya cerrado la puerta, ¿de acuerdo? Ya estás a salvo.

Porque hubiera un roedor o no, se lo había prometido a Rosie.

Y no lo iba a olvidar.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 13
Rosie

OLLY NOS ESTABA EVITANDO. OTRA VEZ.

Después de prometerme que estaría aquí, que vendría a preparar las paredes del estudio de papá para pintarlas, después de que nos lo pidiera.

Pero lo peor de todo fue darme cuenta de que mi padre no necesitaba ayuda. El hecho de que yo le fuera detrás con la botella de limpiador multisuperficies en la mano mientras él hacía todo el trabajo era una prueba contundente. Solo quería que fuéramos. Era una excusa para ver a sus hijos. Para ver a Olly.

Dios, como me gustaría sacudir a mi hermano. ¿Qué diablos le pasaba?

—¿Estás seguro de que deberías estar haciendo esto? —le pregunté, y me acerqué para mirarlo a la cara—. ¿Cómo tienes la cadera, papá? Podemos tomarnos un descanso y comer algo.

—Estoy bien, Frijolito —respondió con rapidez.

¡Uf!, otra vez la rutina de «estoy bien».

Le quité la esponja de la mano y me quedé a su lado hasta que me miró. Cuando por fin lo hizo, a regañadientes, su expresión confirmó que en efecto, no estaba bien.

—Te va a crecer la nariz como a Pinocho.

Se rio con disimulo y le di un beso en la frente, solo porque a él tampoco lo podía sacudir.

—Solo estoy un poco preocupado, nada más —admitió por fin, con un suspiro—. ¿Has sabido algo de tu hermano? Dijo que vendría, ¿no?

—Me… Sí. —Empecé a trabajar con la esponja. Así no podía verme la cara—. Déjame ver si tengo alguna llamada perdida. Seguro que se le ha hecho tarde.

—Terminaré esto mientras tanto. —Me quitó la esponja—. Nos faltan poco.

—¿Nos? —murmuré mientras me daba la vuelta para sacar el móvil

del bolso.

Ningún mensaje de texto, ni una llamada. Nada.

Le mandé otro mensaje.

¿Dónde estás, Olly? Estoy en casa de papá y ya son las 6.

Dijiste que vendrías.

Después me inventé una excusa para justificarle la ausencia de Olly a papá, el hombre que luchó con uñas y dientes para mantenernos a flote mientras nos recordaba lo mucho que nos quería, incluso cuando no podía estar mucho tiempo en casa.

—Vendrá en tren, así que seguro que no tiene cobertura —expliqué Esperaba que se creyera la mentira—. En un rato lo vuelvo a intentar.

Suspiró. Era un sonido que la mayoría de la gente pasaría por alto, perc yo lo conocía demasiado bien. Era el suspiro por Olly. Porque mi padre se culpaba a sí mismo de cualquier cosa que le pasara a mi hermano.

Casi tanto como yo.

Estaba a punto de tranquilizarlo cuando una voz femenina resonó por la habitación.

—¿Cómo está mi vecino favorito?

Me giré y me encontré con una mujer con el pelo canoso recogido en un moño alto. Los ojos le brillaban en una mezcla de calidez y humor.

—Ah, Nora, estás aquí —respondió mi padre con una expresión radiante—. Espero no haberte molestado al mover los muebles. ¿Ya habéis acabado la sesión del club de lectura? ¿Me has traído un trozo de tu delicioso *red velvet*?

«¿Club de lectura? ¿Delicioso red velvet?»

—Llevo todo el día pensando en el pastel —susurró mi padre.

Parpadeé. ¡Dios mío! ¿Qué está pasando aquí?

Nora levantó una bolsa.

—Me alegro de oírlo. —Sonrió antes de volverse hacia mí—. No sabía que tenías compañía, Joseph. ¿Es tu hija?

—Te dije que me llamaras Joe —la corrigió con un guiño. Un guiño que me pilló por sorpresa—. Y sí, es ella. Rosie es ingeniera. Trabaja para una reconocida compañía de Manhattan. Te lo comenté ayer, ¿recuerdas?

La culpa me atravesó el pecho.

—Esa soy yo. —Tragué saliva—. Hola, Nora, encantada de conocerte.

Me sonrió por encima de la bolsa.

—Tu padre está muy orgulloso de ti, querida. Me contó lo de tu merecidísimo ascenso.

Me puse pálida, pero asentí con la cabeza.

La mirada de Nora pasó a mi padre.

—Tiene los ojos preciosos, los ha sacado de ti, Joseph. —Soltó una risita—. Eso sí, espero que no sea tan testaruda como tú. Porque esos son los genes que no quieres transmitir.

—Joe —la corrigió mi padre y, sin mirarme, agregó—: ¿Has oído Rosie? Tienes unos ojos preciosos.

Lo miré fijamente. Luego miré a Nora. Ambos sonreían.

Mi padre a ella, y ella, a la bolsa en la que llevaba el delicioso *red velvet* en el que él llevaba pensando todo el día.

Me vibró el móvil, que tenía en la mano, y desvió mi atención del festival de coqueteo que se estaba desarrollando delante de mis ojos.

Lucas:

¿Cómo va el proyecto de la casa?

¿Cómo tiene la cadera tu padre?

Me mordí el labio para no sonreírle a la pantalla. A su nombre. A sus palabras.

Y así fue como los recuerdos de nuestra primera y única cita me inundaron y me alteraron.

La cita había sido tonta, divertida y cursi en el mejor sentido posible. Por más que me gustara chinchar a Lucas, la verdad era que me encantaba lo cursi, y él había superado todas las expectativas que tenía puestas en

onuestro experimento.

Había convertido en realidad el sueño de cualquier escritora, y no hablaba solo de la cita. Era el sueño de toda mujer, hecho realidad. Ni siquiera me daba repelús pensar en el roedor correteando por el piso. Pensaba en mis piernas enroscadas alrededor de su cadera mientras me llevaba a un lugar seguro. Su cuerpo cálido y firme debajo del mío. La intensidad de esos ojos marrones al mirarme bailar.

Todo había sido por el bien de la investigación. Coqueteo experimental. Baile experimental. Sorpresa… experimental.

Pero esto no lo era. El esfuerzo de preguntar por mí y mi padre (como Lucas, mi compañero de piso y amigo, no el Lucas de la cita nocturna) no era experimental. Era real. Y eso… era difícil de ignorar.

Está bien. Ocupado coqueteando con su vecina. En mi cara.

¡Vamos, señor Graham!

No fomentes este tipo de conductas.

¿Por qué no? Coquetear es bueno para la salud.

Es mi padre Y se están mirando con ojos saltones el uno al otro justo ahora.

Se merece comer…, ya sabes.

¡QUÉ ASCO, LUCAS! NO.

Vale. , pero eres una escritora de novelas románticas.

Deberías estar a favor. Quizá hasta darle algunos consejos.

¿Hasta dónde piensas que ha llegado el coqueteo?

¿Crees que ya han tenido un poco de mandanga?

Para el carro, *gossip girl*, hasta aquí hemos llegado. Se supone que estás de mi lado.

Siempre lo estaré.

Esas palabras se quedaron allí unos segundos mientras las miraba, sin saber muy bien por qué me habían llamado la atención.

Volvieron a aparecer los tres puntos que indicaban que estaba escribiendo un mensaje.

Te dejo, solo quería ver cómo estaba tu padre. Y tú.

#TeamRosie

Bss, sabes que me quieres.

Y antes de que preguntes… Tengo una hermana mayor, Ro.
Sé lo que es *Gossip Girl*.

Mierda santísima.

¿Por qué tenía que ir por el mundo siendo tan bueno y divertido y… y… tan Lucas?

Eres muy amable, Lucas.
No tenías por qué preguntar.

Al cabo de unos segundos, justo cuando pensé que ya no me escribiría una nueva burbuja apareció en la pantalla.

Una última cosa, ¿comerás con tu padre o te dejo la cena en el horno?

Esa sensación de expansión en el pecho, que solía experimentar cuando tenía a Lucas cerca, regresó como una avalancha. Enorme. Intensa. Como si hubiese llegado para quedarse. No me podía creer lo tierno que era, y seguro que él no tenía ni la menor idea.

De verdad que esto era una maldición y una bendición. Porque…

—¿Rosie?

Levanté la vista y me topé con la mirada curiosa de mi padre.

—Perdón, ¿me estabas diciendo algo?

—¿A quién le escribes?

Su pregunta me hizo viajar atrás en el tiempo, a cuando tenía dieciséis años y me preguntaba si me gustaba algún chico. «Recuerda: escoge siempre al chico que te plante un jardín, no el que solo te trae flores Frijolito».

—Ah —comenté con tanta naturalidad como pude—. A un amigo.

—Hay mucha sonrisa dando vueltas por ahí para ser «solo un amigo».

—Me estaba riendo de un comentario que ha hecho. —Bloqueé el móvil y me lo metí en el bolso—. Es muy divertido.

—Ah, ¿sí? —Papá esbozó una sonrisa cómplice—. ¿Cuál era el chiste?

Por el rabillo del ojo, vi a Nora, que salía de la habitación con un gesto de despedida. Usé esa desaparición como una ventaja.

—Uno tan gracioso como verte con Nora. —Lo apunté con un dedo— Alguien ha estado ocupado.

Se rio con una carcajada profunda. Me encantó escucharla. Lo que no me gustó fue que se apagara después de ver la hora en el reloj.

—Creo que tu hermano no va a venir —admitió con un suspiro.

Pensé en inventarme otra excusa, pero ya habíamos llegado al punto en que no podía hacer nada.

—No creo, papá.

—Muy bien. —Asintió con la cabeza—. Pongámonos manos a la obra

así podrás volver pronto, Frijolito.



Unas horas más tarde, me dirigía a la salida de la estación Pensilvania. Me sorprendí al sentirme como si me hubieran absorbido toda la energía. Ya estaba oscureciendo, así que opté por pedir un Uber en vez de coger el metro.

Mientras esperaba, me llamó la atención la silueta de un hombre que cruzaba el paso de cebra.

Caminaba cabizbajo, de un lado a otro, inquieto, con las manos en una posición que me pareció familiar.

Me quedé mirándolo mientras mis pies se acercaban solos.

¿Olly?

Tardé unos diez pasos en confirmar que se trataba de mi hermano. Dios, ¿tanto había cambiado desde la última vez que lo había visto? Tenía los hombros más anchos y parecía más alto, pero era él. Hombre o niño, era mi hermano pequeño. ¿Y qué estaba haciendo aquí? ¿Le había pasado algo malo?

Corrí los últimos metros que nos separaban.

—¿Olly? —lo llamé, y vi que la cabeza de inmediato reaccionó a mi voz—. ¿Qué estás…? —La última zancada, que me dejó cara a cara con él, detuvo cualquier cosa que estuviera a punto de decirle. Todo estaba mal. Porque mi hermano tenía un ojo morado y el labio roto—. Dios mío, Olly. —Le cogí la cara entre las manos. Le rocé las mejillas con los dedos. Puso una mueca de dolor—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Cerró los ojos y lo supe. Que el chico de diecinueve años que tenía delante necesitaba consuelo. Y que quizá fuera un par de centímetros más alto y que ya no fuera el niño que me miraba como si le hubiera bajado la luna cuando le daba chocolate a escondidas, pero aún quería protegerlo del mundo. De quien le hubiese hecho esto.

—Estoy bien —gruñó.

Sentí que algo me daba un vuelco por dentro. Algo oscuro y hostil.

—Te lo juro por Dios —estallé. Me tembló la voz de pura frustración —. Si los hombres de la familia Graham no paráis con esa mierda de «estoy bien», me acabaréis volviendo loca.

Olly casi se quedó sin aliento, y sabía que era porque había maldecido pero eso consiguió apaciguar mi ira. Solo un poco.

—Creo que ya te has vuelto loca, Frijolito.

Suspiré y le examiné el ojo morado.

—¿Cómo, Olly? ¿Cómo te lo has hecho?

—Solo es un moratón. Cosas que pasan.

Me tomé mi tiempo, ya que quería que la voz me saliera tranquila.

—¿Por esto estás aquí? ¿Por eso no has venido a Filadelfia?

Asintió con la cabeza.

—Me mandaste un mensaje para decirme que estabas de vuelta. Quería disculparme por no haber ido.

Le rocé el corte del labio con el pulgar.

—¿Te duele? —Se encogió de hombros y sentí las palabras a punto de salirme de la boca. Palabras que él no quería escuchar—. Olly, ¿qué diablos está pasando?

—Soy joven, me curo rápido —tuvo el morro de decir. Desviar la atención.

—Justamente porque eres joven, no deberías meterte en situaciones que te dejen con un labio hinchado. Nadie debería, joven o viejo. —Me empezaron a temblar los dedos, desconcertados por toda la situación Abrumados. Impotentes. Porque no sabía qué hacer para que me escuchara. Para que confiara en mí—. Deberías estar disfrutando de la vida. Pasándolo bien. Haciendo lo que hacen los chicos de diecinueve años. —Negué con la cabeza y me vino algo a la mente—. ¿Esto tiene algo que ver con tu misterioso trabajo?

Retrocedió y se zafó de mi agarre.

—Confía en mí por una vez. Gano mucho dinero. Estoy bien. Solo ha sido una pelea por un malentendido.

Lo volví a sujetar, pero se alejó aún más. Entonces me fijé en lo que llevaba puesto: buena ropa, cara. Marcas que yo no podía permitirme.

Bajó la vista y negó con la cabeza.

Quise gritar, pero no lo hice, tenía miedo de no poder parar.

—¿Son drogas? —demandé.

Levantó la cabeza, con los ojos como platos.

—¿Qué? —gritó boquiabierto, como si le hubiera preguntado si había empezado a cagar pepitas de oro.

—¿Estás trapicheando con drogas, Olly? ¿Es eso?

—Joder, Rosie. —La conmoción se convirtió en disgusto, frustración —. No estoy trapicheando con nada, ¿de acuerdo? No lo entiendes Estoy…

Negó con la cabeza, los mechones rebeldes le caían sobre la frente.

—¿Estás qué?

—Estoy… ¿bailando? —dijo por fin, pero con tono de pregunta. Lo cual me confundió y me hizo desconfiar aún más.

—En un club nocturno —repuse, despacio—. Ganando dinero suficiente como para comprarte ropa equivalente al precio de mi alquiler.

Olly se encogió de hombros.

¡Dios! Mi hermano… ¿bailaba por dinero? ¿Era un estríper?

Se me iba a salir el corazón del pecho, pero me quedé inmóvil.

Pocos días antes, había dicho que Lucas era el Magic Mike de la masa y las sartenes, y ahora resultaba que mi hermano estaba recreando esa película. En la vida real.

¿No confiaba en mí lo suficiente como para contármelo?

Me inundó tal tristeza que me abrumé y mareé. Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa, pero las luces de un coche me cegaron.

Olly se llevó una mano a los ojos y maldijo por lo bajo. El conductor bajó la ventanilla.

—Venga, guapo. Sube —ordenó un hombre no mucho mayor que Olly.

—Olly, no vayas —rogué, pero caminó hacia el coche—. Tenemos que hablar de muchas cosas…

—Rosie —me interrumpió—. No pasa nada. Te llamaré. Estoy bien Te lo juro.

El hombre sonrió con superioridad, disparándome todas las alarmas.

—Vamos —le dijo a Olly—. Tu turno empieza en media hora. Vamos a necesitar mucho maquillaje para cubrir ese ojo morado, pero Lexie se las apañará. —¿Lexie?—. Espero que la chica valiese el riesgo.

Giré la cabeza en dirección a Olly, que tenía la mandíbula apretada.

El malentendido fue por una chica, pero…

—Adiós, Rosie —se despidió. Con un rápido movimiento, me dio un beso en la mejilla y abrió la puerta trasera.

Todo se volvió confuso. Me quedé sola en la acera, estupefacta mientras miraba las luces traseras convertirse en dos puntos rojos.

Curiosamente, en ese momento llegó el Uber.

Cuando por fin llegué al piso, sentí que el encuentro con Olly me oppesaba tanto que ni siquiera fui capaz de sonreír al ver a Lucas dormido con la boca abierta y la serie de vampiros de fondo. Lo tapé con una manta y fui de puntillas a la cocina para beberme un vaso de agua. Encontré una nota en la encimera: «Si tienes hambre, la cena está en el horno». Eso tampoco me hizo sonreír. Ni siquiera le había contestado el mensaje y aun así se había tomado la molestia de cocinar para los dos. Porque no había escrito «sobras», sino «cena». Y se había cerciorado de que la viera. Me ahabía esperado. En caso de que tuviera hambre.

Todo eso debería haberme hecho sonreír como una tonta, agobiada por el vértigo, como todas las veces anteriores. Pero causó el efecto contrario.

Todo el asunto de la escritura, Lucas, mi hermano y mi padre. El rdesastre que era mi vida. Lo muy hipócrita que era al exigir la verdad cuando yo guardaba secretos. Todo era… demasiado.

Estaba ahí, de pie, con la nota en la mano, cuando escuché mi nombre.

Lucas estaba en medio del estudio, como a tres metros de distancia eTenía la manta en una mano y el pelo enmarañado.

Con la mejor sonrisa que pude dibujar, dije:

—Perdón, te he despertado.

—Solo estaba descansando los ojos. —Parpadeó un par de veces, como .si se estuviese obligando a revivir. Me recorrió el rostro con la mirada— ¿Qué pasa? Tu padre…

—No. Papá está bien. —Me encogí de hombros e hice lo que mejor se snos daba a los Graham: esconder el dolor—. Todo bien, Lucas.

s Se quedó en silencio, mirándome. Sabía lo que estaba haciendo. Estaba preocupado, se preguntaba qué podía hacer para mejorar las cosas. Quizá se preguntaba si me echaría a llorar en cualquier momento.

Me enfadé conmigo misma. Lucas estaba haciendo mucho por mí. Y nyo no le estaba dando nada. Solo podía ofrecerle la compañía de alguien que perdía el tiempo.

, En ese momento, me prometí a mí misma que haría algo por Lucas Martín. Algo que lo hiciera feliz.

—¡Ey, Rosie!

e Suspiré.

› —¿Sí?

a Me miró con algo que se parecía mucho a esa intensidad de nuestra acita experimental, pero era diferente. Más intenso. Más sutil.

› —¿Necesitas un abrazo?

ı Era un buen chico, pero no podía tener otra crisis delante de él después ade todo lo que había hecho por mí.

e —No, gracias. Estoy bien —susurré.

Se quedó inmóvil unos segundos.

r —¿Crees que podrías darme uno a mí? Porque yo sí que lo necesito. — Tragué saliva, me invadió la necesidad de dar un paso hacia delante y ltirarme encima de él. Pero no lo hice, porque sabía lo que estaba haciendo lera por mi bien, no por el suyo. Lucas lo captó, porque continuó con algo a lo que sabía que no podría resistirme—: Hoy echo mucho de menos a Taco. Así que ese abrazo me podría ayudar, en serio. —La voz era grave y .amable, sutil—. ¿Me podrías dar uno, Rosie?

Y por mucho que supiera que ese abrazo era por mi bien (porque estaba segura de que parecía que estuviera a punto de romperme en mi pedazos), hizo que pareciera que le estaba dando algo que no tenía precio ›como si fuera a romperle el corazón si me negaba a dárselo.

. —Vale —me escuché decir, y en aquel preciso instante supe que nunca sería capaz de mirarlo a la cara y no darle lo que me pidiera—. Porque

ecreo que lo necesitas mucho.

No tardó en cruzar los pocos metros que nos separaban y rodearme con alos brazos.

á Una vez más, escondí la cara en su pecho, pero, a diferencia de las últimas veces, me permití apoyarme en él por completo. Me di luz verde Ypara dejarme ir. Aspiré su aroma y me deleité con la calidez y la firmeza ıque emanaba. Cogí toda la fortaleza que me quisiera dar. Y me imaginé esto, su abrazo, su cuerpo, él, mi lugar seguro. Mi normalidad. Mis días smalos, mis días buenos. Todos mis días.

—Gracias, Rosie. —Escuché, mejor dicho, sentí como le vibraba el pecho al decir esas palabras—. Me siento muchísimo mejor.

Apreté los brazos alrededor de su torso. Sentí cada músculo, cada hueso, cada centímetro de piel cálida bajo la camisa. Hasta los latidos de ıasu corazón.

s

-

/

:

ı

ı

/

e

l

,

ı

e

creo que lo necesitas mucho.

No tardó en cruzar los pocos metros que nos separaban y rodearme con los brazos.

Una vez más, escondí la cara en su pecho, pero, a diferencia de las últimas veces, me permití apoyarme en él por completo. Me di luz verde para dejarme ir. Aspiré su aroma y me deleité con la calidez y la firmeza que emanaba. Cogí toda la fortaleza que me quisiera dar. Y me imaginé esto, su abrazo, su cuerpo, él, mi lugar seguro. Mi normalidad. Mis días malos, mis días buenos. Todos mis días.

—Gracias, Rosie. —Escuché, mejor dicho, sentí como le vibraba el pecho al decir esas palabras—. Me siento muchísimo mejor.

Apreté los brazos alrededor de su torso. Sentí cada músculo, cada hueso, cada centímetro de piel cálida bajo la camisa. Hasta los latidos de su corazón.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 14
Rosie

—¿ALESSANDRO? —PREGUNTÉ CUANDO LUCAS SE DETUVO DELANTE DE LA pizzería que quedaba justo en la esquina del edificio de Lina.

Como con nuestra primera cita, no la había visto venir. Me había enviado un mensaje de texto diciendo que tenía que estar lista a las nueve «hora de la cena en España», como había dicho. Me había arreglado para ir a cenar a un restaurante. Llevaba una falda de tubo hasta media pierna un jersey y las botas de cuero negro.

Pero aquí estábamos. En la pizzería de Alessandro.

Lucas me había guiado al otro lado de la calle y ahora estábamos de pie delante del único restaurante de Nueva York cuya carta podía recitar de memoria.

Y estaba… cerrado. Incluso las persianas metálicas estaban bajadas.

—¿Estás seguro de que veníamos aquí? —pregunté con el ceño fruncido.

Lucas me miró por encima del hombro.

—Síp. Pero antes de entrar —dijo, y se sacó una llave del bolsillo de la cazadora—, quiero asegurarme de que todo esté bien. —Sabía que no necesitaba cerciorarse porque lo había hecho todo bien. Siempre parecía hacerlo todo bien—. Fase dos —recitó el plan que se me había ocurrido— La segunda cita. Aunque se subestima, es aquí cuando la curiosidad se convierte en interés. Exploras la chispa que has sentido en la primera.

La chispa.

Aparté la vista mientras el calor me subía por el cuello. Tuve el descaro de hablar de curiosidad, interés o chispa cuando en realidad estaba empezando a sentir mucho más que eso. Si Lucas y yo, nuestro experimento, fuera un libro romántico, estaría a muchas páginas de distancia de esta fase. Y poco a poco se había ido viendo en mis sesiones de escritura. Mi cabeza no había estado tan vacía ni mi pecho se había

sentido tan rígido, sofocado por toda la presión que me había estado empujando hacia abajo. Y en vez de preocuparme por la falta de tiempo y de, tal vez, convertirme en un fracaso, me había encontrado soñando despierta con Lucas, que me ayudaba a poner los pensamientos en palabras. Sin embargo, la verdad era que el tiempo seguía corriendo, que Lucas se iría en tres semanas, que me quedaban cinco hasta la fecha de entrega y que seguía sin tener algo que enviarle a mi editor.

Lucas me puso los dedos debajo de la barbilla y me levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—No se aceptan devoluciones, Rosie. —Por su expresión, sabía que no se trataba de una tontería—. ¿Quieres que sigamos con esto?

—Sí. —No había nada que pensar, no cuando me miraba de esa manera, con tanta determinación en la mirada.

La sonrisa se fue liberando poco a poco y me temblaron las rodillas. No pude evitarlo, se la devolví.

—Ahí está —anunció sosteniéndome la barbilla y con los ojos fijos en mis labios—. *Deslumbrante. Como el mismo sol.*

Y se me agitó el corazón, como si estuviera tocando un maldito conjunto de timbales.

Me daba igual no entender lo que había dicho.

Nunca me habían llamado la atención los acentos, hasta que lo conocí a él.

Era Lucas, y eso era suficiente.

—¿Qué quiere decir?

—Que espero que tengas hambre.

Fruncí el ceño porque dudaba que me hubiera dicho eso. Pero, antes de que me pudiera quejar, se estaba alejando para encargarse de la puerta de seguridad y, ¡puf!, la vista de su espalda (de su culo, sobre todo), mientras se arrodillaba y se estiraba, nubló lo que iba a decir.

La vida era muy injusta. Además de esa sonrisa, también tenía un buen culo. Uno que, apostaría mi colección completa de ediciones especiales de Jane Austen, era tan firme como…

—¿Rosie? —Mi mirada voló a su rostro y me lo encontré mirándome

por encima del hombro. Curvó la comisura de los labios en la sonrisa más grande que cualquier hombre hubiera esbozado—. Cuando hayas acabado de comerme con los ojos.

—¿Qué? —chillé. La voz me salió aguda y chirriante. Me había delatado a mí misma. Me aclaré la garganta—. No te estaba comiendo con los ojos.

Lucas se rio, se puso de pie y abrió la puerta de entrada de vidrio e hizo gestos para que pasara primero.

—A mí no me preocupa. Me encanta que me presten atención. —Hizo una pausa—. Y me alegra saber que eres de culos.

Sin duda, era una persona de culos.

Con un suspiro, di un paso hacia delante y, después de darle la espalda me centré en hacer control de daños porque sabía que estaba roja como un tomate.

—No te estaba mirando el culo, Lucas. Solo me estaba asegurando de que te… —Las palabras murieron en el momento en que puse un pie dentro de la pizzería y vi lo que me esperaba. Decenas de velitas formaban un sendero que conducía a la cocina—. ¿Qué…? —Se me fue la voz y me empezaron a castañear los dientes, aunque no sabía por qué. Me temblaba todo el cuerpo—. Lucas, no tengo palabras.

Sentí como se acercaba.

—No hay mejor manera de explorar la chispa y de demostrarle a la otra persona que mereces el esfuerzo —una pausa, en la que escuché unos pasos más—, que iluminar un salón con docenas de velitas.

Creí escuchar una risita, pero no estaba segura. Había sido succionada por un vacío. Un vacío de Lucas.

—¿Cómo? —creí haber susurrando.

—Sandro ha cerrado pronto porque había quedado con su familia. Pensé que podíamos tener el restaurante solo para nosotros.

No me refería a eso, pero mi cabeza todavía giraba en su dirección.

—Pensaste que podíamos… —Me detuve y procesé la información— ¿Cómo diablos convenciste a Sandro de que te diera las llaves? Esta pizzería es como…

—Como una tercera hija para él, sí. —Lucas se rio entre dientes, con esa facilidad que tenía para tomar el control—. Me habló de todo su árbol genealógico. También me explicó que lo considera su legado. Su hogar afuera de casa. Construido con el sudor de su frente y…

—Los callos de sus manos. —Lina y yo habíamos escuchado esa historia en muchas ocasiones.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Supongo que le di una buena primera impresión.

—Entonces, ¿estuvo de acuerdo? ¿Así, sin más?

Sandro era un gran hombre, pero no uno al que te podías ganar tan fácilmente.

—Puede que le haya hecho algunas promesas que no estoy seguro de poder cumplir, pero lo tengo todo bajo control. —Guiñó un ojo, como si esto fuera normal. Como si superar el problema no fuera nada—. Eso sí, reservémonos el peligro de incendio solo para nosotros. Puede ser nuestro primer secreto.

El peligro de incendio.

Las preciosas velas que había encendido.

Nuestro secreto.

Del mismo modo que yo estaba enamorada en secreto de él. O los muchos otros que guardaba.

Tragué saliva y asentí con la cabeza, impregnándome de la vista de la spizzería. De la sensación. Del hecho de que Lucas había ido más allá por mí.

Por el experimento.

—Si sigues el camino, por favor… —Lucas me susurró al oído, y me trajo de vuelta con un delicioso escalofrío que me recorrió la columna .vertebral—, te enseñaré nuestra actividad principal.

—¡Ah! —murmuré mientras avanzaba—. ¿No era esta? ¿No vamos a comer rodeados por estas velitas?

—Todavía no. —Lucas iba detrás de mí, con las manos en mis aomóplatos. Me detuvo en la cocina—. Vamos a comer. Pero para eso primero tenemos que encargarnos de la comida. —Me quedé allí, y desee

ıque mi falda tuviera bolsillos para poder deslizar las manos dentro y nc
lmoverlas tanto. Dios, ¿por qué algunas faldas no tenían bolsillos? Observé
ra Lucas, que intentaba regular la temperatura del horno—. Te encanta este
sitio, ¿verdad?

ı —Soy neoyorquina. Es genéticamente imposible que no me guste la
pizza. ¿Pero la de Sandro en particular? La adoro, sí.

ı —Bueno —Lucas sacó un recipiente de plástico grande y cuadrado y
lo dejó sobre la encimera—, no soy Sandro. Ni siquiera soy italiano, perc
creo que te encanta verme cocinar.

ı —Tal vez —bromeé. Verlo cocinar me gustaba más que el primer
sorbo de café por la mañana. O el primer mordisco de un *coulant*. O esa
ɛsensación que tienes cuando sabes que has descubierto tu nuevo libro
ifavorito. O el despertarse la mañana de Navidad. Me encantaba verlo
,cocinar, más que la mayoría de las cosas que me encantaban en la vida.

ɔ Lucas fue hacia la nevera y sacó algunas cosas. Salsa de tomate
verduras y una enorme bola de queso parmesano.

—Sandro me dio algunos consejos, me dijo dónde estaba todo y me
hizo prometer que le haría justicia.

Lucas se había ganado a Sandro de verdad.

s —Entonces, ¿vas a cocinar? —le pregunté mientras dejaba un paquete
de harina en la encimera. Sin previo aviso, la imagen de Lucas cubierto de
aharina, sonriéndome, me tendió una emboscada y casi tartamudeé las
rsiguientes palabras—: ¿Para los dos? ¿Y me dejarás mirar?

—No. —Caminó hacia mí con algo en las manos que solo distingu
cuando lo tuve al lado. Un delantal—. Cocinaremos. Juntos. Porque yo
ɛtambién me merezco mirar un poco. ¿No crees? —Antes de que pudiera
areaccionar, se colocó a mi espalda y me rodeó con los brazos—. La chispa
—aludió a la fase dos del experimento—, se puede explorar de muchas
amaneras diferentes. —Sentí el calor de su cuerpo, la respiración contenida
en la garganta—. Es más que encender velas. —Se acercó, su pecho casi
sme rozó la espalda—. Puede tratarse de compartir algo importante para ti
,—Me tocaba el hombro con la barbilla. Estaba tan cerca que estaba segura
éde que compartiríamos nuestra próxima respiración si giraba la cabeza—

oPuede y debe tratarse de ver si esos destellos de ti mismo que has émostrado le han resultado atractivos a la otra persona. Ver si es recíproco e—me susurró muy cerca del oído—. Vamos a ponerte esto.

Asentí con la cabeza, el corazón me latía cada vez más rápido.

a Lucas me colocó el delantal por delante y me rodeó la cintura con los lazos. Eran demasiado largos, así que tuvo que darles dos vueltas. Y debo ydecir que se tomó más tiempo del necesario.

o Asomó la cabeza por encima de mi hombro para obtener una visión clara de sus manos; Me rozó la mejilla con la mandíbula.

r Con un suave y rápido movimiento, me rozó con la barba. Ese simple atoque me aceleró el pulso.

o Antes de ser capaz de detenerme y contener la necesidad de acercarme omi cuerpo se movió hacia atrás. Reposé la espalda contra su pecho y la nuca contra su garganta. El calor me envolvió, me volvió flexible y me dio ,vida en esos brazos. Todo a la vez.

Se mantuvo firme y le dio la bienvenida a mi peso. Pensé en el día eanterior, en nuestro abrazo, solo que este era diferente. Esta vez, no estaba buscando apoyo y consuelo. Esta vez, cada terminación nerviosa de cuerpo se me erizaba, eléctrica.

e —Me aseguro de que el nudo se mantenga —dijo con voz baja y eáspera.

s Asentí con la cabeza, quedándome muy quieta mientras observaba cómo trabajaba. Cuando acabó, me puso las manos en el vientre, como si ífuera incapaz de soltarme.

o Cerré los ojos al sentir cómo me acercaba muy suavemente a él.

a Entonces, me llegó su voz, grave:

a —Ahora estás lista.

s Abrí los ojos y me tragué la necesidad de entrelazar mis dedos con los asuyos y tirar para acercarnos más todavía.

i —Gracias. —Respiré hondo. Luego, miré hacia abajo—. Parece que .has sido muy meticuloso.

a Me volvió a rozar la mejilla con la mandíbula y todo el aire de mis .pulmones se me quedó atrapado en la garganta.

—Soy un hombre meticuloso —respondió—. No hago las cosas a medias.

Y, sin más palabras, se alejó. Se me enfrió todo el cuerpo ante la pérdida de calor corporal.

Lo escuché aclararse la garganta antes de volver a la encimera.

—¿Tú no te vas a poner un delantal?

—No creo que lo necesite. —Se le curvaron hacia arriba las comisuras de los labios cuando nos vimos cara a cara, como si nada hubiera pasado. Pero ¿qué acababa de pasar?—. Ven aquí, Rosie. No podrás cocinar si te quedas ahí.

—Está bien —obedecí y me acerqué—. Pero no creas que no me he dado cuenta de que has insinuado que soy un desastre.

Soltó una risa y murmuró algo.

Me apoyé en la encimera y fruncí el ceño.

—¿Qué acabas de decir? Es un poco injusto que no pueda entenderte.

—He dicho «Dios, dame paciencia» —admitió.

Entrecerré los ojos.

—¿Para qué necesitas paciencia? No soy tan mala cocinera.

Lucas ignoró mi mentira y arrastró el recipiente de plástico hacia mí.

—Paso uno: estiramos la masa. —Quitó la tapa y aparecieron dos bolas lisas. Con el dedo índice, presionó delicadamente una de ellas—. Estas ya han reposado la levadura, ¿ves cómo la masa recupera su forma?

Lo imité y le di unas palmaditas a una.

—Sí. Lo veo. Y, además, puedo decirte que a mi nunca me quedan igual cuando las hago en casa.

Una risita vino de mi izquierda.

—Otro día puedo enseñarte cómo se hace. Ahora, ponemos harina sobre la encimera para que no se pegue la masa.

Se dio la vuelta y arrastró la harina más cerca de mí.

—Entonces, una cita experimental y una clase magistral. Soy una chica muy afortunada. —Cogí un poco de harina con los dedos y espolvoreé la superficie—. ¿Sandro nos ha dejado todo esto? Debes haberle caído muy bien.

—Oh, no estaba bromeando al decir que me lo he ganado —comentó y añadió un poco más de harina—. Incluso quiere presentarme a una de sus hijas. —Me puse rígida. Lucas continuó—: Pero lo he preparado yo mismo. He venido pronto y lo he preparado todo. Menos las velas, que las he traído cuando el jefe ya no estaba cerca.

Los celos se fueron desvaneciendo.

«¿Se ha pasado el día en la pizzería? ¿Mientras yo estaba en casa trabajando y pensando que él estaba explorando la ciudad?»

—Antes de que te quejes. —Lucas cogió una bola y me la dejó delante —. Me daba mucha curiosidad la proporción de agua que usa. Y solo podía descubrir más infiltrándome en su cocina. —Sacó la otra bola y la colocó en su lado de la encimera—. Al principio no quería, pero cuando le dije… —Se alejó y negó con la cabeza—. Acabó compartiendo toda la información.

—¿Cuándo le dijiste qué? —pregunté con tanto entusiasmo que sentí la necesidad de taparme—. ¿Qué te casarías con su hija?

Me disparó una mirada rápida, con una expresión divertida.

—¿Sabes qué? Me ofreció su bendición.

—Magnífico —opiné y me concentré en la masa.

Me empujó con la cadera.

—Le dije que no estaba en el mercado.

Por algún motivo, eso no me hizo sentir mejor.

Me chocó otra vez la cadera.

—Estás tan guapa cuando te pones celosa. No quiero verte con el ceño fruncido, Rosie.

—No estoy frunciendo el ceño —murmuré—. Y tampoco estoy celosa.

Se rio.

—Muy bien, con los dedos índice y medio, presiona suavemente en el centro de la masa. Como yo.

Con el máximo cuidado, seguí su indicación. Usé los nudillos cuando me dijo que lo hiciera e intenté seguir el ritmo del movimiento meticuloso y confiado de sus manos. Rápidamente se convirtió en una dificultad porque, ver como Lucas amasaba me estaba volviendo… improductiva.

—Dime, Rosie —continuó, y levantó la masa con un giro lento— ¿Cuántas palabras has escrito desde nuestra primera cita? ¿Has encontrado la inspiración?

Imitándolo, sostuve mi masa en el aire, pero solo… se estiró hacia abajo, con languidez.

—Creo que estoy haciendo algo mal. —Acercó las manos a las mías y una fuerte electricidad me corrió los brazos—. Gracias —musité con suavidad, y lo dejé tomar el control de mis movimientos—. Algunas palabras —respondí, solo para no pensar en las palmas cálidas que me oprimían el dorso de las manos—. No muchas, con Olly y todo. Pero algunas. Estoy…

Esos fuertes dedos me distrajeron al entrelazarse con los míos un momento.

—¿Estás qué? —Presionó.

Nuestros dedos trabajaron la masa en movimientos circulares, y tuve que aclararme la garganta.

—Estoy empezando a encontrar la inspiración.

Lucas movió nuestras manos hacia la encimera y las apoyó a ambos lados de la masa estirada.

—Para que lo sepas, me muero de ganas de conocer en detalle al mejor amigo del oficial Burns.

¿Oficial Burns? Espera. ¿Eso significaba que Lucas había…?

—¿Has leído mi primer libro? —le solté.

—Soy muy meticuloso —repitió sus palabras sin responder a mi pregunta—. Y no te preguntaré por el segundo hasta que esté terminado. No quiero llamar al mal tiempo.

Arrugué la nariz, sin pensar en Lucas leyendo las escenas subidas de tono del libro, pero centrándome, en cambio, en lo feliz que me hacía que se hubiese involucrado tanto. En mí. En mi escritura. Mis libros. Había pasado tan ocupada tratando de protegerme de lo que cualquiera podría decir, escribiendo en secreto, escondiéndome detrás de un seudónimo, que no había compartido esto con nadie, solo con Lina. Y… Dios, me encantaba escuchar que a este hombre le importaba.

—Mal tiempo, ¿eh? ¿Eres supersticioso?

—Me encantaría decir que no, pero prefiero arrancarme un brazo que pasar por debajo de una escalera.

Me eché a reír.

Se quedó helado, como si el sonido lo hubiera pillado desprevenido. Entonces sentí, más que escuchar, como exhaló por la nariz antes de alejarse, dejándome un poco desamparada sin la seguridad de sus manos sobre las mías.

—Así que… —Intenté recuperarme lo mejor que pude—. ¿Qué ingredientes vamos a usar?

—Tenemos un poco de todo. Pero quiero que seas creativa.

—La creatividad no ha sido mi fuerte últimamente.

—Rosie —dijo de una manera que me hizo mirarlo—, creo en ti. Soy del *team* Rosie, ¿recuerdas?

Sonreí para mis adentros, porque me hizo ganar seguridad en mí misma. Luego, cogí algunas rodajas de salami y trabajé en silencio unos minutos.

—Sé que este no es un tema de conversación para una cita de verdad pero como estamos en medio de un experimento, quería decirte que el señor Allen me llamó esta mañana.

—¿El casero psicópata? —gruñó.

Su reacción hizo que se me agitara algo en el vientre.

—Me dijo que tardarían un poco más de lo estipulado en acabar.

Lucas no dijo nada, no de inmediato. Luego suspiró.

—Tienes razón, esto no es tema de conversación para una cita.

Asentí con la cabeza y cogí algunos trozos más de embutido.

—Lo sé, solo quería darte las gracias por dejar que me quede contigo en el piso de Lina, y que, si se te está haciendo pesado, todavía puedo buscarme un hotel. Solo tienes que decirlo.

Se pensó la respuesta.

—¿Estás cómoda conmigo?

Mi mano se detuvo en el aire.

—Por supuesto que sí.

—Y si hay algo que te molesta, puedes decírmelo. —Cogió un trozo de emozzarella—. Esto quedará bien con la *finocchiona* que has elegido. —Lo desmenuzó con brusquedad con los dedos—. Incluso si lo que te molesta es que ronque.

—No roncas.

—O si soy un poco caótico en la cocina. O si es la música que escucho cuando cocino. Me lo dirás, ¿verdad?

Era ridículo.

—Lucas, eres tú el que duerme en un sofá cuando te prometieron todo un piso. Cama incluida. —Negué con la cabeza al observar mi trabajo— Yo, mientras tanto, disfruto de la comida deliciosa que me cocina cada día un hombre guapísimo. ¿Por qué estaría incómoda?

—Mmm… Vale —repuso Lucas, más tranquilo—. Me alegra oír que me encuentras guapísimo e irresistible.

Ay, maldita sea. Eso se me había escapado.

Puse los ojos en blanco.

—En ningún momento he dicho que seas irresistible.

—¡Ejem!

—Como si no supieras que eres guapo. —O irresistible.

Miré a mi izquierda y lo encontré apoyado de lado, con los brazos cruzados sobre el pecho con naturalidad, observándome. De hecho parecía que hacía ya rato que había acabado con su pizza.

Sin pensarlo demasiado, le dije:

—Has tenido muchas citas. —Utilicé sus propias palabras—. Seguro que todas esas chicas te han dicho que eres guapo.

Se encogió de hombros.

—Hacía mucho que no tenía ninguna, así que tal vez necesitaba un recordatorio.

«Cita experimental», sentí la necesidad de corregirlo. Aunque solo fuera para mí.

—Al final no me contaste por qué ya no tienes citas.

—No es algo en lo que pueda centrarme en este momento.

—¿Por tu carrera profesional?

Lucas dudó y una sombra le atravesó las facciones.

—Algo así.

No quería quedar en evidencia ni mostrar mis sentimientos, pero tenía que preguntar.

—¿Te emociona volver después de recuperarte de… lo que sea que te pasó? —Entrecerró los ojos y sentí la necesidad de decir—: Lina dijo que no parabas de ganar competiciones. Tenías patrocinadores y seguidores en las redes sociales… Estabas en la cima de tu carrera. Antes de tomarte un descanso. —Nada de esto había salido de Lina. La mayor parte de la información la había sacado de sus redes sociales. De todo lo que él había compartido antes de que desapareciera por completo, semanas antes de la boda—. Tengo curiosidad.

Lucas tragó saliva. Y se quedó callado tanto rato que pensé que no iba a decir nada. Comencé a alejarme de él, solo para ocultar la decepción que me provocaba que no confiara en mí; pero, en cuanto me moví, me cogió el codo.

—Ya no puedo hacer nada de eso, Rosie —confesó, y pude sentir el peso detrás de sus palabras, como si fueran rocas y apenas pudiera levantarlas—. Nunca más voy a poder surfear. No como antes. Ni de lejos. —Dirigió la mirada hacia la pierna que sabía que le molestaba más de lo que dejaba ver. —Así que, ¿esa carrera profesional? No, no me está impidiendo hacer nada. Tampoco salir con chicas. De todos modos, ¿que puedo ofrecerle a alguien?

Dios mío. No estaba de vacaciones. No se estaba tomando un tiempo para recuperarse de lo que fuera que le hubiera pasado.

Y yo… Dios, quería envolverlo en mis brazos. Darme una bofetada a mí misma por hacer esas preguntas, porque estaba segura de que no le había resultado fácil responder.

Y también quería que me lo contara todo. Cómo se sentía y cómo había pasado. Quería saber todo lo que había que saber de Lucas Martín y no por mera curiosidad, sino porque me importaba.

Pero Lucas me miró como si acabaran de abrirlo en canal y ya no le quedara nada para lidiar con esta conversación. Así que no pregunté

Habíamos avanzado mucho. Me había dado una parte crucial y significativa de lo que era hoy. Ahora. No el personaje que había seguido en las redes sociales.

—Una carrera no te define, Lucas. —Dejé que mi mano cayera encima de él, muy brevemente, para no entrelazar mis dedos con los suyos, como me moría de ganas de hacer—. Eres mucho más que eso. Tienes mucho más que ofrecer.

Parpadeó, le rechinaban los dientes, y tenía la mirada ofuscada con algo muy parecido al asombro y la sorpresa.

Y así de rápido, se alejó, rompió el contacto y reapareció con una gran espátula de madera.

Se apoyó en la encimera y evaluó mi trabajo como si no hubiéramos tenido esta conversación.

—Buen trabajo, Rosie. Creo que tienes talento para esto.

Deslizó mi pizza sobre la espátula y la llevó al horno.

Aproveché la oportunidad para comprobar su elección de ingredientes.

—¡Guau! ¿Le has puesto miel?

—Sí —comentó al volver y repetir el proceso con su pizza—. Pera .nueces, un poco de *prosciutto*, porque no encontré otro jamón que valiera ola pena, y un poco de queso azul. —Volvió al horno. Lo seguí con la ámirada, atrapada en la forma en que su espalda se movía mientras édeslizaba la espátula dentro y afuera. Los músculos se le tensaban y se le contraían, y me hicieron pensar en él dentro del agua. En él sobre una otabla. En él sin poder coger una ola nunca más— … O sea, la peor pesadilla de cualquier italiano.

Cuando volvió a mi lado, asentí con la cabeza plenamente consciente de que me había quedado absorta.

—Ni que lo digas.

—No has escuchado ni una palabra de lo que acabo de decirte, ¿eh?

—¿Qué? Por supuesto que sí.

Se rio con conocimiento de causa.

—Rosalyn Graham, y te atreves a negarlo. Soy irresistible.

Estaba lista para negarlo otra vez, pero, ahora que lo tenía más cerca, a

/solo unos centímetros de distancia, pude ver que tenía la punta de la nariz
)cubierta de harina, así que le dije:

—Debería dejar que pasaras el resto de la noche así a ver si se te baja
ael ego, pero… tienes algo en la cara. —Me llevé el dedo índice a la nariz
)para indicarle el lugar exacto—. Justo aquí.

) Se pasó el dorso de la mano por la nariz y la mejilla, pero solo lo
empeoró.

ı —¿Ahora? —quiso saber.

—Sí —mentí con una sonrisa—. Mucho mejor.

ı Entrecerró los ojos y me inspeccionó el rostro.

—Sigue ahí, ¿verdad? —Negué con la cabeza y finalmente deje
sescapar una risa. Volvió a pasarse el dorso de la mano por la cara, pero se
había manchado las manos de harina al poner las pizzas sobre la espátula
porque, por alguna razón, acabó con la barbilla blanca—. ¿Qué tal ahora?
—Me reí más fuerte—. Ven aquí y apiádate de mí, mujer. —Sostuvo las
dos manos en el aire y se miró las palmas—. Quítamela antes de que acabe
lleno de harina.

, —Pero es que estás tan mono. —Me dirigió una mirada sombría que
ame hizo moverme de inmediato. Acorté la distancia y me planté justo
adelante. Levanté la mano, pero sin hacer contacto. Y nunca sabré qué me
shizo decir lo que solté entonces—: Tal vez me gustas cubierto de harina.

e Le brillaron los ojos ante la sorpresa. Fue cálido, y sensual.

a Mi sonrisa fue muriendo poco a poco. Mi mano izquierda alcanzó los
rrestos de harina que había en la encimera.

—Rosie —gritó Lucas—, no.

e Pero eso solo me animó más.

Me aseguré de encontrarme con su mirada cuando le llené toda la
mejilla izquierda de harina.

La expresión de Lucas se transformó, cogiendo esa intensidad que
había vislumbrado en nuestra primera cita. Y justo cuando estaba a punto
de recuperar mi mano, cerró los dedos alrededor de mi muñeca. Preguntó
con un tono áspero:

a —¿Me quieres sucio o tierno, Rosie?

Me sumergí en su voz, su mirada, sus palabras. Tragué con fuerza.

—Ambos.

Sin romper el contacto visual, Lucas se inclinó hacia delante elevándose sobre mí con la cara cubierta de harina y haciéndome inclinar la cabeza hacia atrás.

—No puedes tenernos a ambos. Elige. ¿Cuál de los dos te inspirará esta noche, Rosie?

—El sucio. —Exhalé.

Por el rabillo del ojo, lo vi meter el pulgar en el recipiente de salsa de tomate. Entonces, se movió (nos movió), y quedé con la espalda contra la isla, mi muñeca todavía en su agarre.

Antes de que pudiera terminar de procesarlo, Lucas me arrastró el pulgar por la nariz, dejando un rastro pegajoso detrás.

—Pues vamos a ensuciarte a ti también. —Sentí su respiración en la boca. Su cuerpo acercándose—. De todos modos, me he estado reconteniendo desde que te he atado el delantal. —Esa confesión me alboroteó el estómago, pero justo cuando estaba a punto de responder, de pedirle que por favor destrozara el delantal en mil pedazos si tenía que hacerlo, su pulgar llegó a la comisura de mi boca y barrió de derecha a izquierda—. ¿Alguna vez has sentido esto en una cita, Rosie? —El tono de su voz era bajo, apenas un quejido, pero llegó a lo más profundo de mi ser. Negué con la cabeza. Se me aceleró el pulso y la sangre me recorrió el cuerpo, llegando a áreas que había descuidado y ahora estaban completamente despiertas—. ¿Crees que esta chispa es lo suficientemente fuerte para ti? —Bajó la mirada a mis labios, donde me había puesto salsa de tomate. Observé cómo se le movía la garganta—. Porque puedo esforzarme más. Por ti, lo haría.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral cuando movió una mano y me cogió de la nuca. Lucas se inclinó hacia delante, empujándome con suavidad contra la isla que tenía a la espalda. Su calor corporal me cubrió toda parte delantera del cuerpo. Separé los labios ante su contacto y su mirada se dirigió a mi boca.

El marrón de sus ojos se encendió como un fuego de chocolate.

Frunció el ceño.

¿Frunció el ceño?

Y entonces, nos llegó el olor.

—*¡Joder!* —Me soltó y saltó hacia atrás dejando un rastro de maldiciones españolas.

Tuve que apoyarme en la encimera.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Repasando los hechos, traté de darles sentido a los golpes en mi pecho ea la salsa de tomate que me goteaba de la cara, al olor a humo que ainundaba la cocina de Alessandro.

El olor a… humo.

—¡Ay, mierda! —Entré en acción, me acerqué a Lucas, que estaba junto al horno, y eché un vistazo a los restos carbonizados de lo que, en acierto momento, habían sido dos pizzas.

Frunció el ceño.

¿Frunció el ceño?

Y entonces, nos llegó el olor.

—¡*Joder!* —Me soltó y saltó hacia atrás dejando un rastro de maldiciones españolas.

Tuve que apoyarme en la encimera.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Repasando los hechos, traté de darles sentido a los golpes en mi pecho, a la salsa de tomate que me goteaba de la cara, al olor a humo que inundaba la cocina de Alessandro.

El olor a… humo.

—¡Ay, mierda! —Entré en acción, me acerqué a Lucas, que estaba junto al horno, y eché un vistazo a los restos carbonizados de lo que, en cierto momento, habían sido dos pizzas.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 15
Lucas

SANDRO ME IBA A CORTAR LAS PELOTAS. ME IBA A PEGAR CON UNA DE SUS espátulas y echaría mi cuerpo inconsciente al East River, tal como me había advertido.

Quizá Rosie le ayudaría. Porque parecía que tenía un talento innato para esto de estropear citas.

¿Tenía algún otro talento? Distraerme. Aparcar el sentido común en el borde de la acera y perder de vista las líneas pintadas en el suelo. Aquellas que, esta noche, parecían haberse vuelto difusas. ¿Había sido así? Porque ese había sido todo el objetivo del experimento. Impulsar la inspiración. Ayudarla a olvidarse de todo lo malo y hacer que sintiera otra cosa. Eso era lo que yo quería.

No, no todo lo que quería.

Pensé en Rosie entre mis brazos, suave contra mí, lista para dejarme lamerle esa maldita salsa de tomate de los labios.

Hasta ese momento, había sido casi capaz de ignorar la atracción que sentía por ella, de esconderla detrás del hecho de que me gustaba tenerla de amiga. Que, de corazón, quería que esta amistad fuera creciendo. ¿Pero a estas alturas? ¿Después de esta noche? ¿Después de que los límites se hubieran difuminado lo suficiente como para perderme en esa chispa que lo consumía todo? ¿En esa chispa que podía quemar? No una cosa, sino la comida.

Por Dios. Ya no podía ocultarle que su presencia no me afectaba.

—Creo que hemos hecho un buen trabajo de limpieza —anunció Rosie a mi lado mientras volvíamos al piso—. Creo que Sandro no se dará cuenta de nada.

Miré hacia ambos lados en la esquina y le puse una mano en la espalda antes de cruzar.

—Ojalá —respondí, todavía un poco perdido en mis pensamientos

Nos habíamos pasado una hora limpiando el horno, después de esperar que se enfriara, para no quemarnos. Esperaba haber sacado hasta la última mota de masa carbonizada—. De todas formas, no creo que se trate de nuestras habilidades de limpieza. Hacemos un gran equipo, Ro.

—Supongo que sí. —Rosie curvó los labios en una sonrisa.

—Pues… —Miré la hora en mi reloj pulsera y abrí la puerta del edificio—. Son las doce pasadas y aún no te he alimentado. ¿Tienes mucha hambre?

—Estoy bien —contestó, y subió las escaleras delante de mí—, pero no me importaría pedir algo si no estás muy cansado.

Mi mirada, que no había despegado de su nuca, viajó por su columna vertebral hasta la parte baja de la espalda. Las caderas y el culo se balanceaban al subir y me vi un poco hipnotizado por el movimiento. Por sus curvas.

Aceleré el paso de forma involuntaria, como si tuviera prisa por acercarme a ella. Negué con la cabeza y traté de relajarme. Me dije que no podía jadearle en la nuca como un adolescente cachondo. Era su amigo. Su compañero de piso.

«Mira hacia otro lado, Lucas».

Rosie se detuvo delante de la puerta del piso y me miró de forma extraña.

—Entonces, ¿qué dices?

«¿Qué digo?»

—¿De qué?

Frunció el ceño.

—¿Pedimos a domicilio? No me apetece pizza después de haber quemado la masa. —Hizo una pausa—. ¿Qué te parece si pedimos japo?

—Eh, no sé. —Saqué las llaves.

—Déjame sorprenderte —insistió mientras la dejaba entrar primero— Siempre me cocinas y nunca puedo devolverte el favor, así que déjame hacerlo. Ahora me toca a mí darte de comer. —Me gustaba cómo sonaba Me gustó escucharlo de su boca. Caminó hasta la mesita de café, se sacó los zapatos, cogió el portátil y se dejó caer encima del sofá—. Te

eencantará, te lo prometo.

ı Me senté en el sofá y solté un suspiro.

e —No sé…

—¿No confías en mí? —Me miró por encima del ordenador.

—¿Qué? —pregunté, pero me salió como un gruñido. Me crucé de lbrazos—. No es eso.

s —¿Y entonces qué es? —Respiré hondo por la nariz, seguro de que también estaba haciendo un puchero. Me empujó el muslo con el pie, e ɔcalcetín aún puesto—. ¿Qué es? Dímelo.

—Tengo hambre, ¿vale? Me estoy muriendo de hambre y estaba muy ıentusiasmado con esas pizzas. Pero ahora no estoy de humor para eso. Se eme ha quedado el olor en las fosas nasales.

r —¿Y? —Me empujó otra vez con el pie y, porque no lo pude evitar, lo atrapé con la mano y lo sostuve con firmeza.

r Le pasé el pulgar por el empeine.

ɔ —Y quieres comida japonesa, pero el sushi siempre me deja con ıhambre. —Hambre y pronto hambre y mala leche.

Rosie se estaba tomando su tiempo para responderme, así que la observé. Miraba fijamente la mano con la que le estaba haciendo masajes ıen el pie.

«Límites, Lucas, límites».

Los dedos se detuvieron, pero no la solté.

—No pediremos sushi. Te encantará lo que tengo en mente, ya verás —Volvió a mirar su portátil—. Me ofende un poco que no confíes en mis gustos, eso sí. Así que, si quieres compensarme, deberías seguir con esos rmasajes. —Me guardé la deliciosa y dulce sorpresa y la obedecí. Feliz de que me hubiera dado otra luz verde esta noche. Hasta que murmuró por lo bajo—: Cursi, mandón y gruñón. ¿Quién lo hubiera dicho?

. Y paré de hacerle masajes y, en vez de eso, le hice cosquillas.

e

.

ɔ

e



Esa noche solo duramos dos capítulos antes de dar el día por terminado.

—¿Lucas? —murmuró Rosie desde la cama.

Sonreí al techo desde el sofá.

—¿Rosie?

—¿Te ha gustado el pollo frito japonés?

—No estaba mal. —No había estado mal en absoluto.

Mi mente ya estaba analizando cómo reproducir la forma en que estaba empanado y, quizá, hasta darle un toque personal. Podía agregarle galletas saladas molidas o, incluso, nueces muy picadas, todo marinado en salsa de soja. Podía…

—Mentiroso —repuso Rosie —. Te he visto lamer la tapa del envase cuando te lo llevaste todo a la cocina.

Ups.

Levanté un brazo y me lo pasé por debajo de la cabeza.

—Vale, joder, estaba increíble. Tenías razón, volvería a lamer el envase.

Se rio y el sonido me hizo estirar aún más las comisuras de los labios. Me encantaba ese sonido y, desgraciadamente, no lo escuchaba tanto como me gustaría.

—¿Por qué estás tratando de jugar la carta de duro en vez de decir que te ha gustado?

—Porque el plan era comer las pizzas que hiciéramos y quemarlas me ha dado justo en el ego.

Nos quedamos un par de minutos en silencio. Pensaba con las entrañas. Pensaba en ella, en esa noche. En esos labios apenas abiertos y en cómo había querido lanzarme de cabeza a la piscina para lamerle el tomate…

Me maldije a mí mismo cuando mis sudores consiguieron apretarme la entrepierna.

—¿Lucas? —me llamó Rosie.

—¿Sí? —Me salió la voz más aguda.

—Gracias por esta noche. Ha sido increíble. Menos las pizzas.

—Me alegro de haberte ayudado, Rosie.

—No es solo eso —replicó—. Sí que ha ayudado. Más de lo crees. Pero… me ha encantado. Ha sido la mejor segunda cita de mi vida. No me

merezco que te esfuerces tanto por mí, por esto. Por el experimento —se corrigió.

Algo me oprimió en el pecho.

—Tienes el listón muy bajo, Rosie. Me pone enfermo.

Un segundo de silencio.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, por fin—. Creo que mis estándares son normales.

El hecho de que lo creyera era todavía peor.

—No deberías estar tan contenta con una cita que ha acabado con la limpieza de un horno —repliqué, y podía escuchar la frustración en mi voz —, o sobre una encimera, aterrorizada. —Cerré los ojos un segundo Necesitaba tiempo para sofocar el impulso de decir más de lo que debería —. Te mereces mucho más, y, desde luego, algo mucho mejor que todo lesto. Se trate de un experimento o no, te mereces más.

No me respondió. Y odiaba que me hubiera roto de esa forma y que no .pudiera verle la cara en la oscuridad.

Cuando ya me había dado por vencido, dando por hecho que se había quedado dormida, habló:

—Ojalá hubieras asistido a la boda de Lina y Aaron, Lucas. Me… — Se detuvo, lo que sonó como una respiración temblorosa siguió sus palabras—. Mu hubiese gustado conocerte ese día.

Se me encogió el pecho.

Y, por primera vez, pensé en eso. Esa realidad alternativa en la que nosotros, Rosie, la dama de honor, y Lucas, el primo mayor de la novia, se encontrarían y tomarían un par de copas de vino. Tal vez bailarían. Con suerte, un poco más que eso. Dios sabe que lo habría intentado.

Pero ya no era ese hombre. No podía avanzar con nadie mientras no hubiera solucionado todo lo que tenía encima. Y éramos amigos compañeros de piso. Y eso me encantaba. Con chispa o no, me encantaba tener a Rosie en mi vida.

«Por ahora», me recordé a mí mismo. Porque me iba en tres semanas.

Y eso era algo que no debía olvidar.

Lo que existía entre nosotros no cambiaba los hechos.

Y creía firmemente que se merecía más.



Durante la noche, la pierna me molestó.

Y eso significaba que me iba a dar una ducha mucho más larga.

Después de semanas de viajar y estar de pie casi todo el rato, el día anterior me había pasado factura.

Era el precio que se paga por ignorar la rehabilitación y saltarme más de un tercio de las sesiones. Pero ¿cuál era el objetivo? Desde que me había despertado en esa cama de hospital, en Francia, me habían dicho que no me recuperaría al cien por cien. Por eso ni siquiera me había molestado en intentarlo. Dejé que hicieran lo que tenían que hacer y, en cuanto pude caminar sin cojear de forma exagerada, volví a casa. A mi hogar.

Me vino Taco a la mente.

Pero, aparte de mi mejor amigo y mi familia, ¿qué me hacía considerar España como mi hogar? El sentido de pertenencia se había desdibujado desde el accidente. Era como si faltara algo. Ya no tenía la necesidad de volver. Tampoco tenía mi propia familia. Nadie a quien pudiera llamar mío y por quien ansiara volver. Con todos los viajes y las exigencias de mi carrera, nunca lo había… hecho.

Sacudí la cabeza, cerré el grifo y me envolví la toalla alrededor de la cintura antes de salir del baño. Como me sentía raro y cansado, llegué a la conclusión que le diría a Rosie que iba a quedarme en el piso. Podía quedarme quieto y en silencio mientras ella escribía.

Abrí la puerta del baño y mi mirada se centró de inmediato en mi compañera de piso, de pie con los pantalones y la camiseta de pijama. Dios, esos pantalones iban a acabar conmigo un día de estos.

—Buenos días, Ro…

—*Te voy a matar*. —La amenaza de muerte cortó las palabras de inmediato. Lo había dicho una voz familiar que no debería estar aquí— *Lucas, ¿qué está pasando aquí?*

La consulta se había pulverizado. En ese momento me fijé en la cara de

Rosie. La advertencia. La expresión incómoda.

Me di la vuelta poco a poco.

—*Hola, prima* —saludé, y el rostro desencajado de Lina me dio la bienvenida. Me fijé en el hombre que tenía al lado. Tenía los ojos sobre mí y, aunque no me estaba matando con la mirada como mi prima, sí que era amenazante—. Encantado de conocerte, Aaron. Felicidades por casarte con este pequeño tesoro.

Aaron ni siquiera me dirigió un asentimiento de cabeza; solo arqueó una ceja y me saludó con un «sí».

¿A qué en específico? No tenía ni idea. Pero, por como pintaba todo parecía indicar que mi destino me vaticinaba una patada doble en el culo.

Mi prima hizo un extraño sonido que me llamó la atención.

—¿Por qué te paseas medio desnudo por mi piso? —Le salió como un chillido agudo. Bajé la vista y me miré el pecho desnudo y la toalla enrollada alrededor de las caderas. Abrí la boca, pero Lina dejó salir otro ruido raro que me detuvo—. ¿Por qué mi mejor amiga está medio desnuda a primera hora de la mañana contigo?

—Lina —intervino Rosie mientras se colocaba a mi lado—. No es lo que parece.

A Lina le latía la vena de la frente, esa que guardaba en la memoria de cuando éramos niños.

—¿No es lo que parece? —interrogó antes de señalarme con el dedo— ¿Lleva un jersey invisible?

Resoplé y sentí el codo de Rosie en las costillas. Por acto reflejo, sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo (porque todavía no había desayunado y porque pensar no parecía ser lo mío), la cogí del brazo y le dije:

—No me gusta esto, Rosie. —Lo cual fue un error porque mi prima se puso rígida y más roja todavía—. Antes de que empieces a sacar conclusiones disparatadas…

Pero Lina se lanzó hacia delante y sucumbió a todas y a cada una de las conclusiones disparatadas a las que podía llegar.

Por fortuna, su marido la interceptó al enroscarle un brazo alrededor de

la cintura.

—Nena —le dijo, abrazándola con firmeza contra él—. No.

Al mismo tiempo, Rosie gritó:

—¿Qué demonios, Lina?

Pero Lina estaba ocupada gruñendo y apuntándome con el puño.

—Es mi mejor amiga, tontaina. —Agitó el brazo en el aire—. M mejor amiga del mundo mundial. ¿No te podías guardar el encanto para ti ¿No te podías guardar el pene en tus estúpidos pantalones?

Debería haberme sentido ofendido por la actuación de Lina, pero no En lo único en lo que me podía concentrar era en lo angustiada que parecía Rosie, y en cómo le temblaba el labio. Como siempre que estaba molesta Y sabía la razón. La conocía lo suficiente como para saber que se sentía responsable. Que se sentía culpable por no haberle dicho a Lina que llevábamos un par de semanas compartiendo su piso.

Por eso bajé un poco la cabeza y le murmuré:

—¿A qué se refieres con tontaina?

Se giró con lentitud hacia mí y, cuando levantó la mirada, tenía un brillo en los ojos. Justo lo que estaba buscando.

—Lucas, compórtate —me reprendió. Pero al menos el labio ya no se movía.

—Aaron, *amor mío* —intervino Lina, y me devolvió al meollo del asunto—. ¿Puedes, por favor, bajarme? Así le doy una patada en los cojones a mi primo bobalicón. Parece que se piensa que es una broma.

Aaron puso los ojos en blanco antes de fulminarme con la mirada. La verdad es que intimidaba mucho, grande y fornido como era. Pero no iba a sucumbir. La única persona que me daba un poco de miedo medía un metro sesenta y tenía una vena a punto de estallar en la frente.

—A ver. —Suspiré y continué—: Tienes que calmarte —le dije a m prima—. Hemos pasado la noche juntos, aquí, en tu piso. Pero no es lo que piensas, ¿vale?

Lina entrecerró los ojos. Aaron inclinó la cabeza.

Podía ver el escepticismo de mi prima en toda su expresión.

—Hay una sola cama, Lucas. ¿Debo repetir que estás casi desnudo?

Conocía a Lina; sabía que lo recordaría hasta… el final de los tiempos Era demasiado terca. Así que fui tan claro como pude:

—Rosie y yo no nos hemos acostado.

Escuché la aguda respiración de mi compañera de piso, pero la ignoré Tenía que hacerlo. Solo llevaba una toalla y estaba intentando decir algo iconcreto, por el amor de Dios.

Lina dejó escapar un chillido raro.

Unos segundos después, Rosie dio un paso hacia delante.

—¿Recuerdas esas llamadas perdidas? ¿Poco después de que te fueras? —Lina asintió, sus ojos asesinos se suavizaron al mirar a Rosie—. Bueno .esa noche hubo un… pequeño incidente en mi piso.

Resoplé.

—El techo de su salón se cayó. No creas eso de que fue pequeño.

—Vale —admitió Rosie —. Pequeño o no, no me podía quedar ahí. De hecho, no puedo volver hasta que acaben las obras. Por eso estoy aquí. Por eso te llamé esa noche, para ver si podía quedarme un par de noches aquí Pero no teníais cobertura, así que hice las maletas y usé la llave de repuesto. Fue justo la noche en que Lucas llegó a Nueva York.

Hubo un largo silencio en el cual Aaron frunció el ceño y la vena de Lina se relajó hasta volverse imperceptible, *gracias a Dios*.

—Me estás diciendo que —empezó a decir mi prima y nos señaló con sla mano— ¿habéis estado viviendo aquí? ¿Juntos? —Asentí con la cabeza y vi que Rosie hizo lo mismo—. Lo que significa que nos habéis hecho nada indecente y que no os hemos interrumpido en vuestras travesuras postsexuales?

—¿Travesuras postsexuales? —chilló Rosie con las mejillas rojas.

—No —respondí a secas, cruzándome de brazos.

Lina pareció procesarlo, pero relajó la expresión cuando preguntó:

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Rosie contestó primero:

—Me sentía fatal y…

—Fui yo. —Me cargué las culpas—. La convencí de que no deberíamos molestarte y de que tampoco tenía sentido decírtelo.

Rosie giró la cabeza y me miró un segundo antes volverse hacia su mejor amiga.

—Lo siento, Lina, deberíamos habértelo dicho, no cabe duda. Pero no queríamos que te preocuparas por nada. Y yo… Bueno, con todo lo que está pasando, me olvidé de que volvías hoy, así que ni siquiera te he podido avisar. —Lina asintió con calma, procesando la información. Parecía triste, más que enfadada. Sentí la mirada de Aaron sobre mí. Tenía los ojos entrecerrados, pero no con desaprobación—. Lucas ha sido muy bueno conmigo —murmuró Rosie y dio un par de pasos hacia delante. Su voz parecía más animada, estable, cuando dijo—: Mentira. Ha sido el mejor. De hecho, no sé porque has sido tan dura con él. Es muy buen chico. Y muy considerado. Y lo único que ha hecho es hacerme sentir segura. Así que no le des a nadie una patada en los cojones. Y menos a él.

Escuchar a Rosie decir esas cosas me hizo desear no estar en toalla delante de mi prima, que aún desconfiaba, y de su marido. Porque quería estrecharla entre mis brazos y acercarla a mi pecho. Apretarla contra mi cuerpo durante lo que sería una cantidad de tiempo inapropiada.

Porque me había defendido.

Ni siquiera yo había pensado en defenderme. Estaba listo para aceptar la derrota.

Tragué y me guardé todos esos sentimientos.

Lina abrió la boca, estaba entre los brazos de Aaron, relajada. Y Aaron estaba… ¿sonriendo? Si es que esa línea torcida podía considerarse una sonrisa.

Fue Lina la que rompió el silencio y recuperó la voz de siempre, ese tono suave y dulce.

—¿Seguro que no os habéis acostado?

Rosie resopló.

—Lina, ¿puedes parar de hacer esa pregunta? No lo hemos hecho.

—Pero ¿ha habido coqueteo? —siguió mi prima —. ¿Miradas intensas? ¿Contacto sensual? ¿Caricias? ¿Besos? Con lengua o no, para mí, ambos cuentan.

—*Déjalo ya*, Lina —dije, aunque había dado en el clavo. No tenía

ıningún problema en admitir que estábamos teniendo citas, para un experimento, para su libro, pero no lo haría sin antes consultárselo a ɔRosie. Ser colegas de investigación era algo. Éramos un equipo—. Rosie y eyo somos amigos.

e Y, sobre todo, lo éramos.

. Mi prima se la quedó mirando fijamente a los ojos durante un buen arato y, cuando por fin se dirigió a mí, aclaró:

/ —*Ella es mi mejor amiga. Como una hermana para mí*. Es demasiado ıbuena.

l Para mí.

ı Lina no lo había dicho, pero estaba implícito.

r Y estaba de acuerdo.

Rosie jugaba en una liga superior. Las mujeres como ella no salían con ahombres que habían perdido tanto que no les quedaba nada para ofrecer aHombres que ni siquiera podían quedarse en el país más que un par de isemanas.

Lina me miró muy fijamente. Luego señaló a Rosie con el dedo.

—Un momento —señaló el pasillo—, a solas, por favor.

r Aaron la liberó, dándole un beso en la sien y susurrando:

—Pórtate bien.

Rosie me echó un vistazo y le guiñé un ojo. Miré cómo seguía a su ımejor amiga, dejándome solo con Aaron.

a —Así que… —empecé a decir con un suspiro—, ¿crees que mis cojones están fuera de peligro?

e Miró la puerta de entrada, como si pudiera ver a través de ella, y luego volvió a mí.

—Si juegas bien tus cartas.

Alcé una ceja.

—Y por «bien» te refieres a…

s Aaron se cruzó de brazos y pensó la respuesta.

a —Lina es más de ladrar que de morder. —Clavó la mirada en dirección a su esposa—. Ella te quiere, Lucas. Le entusiasmaba tanto la aidea de verte que hemos venido directos del aeropuerto. Sin aviso previo

—Eso me alivió sobremanera. También quería a Lina. Por supuesto—
Pero no creo que pueda (o quiera) contenerla si le haces daño a Rosie.

Me di cuenta de que no me estaba mintiendo. Si le hacía daño a Rosie
ayudaría a mi prima a matarme. Y eso me gustó, me gustó saber que Rosie
tenía a personas como Aaron y Lina que la cuidaran.

Por eso lo miré a los ojos cuando le confesé:

—Nunca le haría daño. No sería capaz.

Aaron me sorprendió al curvar los labios en una sonrisa deslumbrante:

—Lo sé.

—Eso me alivió sobremanera. También quería a Lina. Por supuesto—. Pero no creo que pueda (o quiera) contenerla si le haces daño a Rosie.

Me di cuenta de que no me estaba mintiendo. Si le hacía daño a Rosie, ayudaría a mi prima a matarme. Y eso me gustó, me gustó saber que Rosie tenía a personas como Aaron y Lina que la cuidaran.

Por eso lo miré a los ojos cuando le confesé:

—Nunca le haría daño. No sería capaz.

Aaron me sorprendió al curvar los labios en una sonrisa deslumbrante:

—Lo sé.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 16
Rosie

LINA NEGÓ CON LA CABEZA.

—¿Qué? —susurré—. ¿Por qué estás tan exasperada?

Estábamos en nuestra cafetería favorita de Manhattan, horas después de que Lina se hubiera plantado en su piso y, en el proceso, se hubiera enterado de mi acuerdo con Lucas, y me hubiera exigido que nos viéramos esa misma tarde para hablar.

Y se refería a hablar de verdad. Lejos de los hombres.

—No me digas «qué» —respondió Lina. Exhaló con fuerza por enésima vez—. Me voy unas semanas de luna de miel y, cuando vuelvo, te has hecho íntima de mi primo.

—Tienes razón —afirmé, porque la tenía—. Deberíamos habértelo contado el primer día. Me siento fatal, Lina. Por ocupar tu piso sin que lo supieras.

Lina gimió.

—No es eso lo que me molesta, Rosie.

Me resurgió el impulso de defender a Lucas, pero yo misma lo aplaqué. Solo hacía tres semanas que lo conocía. No era cosa mía. Ya había dicho bastante por un día.

—¿Qué es, entonces? ¿Por qué te molesta tanto que Lucas y yo seamos amigos?

—Le quiero mucho, ¿vale? —Levantó ambas manos—. Es el primo con el que tengo mejor relación. Cuando digo que lo quiero, no me refiero a «lo aguanto porque tenemos la misma sangre». Es como el hermano mayor que nunca tuve. Y eso… No sé. Quizá sea parte del problema. La idea de que se interponga entre nosotras y te haga daño me hace querer cortarle…

—Vale. —La frené, antes de que empezara a soltar amenazas otra vez —. En primer lugar, nadie se va a interponer entre tú y yo, ¿está claro? Lo

digo en serio. —Ella asintió—. ¿Y por qué asumes que me va a hacer daño? ¿Está relacionado con lo del encanto que mencionaste esta mañana?

—Tal vez —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Puedes explicármelo?

Lina envolvió su taza de café con las dos manos.

—Vale. —Dio un sorbo antes de continuar—: Lucas tiene un superpoder: todo el mundo le quiere, y, aunque de pequeño fuera insoportable, es adorable. A veces. Y créeme, sé que se te caen las bragas al suelo cuando te sonríe, y que es guapo… sin tener que esforzarse. Y también sé que puede ser gracioso, ¿entiendes?

—Sí —murmuré. Porque era todas esas cosas. Además de todo lo demás que había hecho que me gustara.

Lina golpeteó la taza con las uñas.

—Y, sin embargo, nunca ha traído a una chica a casa. Nunca ha tenido una relación seria. No desde… No sé, ¿el instituto?

—Lorena Navarro —dije antes de saber lo que estaba haciendo.

—¿Cómo diablos…?

—Hablamos. La nombró una vez.

Miré a su espalda, fingiendo que estaba inspeccionando las flores que adornaban la ventana, porque ya era experta en este juego de mentir por omisión. Eso no me hizo sentir mejor. Me odiaba por ello. Pero ¿cómo podía afirmarle que su miedo era, en efecto, una catástrofe a punto de pasar? ¿Que el encanto de Lucas funcionaba tan bien que su magia, de hecho, me estaba ayudando con mi libro? ¿Qué esa misma mañana después de que se fuera con su marido, por fin había escrito? ¿Que había encontrado una fuente de inspiración y una corriente de emociones que empezaban a fluir?

Lina frunció el ceño, pero parecía que se lo había creído.

—Tampoco suele quedarse el tiempo suficiente como para tener una relación. Con todos esos torneos alrededor del mundo, pasa seis meses en casa y seis meses fuera. O solo tres. Quién sabe. Supongo que tiene sentido que nunca se haya asentado. —Me había dicho que nadie le había roto el corazón. Y, sin embargo, por mucho que viajara, me parecía una

rmaravilla que nadie se lo hubiera robado aún—. Ahora que está aquí de
' vacaciones, no es que sea diferente.

Pensé en la noche anterior. Lucas había confiado en mí y me había contado lo de su lesión. Nadie más sabía que su fractura no sanaría.

Necesitaba tener cuidado con mi elección de palabras.

ı —¿A qué te refieres con que no es diferente?

a —¿Quién dice que no usará su encanto contigo? Te reirás. Te pondrá sesa sonrisita creída. Haréis guarradas. Él se irá. Y bum.

Tragué con fuerza. La idea de que se fuera me mareó por un millón de razones.

ɔ —Y bum, ¿me hará daño?

—Sí, tal cual. Y no tendré más remedio que asesinarlo. —Exhaló por la boca—. Y, como ya te he dicho, es mi primo favorito. Y yo… ¡Uf! Te ɔjuro que no quiero hacerlo. No cuando, en realidad, estoy preocupada por él. —No dije nada, esperé a que continuara. Lina abrió la boca—. Creo que algo va mal. La abuela me contó que tuvo un ataque de pánico. Antes de su viaje. —Me dolía el pecho al pensar que un hombre tan sólido y fuerte había pasado por eso. Me hizo preguntarme qué le había ocurrido en erealidad. La tristeza cubrió la cara de mi mejor amiga cuando continuó— rCreo que Taco fue a buscar a la abuela y la llevó con Lucas. Gracias a ɔDios tiene entrenamiento de apoyo emocional.

e —¿En serio? No tenía ni idea, Lucas nunca… —Me detuve y atrapé mi edesliz a tiempo—. Lucas nunca ha dicho nada. Y tú tampoco.

, Lina asintió.

a —Taco era de uno de los vecinos de la abuela, un policía retirado que esufría de trastorno de estrés postraumático. El hombre falleció al poco tiempo. —Suspiró—. Un ataque al corazón. La familia estaba tan destrozada que no se sentían capaces de lidiar con un cachorro, así que la aabuela se ofreció a cuidarlo unas semanas. En una de las visitas de Lucas ıse conocieron y, bueno, se enamoraron el uno del otro. Cuando las esemanas se convirtieron en meses y la familia no mostró señales de querer aa Taco… Lucas lo adoptó.

a —Entonces, ¿no fue Lucas quien le puso ese nombre? —pregunté

ecuando, en realidad, la historia me estaba haciendo sentir toda clase de cosas nuevas hacia Lucas.

a —¡No, no! —Lina se rio entre dientes—. Se lo puso la nieta del hombre. —Ella negó con la cabeza—. En fin, después del ataque de pánico, la abuela le sugirió que hiciera un viaje. Un cambio de aires para despejar la cabeza.

á —Y vino a Estados Unidos —concluí y Lina asintió. Estaba haciendo un gran esfuerzo para que todo lo que sentía no me empañara la voz— eEstoy segura de que, sea lo que sea, Lucas te lo acabará contando. Os quiere mucho. Quizá solo necesita tiempo para hacerlo bajo sus propios términos. —Hice una pausa—. A veces, necesitamos comprender por rnuestra cuenta que necesitamos ayuda. Antes de poder aceptarlo por ecompleto.

r Lina extendió una mano por encima de la mesa para coger la mía.

› —Eres un pozo de sabiduría, mejor amiga. —No lo era. De verdad que sno. Pero le dediqué una sonrisa. Esperaba que me siguiera queriendo ycuando le contara todo lo que le estaba ocultando—. En fin… —Lina nagitó la mano en el aire—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte con :Aaron y conmigo? Tenemos una habitación libre y hay espacio de sobras.

a —Estoy segura —aseveré con confianza. Lo último que quería era molestar a dos recién casados.

i —Vale. Si estás segura… —Se encogió de hombros y miró la hora en el móvil—. Se está haciendo tarde y le dije a Aaron que lo ayudaría con la cena.

e —Sí, vámonos. —Apoyé las manos encima de la mesa y deslicé la silla ohacia atrás—. Yo también debería volver. Seguro que Lucas ya ha nempezado a preparar la cena.

a Lina chasqueó la lengua.

, —Por eso no quieres dejarlo y venirte con nosotros.

s Sabía exactamente de lo que estaba hablando, pero me hice la tonta.

r —¿Eh?

Ella se rio a pleno pulmón.

, —No te culpo. Lucas cocina que flipas. No sé cómo, mejoró todo el

elibro de recetas de la abuela. Es que juega en otra liga. La tía Carmen siempre le dice que se presente a un programa de cocina. —Sonreí ante la lidea de que Lucas saliera en la tele. Dios, ganaría el maldito concurso y elos corazones de todo el mundo en un abrir y cerrar de ojos—. ¡Ah! —me allamó la atención agitando una mano—. Antes de que me olvide. ¿Tienes planes para Halloween?

Cogí mi abrigo del respaldo de la silla.

—Sabes que no.

Lina se me acercó, mordiéndose el labio con una sonrisa maliciosa.

—Bueno, podrías tenerlos. Si quieres. —Cogió su abrigo y se lo rdeslizó por los brazos—. Han invitado a Aarón a un, prepárate, baile de rmáscaras el sábado que viene.

Levanté las cejas.

—Qué elegante.

—En realidad es una fiesta de disfraces, pero los neoyorquinos siempre ole ponéis nombre *sexy* a todo. En fin, es una de estas galas benéficas a la aque le invitan cada año, pero nunca va. Ya sabes cómo es Aaron.

—Sí, no creo que disfrazarse sea lo suyo. —O socializar, en general— Pero supongo que Aaron confirmará su asistencia a esta… ¿por ti?

—Y no me costó convencerlo —se jactó Lina, con un destello en los ojos—. Tengo el mejor marido del mundo. —Se le iluminó la cara, como nsiempre que hablaba de él. Me atravesaron los celos. Fue breve, pero me adesequilibró. Sin darse cuenta, Lina continuó—: El comité organizador se alegró tanto de que fuera que le enviaron dos invitaciones extra.

Ah.

—No sé, amiga. Tengo…

—Tienes que cumplir con una fecha de entrega, lo sé. —Lina pareció pensar algo—. ¿Te descargaste Tinder como te sugerí?

Se me enrojecieron las puntas de las orejas.

—No, no lo hice. Encontré un método… diferente. Es una larga historia que ya te contaré otro día, cuando no tengamos prisa.

Parecía escéptica.

—¿Está funcionando?

—Sí —confirmé sin dudarlo. Porque estaba funcionando. Demasiado bien.

—Entonces puedes darte el lujo de tomarte una noche libre —señaló Lina con una sonrisa— y divertirte un poco en Halloween. La diversión es buena para la mente.

Nos dirigíamos a la salida del café cuando me oí a mí misma preguntar:

—Tienes dos invitaciones, ¿verdad?

Lina suspiró.

—¿Eso significa que quieres traerte a mi primo? —La fulminé con la mirada—. ¿Estás segura de que no os estáis… dando besitos? Sabes que puedes contármelo todo, ¿no? Incluso después de todo lo que te he dicho y de que sea una conversación asquerosa porque estamos hablando de mi primo.

—Estoy segura. ¿Y de dónde sacas todas estas expresiones y eufemismos? O son de la vieja escuela o… raros —bromeé.

—Tengo mis fuentes. —Se encogió de hombros. Y antes de llegar a la puerta, me dirigió una última mirada—. Entonces, Lucas y tú no estáis saliendo, ¿no?

—No —respondí tan natural como pude—. Eso nunca ha sido una posibilidad, Lina.

Lo primero que vi al entrar al piso fue a las dos mujeres que estaban armando un escándalo, y a Lucas junto a los fogones.

—Hola… a todos —saludé a la habitación, y tres cabezas se giraron: la de Lucas, la de nuestra vecina Adele y la de su hija, Alexia—. Que sorpresa. De las buenas.

—Has vuelto —dijo Lucas—. Por fin. —Uf, ese «por fin» me hizo sentir tan… esperanzada que casi me distrajo de la forma segura en que se acercaba. Cuando llegó a mí, se inclinó ligeramente y me murmuró al oído —: Tenemos compañía, como has podido comprobar. Espero que no te

›importe.

—Claro que no —respondí, y tomé nota de lo cerca que estaba. Cómo ó se había acercado. Tragué con fuerza—. Adele siempre es bienvenida. Ya slo sabes. —Frunció el ceño.

—¿Mi prima ha sido muy dura contigo?

a —No. —Negué con la cabeza—. Ella solo… —Estaba preocupada Por mí, y también por ti—. No ha ido a malas, solo que todo esto la ha pillado por sorpresa. Pero ya le he dejado claro que no hay nada más aunque no… no le he contado nada del experimento.

a No me atrevía a hablar de citas. Lucas se dio cuenta de mi vacilación eporque una expresión reflexiva atenuó la claridad de sus ojos.

/ Observé cómo me recorría el cuerpo con la mirada de una manera cas idistraída, como si no fuera consciente de lo que estaba haciendo.

—Vale —comentó, cogiendo la bolsa que había olvidado que llevaba /en la mano—. Llegas justo a tiempo. Necesito tirar esto a la sartén.

Ah.

a Por eso estaba mirando hacia abajo. De ahí el «por fin».

s Me había enviado un mensaje para que trajera un poco de perejil y chiles rojos frescos. Esperaba los ingredientes. No a mí.

a Y eso estaba bien. No tenía motivos para sentirme decepcionada. Yo…

Lucas me dio un beso rápido, rozándome la mejilla. Frenando mis pensamientos con ese simple contacto.

—Gracias por comprarlos —dijo—. Ahora vamos, la cena estará lista en un minuto.

Un segundo me estaba rozando la piel con los labios, a un merc centímetro de la boca, y al siguiente, se estaba alejando, dejándome embobada.

a Porque me había besado. En la mejilla.

é «Como amigos», me recordé. Porque en España, la gente se daba besos en las mejillas por culaquier cosa. Incluso los compañeros de piso, cuando se llevaban bien.

e Intenté ignorar con todas mis fuerzas la forma en que esa pequeña porción de piel todavía se estremecía y lo seguí a la isla para charlar con e

las invitadas.

—Hola, chicas, ¿cómo estáis?

—Hola, Rosie —me saludó Alexia. Tenía los ojos de su madre— Ahora estamos bien.

Adele ignoró la mirada de reojo de su hija.

—Este joven nos está haciendo la cena. —Miró a Lucas, que volvía a estar junto a los fogones—. Ha dicho que sabe lo que está haciendo y me ha hecho prometerle que me sentaría y dejaría de incordiarlo por todo.

—Aunque no lo has cumplido —murmuró su hija, colocándole las manos sobre los hombros y guiándola a un taburete—. ¿Qué te parece si dejas de rondar a nuestro alrededor como una mosca testaruda y te relajas?

Adele murmuró una protesta, pero se sentó. Una satisfecha Alexia volvió al lado de Lucas. Parecía absorta con las habilidades culinarias de mi compañero de piso.

La primera vez que la había visto, no había podido fijarme bien. Sobre todo porque estaba sentada en la encimera de la cocina, aterrorizada por la rata. Además de distraída por el hecho de que acababa de bailar con Lucas y había estado en sus brazos minutos antes de que llamara a la puerta. Pero ahora, me di cuenta de que rondaba los cincuenta, así que Adele era un poco mayor de lo que había pensado al principio.

Lucas me miró por encima del hombro.

—Toma asiento, Ro —me pidió.

Ro.

Otra vez ese apodo. Traté de mantener bajo control todo lo que me hacía sentir esa palabra.

—Estoy bien —repliqué.

—No lo pongo en duda, pero tu espalda lo agradecerá. Me he fijado en que tienes los hombros tensos de escribir todo el día. —Me guiñó un ojo y no me dejó más remedio que obedecer antes de que me cayera de culo.

«Me he fijado en que tienes los hombros tensos».

Cogí el único otro taburete que quedaba en la cocina y me senté al lado de Adele.

—Perfecto —murmuró antes de regresar a la sartén—. Muy bien

damas, unos minutos más y esto estará listo.

Las tres suspiramos al mismo tiempo.

Me reí y, cuando miré en dirección a Lucas, atrapé a Alexia observándome mientras intentaba disimular una sonrisa.

—Eres muy afortunada, Rosie —me dijo. Seguro que mi expresión de perplejidad reveló mi confusión, porque explicó—: No se encuentran hombres como Lucas.

Comencé a asentir con la cabeza, pero me detuve enseguida.

—Ay, no. Solo somos amigos. No estamos juntos. Solo somos compañeros de piso. Amigos.

Alexia arqueó las cejas y miró a Lucas, quien aseguró:

—Muy pronto, mejores amigos.

—Sigues diciendo eso —murmuré—, pero, de todos modos, esto solo es temporal. Yo volveré a mi piso y él… —Me fui apagando, tenía problemas para terminar la frase—… regresará a su casa. A España.

Los movimientos de Lucas parecieron detenerse un segundo, pero enseguida siguió picando perejil.

Alexia asintió.

—Qué lástima, de verdad. Nos vendría bien un hombre como él. —Suspiró—. La forma en que corrió al rescate de mamá… Es un héroe.

—¿Qué rescate? —pregunté—. ¿Ha pasado…?

—Ni siquiera estaba nerviosa, querida. —La anciana frunció los labios —. No tenéis que armar tanto escándalo.

—Mi madre —comentó Alexia— dejó una olla a presión en el fuego y fue a darse un baño de espuma de treinta minutos.

Adele exhaló ruidosamente.

—Eso no estaba funcionando. Y los baños largos son buenos para mis huesos.

—Seguro que Lucas ha escuchado la explosión —explicó Alexia ignorando a su madre—, porque cuando he llegado para darle la medicación a mi madre, me lo he encontrado raspando estofado de las paredes.

—Solo ha sido una pequeña explosión —repuso Lucas, por fin—. Y no

ha sido ninguna molestia.

—¿Ves? —Alexia se rio—. Ni siquiera se llevará el mérito. Y créeme la limpieza ha sido ardua. Estaba todo lleno de estofado. —Negó con la cabeza—. Ya no se encuentran…

—Chicos como él —terminé por ella. Los movimientos de Lucas se detuvieron, y me hicieron desear que no estuviera de espaldas, así podría mirarlo a la cara—. ¿Por eso habéis venido a cenar? —se me ocurrió de pronto.

Lucas no solo había ido al rescate de Adele y la había ayudado con la limpieza, sino que también se había ofrecido a darles de comer después.

—Sí. —Alexia sonrió—. Las dos estábamos un poco alteradas después de eso. Pero mi mujer nos pasará a buscar en una hora. Mamá se quedará unos días con nosotras, ¿verdad?

Adele suspiró.

—No me queda otra opción.

—En fin —comentó Alexia, inclinándose en dirección a Lucas— tengo que admitir que no paraba de preguntarme de qué piso venía todo ese olor a comida cada noche que visitaba a mamá. Estoy segura de que más de la mitad del edificio se alimenta a base de comida preparada.

Lucas dio un paso hacia atrás, apagó el fuego, envolvió con un paño el mango de una gran sartén de hierro forjado y la levantó.

—Se debe completamente a Lucas, sí. —No quería que se hiciera una idea que no era de mis talentos culinarios.

Caminó hasta la isla, donde estábamos Adele y yo, y dejó la sartén en medio. Bajo la luz de la cocina, brillaban unos filetes salteados y rociados con chimichurri rojo que hicieron que me rugiera el estómago.

Alexia se acercó a la mesa y, como solo había dos taburetes, salté de mío y se lo ofrecí.

—Por favor, siéntate. Eres la invitada.

—Ay, no quisiera…

—Rosie puede sentarse conmigo —anunció Lucas.

Fruncí el ceño, me di la vuelta y lo encontré cogiendo un taburete.

—¿De dónde…?

—Lo encontré en un armario —dijo y estiró las piernas—. Solo había uno, así que lo compartiremos.

—No sé… —Lo miré mientras se sentaba.

No podía comer sentada en su regazo, ¿verdad? Él estaba lesionado y yo no sabía qué tan grave era.

Como si me leyese los pensamientos, se dio dos palmaditas firmes en el muslo izquierdo.

—Esta pierna está bien —aclaró—. Ahora ven aquí, Ro. Me muero de hambre. —Fue la determinación en su mirada la que me empujó hacia delante. Me miró como si le estuviera haciendo un favor, así que, camine hacia él y me dejé caer en su regazo. Lucas me rodeó la cintura con el brazo y me apretó con suavidad—. Te *cronut* —susurró tan bajo que casi me lo pierdo.

Y ese agradecimiento en código, ese que era solo nuestro, me despertó algo, algo poderoso, que ni siquiera había esperado. Algo que me hizo desear que fuera el código para algo más que un simple gracias.

Traté de concentrarme en la comida que teníamos delante en vez de repensar él.

—Tiene una pinta increíble, Lucas.

Más que escuchar, sentí su suspiro de alivio muy cerca del oído. Y mi cuerpo reaccionó de inmediato al contacto de su respiración contra mi piel. Tanto que él también lo sintió, porque me ordenó:

—Come.

—Ay, Dios, este boniato —gimió Alexia—. ¿De qué está hecha la salsa? ¿Yogur con…?

—Ajo asado, limón y pasta de sésamo —explicó Lucas mientras me servía un poco de la salsa que Alexia elogiaba.

Alexia se llevó otro bocado a la boca.

—¿Lo has asado con el boniato y luego se lo has puesto a la salsa? —Lucas asintió y ella añadió—: Bien hecho.

Y así, Alexia cogió las riendas de la conversación, interrogando a Lucas sobre cada uno de los pasos que había seguido para preparar la carne, el chimichurri rojo y lo que más tarde descubrí que era el postre

amilhojas de pera y ruibarbo. Un postre español con su toque personal absolutamente delicioso.

—Vale —dijo Alexia cuando ya no quedaba comida y los platos de postre estaban prácticamente limpios—. Sospechaba que sabías lo que estabas haciendo, pero no tenía ni idea de que eras tan bueno. —Lucas respondió con un gruñido y un cambio de postura que me amoldó aún más a su regazo. Traté de alejarme, pero, con el brazo, me sujetó contra su pecho. Cada parte que estaba en contacto con él estaba cobrando vida— ¿A qué te dedicas, Lucas? —Alexia presionó mientras yo intentaba recuperar el aliento—. ¿Trabajas en un restaurante en España? ¿Estudias en una escuela de cocina?

Lucas soltó una risa incrédula.

—Nada de eso. Nunca se me ha pasado por la cabeza ir a una escuela de cocina. Supongo que nunca he tenido… tiempo.

—Podrías ir ahora. Si es lo que quieres —intervine sin poderme contener—. Tienes mano para la cocina, Lucas.

La mano que me apretaba la cintura. Ya no podía seguir ignorando su calor corporal. Con un tono suave, dijo:

—Gracias, Ro. Pero… No sé. Ya tengo una edad.

—Ni se te ocurra insinuar eso —dijo Alexia con los ojos entrecerrados.—. ¿Dónde aprendiste a cocinar así? La masa de hojaldre estaba increíble y no me cabe duda de que no la has comprado en el supermercado. Y no es la primera vez que preparas solomillo. He visto solomillos mutilados por personas que fueron a escuela de cocina.

Lucas dejó caer la mano sobre mi muslo. La palmada me hizo recuperar el aliento.

—Aprendí de mi *abuela*, de mi madre… No sé, en todas partes. Soy autodidacta, supongo. Me gusta experimentar, probar cosas nuevas. En internet hay tantísima información sin explorar. Así que… fui aprendiendo sobre la marcha. Nada sofisticado o digno de comparación con alguien con estudios. O alguien con talento real. Mi talento es… era otra cosa.

No estaba de acuerdo, Lucas no se definía por una sola cosa, pero me quedé callada y dejé caer mi mano sobre la suya. Entrelazamos los dedos y

,juro que se me agitaron todas las terminaciones nerviosas ante el contacto.

Por eso casi me pierdo las palabras de Alexia:

e —Soy la *chef* de Zarato, así que sé de lo que estoy hablando. Tiene
etalento. La escuela de cocina no sería pan comido para ti. Nunca lo es
sPero podrías con ella.

s —¡Guau! —exhalé. Me giré hacia Lucas para mirarlo por encima de
ıhombro y se lo expliqué—: Zarato es el restaurante de moda de Wes
.Village. La gente tiene que reservar con meses de antelación. Creo que
aahora mismo figura entre los tres mejores restaurantes de Nueva York.

s Alexia soltó una risita.

—Entre los cinco mejores, pero hay mucha competencia en Manhattan
así que nunca sabes adonde irás a parar el año siguiente.

a Estaba siendo humilde. Si incluso yo, que apenas sabía nada de cocina
y salía a cenar en ocasiones contadas, había oído hablar y anhelaba vivir la
eexperiencia de Zarato, eso significaba que estaba en boca de todos.

—¡Qué pasada! —comentó Lucas, y sabía que lo decía en serio—
ıSeguro que estás muy orgullosa de tu hija —le dijo a Adele.

—No podría estar más orgullosa —respondió con los ojos llorosos—
Pero eso ya lo sabes, Mateo.

s Un silencio nos envolvió ante las palabras de Adele, que había
,permanecido tranquila durante la cena. El ambiente se volvió pesado ante
ɔel recordatorio de la inminente enfermedad de Adele.

s —Sí —dijo Lucas por fin—. Ambos lo estamos.

Alexia rodeó a su madre con un brazo, le apretó el hombro y moduló
ɔun «gracias» con los labios. Luego dijo con más firmeza:

—Y, Lucas, te lo digo en serio. Sé distinguir el talento cuando lo veo
/Así conocí a mi mujer. Comenzó como ayudante de cocina, puro
ıpotencial, y ahora es *sous chef* de Zarato, así que nunca se sabe. —Inclinó
ɔla cabeza—. Creo que deberíais venir un día. La casa invita, por todo lo
ıque has hecho.

Guau.

e —No tienes que hacerlo, Alexia —respondió Lucas, dándole voz a mis
/pensamientos. Aunque pude captar una chispa de curiosidad en sus

palabras—. Está bien, en serio.

—Insisto —contestó con firmeza. Se sacó una tarjeta del bolso, la colocó sobre la mesa y dijo—: A Rosie le encantará.

Como si eso fuera a cambiar algo.

Y la mano de Lucas dejó la mía para coger la tarjeta.



Mucho más tarde, ya bien entrada la noche, un ruido me despertó. Era como un gemido, pero más profundo. Gutural.

Al principio, pensé que estaba soñando, pero volví a oírlo. Esta vez más fuerte. Más urgente.

Me senté en la cama, inspeccioné la habitación poco iluminada y detuve la vista en el sofá, donde Lucas debería estar durmiendo. Solo que no lo estaba. Era imposible, con todo lo que se estaba moviendo.

Soltó otro gemido, enredado en su respiración áspera. Me congelé. Porque sonaba como… como si estuviera luchando para respirar.

Un miedo helado me impulsó a salir de la cama y me hizo arrodillar en el suelo, junto al sofá.

—¿Lucas? —susurré. Pero Lucas se agitó de un lado a otro mientras lo cogía de los hombros—. Lucas, despierta —dije con un tono de voz suave pero firme. Murmuró algo que no entendí. Con toda la delicadeza que pude, le puse las manos en las mejillas—. Lucas, por favor. Despierta. Estás teniendo una pesadilla. —Los espasmos se detuvieron de repente. Parpadeó, ojos abiertos de par en par, dos pozos de terror marrones. Se me rompió el corazón al verlo así. Me estaba costando mucho mantener la calma, y aún más no pensar en lo mucho que me importaba y cuánto odiaba verlo sufrir—. Estabas teniendo una pesadilla —le dije con la voz teñida por los nervios—. Pero ya ha pasado. Ahora estás despierto. —Poco a poco, se le empezó a despejar la mirada. Pero el miedo y la desesperación seguían ahí, grabados en su expresión. En un ataque de angustia, le cogí la cara—. Estás bien. Ha sido una pesadilla, pero estás bien —repetí.

Lucas me cogió la mano. Tenía la piel fría, húmeda.

—Rosie. —Exhaló—. Estás aquí. —Sin explicación, sin sonrisa, sin intento de restarle importancia con una broma.

—Hazte a un lado —le pedí para poder sentarme en el sofá con él.

Sin decir ni una palabra, Lucas se movió todo lo que pudo, acostado boca arriba. Me acosté de frente y me acurruqué a su lado. Le rodeé la cintura con un brazo. Tenía la camisa pegada al pecho.

—Estoy todo sudado, Rosie. Yo…

—No pasa nada. —Y me acerqué aún más. Con las puntas de los dedos le dibujé círculos tranquilizadores en el pecho—. Me gusta que mis hombres estén sudorosos y somnolientos. Así que vuelve a dormirte. Estoy aquí.

Lucas no dijo ni una palabra, ni movió ningún músculo. Ni siquiera trató de apretarme contra él, como había hecho otras tantas veces. Pero estaba bien. Porque, en ese mismo momento, era él quien me necesitaba. Así que me quedé justo donde estaba, muy al borde del sofá, mientras le transmitía el calor de mi cuerpo. Mi contacto y mi voz, de alguna manera, lo calmaron y volvió a dormirse.

Solo cuando se le calmó la respiración, me relajé. Pero me quedé despierta un buen rato. Pensando, vigilándolo, recordando mi conversación con Lina. Lucas, siempre solo, aislado, sin confiar en nadie. Pensé en cómo siempre regalaba sus sonrisas con tanta generosidad. En todo lo que había hecho por mí en el poco tiempo que hacía que nos conocíamos. Y, mientras lo sostenía, no pude evitar preguntarme si alguien había hecho lo mismo por él alguna vez.

Lucas me cogió la mano. Tenía la piel fría, húmeda.

—Rosie. —Exhaló—. Estás aquí. —Sin explicación, sin sonrisa, sin intento de restarle importancia con una broma.

—Hazte a un lado —le pedí para poder sentarme en el sofá con él.

Sin decir ni una palabra, Lucas se movió todo lo que pudo, acostado boca arriba. Me acosté de frente y me acurruqué a su lado. Le rodeé la cintura con un brazo. Tenía la camisa pegada al pecho.

—Estoy todo sudado, Rosie. Yo…

—No pasa nada. —Y me acerqué aún más. Con las puntas de los dedos le dibujé círculos tranquilizadores en el pecho—. Me gusta que mis hombres estén sudorosos y somnolientos. Así que vuelve a dormirte. Estoy aquí.

Lucas no dijo ni una palabra, ni movió ningún músculo. Ni siquiera trató de apretarme contra él, como había hecho otras tantas veces. Pero estaba bien. Porque, en ese mismo momento, era él quien me necesitaba. Así que me quedé justo donde estaba, muy al borde del sofá, mientras le transmitía el calor de mi cuerpo. Mi contacto y mi voz, de alguna manera, lo calmaron y volvió a dormirse.

Solo cuando se le calmó la respiración, me relajé. Pero me quedé despierta un buen rato. Pensando, vigilándolo, recordando mi conversación con Lina. Lucas, siempre solo, aislado, sin confiar en nadie. Pensé en cómo siempre regalaba sus sonrisas con tanta generosidad. En todo lo que había hecho por mí en el poco tiempo que hacía que nos conocíamos. Y, mientras lo sostenía, no pude evitar preguntarme si alguien había hecho lo mismo por él alguna vez.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 17
Rosie

Me estaba acabando de poner polvo compacto cuando sonó timbre.

Fruncí el ceño ante el espejo, dejé la brocha en el tocador y eché un rápido vistazo a mi reflejo.

Los rizos caían de forma uniforme, resultado de una hora de esfuerzo y cinco tutoriales de YouTube. Llevaba los labios pintados de un rosa pálido y me había puesto sombras naturales en los párpados, por lo que parecía que casi no llevaba maquillaje. Estaba guapa. Lo sabía. Estaba muy lejos de ser una *influencer*, pero me gustaba arreglarme. A excepción del pelo que siempre era un desastre. Me lo dejaba suelto con las ondas despeinadas.

Pero ese día no. Esa noche no. Porque íbamos a una fiesta. Un baile de máscaras. Estaba tan emocionada como nerviosa, con el estómago lleno de mariposas.

Aunque no estaba segura de si los nervios eran buenos o malos.

En realidad, no sabía qué esperar. Porque, aunque parecía mucho a una cita doble, no lo era. Cuando se lo había comentado a Lucas, me había dicho de inmediato que se apuntaba, empezando a proponer ideas para disfraces. Disfraces en pareja, aunque íbamos como amigos. Ni siquiera como compañeros de experimento, no. Solo amigos, teniendo en cuenta que Aaron y Lina estarían ahí.

Lo que me hizo pensar que nos recogerían pronto y Lucas todavía no había llegado. Hacía dos horas que me había dicho que tenía que salir a por una cosa. Llevaba desaparecido desde entonces.

El timbre sonó otra vez, devolviéndome al presente.

Crucé el piso a toda prisa, y el crujido de la tela del vestido de gala de estilo victoriano que llevaba puesto acompañaba cada uno de mis pasos.

Abrí la puerta de entrada y… ¡Guau!

Me quedé boquiabierta, con una mezcla de emociones: sorpresa

intimidación y… deseo.

Sí, ante todo, deseo.

—Lucas. —Lo miré de arriba abajo. Mi cabeza se esforzaba para encontrar algo que decir mientras un poderoso y repentino calor me invadía todo el cuerpo. No sé cómo, fui capaz de añadir, con voz ronca— Guau. Estás genial.

Estaba de pie, con un frac victoriano aterciopelado y un chaleco granate, sin hacer caso a mi mirada lujuriosa ni al «genial» que se me había escapado. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, dejando a la vista su rostro ligeramente bronceado. Sus atractivos rasgos llamaban la atención más que nunca.

Y yo estaba más que feliz de poder prestársela.

—¿Te gusta? —dijo con tono burlón.

—Sí. —«No sabes cuanto», pensé. Porque decir que «mucho» se quedaba corto—. Estás increíble. No, mejor que eso, has roto el barómetro.

Se rio y tuve que taparme la boca para dejar de ponerme en evidencia.

Estaba exhausta después de haberme pasado todo el día trabajando en el manuscrito, pero sin duda eso era maravilloso. La inspiración me había golpeado como nunca en… diablos, no sabía cuánto tiempo. Quizá como nunca.

No recordaba haber escrito como ese día, como me imaginaba que sería coger una ola: salvaje, libre, impredecible. Era como me sentía con Lucas.

—Tu vestido —reveló Lucas, ya sin burla en la voz—. Es precioso. Hace juego con tus ojos.

Dejé que me recorriera el cuerpo con la mirada, de la misma manera en que la mía lo había hecho hacía un momento. Que me examinara intencionalmente. Y me… gustó. Me encantó. Verle una apreciación tan profunda en el rostro me hizo sentir muchas cosas. Excitantes. Efervescentes y cálidas. Cosas que debería mantener bajo control por mi propio bien.

Me recompuse y me moví de izquierda a derecha mientras le repetía

sus propias palabras:

—¿Te gusta?

Me dedicó una sonrisa maliciosa que no pude evitar devolver.

—¿Si me gusta? —Negó la cabeza—. Estás genial, Rosie. —Atenuó la sonrisa y el rostro se le iluminó con esa intensidad con la que yo no sabía qué hacer—. *Estás preciosa*.

Preciosa.

No necesitaba saber lo que significaba, no con lo que me provocaba esa mirada en el aleteo del estómago. Lo multiplicaba. Tanto que nunca sabré cómo me quedé ahí de pie y encajé el cumplido con una expresión impasible, aunque quería desmayarme en sus brazos.

—Arrasas con todo como uno vampiro victoriano —me las arreglé para decirle después de unos segundos—. Eres mejor que el protagonista de nuestra serie.

«Y te escogería a ti antes que a él cualquier día de la semana», quise agregar.

Pero Lucas ya no sonreía como antes. Murmuró una respuesta, aunque toda esa intensidad seguía ahí.

Desvié los ojos hacia su pecho en un intento de no parecer afectada por esa intensidad ni por la manera en que me miraba fijamente. Vi que se le había descosido un botón del chaleco y estiré el brazo para sacárselo. Dejé que mis dedos hicieran su trabajo, pero la calidez de su pecho, que se infiltraba a través de la tela, entorpecía mis movimientos y me agitaba la respiración.

—¿Dónde has encontrado esta ropa? —pregunté con la voz más tranquila de lo que esperaba—. Parece la misma que la de la serie.

Porque íbamos de nuestra pareja de vampiros favorita, pero su versión victoriana.

Lucas inclinó la cabeza para mirarme las manos, aferradas a aquel botón. Dio unos pasos hacia delante y acortó la distancia.

—He contado con una pequeña ayuda —comentó, y pude sentir su respiración en la piel—. Y por «pequeña» me refiero a mi refunfuñona prima de metro sesenta.

Estaba jugando con el botón, ya libre, mientras buscaba una excusa para quedarme ahí, cerca de su pecho.

—Mi amiga no es refunfuñona. Ni bajita —dije en un impulso de lealtad—. Es mona.

—Creo que tú eres mona —replicó Lucas, e hizo que se me congelaran los dedos. Exhaló una gran bocanada de aire—. No. No eres mona. Eres preciosa.

Tragué con fuerza. Quería rogarle que retirara tanto como necesitaba que repitiera esas palabras, así no podría olvidarlas jamás.

Pero lo que dije fue:

—Ahora sí. Ya estás listo.

Y acaricié la tela del chaleco con las puntas de los dedos y me prometí a mí misma que ese sería nuestro último contacto.

Sin embargo, antes de que pudiera romperlo, Lucas dio otro paso, que nos dejó aún más cerca. Me puse roja. Esta nueva posición, esta nueva cercanía, me había dejado con las palmas de las manos contra su pecho.

—No estoy seguro —dijo con voz varonil, profunda y sensual—. Yo de ti comprobaría los otros botones. Quiero asegurarme de que están bien ya que has hecho una labor maravillosa con ese.

Levanté la mirada, encontrándome con sus ojos. Había vuelto esa reversión de Lucas que me había manchado el labio con salsa de tomate mientras me miraba fijamente. El corazón me dio un vuelco. Todo mi cuerpo percibió cómo se le movía el pecho y la intensidad de su mirada. Lo rígidos y determinados que se volvían sus rasgos cuando me miraba de esa manera, como si toda la diversión y la alegría lo hubieran abandonado.

Se quedó donde estaba, pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Pedirle que se desabrochara toda la ropa y me diera una excusa para abotonársela sobre su atractivo cuerpo?

«¡Sí!», una voz me incentivaba. «Sería un buen comienzo».

—Me… Me parece que están todos bien —señalé, en cambio, porque cualquier otra cosa hubiera sido una locura. Una estupidez. Una imprudencia.

Estuvo a punto de decir algo, pero se mordió el labio antes de

aresponder:

—Vale.

e —Vale —repetí.

Y, enseguida, dio un paso atrás y puso distancia entre nosotros.

n —Antes de irnos… —dijo mientras desaparecía por el pasillo. A ssegundo, volvió con algo detrás de la espalda—. Esto es para ti.

Cuando reveló lo que estaba escondiendo, me quedé boquiabierta acomo si la mandíbula se me hubiese caído al suelo. Mi corazón la acompañó una millonésima de segundo después.

—Pa… ¿Para mí? —tartamudeé al mirar el despampanante ramillete de magnolias rosadas. El que Jake no me había dado la noche de la ígraduación. Se había acordado—. Lucas, no tenías por qué hacerlo. No es una de nuestras… —Me contuve antes de decir «citas»—. Esta noche no eforma parte de nuestra investigación.

a —No importa —replicó con total naturalidad, y quise preguntarle cómo podía ser que no le importara cuando a mí sí, pero enseguida ocontinuó—: Sé que no planeé esta cita, así que técnicamente no lo es. Pero ,viendo cómo acabó la última, donde ni siquiera pude darte de cenar como Dios manda, pensé que podía aprovechar la oportunidad para acompensártelo. Considéralo parte de la fase dos. Explorar la chispa.

e De modo que esto no era más que parte de la investigación.

i —¿Por eso te has ido toda la tarde? —Cogí la pulsera floral y me la .llevé al pecho—. ¿Para conseguir el ramillete?

e —Sí. —Me dedicó una pequeña y tímida sonrisa. Cada vez me resultaba más difícil no enamorarme un poco más de este hombre. Porque eeso era justamente lo que estaba haciendo, ¿no? Enamorarme de él— aQuería sorprenderte. Y, además, sabía que te estarías cambiando, así que me aseguré de no pillarte corriendo en ropa interior, señorita Rosalyn Algunos límites no deben cruzarse.

e Asentí con la cabeza. La decepción me inundó el estómago.

a —Sí, estoy segura de que no es lo que quieres.

Lucas ladeó la cabeza.

e —¿Qué quieres decir?

Negué con la cabeza, esbozando una sonrisa.

—Nada.

Antes de darme cuenta de que se estaba moviendo, Lucas me acorraló contra el marco de la puerta y me levantó la barbilla. No tuve otra opción que mirarlo a los ojos, y me arrepentí en cuanto lo hice. Porque me encontré con algo que era incapaz de comprender.

Me acarició la barbilla con el pulgar.

—¿Qué quieres decir, Rosie?

Negué un poco con la cabeza.

—Solo que, como mi amigo y compañero de piso, no es algo que quieras ver. —Porque eso era todo lo que éramos. Nuestras citas solo eran un experimento. Y Lucas solo estaba intentando ayudarme. Hasta que volviera a España.

Me miró fijamente a los ojos mientras le daba vueltas a algo. Cuando por fin abrió la boca, solo pudo decir:

—Esta noche… —Antes de que lo interrumpieran.

—¿Por qué tardáis tanto? —Lina ni siquiera había subido las escaleras pero su voz retumbó por el pasillo vacío—. Os oigo hablar. Que sepáis que estamos aparcados en doble fila.

—Después —me susurró Lucas. Justo al oído.

De mala gana, se despegó como si no quisiera enfrentarse a la mujer que nos esperaba a pocos metros.

Lina apareció por el pasillo.

—Hola, prima —la saludó con un suspiro—. Estábamos a punto de bajar.

Ella observó la situación unos cuantos segundos.

—Estás guapísima, Rosie. ¿Y esas magnolias? Son preciosas. ¿Dónde las has conseguido? —quiso saber.

Lucas dijo algo, demasiado rápido como para intentar descifrarlo.

Lina entrecerró los ojos cuando le respondió.

Y antes de que pudiera preguntar o abrir la boca para decir algo, Lucas tiró de uno de mis perfectos rizos. Bajó la vista con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Coge los colmillos, Ro.

—Sí —asentí, mirando el ramillete.

Lucas entró al baño para coger los dientes mientras yo me ajustaba a la muñeca las magnolias rosadas que me había regalado por el bien de la investigación.

Porque estaba decidido a ayudarme.

Y yo debería haberme alegrado por eso.

No tenía ningún motivo para estar triste.



—Mierda —dijo Lucas a mi lado.

—Mierda al cuadrado —murmuré, boquiabierta.

Lina nos bloqueaba un poco la vista del impresionante salón donde se llevaba a cabo el baile de máscaras. Ella no era muy alta que digamos, ni siquiera con los tacones, pero llamaba mucho la atención por el pelo teñido de azul y la pintura a juego que le cubría el rostro, el cuello y los brazos.

Lina y Aaron iban de los protagonistas de *La novia cadáver*, una tarea que se habían tomado muy en serio. Nunca había visto unos disfraces de la película tan logrados. Incluso Aaron se había pintado las cuencas de los ojos con sombra gris, resaltándose los ojos azules. Todo eso, sumado a su altura, el traje de dos piezas y la novia cadáver que llevaba del brazo era una imagen que imponía.

Parecían la pareja más poderosa del inframundo. Muy diferente a Lucas y a mí, que no éramos una pareja, a pesar de los disfraces a juego. Tampoco es que importara. Estuve a punto de caerme de culo cuando nos vi en el espejo del ascensor. Sobre todo cuando nos pusimos las preciosas máscaras con las que Lina nos había sorprendido. «Para darle más emoción», nos había dicho con un guiño, sin saber que, desde mi punto de vista, ese accesorio le daba a Lucas un toque completamente… seductor.

—Chicos, ¿no os encanta todo esto? —Lina sonrió antes de girarse para contemplar el lugar—. Va a sonar un poco cutre, pero ¿creéis que

veremos a algún famoso?

—Es posible —respondió Aaron—. Estamos en Nueva York y suelen invitar a toda clase de famosos.

Lina aplaudió bajo su mentón.

—Espero ver a Sebastian Stan.

Aaron murmuró algo ininteligible.

Yo solté una risita.

—A mí tampoco me importaría verlo.

Lucas se desplazó un poco, estaba frunciendo el ceño.

—¿Quién es ese… Sebastian Espanto?

Lina hizo un gesto airado con la mano.

—Sebastian Stan. Y es el actor más encantador, divertido y guapo de Hollywood, aunque está totalmente infravalorado.

Asentí con la cabeza y añadí:

—Se lo ha visto en Nueva York lo suficiente como para que Lina crea que algún día nos vamos a cruzar con él.

—Bueno… —Lucas se encogió de hombros—, espero que a Sebastian Estonto no le importe que lo acosen por la calle.

Aaron resopló, por lo que recibió una mirada furiosa de su esposa.

—Para de cambiarle el apellido, Lucas —le advirtió Lina antes de darle una palmadita a su marido en el pecho—. Y no tienes ninguna razón para para estar celoso, *amor*. Quiero encontrarme con Seb, pero solo para que Rosie se lo quede.

Aaron la rodeó con un brazo y la atrajo hacia él, como fusionándola con su costado.

Le eché un vistazo a Lucas, que me estaba mirando. Pensé que diría algo más sobre el tema o que volvería a cambiarle el apellido, pero solo me guiñó un ojo. Prepotente, como si supiera lo bien que le quedaba ese gesto con la máscara y el disfraz. Cualquier pensamiento sobre ver a Seb u a otro famoso, se desvaneció en un santiamén.

Me adelanté para estar junto a Aaron y Lina. Ella soltó a su marido, le dio un beso en la mejilla y enroscó su brazo con el mío para entrar a la fiesta y dejar a ambos acompañantes detrás.

Después de cruzar la pista de baile, iluminada con una luz muy tenue nencontramos un sitio en la barra, situada en el extremo opuesto del salón Los chicos se nos unieron enseguida.

—Creo que hemos llegado temprano —comentó Lina, mirando a nuestro alrededor y señalando los pocos grupos dispersos que había— ¿Qué hora ponía en la invitación, Aaron?

Le rodeó la cintura con el brazo.

—Ocho. Ya vendrá más gente, no te preocupes. Es uno de los eventos más populares del año. El segundo después de la subasta de solteros.

—¡Ah! La recuerdo bien.

—Yo también. —Aaron inclinó la cabeza un poco más, le dio un beso een el hombro que derritió a mi amiga hasta convertirla en un charco de una viscosa sustancia azul.

Seguro que mi cara reflejó todas mis emociones (felicidad, anhelo acelos) porque el hombre que había aprendido a leerme como un libro abierto me estaba tirando de un rizo.

ı Me giré y encontré a Lucas a mi lado, un poco más cerca de lo que había estado un minuto antes.

—Me encantaría tomarme una copa —comentó al mirarme—. ¿Que edice, señorita Rosalyn? ¿Le apetece un brebaje? —Me enseñó los ıcolmillos de mentira—. ¿Quizá una copa de 0 negativo?

a No pude evitar reírme, así que lo hice.

—Será un placer, mi buen señor, pero que sin sangre, por favor. —aArrugué la nariz—. De solo pensarlo, me pongo mala…

Los labios de Lucas dibujaron una sonrisa y me dio un empujoncito acon el hombro con una expresión radiante.

o Después, pedimos un par de copas y nos encerramos en nuestra epequeña burbuja, charlando animadamente mientras iba llegando más ,gente.

A cada minuto que pasaba y persona que llegaba, más me iba eacercando a Lucas. Tanto que, sin saberlo, acabamos hombro contra ahombro. Y era increíble. La charla amena, la forma en que me rozaba con el brazo, los chistes internos, las veces en que su mirada se perdía en la

,mía y la manera en que me preguntaba si me lo estaba pasando bien .Maldición, era todo increíble.

Era como si estuviéramos en una cita doble con mi mejor amiga y su amarido.

. Era agradable. Emocionante. Real.

s

)

a

,

)

e

é

s

-

)

a

s

a

a

n

a

mía y la manera en que me preguntaba si me lo estaba pasando bien. Maldición, era todo increíble.

Era como si estuviéramos en una cita doble con mi mejor amiga y su marido.

Era agradable. Emocionante. Real.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 18
Lucas

AARON TENÍA RAZÓN, ERA UNA FIESTA MUY POPULAR.

Era casi imposible dar un paso sin chocarse con alguien. El salón estaba lleno. Supuse que esas personas se movían en círculos sociales que yo desconocía. Personas que acudían a bailes de máscaras en hoteles impresionantes, esos en los que yo no pasaría ni una noche. No porque no pudiera permitírmelo, sino porque no me gustaban.

No estaba acostumbrado a estar entre tal multitud, a menos que contáramos la gente que asistía a los torneos. Pero tenía que admitir que no estaba tan incómodo como esperaba. Y, claro, era la noche de Halloween. Pero también tenía mucho que ver con la chica que me presionaba el brazo con su hombro. Estaba aquí por ella.

Y, si de mí dependiera, la abrazaría como Aaron hacía con Lina. No porque quisiera (que quería), sino porque cada vez había menos espacio a nuestro alrededor. Y la multitud se estaba dejando llevar después de un par de copas.

Un zombi nos había empujado por detrás, y eso no me había gustado mucho menos teniendo en cuenta que podría ser un superhéroe que no conocía. A este ritmo, corríamos el riesgo de que nos tiraran las copas, de que Rosie se hiciera daño y de que yo tuviera que darle a un borracho idiota con máscara.

Cuando revisé el vaso de Rosie para ver si se había acabado la bebida fue físicamente imposible evitar subir la mirada y recorrerle la cara. Bajar por su cuello para sumergirme de nuevo en ese escote.

No era la primera vez que lo hacía esa noche, y estaba seguro de que no sería la última. Parecía incapaz de contenerme.

No cuando la tela le aprisionaba los pechos de tal forma que la sangre se me concentraba en una zona concreta que empezaba a estar incómoda bajo la ropa. Era un simple mortal. Casi ni podía soportar que esa piel

suave me hiciera tener pensamientos indecentes para el sitio en el que estábamos. O la compañía.

—¿Estás bien? —me preguntó Lina, y me obligué a dejar de mirar a Rosie. Mi prima inclinó la cabeza—. Estás raro. ¿Tienes hambre?

Sonreí de la forma más natural que pude.

—Siempre tengo hambre. —Por el rabillo del ojo, vi la risita de Rosie—. Pero aparte de eso, estoy bien. *Gracias, prima*.

Como si fuera una señal, alguien nos chocó por detrás. Otra vez. Seguramente alguien que intentaba pedir una copa en el concurrido y caótico bar.

Con una maldición, me aparté y me coloqué detrás de Rosie. Luego, le pasé un brazo por el costado y apoyé el codo sobre la barra para crear una pared detrás de ella.

Rosie movió la cabeza y sentí el aroma de su pelo.

Maldita sea, esos melocotones empezaban a volverme loco.

Me daban ganas sumergir la cabeza entre su pelo, colocar la nariz en su cuello y aspirar, como si fuera un animal, como el hombre salvaje que era.

Aaron me miró a los ojos y asintió con la cabeza en señal de aprobación. Me pregunté qué podría estar aprobando en concreto, pero le correspondí la mirada.

—Gracias, Lucas —acotó Rosie. Su voz atrajo mi atención. Los ojos verdes le bailaban con calidez, con esa conciencia que yo también sentía—. No tienes por qué hacerlo, ya sabes, protegerme. Pero te lo agradezco.

«¿Realmente no tengo que hacerlo? *Dios*».

Ya le había dicho lo mucho que odiaba que bajara sus estándares, y lo había dicho en serio. Era una persona que daba vida a héroes románticos e historias de amor que la gente anhelaba. Me sacaba de quicio que no esperara todas esas cosas en la vida real. Porque había asumido que ningún hombre estaría a la altura de sus héroes. Y no le importaba.

—No hay nada que agradecer —respondí, y di un paso adelante para acercarme un poco más, porque no podía mantenerme a raya. Bajé la mirada justo a tiempo para verla tragar, y el movimiento lento de la garganta, junto con la forma en que lo acompañaban los pechos al respirar

efue suficiente para que se me apretaran los pantalones. Por Dios. Menudo amigo estaba hecho—. Me encanta protegerla, señorita Rosalyn.

a Rosie no respondió y, cuando volví a encontrarme con su mirada, tenía los ojos… distintos. Sorprendidos, entrecerrados. Quizá reflejaban los míos.

e —¿Y si bailamos? —Lina sugirió con un entusiasmo jovial, rompiendo el hechizo—. Creo que ya hemos pasado suficiente tiempo aquí. —Aaron .se quedó en silencio. Rosie dudó. Y yo… me encogí de hombros. Me dolía yla pierna después de llevar tanto tiempo de pie, pero los seguiría hasta la pista de baile si ese era el plan—. Vamos —insistió.

e Pero antes de que pudiéramos responderle, alguien me empujó por adetrás y me hizo chocar con la espalda de Rosie. Sin pensarlo, la rodeé con un brazo, justo cuando su culo entró en contacto con mi entrepierna. Una nueva inyección de conciencia se me esparció por todo el cuerpo e hizo que mi miembro se pusiera en alerta.

ı —¡Sí! —gritó Rosie—. ¡Vamos a bailar!

Sin darnos otra opción, las chicas se cogieron del brazo y caminaron ehacia la multitud en movimiento.

e Aaron me lanzó una mirada y, lo que sea que vio en mi expresión, le hizo soltar una risita.

s —¿Qué te hace tanta gracia? —le interrogué mientras ensayaba una aexpresión natural.

Echó un vistazo al mar de personas y sus ojos se centraron en el punto en que, supuse, estaba su mujer.

ɔ —No tenías que decir nada —repuso, mirando hacia delante—. Nunca eva a ser fácil, pero aprenderás a sobrellevarlo.

ɔ Forcé una risa para fingir que sabía de lo que estaba hablando.

e «Pero sí lo sabes», me respondió una voz. «Aprenderás a sobrellevarlo porque ella no es tuya. Y, de todos modos, te vas».

a Negué con la cabeza, Aaron asintió y nos aventuramos a la pista de abaile.

a Las chicas estaban bailando, perdidas en la canción, girando en ,círculos con los brazos en alto. Me recordó a aquella Rosie que giraba con

›*Dancing Queen*. Sonreí tanto por el recuerdo como por lo que estaba
viendo. De hecho, estaba bastante seguro de que estaba devorando, con
ıasombro, cada uno de sus movimientos, como si estuviera viendo el
ѕamanecer por primera vez.

Me vino una imagen curiosa a la mente: Rosie sentada a horcajadas
›sobre mi tabla, flotando en el océano. Tenía el pelo mojado pegado a la
ıpiel y sonreía. Me encantaría llevarla, enseñarle a remar, a atrapar su
ąprimera ola, escucharla reír por encima del sonido de las olas. Todas las
ącosas que yo ya no podía hacer.

Los ojos de Rosie se encontraron con los míos, pero sea lo que fuere
rque comunicara mi rostro hizo que su sonrisa se desvaneciera y pusiera
ıuna expresión seria. Preocupada. De inmediato, caminó en mi dirección, y
ąaunque no quería arruinarle la diversión, me alegré de verla acortar la
›distancia. De que viniera hacia mí.

Se detuvo lo suficientemente cerca como para regalarme otra bocanada
de melocotones. De ella.

ı Se puso de puntillas para que pudiera escucharla por encima de la
música.

ę —No estás bailando. ¿Te duele la pierna?

Lina y Aaron estaban a varios metros de distancia. La multitud se
ąhabía tragado sus cuerpos.

Tal vez por eso me sentí libre de decir la verdad:

› —Estaba demasiado distraído observándote como para sentir
molestias.

ą —¿Observándome? —Se profundizó el verde de sus ojos.

Asentí con la cabeza, despacio. Sentía la necesidad de inclinarme, de
sumergirme en ella y acercarme a su oído. De tocarle con los labios la
›delicada piel y sentir cómo se daba cuenta por fin de todo.

—Me cuesta mucho no mirarte, Rosie. Y es por culpa tuya. —Abrió la
ębоca, pero antes de que pudiera decir algo, alguien la empujó contra mi
pecho. Con fuerza. Rosie jadeó mientras mis brazos la rodeaban. Mis
ımanos sintieron de inmediato el líquido que le corría por la espalda—
ıEsto tiene que acabarse ya —grité entre dientes—. *¿Qué cojones le pasa a*

esta gente?

Porque, en serio, ¿qué diablos les pasaba a todo el mundo en esta puta lfiesta?

Levanté la vista y me encontré a un tío vestido de Chewbacca. Se dio sla vuelta, se quitó la cabeza peluda y se la puso debajo del brazo.

—Lo siento mucho. No te he visto, cariño.

Ignoré cómo me miró a Rosie y ese «cariño» que había soltado como si sno estuviera en los brazos de un hombre, en este caso, yo.

—¿Estás bien, Ro? —le pregunté, mirándola.

—Sí. —Ella asintió rápidamente, sin moverse—. Pero estoy empapada ade lo que fuera que hubiera en el vaso.

Lo estaba. Completamente, teniendo en cuenta cómo sentía la tela de asu vestido entre mis dedos.

Chewbacca se nos acercó.

—Por favor, deja que me encargue de los gastos de la tintorería. —Le entregó una tarjeta a Rosie antes de decir—: Aquí tienes mi número aPuedes llamarme. O déjame invitarte a una copa, te lo compensa…

—No pasa nada, de verdad —Rosie lo interrumpió, rechazándolo— Nada de esto es necesario.

Una parte ilógica y básica de mí quiso decir: «Ahora lárgate».

—¿Segura? —insistió Chewbacca—. ¿Ni siquiera la copa?

—Estoy segura. —Le sonrió de manera educada mientras se inclinaba rmás hacia mí—. Gracias de todos modos.

Chewbacca se la quedó mirando fijamente unos segundos más de lo necesario, como si esperara que cambiara de opinión.

Fruncí el ceño y me contuve de ladrarle algo porque: uno, no tenía aderecho a hacerlo; y dos, Rosie se las había apañado bien sin mí.

En cambio, la pasé un brazo por los hombros: lo que llevaba toda la anoche queriendo hacer. Lástima que tuviera que ser en aquel momento icon ella empapada y yo un poco enfadado.

—Vamos a secarte. Debe haber baños por algún lado. Te voy a ayudar .a limpiarlo.

Avanzamos entre el enjambre de criaturas danzarinas, superhéroes y

una buena cantidad de referencias a la cultura pop que no reconocí, hasta aque por fin encontramos los baños.

Rosie se desprendió de mí y se adelantó.

Opté por ignorar la etiqueta, o las reglas de la buena educación, y la seguí. Pero, en cuanto vio mi reflejo en el espejo, se detuvo.

—Lucas, ¿qué estás haciendo?

—Te ayudo. —Le dediqué mi mejor sonrisa—. Y antes de que te quejes: sí, tengo que hacerlo. Y sí, quiero.

—Es el baño de mujeres. No deberías estar aquí.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que estuviéramos solos.

—Siempre he sentido curiosidad —mentí. Solo quería estar ahí por ella—. Me preguntaba por qué las mujeres pasan tanto tiempo aquí. —Me ignoró y cogió algunas toallas de papel con pinta de ser muy caras. Divisé un diván tapizado en una esquina y sonreí con satisfacción—. ¿Ves? Esa sería una buena explicación. Tienes la oportunidad de recostarte y relajarte un momento. ¿También sirven bebidas?

Rosie dejó de frotarse los hombros con las toallas y me echó un vistazo.

—Qué ridículo eres. —Pero se rio, lo que siempre consideraba una victoria—. ¿No estabas aquí para ayudarme?

—Siempre. —Me animé.

—Entonces ven aquí y ayúdame.

—¡Ah! —Me di unas palmaditas en el pecho—. Me encanta cuando me das órdenes, Graham —dije mientras caminaba hacia ella y atravesaba la estancia. Rosie se había pasado un brazo por encima del hombro para intentar llegar a un punto de la espalda—. Espera, déjame ayudarte.

—Gracias —dijo en voz baja.

Cogí un par de toallas de papel y, con suavidad, limpié la humedad de la piel visible de su espalda.

—¿Qué mierdas llevaba ese Chewbacca? ¿Un cubo?

Rosie se rio, se recogió el pelo y se lo pasó por encima del hombro dejando el cuello al descubierto. Era esbelto y delicado, y esa visión hizo que me relamiera los labios.

a «Animal», me regañé.

Pero todavía seguía preguntándome cómo sería tener su nuca entre mis dedos si la capa de papel desapareciera. Me preguntaba si temblaría ante mi caricia. Me preguntaba qué pasaría si me inclinaba hacia abajo y…

«No sigas, Lucas».

Con un gemido ahogado, seguí dándole toques con la mano y llegué a su torso. Me detuve al darme cuenta de que estaba tocando esa zona en la que había estado tan concentrado toda la noche.

El corazón me dio un brinco. Ese deseo volvió a por la revancha. Quizá fue por eso por lo que, cuando vi una gota cruzando la curva de su clavícula, deslizándose por su pecho y cayendo peligrosamente cerca del escote, ni siquiera pensé antes de ir a por ella.

é Seguí el camino de la gota con la toalla, lenta y delicadamente. El pulso de Rosie cobró vida bajo mi mano. La respiración la delató.

e La busqué con la mirada en el espejo porque quería y necesitaba verle la cara, y me encontré con el reflejo de sus ojos.

a Escondían una pregunta. Maravilla. Hambre. Curiosidad.

—Quiero secarlo todo —murmuré, sosteniéndole la mirada—. No quiero que acabes con un resfriado.

—Ah, vale —exhaló. Pude sentir los latidos de su corazón en las yemas de los dedos, incluso a través de la delgada toalla—. Está bien. Está muy bien.

o —Me alegra ser de ayuda —comenté a pesar de que ni siquiera estaba moviendo la mano.

a Tragó con fuerza.

—Eso no es lo peor —aclaró, su voz se volvió tan grave como la mía —. Me ha traspasado el vestido. Y creo que tengo la ropa interior… ya sabes, mojada.

Tragué tan fuerte que incluso oí el sonido.

—Lo… ¿Lo crees? ¿No estás segura?

, Ella afirmó con la cabeza.

o Mi propia imaginación me traicionó, dibujando una infinidad de escenas. Su vestido de fiesta deslizándose por su cuerpo. Rosie en ropa

interior. Gotitas rodando por su espalda, llegando al elástico de las bragas sCayendo incluso más abajo, por sus muslos, y…

e —Creo que necesito quitármelo —acotó, haciéndome volver en mí Más o menos. No del todo, porque…

—¿Quitártelo? ¿El vestido? —dije con voz ronca. O gruñí. No estaba seguro—. ¿Ahora?

a Rosie cortó el contacto, se movió fuera de mi alcance e hizo que se me cayera la mano.

. —Sí, ahora —confirmó. Estrujé la toalla de papel. Se llevó la mano a la espalda para alcanzar la cremallera, pero no se estiró lo suficiente para llograrlo—. Solo me lo… —Se estiró más—. Me lo quitaré y lo secaré con el secador de manos. —Ahora tenía el brazo doblado en un ángulo raro— lCreo que puedes irte, Lucas.

Sí. No. Yo… no debería estar aquí si iba a quitarse el vestido. Porque eperdería la cabeza. Me abalanzaría sobre ella, teniendo en cuenta cuánto estaba luchando con mi autocontrol esa noche. Me gustaría hacerle cosas Como…

o «Cabeza fría, Lucas».

Tragué saliva.

s —¿Rosie?

á —¿Sí?

—¿Qué te parece si nos metemos en un cubículo, te bajo la cremallera y te lo quitas ahí? ¿Te parece bien?

Se detuvo en seco. Se volvió a incorporar y relajó los brazos.

—Vale. Me parece razonable.

a —¿Ves? —Suspiré aliviado, pero no mucho—. Te he dicho que estaba aaquí para ayudarte. —Ella hizo un mohín. Cuando nos movimos a cubículo más cercano, abrí la puerta con la cadera y guie a Rosie para que quedara de espaldas. Y… todo mi alivio temporal se desvaneció— ¿Preparada? —pregunté, por si acaso. Solo para no asustarla con m contacto. Solo para tener un par de segundos para prepararme.

e —Nací preparada —murmuró.

a —Empezaré con el botón pequeño de la parte superior. Luego bajaré la

.cremallera.

Exhaló despacio.

. —No tienes que narrarlo, Lucas. Hazlo.

Mis labios se curvaron ante su impaciencia, pero, en el momento en aque mis dedos desabrocharon ese primer botón, mi sonrisa murió.

Apreté la mandíbula cuando llegué a la cremallera, cuando empecé a ebajarla con suavidad, mientras me decía a mí mismo que el problema era la tela, demasiado gruesa y pesada, cuando en realidad me estaba costando aque me funcionaran los dedos. Inspiré por la nariz y seguí tirando de la acremallera. Iba descubriendo piel suave y rosada mientras me palpitaba ntodo el cuerpo.

. Ansiaba quitarle el vestido y tocarla. Tocarle la piel. Sentir si estaba fría o caliente. Seguir la línea de la columna vertebral con el dorso de la emano y ver si se estremecía.

o Un silencio pesado se instaló entre nosotros. Lo único que se oía era el .lento silbido de los dientes metálicos mientras mi mano derecha seguía bajando, tirando de la cremallera, hasta llegar a algo para lo que no estaba preparado.

El borde de la ropa interior de Rosie.

De encaje. Negro.

Esa imagen hizo que mi corazón hiciera un esprint. Me hervía la asangre y se me acumulaba abajo, muy abajo. En esa zona que haría que la situación fuera difícil de explicar si alguien entraba en ese momento.

—¿Lucas?

—¿Sí? —creo que dije.

a —Creo que… —ella se alejó, la voz grave—, ya puedo ocuparme yo.

l Y antes de que pudiera abrir la boca para intentar responder edesapareció dentro del cubículo.

. Me dejé caer hacia delante y apoyé la frente en la puerta cerrada.

i ¡Mierda!

Sabía que sería incapaz de olvidarme de esa ropa interior de encaje.

—¡Dios! Ay, no —gimió desde dentro. Hizo una pausa—. Estoy tan… aempapada.

Empapada. Estaba empapada.

Ante su declaración, me salió un sonido lastimero.

—¿Puedes pasarme algunas toallas de papel por debajo de la puerta? —me pidió un segundo después.

—Por supuesto, compi. —«Compi, de compañeros de piso. No lo olvides, Lucas», me recordé a mí mismo mientras cogía un puñado de toallas y seguía sus instrucciones—. Aquí tienes.

—Gracias —respondió, y me las sacó de la mano. A los dos segundos su vestido colgaba de la parte superior de la puerta del cubículo. Cerré los ojos ante esa imagen y recurrí a toda mi fuerza de voluntad para no pensar en lo que eso significaba. Ella, casi desnuda. Con solo esa ropa interior de encaje negro. Mojada—. ¿Lucas?

Me aclaré la garganta.

—¿Sí?

—¿Puedes poner el vestido debajo del secador de manos? Solo un par de minutos. —Un segundo de silencio—. Mientras me limpio. —Cogí el vestido, caminé hasta el secador de manos y lo coloqué debajo del aire caliente. La tarea me distraía de mis pensamientos lujuriosos y caóticos— ¿Funciona?

No. No lo suficientemente rápido. La tela era gruesa y no parecía que estuviera menos húmeda.

—Todavía sigue un poco mojada.

—Creo que me lo voy a poner otra vez. Ya llevamos mucho tiempo aquí, y no creo que vaya a mejorar.

Volví a su cubículo y sostuve el vestido delante de mí. Y, por supuesto, ese fue el momento exacto en el que alguien decidió entrar al baño. Aunque era otra superheroína que no reconocí. ¿Esa mujer llevaba unos cuernos en la frente?

—Hola. —La saludé con la cabeza—. Por favor, ignórame. Estoy…

Y, antes de que supiera lo que estaba pasando, estaba dentro de cubículo de Rosie con la puerta cerrada a mi espalda. Cerré los ojos.

—¿Por qué estabas intentando sacarle temas de conversación? —susurró.

—Estaba siendo educado, Ro —respondí, y me giré hacia la puerta— La *abuela* me enseñó que los buenos modales y una sonrisa pueden llevarte muy lejos. No tienes por qué estar celosa.

—No estoy celosa —se burló—. ¿Vestido?

Todavía de espaldas, porque no me había olvidado del hecho de que estaba casi desnuda, se lo pasé por encima del hombro.

—Aquí tienes. Pero no te voy a mentir. No estoy seguro de que vayas a querer ponértelo.

La oí resoplar cuando lo cogió.

—Maldita sea.

Mi impulso fue darme la vuelta y decirle que todo saldría bien consolarla de algún modo, pero no podía ni debía hacerlo, ya que estaba prácticamente desnuda y yo estaba intentando mantener la compostura.

—Puedes ponerte mi camisa, Rosie. Y mi chaqueta. Creo que son bastante largas.

—¿Quieres que salga con solo eso?

«No lo visualices, no lo visualices», recité en silencio.

Pero la provocativa imagen (Rosie mojada, con mi ropa y las piernas desnudas) se formó en mi cabeza tan rápido y con tal claridad que la siguiente palabra apenas me salió de la boca.

—Sí. —Me aclaré la garganta—. Nunca me ha supuesto un problema ir por ahí sin camisa, ya lo sabes. Además, me queda el chaleco. —Silencio. Insistí—: Póntelos. Puedo sacarte de aquí. Llevarte a casa.

Suspiró. Estaba muy cerca, porque sentí su respiración en la espalda Luego, su frente cayó entre mis omóplatos.

—A casa. —Otra ráfaga de aire le salió de los labios—. La noche ha sllegado a su fin. Ha acabado fatal, ¿no?

La clara decepción en su voz hizo que el corazón me diera un vuelco.

Ignorando todas las razones por las que no debía hacerlo, me di la lvuelta y la atraje contra mi pecho.

Tenía la piel cálida y pegajosa por la bebida, ya seca, y fue imposible no inspirar cuando cerré muy fuerte los ojos, como medida preventiva.

—Lo siento, Ro —ofrecí, y le apoyé la barbilla en la cabeza—. Te hare

.palomitas. Esas de caramelo y sal que tanto te gustan. Y veremos una película de miedo. La noche no ha acabado.

No sé cómo, se le habían quedado los brazos atrapados entre su torso y el mío. Movió las manos para poner las palmas contra mis pectorales, lo que me hizo desear cogerla de las muñecas y rodearme el cuello con sus brazos.

Se le escapó un sonido ahogado, amortiguado por mi ropa, así que la empecé a soltar. Pero ella se sujetó a la tela de mi chaleco, tiró de ella y me mantuvo ahí.

—Eres… —Exhaló, temblorosa, y me hizo fruncir el ceño. Deseé ser capaz de abrir los ojos para poder mirarla a la cara—. Eres increíble Lucas. Y creo que no te das cuenta.

Con los ojos aún cerrados, dejé que mi mano derecha bajara, solo unos pocos centímetros, hasta el medio de su espalda. Le rocé la piel cálida y pegajosa con el pulgar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estás aquí, ayudándome, en vez de divertirte y… No sé, vivir sin tener para preocuparte por mí.

Fruncí aún más el ceño.

¿Tener que preocuparte por ella?

¿Pensó que sentía que tenía que preocuparme? ¿No veía que me salía -de manera natural? ¿Que no podía controlarlo, aunque quisiera?

Antes de que pudiera expresar cualquiera de esas preguntas, sentí que .sacaba la cabeza de debajo de mi barbilla.

—Eres tan increíble que hasta cierras los ojos para no verme en ropa interior. —Su voz sonó apagada, y la preocupación se apoderó me retorció el estómago—. Ni siquiera he tenido que pedirte que lo hagas.

—Porque no tienes que pedírmelo, Rosie. —Sentí que tiritaba en mis abrazos. Entonces, le empezó a temblar el cuerpo contra mi pecho. M cerebro se puso en piloto automático y traté de atraerla hacia mí, de calentarle la piel. Pero ella se resistió—. Estás temblando, Rosie. —Por un segundo, ni siquiera me reconocí la voz. Hacía mucho tiempo que no ésonaba así de… desesperado. Suplicante. Pero no me avergonzaba de

aninguna de esas emociones, así que me di unas palmaditas en el pecho con el puño—. Ven aquí. Déjame darte calor.

Pero no sentí que se moviera. Ni siquiera la oí hablar.

Hasta que me ordenó:

—Abre los ojos, Lucas.

Negué con la cabeza de manera brusca.

—No.

Con las manos todavía aferradas a la parte delantera de mi chaleco, tiró de él y me acercó. Eso hizo que se me acelerara aún más el pulso, a un ritmo casi salvaje.

—A esto me refería antes —explicó—. Cuando me has dicho que te ibas del piso para que pudiera cambiarme. Que no querías verme corre por ahí en ropa interior. —Me acordaba, por supuesto que sí—. ¿Tan horrible sería que me miraras? —Su voz tenía un matiz que no me gustó como si le estuviera haciendo daño. Algo que no podía soportar, pero tampoco sabía cómo solucionarlo. Volvió a tirar, acercándome aún más Desgarrando mi autocontrol. Sentí el contorno de su cuerpo (la curva de sus pechos, la pendiente de su abdomen) contra mí. Estaba llegando a mi límite. Entonces dijo—: Quiero que abras los ojos, Lucas. Lo necesito.

«Lo necesito».

Fue esa necesidad la que me mató. Saber que me necesitaba, que quería que lo hiciera por ella, dejó mi fuerza de voluntad completamente agotada. Ya no sabía cómo interpretar el papel de amigo noble.

Mi autocontrol explotó.

Y abrí mis putos ojos.

Mi mirada se bañó en la visión que tenía delante. De Rosie, en ropa interior, con todos los rizos enmarcando su preciosa cara, y todas las curvas que me pedían que la tocarla, no como lo había hecho en el pasado sino para conocerla. Que deambulara lentamente por toda su piel hasta que no quedara ni un centímetro que no reconociera de memoria.

Era guapísima. Deslumbrante. Todo lo que un hombre desearía. Y me miraba como si esperase que huyera, cuando en realidad haría lo que fuera por quedarme.

—Rosie —empecé a decir después de recuperar el aliento—, si piensas que esto es algo que no quiero ver, entonces no has entendido nada.

Sus labios se separaron en un gesto de sorpresa.

Sorpresa.

Negué con la cabeza y, debido a que ya había perdido lo que me quedaba de autocontrol, por fin me permití admirarla sin reservas. Recorrí con los ojos su delicado cuello, la suave curva de su hombro y sus pechos prácticamente descubiertos por el correspondiente sujetador de encaje negro.

También me permití tocarla (por fin) para rodearle la cintura con las manos. La sentí cálida y flexible, y pude mover su cuerpo a mi antojo.

Rosie soltó todo el aire en una bocanada y se aferró a mis hombros con firmeza.

Mis manos fueron subiendo hasta que los pulgares rozaron la curva de sus pechos.

—¿Crees que no quiero verlos? —La rocé otra vez con las yemas de los dedos, el contacto a través del encaje me estaba volviendo loco— ¿Tocarte así? —Rosie arqueó la espalda a modo de respuesta, acercándose más. Los pantalones se me abultaban cada vez más ante la vista, ante la cercanía de su cuerpo—. No hay nada que no quiera ver. —La cogí de las muñecas y me llevé una a la boca—. Eres una obra de arte, Rosie —le dije sobre la piel—. Una puta obra de arte. Como un espejismo. Una visión ¿Qué hombre en su sano juicio no querría verte?

Rosie soltó un gemido que despertó esa parte primitiva que había tratado de mantener a raya toda la noche.

Sin ningún rastro de pensamiento racional, me abalancé sobre ella y con un movimiento rápido, la coloqué contra la puerta cerrada.

Me incliné y me aseguré de hablarle muy cerca del oído cuando le pregunté:

—¿Eres real?

—Soy real. —Apenas pudo soltar las palabras por la entrecortada respiración—. Puedes tocarme, si no me crees.

—Tocarte —gruñí ante la idea de hacerlo de verdad, no solo rozarle la

spiel con las yemas de los dedos, sino tocarla de verdad, por todos lados
Era lo que quería. Le levanté los brazos y le sujeté las manos por encima
de la cabeza, dejándola inmóvil—. No digas cosas de las que luego te
puedas arrepentir, Rosie.

e Volvió a arquear la espalda y empujó los pechos hacia mí.

í —No me voy a arrepentir.

, Mis manos le apretaron las muñecas mientras me inclinaba y posaba
elos labios sobre su piel.

—Quiero que me sigas considerando una persona noble, Rosie. —
sSumergí la nariz en su pelo y, como el animal que era, inspiré hondo—
Pero me está resultando muy difícil, porque solo quiero perder el control.

ı Apretó su pecho contra el mío y pidió:

—Puedes ser las dos cosas. Haz ambas cosas.

e No.

—¿Te acuerdas que te dije que no podía ser tierno y sucio? —dije con
evoz ronca, presionándola más fuerte contra la puerta. Ella asintió con la
.cabeza y murmuré con voz áspera—: Esto es lo mismo. Si soy noble, me
ealejo. Te envuelvo en mi chaqueta y te llevo a casa.

a Rosie tiró para soltarse y, como no cedí, me miró a los ojos y contestó:

s —No.

e Fue la necesidad en sus ojos, la forma en que se estremeció al pensar
.que me alejaba; eso fue lo que aniquiló ese último hilo y rompió algo
dentro de mí, despertando algo más grande, más salvaje. Lo que le dio un
aempujón a la bestia.

—Déjalas aquí —gruñí, y le presioné las muñecas para mantenerlas
,por encima de su cabeza. Tragué saliva, incapaz de contenerme—. Quieres
que cruce la línea. —Deslicé las manos hacia abajo, con las palmas
eabiertas—. Sería tan fácil, Rosie. —Le rocé los pechos con los pulgares
para luego pasar a jugar con la tela de encaje de su sujetador, antes de
volver a bajar y llegar al borde de las bragas. Me activé con la tela
adelgada, se me aceleró el pulso por los pensamientos que me daban
vueltas por la cabeza—. Podría apartar esto y hacerte sentir bien. Hacer
aque te derritieras de placer solo con los dedos.

Ella jadeó por la sorpresa, anhelante, y el sonido, la imagen de su boca entreabierta ante el placer que ni siquiera le había dado me puso tan duro que no tuve más remedio que apretarme contra ella. Mis caderas empujaron las suyas tan súbitamente que le arrancaron otro gemido desenfrenado.

—¡Ay, Rosie! —gruñí otra vez. Apreté la tela de su ropa interior y me aferré a ese último resquicio de sensatez—. ¿Qué hace un ángel como tú con alguien como yo?

Un sonido ahogado y áspero salió de sus labios antes de susurrar mi nombre:

—Lucas…

—¿Rosie? —Una voz familiar cortó el momento—. ¿Hola? ¿Rosie? ¿Estás aquí?

Maldije para mis adentros, se me congeló el cuerpo contra el suyo.

Los párpados agitados de Rosie se cerraron. Podía ver la derrota en su cara. Luché con uñas y dientes contra esa derrota mientras trataba de recuperarme y enfriar lo que estaba pasando en mi cabeza, en mi pecho y en mis pantalones.

—¿Hola? —La voz de Lina volvió a aparecer con clara angustia— Madre de Dios, te he buscado por todas partes.

Rosie abrió los ojos e hizo una mueca con la boca.

—¡Aquí estoy! ¡Estoy aquí! ¡Ey!

Ella me miró y me obligué a darle la mejor sonrisa que pude. Luego le di un beso en la cabeza.

—¡Por fin! —exclamó Lina, su voz se iba acercando al cubículo— ¿Qué ha pasado? Desapareciste y no te econtraba. —Rosie abrió la boca pero no le salieron palabras—. ¿Has visto a Lucas? Tampoco lo encontramos. —Pude ver a Rosie luchando por responder. Por explicar cómo había acabado conmigo dentro de un cubículo. Por explicar por que estaba semidesnuda y yo tenía cara de hambre y un bulto en la entrepierna—. Aaron ha ido a buscarlo al baño de hombres.

Los labios de Rosie seguían moviéndose y entendí con qué estaba teniendo problemas. Y lo que tenía que hacer yo.

Negué con la cabeza y modulé un «no estoy aquí» con los labios.

Frunció el ceño.

—¿Rosie? —la llamó Lina —. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Sí —respondió Rosie, desviando la mirada—. Alguien me ha tirado una copa por encima del vestido y he acabado empapada. Me estaba limpiando.

—Ay, no, qué mal. ¿Puedes sola o necesitas que entre y te ayude…?

—¡No! —gritó Rosie, todavía mirando a mi izquierda—. Lo tengo todo bajo control.

En algún momento, las mejillas le habían adoptado una tonalidad de rosa. Seguro que mientras la manoseaba desesperadamente.

—¿Entonces Lucas te está esperando fuera? —Lina se rio entre dientes —. No se está escondiendo ahí dentro contigo, ¿verdad?

Ese comentario fue como un cubo de agua fría para Rosie, y la entendía. Y ella no sabía hasta qué punto. Lina había dejado bien claro que opinaba de la posibilidad de que Rosie y yo tuviésemos algo.

Negué con la cabeza por ella. Aunque me odié por hacerlo.

—No —mintió Rosie con una risa falsa—. ¡Eso sería una locura! Y una estupidez.

Sus palabras me retorcieron el estómago, pero recogí el vestido del suelo, donde había acabado, y la ayudé en silencio.

Solo cuando estuvo vestida y con la cremallera subida, buscó mi mirada.

Me di cuenta de que estaba haciendo todo lo posible para ocultar cómo se sentía, lo que no estaba bien, pero, por más que a mí tampoco me gustara, no tuve más remedio que decirle, solo moviendo los labios: «Sal primero. Me esperaré».

Asintió con la cabeza, salió del cubículo y se reunió con mi prima. Oí sus pasos mientras se alejaban. Me dejó solo con mis pensamientos mientras esperaba el tiempo suficiente para salir y que no me pillaran.

Pillaran.

En la vida había dejado que nadie influenciara mis acciones. Nunca

había permitido que mi vida se rigiera por el mundo o sus opiniones. De quién era amigo, con quién salía o follara. Nunca me había importado. Y no me importaba lo que Lina pudiera pensar de Rosie y de mí.

Me importaba Rosie.

Su confianza y nuestra amistad. Quería hacer lo correcto. Quería que atuviera todo lo que se merecía. Porque se lo merecía todo, aunque no fuera yo quien se lo diese.

«Porque te vas», me recordé.

Sí. Eso también.

había permitido que mi vida se rigiera por el mundo o sus opiniones. De quién era amigo, con quién salía o follara. Nunca me había importado. Y no me importaba lo que Lina pudiera pensar de Rosie y de mí.

Me importaba Rosie.

Su confianza y nuestra amistad. Quería hacer lo correcto. Quería que tuviera todo lo que se merecía. Porque se lo merecía todo, aunque no fuera yo quien se lo diese.

«Porque te vas», me recordé.

Sí. Eso también.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 19
Rosie

UNA SEMANA DESPUÉS DEL BAILE DE LAS MÁSCARAS, DOS COSAS HABÍAN quedado claras.

La primera era que, a pesar de lo que había pasado entre Lucas y yo en el cubículo, nada había cambiado entre nosotros, por más que hubiera pensado que así sería.

No se desvanecieron ni menguaron sus sonrisas. Seguíamos con la misma rutina de siempre: me cocinaba todas las noches y yo lo observaba desde la isla de la cocina. Después de cenar, nos poníamos nuestra serie y cuando nos íbamos a la cama (y al sofá), me preguntaba cuántas palabras había escrito y yo le pedía que me contara qué había hecho ese día.

Sus respuestas siempre incluían algo gracioso o raro que había visto o hecho, y la mía, una cifra decente de palabras.

Por fin.

Porque estaba escribiendo. Nuestro experimento, nuestra investigación aunque en teoría no había terminado, estaba dando sus frutos. Para bien o para mal, me estaba empezando a dar cuenta de que Lucas podía ser lo más cercano a una musa que había tenido jamás. Y eso era… excitante y aterrador.

Éramos amigos. Vivamos juntos. Nuestras citas no eran reales, no eran para fortalecer una relación. Compartimos momentos a escondidas íntimos y fogosos en un cubículo, pero continuamos como si hubiese sido solo un sueño.

Lo que me llevaba a la segunda cosa que había descubierto: estaba jugando con fuego. Porque, por mucho que esto me estuviera ayudando que los días de Lucas en Nueva York (y en mi vida) tuvieran fecha de caducidad empezaba a ocupar mucho espacio en mi mente. Me despertaba queriendo aprovechar cada minuto que podía pasar con él antes de que se fuera. No para la Rosie que tenía citas con él por las noches. Sino para la

Rosie de todas las noches.

Y parecía estar dispuesta a ignorar las consecuencias. El precio. A ignorar, por ejemplo, que aún podía sentir sus manos en la piel, o fingi que no evocaba cada dos por tres las palabras que me había susurrado a oído. De todos modos, habíamos hecho un pacto. Habíamos dicho que no dejaríamos que el experimento cambiara las cosas entre nosotros, que afectara a nuestra amistad. Me había prometido que no se enamoraría de mí, por el amor de Dios. Y quizá por eso no había cambiado nada después del baile de las máscaras.

—¿Has acabado, Rosie? —me preguntó Sally, la camarera de mi cafe favorito de Manhattan, devolviéndome a la realidad. Tenía una bandeja apoyada en la cadera—. Me llevaría la taza.

—Sí, gracias. —Se la acerqué, junto con los platos vacíos—. Por cierto, esos nuevos rollitos de canela están espectaculares. Quizá me lleve un par a casa.

Porque a Lucas le encantarían.

—¿Quieres otro? Parece que estás trabajando. —Señaló el portátil que tenía sobre la mesa—. Quizá necesites combustible extra.

—No, gracias. Creo que voy a dar el día por acabado y me iré a casa.

Asintió con la cabeza, lo puso todo en la bandeja y volvió al mostrador.

Cuando acabé de guardar la copia de seguridad, un hombre me llamó la atención. Llevaba un elegante esmoquin negro y golpeaba el suelo con el pie. Destacaba mucho en el ambiente informal de la cafetería.

Y, como solía pasarme, me empecé a imaginar los posibles escenarios que podrían haberlo traído aquí. Quizá iba a una fiesta, algo muy común en Manhattan. O tal vez venía de una y tenía la necesidad urgente de cafeína. O, quien sabe, se había escapado de algún evento sin que nadie se diera cuenta y lo que yo interpretaba como impaciencia era, en realidad, la lucha con la necesidad de huir antes de que lo atraparan. Podría ser… un novio a la fuga.

Un novio a la fuga que deja a la novia en el altar y se enamora a primera vista de la camarera. O del maestro pastelero. O del dueño, al que

le tira el café encima en sus prisas por escapar.

Sonreí para mis adentros, pensando que ese sería un libro que me rencantaría leer, cuando el hombre se giró y me miró.

Puso los ojos como platos cuando me reconoció.

El novio a la fuga era Aiden Castillo, el contratista.

Hizo un intento de saludo con la mano, que le devolví con un emovimiento de cabeza. Después, cogió su comida y dio un par de szancadas en mi dirección. Mientras se acercaba, no pude evitar darme cuenta de que el día que nos conocimos había pasado algo por alto: lo éatractivo que era.

—¡Qué buen aspecto tiene, señor Castillo! —lo saludé en un impulso cuando llegó a mi mesa. Se quedó boquiabierto y yo asentí con la cabeza r—. Es una manera extraña de decir: «Hola, ¿cómo está?».

El señor Castillo se rio.

—Estoy bien, y gracias por el cumplido. —Bajó la voz, como si estuviera a punto de decirme un secreto—: Aunque, para ser sincero… eodio el esmoquin y, después del día que he tenido, me muero de ganas de quitármelo.

Era muy curiosa, pero no era de mi incumbencia. Así que, en cambio lcomenté:

—Bueno. ¡Qué lástima! —Se oyó una risita sonora proveniente de la ómesa más cercana a la ventana, se trataba de un pequeño grupo de nadolescentes—. No mire —le advertí—, pero creo que tiene un pequeño club de fans. Se desilusionarían mucho si le oyeran decir eso.

—De acuerdo —la expresión del señor Castillo revelaba humor—, no nquiero desilusionarlas, así que espero que me guarde el secreto.

Pensé que era un buen hombre. Y, por alguna razón, tuve un *flashback* eyo gritando sobre el pecho de Lucas.

—Con respecto al otro día, debería pedirle disculpas por lo… nincómoda que debió ser la visita a mi piso, y ahora que lo veo aquí… — me encogí de hombros—, quiero, ya sabe, disculparme.

—No hace falta que se disculpe —aclaró con un movimiento de manos e—. No tiene sentido negar que mi cuñado es un imbécil.

—¡Ah! No sabía que el señor Allen y usted estaban emparentados.

Asintió con un suspiro.

—Para bien o para mal. —Pareció pensar en algo—. Ahora que me acuerdo, no sé si ya la ha llamado para darle las novedades. —Fruncí el ceño. ¿Las novedades?—. Vale. Veo que no lo ha hecho. —Negó con la cabeza—. Tengo como regla no hablar de trabajo los domingos, pero creo que puedo hacer una excepción. —Hizo una pausa—. Pronto podrá volver a su piso. Muy posiblemente el viernes.

Viernes.

Eso era dentro de… cinco días. Menos de una semana.

Sonrió y, en ese momento, pensé en la sonrisa de Lucas. Y en cómo el señor Castillo no me había hecho sentir… nada.

—¡Ah! —exhalé, sintiendo la desilusión en el estómago.

Desilusión.

Porque eso significaba no vivir más con Lucas. Y pronto acabarían nuestras cuatro citas. Porque íbamos por la tercera, si contábamos la de Halloween, cosa que deberíamos hacer, porque si no, ¿cómo podríamos catalogarla?

Cuando acabase, si ya no vivíamos juntos, no pasaría más tiempo con él.

No más Lucas.

Porque, además, se iría de Nueva York.

Respiré profunda y temblorosamente, y vi como el señor Castillo fruncía el ceño.

—Eso es genial —chillé, una vez recompuesta—. En serio. Gracias. —Asintió con la cabeza. Yo negué con la mía y me maldije por ser tan tonta: Debería estar feliz. Era una gran noticia— Lo siento, es que… —¿Por qué tenía la garganta seca?—. Estoy muy cansada, pero le juro que me alegro. Gracias por avisarme, señor Castillo.

Por algún motivo, eso pareció tranquilizarlo, porque hizo un gesto con la mano y dijo, con una nueva sonrisa:

—Por favor, llámame Aiden.

—Ah, por supuesto. —Traté de devolverle la sonrisa—. Puede

llamarme Rosie.

—Perfecto. —Asintió con la cabeza lentamente, como si hubiera etomado una decisión—. Me alegro mucho de haberte encontrado. Me lpreguntaba, ahora que nosotros…

a La puerta se abrió detrás del señor Castillo y su voz se fue convirtiendo en un ruido de fondo cuando vi que un hombre entraba a la cafetería.

r El corazón me dio un vuelco y la más dulce de las sorpresas me llenó el estómago de mariposas, aun cuando yo misma le había dicho a Lucas que estaría ahí.

Lucas me vio de inmediato. Llevaba su gorra de turista y una sonrisa ltan radiante le iluminaba el rostro que deseé que fuera por mí. Solo por mí Rosie. No por Rosie, su compañera de piso o amiga.

Vi que venía en mi dirección, con la mirada anclada a la mía. Se movía como si estuviera en una misión y acortó la distancia casi tan rápido como los latidos de mi corazón.

e Se detuvo junto a Aiden, se centró en mí y me saludó:

s —Hola, *preciosa*.

—Hola —le respondí, aunque me salió inseguro ante la palabra *preciosa*.

Sabía lo que significaba. Podía ser perfectamente una de mis palabras preferidas ahora que había decidido usarla cada vez que me veía.

Preciosa. Bonita. Hermosa. Guapa.

o Aiden se aclaró la garganta y me hizo recordar que seguía ahí. Y, a juzgar por su expresión, estaba esperando algo.

- —¿Qué dices, Rosie? —continuó Aiden con el ceño un poco fruncido .—. Conozco un sitio increíble. De hecho, no queda muy lejos de aquí. —é Parpadeé. Mierda. No tenía ni idea de lo que me había dicho. Me había .distraído. Atontada por la llegada de Lucas. Por la palabra *preciosa*. Por él. Al contratista le tembló la sonrisa, que fue desapareciendo poco a poco n—. Te estaba diciendo que, si ya has acabado, podíamos ir a comer algo —Hizo una pausa. Veía cómo se le movían los ojos al seguir, tal vez, el movimiento de mis cejas, que se elevaron a causa de la conmoción. ¿Me e estaba invitando a salir? Aiden se rascó la nuca—. Te estaba diciendo que

si no te importaba que fuese con esmoquin o mi club de fans, te podría
ainvitar Esperaba que me… —Soltó una risa extraña y estuve muy segura
ede que se sonrojó—. Pero creo que lo he interpretado todo mal.

Vale. Me había invitado a salir.

o Me ardieron las mejillas.

Y Lucas estaba ahí, de pie, sin decir nada. Solo… observaba. En
ósilencio. Quizá se sentía incomodo o ya estaba maquinando el comentario
sque soltaría después.

—Me… —Busqué una respuesta—. No, lo ha entendido bien, señor
aCastillo. El esmoquin es increíble. Le queda muy bien, en serio.

, Por fin decidí mirar a Lucas. Y no pude pasar por alto que se puso
tenso. De hecho, era difícil ignorar como había bajado la mirada. Un
avistazo rápido hacia abajo, como si quisiera comprobar algo.

o Y como mi mirada había seguido ese movimiento, vi la bolsa que
llevaba en la mano. Al instante reconocí el logo de un restaurante.

Miré al señor Castillo y, como si hubiera estado esperando que le
prestara atención, me dijo:

a —¿Recuerdas que puedes llamarme Aiden?

Por el rabillo del ojo, vi que Lucas apretaba la bolsa con fuerza.

s Volví mi atención al rostro de Lucas. Tenía una expresión neutra y la
sonrisa tensa.

—Lucas. —Odié cómo apretó la boca en una mueca que no era su
asonrisa—. ¿Te acuerdas de Aiden, el contratista?

Lucas le hizo una inclinación de cabeza.

o —Sí, me acuerdo.

- Aiden le correspondió:

a —Me alegra volver a verte, Lucas. Eres el… —Dejó la frase
rinconclusa.

o Pensé que me daría un ataque al corazón en la espera de que acabara la
.frase, aunque no tenía ninguna razón para esperarla.

l —… el amigo de Rosie —añadió Lucas después de los que me
eparecieron los cinco segundos más largos de mi vida.

, Y mentiría si dijera que sus palabras no me dolieron un poco. Porque

así fue. Por más que fuera cierto.

—Vale, vale. —Aplaudí con suavidad y dejé de lado lo que no valía la pena sentir—. Todos nos acordamos de todos, eso está bien. Muy bien.

Mi mirada iba de un hombre a otro y, al final, se quedó en Aiden, a quien todavía le debía una respuesta.

El amigo de Rosie.

Lucas y yo éramos amigos.

Entonces, le podía decir que sí a Aiden. Podía tener una cita con él rSolo sería eso, una cena, pero podía ir. Quizá hasta debería hacerlo. Perc cada célula de mi cuerpo me decía que había comida para dos en la bolsa oque Lucas llevaba en la mano. Que él ya había planeado cenar conmigo como hacíamos cada día. Y, aunque no significase nada para él, no más que pasar el rato con su compañera de piso, su amiga, lo había hecho por emí. Tanto que me di cuenta de que me moría de ganas de que fuera Lucas el que me invitara a salir. Que quisiera salir conmigo, Rosie. Tener una ecita real.

Pero Lucas no tenía citas reales. Ya no. No por ahora. Lo había dejadc muy claro.

—Gracias, Aiden. —Le sonreí con amabilidad—. Pero creo que me avoy a casa.

Estaba ocupada evaluando su reacción, porque me ponía muy nerviosa idecepcionar a la gente, y porque me caía bien, así que no quería que se sintiera incómodo, cuando Lucas habló:

—Conmigo —dijo, e hizo que el corazón me latiera con fuerza—. Se va a casa conmigo.

El tono no había sido alto ni insolente. Ni siquiera había inyectadc eemoción a sus palabras, algo muy raro en él. Y, aun así, ese «conmigo» había sido tan poderoso, tan significativo, que supe que pasaría mucho atiempo antes de que pudiera olvidarlo.

Porque lo había dicho como si fuéramos algo más.

—Sí. —Me vi en la necesidad de explicar. ¿A Aiden? ¿A mí misma? No lo sabía—. Vivimos juntos mientras sigan las obras de mi piso.

Por la expresión de Aiden, vi que lo había entendido.

—¡Ah, claro! Tiene sentido. —Asintió con la cabeza—. Creo que Ed
ael señor Allen, te llamará en algún momento de la semana que viene para
informarte de cuando puedes volver. —Me dedicó una última sonrisa—
aQue tengas una buena noche, Rosie. —Se giró a su izquierda—. Lucas.

Y, con eso, Aiden salió por la puerta.

Cuando por fin miré a Lucas, me encontré con sus ojos. Su expresión
seguía igual. Sin emoción.

. —¿Vamos?

o —Ajá —respondí, recogiendo mis cosas y metiéndolas en la bolsa—
aAiden me ha dicho que es probable que el viernes ya pueda volver a casa
,—Al escuchar el tono sombrío de mi voz, fingí un entusiasmado—
s¡Hurra!

r Lucas dudó un segundo, pero luego, una sonrisa genuina y rea
sapareció en su rostro (nada que ver con lo que había estado luciendo hasta
aahora).

—¡Eso es genial, Ro! —Me puso las manos sobre los hombros y me
odio media vuelta para quedar cara a cara antes de atraerme hacia su pecho
Y yo… me derretí, porque era tonta e indefensa en todo lo que lo
einvolucraba—. Es una gran noticia. —Al menos alguien creía que lo era
Me soltó y me miró mientras me separaba un poco. Cogí mi chaqueta y
atraté de esconder mi expresión aturdida—. Deberíamos celebrarlo —
esugirió, y asentí con entusiasmo fingido—. Lo bueno es que traigo pollo
frito japonés. Para dos. En realidad, tal vez para cuatro. —Levantó la bolsa
ey se me estrujó el corazón, porque no me había equivocado. Había
comprado comida para ambos. Por supuesto que sí—. Podemos abrir una
obotella de vino si quieres.

› —Suena genial. —Solo logré esbozar una sonrisa insegura.

o Lucas cogió mi bolsa y se la colgó del hombro.

—Pues vamos a casa. —Retrocedió un poco y me cedió el paso—
Después de ti, *preciosa*.

? Me tambaleé un poco al escuchar esa palabra, pero continué como si
nada.

«Vamos a casa».

A casa. Con Lucas.

Aunque no por mucho más.

A casa. Con Lucas.
Aunque no por mucho más.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 20
Lucas

CELOS. ESTO ERA NUEVO.

No se parecía en nada a aquellas reacciones rápidas e inconscientes que había experimentado en el pasado. Oh, no, esto era más intenso que rápido y, sin duda, consciente. Era un todo en uno. Te hierve la sangre, te desgarra y hace que tengas ganas de rugir.

Debería haber dicho algo en la cafetería. Me hubiera gustado marcar mi territorio y decir que era mía, como un auténtico neandertal. Un animal.

Justo como me había comportado en la fiesta de Halloween.

Pero se suponía que no debía pensar en eso.

Los últimos días lo había intentado con todas mis fuerzas, fallando estrepitosamente. Había fingido que no pensaba en esos momentos cuando Rosie se mordía el labio o cuando se me acercaba y me llegaba una ráfaga de su aroma. O cuando nuestras manos se rozaron al pasarle las palomitas de caramelo y sal que le había hecho.

A veces, buscaba excusas para tocarla, como decirle que tenía algo en el pelo. O que había pensado que tenía algo pegado a la ropa. Otras veces la tocaba y no se me ocurría ninguna excusa a tiempo, así que me limitaba a sonreír como un idiota redomado mientras esperaba lo mejor.

Y aquí estaba, muerto de celos. Como si tuviera derecho a reclamarla como mía por el mero hecho de haber tenido un par de citas, todas parte de un experimento, y haberle susurrado un par de guarradas al oído.

¿Cómo me atrevía a reclamarla como mía si eso era lo único que había pasado?

Se merecía a un hombre con traje que la llevase a algún restaurante de moda de Manhattan. Y yo… ni siquiera tenía un esmoquin, ni una camisa o un bléiser, Virgen Santísima.

Era para echarse a reír, la verdad.

No era de extrañar que Lina hubiera perdido la cabeza ante la idea de que fuéramos… lo que sea, algo, o cualquier cosa.

—¿Lucas? —La voz de Rosie me devolvió a la realidad mientras salíamos de la estación del metro más cercana a nuestra casa. Nuestra casa, que ni siquiera era nuestra, y que pronto dejaríamos de compartir.

Suspiré.

—¿Sí, Ro?

—Estaba pensando —comentó, tan despacio que me hizo mirarla de reojo—. En realidad, no lo he pensado mucho, pero me preguntaba, ahora que nuestro experimento ha funcionado y me he puesto a escribir, si sigue teniendo sentido.

—¿Qué quieres decir? —Apreté con fuerza la bolsa que llevaba en la mano.

—Bueno, ya me has ayudado mucho, ¿sabes? Creo que ya lo tengo todo bajo control. Me ha costado, pero ya no estoy perdida, volando sin rumbo por el espacio. Y dijimos que no permitiríamos que este acuerdo cambiase las cosas entre nosotros y nos hiciera estar incómodos, pero no… —exhaló con fuerza por la boca—. No sé, Lucas, me he sentido rara en la cafetería, así que…

Se detuvo. Miraba en todas direcciones para evitar mi mirada. No me gustaba ni un pelo. Quería que me mirara, sobre todo tratándose de un tema tan importante.

Me paré en medio de la acera y esperé hasta que me miró a los ojos.

—¿Quieres salir con él? ¿Con Aiden? —pregunté, y mantuve la voz lo más calmada que pude. Porque si era el caso, quería oírlo de su propia boca. Necesitaba escucharlo—. ¿Quieres tener citas reales?

Quería retirar la palabra «reales», porque lo que había pasado entre nosotros en esas dos citas experimentales, o incluso en el baile de máscaras, no había sido ficticio, forzado ni irreal. Pero había usado esa palabra porque, si quería salir con otros hombres, ¿quién era yo para impedírselo?

Aunque a ella no pareció importarle, y mentiría si dijera que no me produjo resquemor.

—Puede que sí. No con Aiden, pero sí tener citas reales.

Por supuesto que quería.

Y eso fue como si me dieran un puñetazo.

¿Podría dárselo? No, no podría, porque ya me iba. Quería darle cosas que no tenía.

Seguro que se dio cuenta de que pasaba algo, porque frunció el ceño confundida.

—Esas tres citas experimentales han sido mejores de lo que hubiera imaginado.

—Dos. —Con sutileza, le coloqué la palma de la mano en la parte baja de la espalda y seguimos caminado —. Solo hemos tenido dos citas, Ro.

—Pensé que el baile contaba como una.

Retiré el brazo para reajustarme la correa de la bolsa, solo para no hacer algo estúpido. O imprudente.

—¿Por qué? No planeé nada. De hecho, no hice nada.

Fase tres. Deseo. Intimidad. Seducción.

Recordaba esos tres puntos a la perfección. Les había dado muchas vueltas.

—Sí que lo hiciste, Lucas —señaló, y volvió la vista al frente—. En la fase tres, se pone en marcha la conexión física. El deseo se vuelve intangible, una cosa viva y palpitante entre las dos… partes. Se trata de romper la barrera que te sostiene y dejar que todo fluya. Ver si esa persona te atrae lo suficiente como para hacerte querer ir más allá. Avanzar hacia la intimidad física.

—Ya veo. —No solo lo veía; lo sentía en mi pulso. Lo sentía palpitar en mi cuerpo.

Rosie soltó una risita sutil y cohibida.

—Creo que nunca me han seducido como es debido —aclaró, como si eso no me hiciera querer aullarle a la luna como un lunático. ¿Qué mierdas me pasaba? Y continuó—: Por supuesto, todos los hombres con los que he salido han dicho o hecho cosas para quitarme las bragas. Con éxito, se podría decir. —Esa declaración no logró apaciguar a la bestia, si tener los nudillos blancos por apretar la bolsa con demasiada fuerza era indicación

de algo—. Pero nunca algo como, ya sabes, lo que pasó.

«Lo que pasó».

Antes de saber lo que estaba haciendo, dejé de moverme.

—Rosie…

—No quiero que las cosas entre nosotros empiecen a ser incómodas —,me interrumpió y se detuvo un paso por delante—. Porque estoy segura de que fue un error de juicio o algo así. —Se sonrojó—. Quiero decir, te tuve aque forzar, y me refiero a literalmente. Pero cuenta. Forma parte de la investigación.

¿Eso era lo que pensaba?

—¿Forzarme? —escupí, y di un paso hacia ella—. ¿Crees que tuviste que forzarme? ¿En nombre de la investigación?

—No tienes que darme explicaciones. Y tampoco debería haberlo dicho de esta manera.

Rechiné los dientes. Mi incredulidad se convirtió en frustración porque ¿cómo podía pensar que…?

—Rosie —comencé, y me aseguré de acercarme todo lo posible aunque sin tocarla. Porque sabía que, si lo hacía, sería incapaz de seguir ajugando—, si no fuéramos amigos, si no fuéramos tan buenos amigos, te ellevaría a algún rincón oscuro y te arrancaría la ropa con los dientes. Ni esiquiera necesitaría una razón para hacerlo. Así podría verte, tenerte para ámí —confesé con voz áspera y observé como cerraba los ojos.

Rosie entreabrió la boca y, cuando sacó la punta de la lengua para humedecerse los labios, fue físicamente imposible seguir conteniéndome rDios, quería tocarla, lamerla entera, besarla por todas partes.

Retrocedí con un movimiento brusco. Luego, me adelanté y, como si algo me obligara, le cogí la mano.

—Cuenta la fiesta de Halloween como una cita si quieres —acepté, y sla obligué a seguir caminando conmigo—. Pero dijimos que tendríamos ecuatro. —Me apretó la mano—. Y ya he planeado la siguiente. Iba a edecirte que te reservaras el jueves. —Y recordé la gran noticia de Aiden sCastillo—. O si tienes que hacer las maletas, podemos posponerlo. Me nparece…

—No —respondió, al fin, y la manera en que lo hizo me llevó a echarle un vistazo—. El jueves va bien. Cita anotada. —Asentí con la cabeza apartando la mirada y cerrando la boca antes de decir algo estúpido, como que ninguno de los dos habíamos usado la palabra «experimental». A -cabo de unos minutos, cuando estábamos subiendo las escaleras cogidos ede la mano, Rosie me dijo—: ¿Lucas?

e —¿Sí?

a —Espero… Espero que esto te haga feliz.

Confundido por sus palabras, fruncí el ceño. Iba a decir algo en cuanto llegamos al pasillo y vi la puerta abierta de par en par.

e Se oyeron gritos en el interior y luego, una imagen borrosa de pelaje negro se lanzó hacia mí.

o —*Pero ¿qué cojones…?*

Me derribó. Aterricé de culo en el suelo frío antes de que una bola de ,calor se instalase en mi regazo. Desde el interior del piso, se escuchó:

—*¡Te dije que lo sujetaras!*

, Baje la vista, la familiaridad de la bola peluda que se acurrucaba a m ralrededor me golpeó como un tren de carga.

e —¡Taco! —lo llamé y sentí la emoción en mi voz—. *Taco, chico, ¿que ihaces aquí?* —Mi pastor belga me saltó a los brazos y dio vueltas a m aalrededor antes de volver a mi regazo y darme un lengüetazo húmedo Traté de murmurar algo, pero me había quedado sin palabras. Me invadía ala felicidad de ver a mi cachorro, de tenerlo conmigo. Le di un beso fuerte .en el pelaje, lo solté y dejé escapar una carcajada—. No me creo que estés aquí. —Le di una palmada en las costillas. Gimió—. Yo también te he iechado de menos, chico. —Dios si lo había hecho. Mucho. Poco a poco empecé a ser consciente de lo que me rodeaba y, para sorpresa de nadie, lo /primero que vi fue a Rosie. Estaba de pie a un par de metros a mi derecha scon los ojos llorosos, a pesar de la sonrisa radiante que tenía en la cara— aTaco está aquí —le comenté, como si no pudiera verlo. Asintió con la ıcabeza, con una sonrisa inmensa. Su mirada se concentró en mi pierna elesionada—. Estoy bien. Estoy más que bien —murmuré antes de que me preguntara.

Volvió a asentir.

—*Hermanito* —me llamó una voz inesperada—. *Este perro es incontrolable*.

—¿Charo? —chillé. También estaba ahí, apoyada en el marco de la puerta. Dos cabezas aparecieron detrás de ella.

—¡Sorpresa! —gritó Lina con Aaron detrás—. Bueno, nosotros no somos la sorpresa. Son Charo y Taco. Solo hemos venido para reírnos un rato y pedirte la custodia compartida. ¿Por favor? ¿Si no esta noche, tal vez mañana?

—Pero… —empecé a decir, luego me contuve—. ¿Cómo?

El pelo rojo fuego de Charo se balanceó cuando se encogió de hombros.

—Me apetecía embarcarme en una aventura y, ¿te acuerdas de la tía Tere? Bueno, la prima de su mejor amiga es azafata y…

—Charo —replicó Lina—. *No te enrolles*.

Mi hermana suspiró.

—*Ay*, en fin. Hemos cogido un vuelo para verte. Sobre todo Taco, que se va a quedar contigo. Yo pasaré un par de noches con Lina y Aaron y después cogeré un vuelo a Boston para visitar a mi amiga Alicia, que se trasladó el año pasado, después de…

Lina le dio otro codazo a mi hermana para que se callara.

Taco, que se había calmado, estaba acurrucado entre mis piernas Lo acaricié entre las orejas sin pensarlo demasiado.

—¿Cómo has viajado con él? ¿Cómo…?

—Bueno… —Charo me interrumpió con una sonrisa traviesa—. Tiene gracia que me lo preguntes.

Fruncí el ceño.

—Nos aseguramos de que viajara seguro y cómodo —dijo Lina.

Negué con la cabeza. Estaba a punto de darles las gracias y decirles lo que esto significaba para mí, cuando Charo aclaró:

—Rosie se ha encargado de todo. —Giré la cabeza en su dirección Tenía los ojos como platos—. Investigó qué necesitábamos para que Taco volara en cabina. Hasta se encargó de la mayoría del papeleo y de pagarle

el billete. En realidad, todo esto fue idea suya.

Rosie se sonrojó cuando murmuró:

—Se suponía era un secreto, ¿te acuerdas, Charo?

—*¡Ay, mujer!* —se rio Charo—. Eres parte de la familia, y la familia no se guarda secretos.

«Eres parte de la familia», le había dicho a Rosie. Y se me llenó el pecho ante esa posibilidad.

—¿Tú has hecho esto, Ro? —pregunté con voz áspera—. ¿Por mí?

Rosie se encogió de hombros.

—Lina me contó que Taco tenía entrenamiento en apoyo emocional, y con Charo…

—Todo se solucionó —la interrumpió mi hermana—. No hay necesidad de entrar en detalles.

Tragué con fuerza. Mi mente intentaba unir las piezas.

Sabía que Charo había impedido adrede que Rosie siguiera hablando pero no entendía qué tenía que ver con que Taco estuviera aquí. Rosie lo había hecho. Por mí. Para hacerme feliz.

Quería arrojarme a sus pies porque nadie había hecho algo así de reconsiderado por mí. Algo así de personal.

Quería rodearla con los brazos y darle las gracias, adorarla, asegurarme de que supiera lo agradecido que estaba. Joder. La quería. Ahora más que nunca.

Taco ladró y me sacó de esos pensamientos. Rosie se acercó con cuidado, con la mano extendida.

—¿Puedo?

—Por supuesto. No muerde —le aseguré, y cuando se puso a nuestro lado, susurré, para que solo ella me oyera—: Pero yo, en cambio, podría comerte ahora mismo.

Rosie resopló, como si acabara de gastarle una broma. Pero lo había dicho muy en serio. Y empezaría por la boca.

Luego, dijo en voz muy baja:

—Quiero gustarle.

—Rosie —empecé a decir, muy consciente del grupo que nos rodeaba

—, Taco te va a… —Se abalanzó sobre ella, y la tiró al suelo—… adora
—terminé, al verlo plantarle besos por toda la cara. Rosie se rio, como s
fuera lo mejor que le hubiera pasado—. Taco te adorará.

Todo lo que había sentido esa noche volvió a mí. No me lo creía, no lo
habría creído si no lo hubiera sentido en lo más profundo de mi interior.

Pero no podía negar que estaba celoso de mi perro por estar en sus
brazos, dándole todos los besos que quisiera.

¡Ay, los celos! Mis viejos amigos.

—, Taco te va a… —Se abalanzó sobre ella, y la tiró al suelo—… adorar —terminé, al verlo plantarle besos por toda la cara. Rosie se rio, como si fuera lo mejor que le hubiera pasado—. Taco te adorará.

Todo lo que había sentido esa noche volvió a mí. No me lo creía, no lo habría creído si no lo hubiera sentido en lo más profundo de mi interior.

Pero no podía negar que estaba celoso de mi perro por estar en sus brazos, dándole todos los besos que quisiera.

¡Ay, los celos! Mis viejos amigos.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 21
Rosie

HABÍA ALGO DISTINTO EN LUCAS.

Y no estaba hablando de la camisa y el traje de dos piezas.

Tampoco de su pelo, que se lo había peinado de manera que me hizo desear pasarle la mano, para verificar que era tan suave y sedoso como parecía.

Había algo en la forma en que sonreía, se movía y hasta respiraba cerca de mí. La manera en que me había susurrado al oído lo preciosa que estaba esa noche. La manera en que me colocó la mano en la parte baja de la espalda cuando entramos al restaurante de Alexia. Volvía a percibir esa intensidad, pero esta vez… era más fuerte. Mejor, más potente, había vuelto con una fuerza inexorable y distinta.

Era como la fuerza de la gravedad.

Miré a nuestro alrededor, observé cada detalle de Zarato y me quedé impresionada. Era como estar en una burbuja, en un sueño en el que no estábamos destinados a ser solo amigos o compañeros de piso, en el que el motivo de esa noche no era ayudarme con mi escritura ni tener la última cita experimental con Lucas. Un sueño donde éramos reales, permanentes.

Suspiré, volví a la realidad y sentí las paredes de esa burbuja cada vez más finas.

«Pero no ha estallado», me dije. «Todavía no. Porque aún tengo esta noche».

Era la primera vez que iba a cenar a un restaurante como este, por eso quería asegurarme de disfrutar tanto de la experiencia como de la compañía del hombre maravilloso que tenía sentado al lado.

El ambiente era refinado pero distendido, y nosotros nos habíamos sentado en la barra de elegante hierro forjado en forma de herradura. El mejor sitio, según Alexia, que nos dio la bienvenida al llegar.

La mano de Lucas me rozaba los omóplatos. Ese contacto me irradiaba

escalofríos a los brazos, y me felicité por mi decisión de llevar un vestido con la espalda destapada a pesar del frío y el cielo encapotado.

—Pareces feliz —me dijo Lucas con la voz grave y áspera que había estado usando toda la noche—. ¿Te ha gustado todo?

—Estoy feliz. —Le sonreí, y cuando sus ojos bajaron a mi boca, se le oscureció la mirada. Mis siguientes palabras me dejaron agitada—: Todo ha sido espectacular. Muchas gracias por traerme aquí.

—No querría estar con nadie más esta noche.

El corazón me dio un vuelco ante sus palabras, con hambre de más. Aunque fuese lo más estúpido que podría haber dicho, me vi a mí misma en la necesidad de restarle importancia a la situación:

—¿Ni siquiera con Taco?

—No —respondió, negando con la cabeza, como si hubiera dicho algo grave. Luego inclinó la cabeza y se acercó hasta que nuestras narices casi se rozaron—. Eres la única persona que quiero aquí conmigo, con la que compartir la cena y que te sientes tan cerca de mí que me cueste controlar las manos.

Y yo…

«Vale, lo he pillado», pensé.

Los latidos de mi corazón estaban bajo control, y la manera en que sentía palpitar ciertas zonas de mi cuerpo era cien por cien imperceptible.

Necesitaba decir algo. Cualquier cosa. Que la conversación siguiera fluyendo.

—Creo que… Creo que la fusión entre la comida argentina y la japonesa es mi nueva obsesión.

Lucas soltó una risita y se separó unos centímetros.

—Alexia y Akane han hecho un trabajo increíble con el menú de degustación. Soy incapaz de escoger un plato favorito.

Las especialidades de la fusión argentino-japonesa de Zarato habían cobrado vida después de que Alexia se enamorara y casara con Akane, su *sous chef*. Y eso había elevado la reputación y la posición del restaurante. Es lo que nos había contado Alexia durante un breve recorrido por la cocina y el restaurante. Un recorrido en el que vi a Lucas mirarlo todo con

asombro, con ese interés que solo le había visto mientras cocinaba. Estaba tan absorto que ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba observando, que ame lo estaba grabando en la memoria.

Rozó uno de los tirantes de mi vestido con los dedos y desvió todos emis pensamientos.

—¿Cuál ha sido tu favorito? —me preguntó en voz baja—. El que has disfrutado más.

—Me ha encantado todo. —Pero estuve tentada de decirle: «A ti. Te .disfruto a ti. Tú eres lo que más disfruto».

—Sé que tienes favorito, Rosie —sugirió con una sonrisa cómplice— Y creo que puedo adivinar cuál, pero quiero oírlo de tus labios.

Lo tenía.

«Me conoce tan bien a estas alturas».

—Ha sido el *mochi*.

Asintió con un murmullo y me recorrió la columna con el dedo pulgar rdeteniéndose en el borde bajo de la espalda.

—Lo supe en cuanto le pegaste el primer bocado. Fue el relleno de *dulce de leche*, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y sentí que suspiraba ante las palabras que decía een español. Nunca iba a superar ese acento.

—¿Qué ha sido eso? —interrogó con una nueva chispa de interés en la amirada—. Eso que has hecho.

Diablos, podía ser muy perceptivo. Tragué con fuerza.

—Nada. Estaba pensando en el *mochi*.

—No, nada no. Has soltado un pequeño suspiro. —Y para mi sorpresa llevó ese dedo pulgar, con el que había estado acariciándome la espalda, a emi mejilla. Me rozó la piel en llamas—. Y aquí está. Este precioso rubor ¿Qué lo ha causado, Rosie? —Bajó la voz—. ¿Qué te hace acalorar tanto? —Sus palabras me resonaron en los oídos y llegaron hasta un punto entre amis muslos. Pasaban los segundos y no respondía. Para ser sincera, no me .creía capaz de hacerlo—. ¡Ey! —Lucas peinó un rizo que se había fugado ade la trenza suelta que había intentado hacerme esa noche. Cuando mentreabrí los labios, me lo puso detrás de la oreja con tal suavidad que me

adejó otra vez sin aliento—. No seas tímida, Rosie. Soy yo.

e ¿Y no era ese el problema? ¿Que yo fuese tan transparente y me afectase tanto que estuviese ahí conmigo?

s Un segundo después, por fin admití:

—Ha sido tu mano. En mi espalda. Y que hablases en español. Todo ha ssido tan… seductor. Sobre todo las palabras.

Un interés le brilló en la mirada.

e —¿Qué ha tenido de seductor, en concreto?

Continué con la verdad, porque ¿qué podía perder?

. —El *dulce de leche* —dije, segura de que mi pronunciación no se podía comprar con la suya—. Es que me ha parecido… muy *sexy* cuando lo has dicho.

Lucas parpadeó, un solo parpadeo lento. Luego se le llenaron los ojos de algo más. Algo malicioso y un poco oscuro.

, —Te gusta que hable en español.

Sí. Por supuesto que sí.

e —Creo que sí.

—Puedo decírtelo otra vez. ¿Te gustaría? —ofreció, y en vez de aesperar mi respuesta, que hubiese sido algo como «sí, por favor, señor, ¿y podría grabarlo también? Así podría escucharlo siempre que quisiese», se ame acercó. Mucho. Demasiado. Hasta que casi me rozó la oreja con los labios—. *Dulce de leche*. —Si hubiera podido evaporarme en una nube de vapor, lo habría hecho. Así de caliente me ponía este hombre con nada más que tres palabras que no deberían ser excitantes. Pero yo lo estaba ,Dios mío. Estaba muy excitada—. ¿Te ha gustado? —preguntó, dejando la aboca donde estaba. El contacto de sus labios sobre mi piel me enviaba .onda tras onda de escalofríos hacia los brazos—. ¿Quieres más?

? Para mi sorpresa, asentí con la cabeza y respondí:

e —Por favor.

e Lo oí inhalar profundo y lento. Luego, me susurró:

o —*Eres preciosa. Me recuerdas a una flor. A una rosa*.

o Entreabrí los labios. Se me agitó todo el cuerpo.

e —¿Qué significa?

La voz de Lucas apenas se oyó cuando contestó:

—Que eres preciosa. Me recuerdas a una flor. A una rosa. —Me dejó sin aliento—. Te sonrojas como una. Te pega tanto. Eres tan… maravillosa, joder.

Y yo… no estaba bien.

Lo que sentía no era normal. La manera en que se me aceleraron las pulsaciones, con necesidad, deseo y ansia por él, de ninguna manera podía ser normal.

No podía serlo. Y si lo era, no me veía capaz de soportarlo. Era demasiado.

Pero Lucas lo había dicho; me había llamado preciosa. Había dicho que era maravillosa. Y… sabía lo que eso significaba. Lo sabía en lo más profundo de mí.

«Nunca me había sentido tan viva», pensé.

Pero no podía permitirme reconocerlo a viva voz. Porque se suponía que esta noche era para investigar, era parte de un experimento (nuestra última cita), y, en este momento, supe que existía la posibilidad de que se me rompiera el corazón. Quizá pasaría al día siguiente, al volver a mi piso y dejar de verlo cada día. O en cuestión de semanas, cuando él estuviese en España.

Dejé salir mi respiración con un sonido ronco, inestable.

—Gracias.

Lucas se echó con lentitud hacia atrás.

—¿Gracias?

Aunque no quería dejar de mirarlo, desvié la mirada.

—Sí. Ha sido un gran gesto simbólico digno de esta clase de noches.

Porque de eso se trataba la velada: fase cuatro, el gran gesto simbólico.

En general, en las novelas, ocurría después de una crisis donde los sentimientos se ponen a prueba. Pero, en este caso, al tratarse de un experimento, eso no tenía sentido, así que lo habíamos pasado por alto.

Lucas se quedó en silencio. Me miró y me dedicó la sonrisa más pequeña de todas.

Cogí mi copa de vino, medité mis próximas palabras y me decidí por

algo que se me pasó por la cabeza pero que nunca le había preguntado:

—¿Puedo hacerte una pregunta, Lucas?

—Sabes que me puedes preguntar cualquier cosa.

—Nunca hablas de España. —Estaba tentando a mi suerte. Sabía que no quería hablar de su lesión ni de lo que fuera que le hubiese pasado sPero no podía dejar de pensar en qué pasaría cuando volviese—. Solo amencionas a tu abuela. Y a Taco. —Hice una pausa—. Ya sabes, el plan era que tu abuela volara con Taco. Pero dijo que ya había tenido suficiente acuando visitó a Lina hace un par de años. Dijo que todo en Nueva York era tan grande que se le ponía… ¿Cómo era la expresión? Charo fue pincapaz de traducirla.

Soltó una risita, pero sin ganas. Luego, preguntó:

—*La piel de gallina*. Se refería a que la ciudad la abrumó. ¿Qué quieres saber, bella Rosie?

Todo.

—¿Lo echas de menos?

—Sí y no.

Me moví hacia el borde del taburete y mis rodillas se ubicaron en el espacio que había entre las suyas.

—¿Qué echas de menos?

Pareció desmoralizarse ante la pregunta, así que le puse la mano en la rodilla. Presionó su muslo contra el mío como respuesta.

—Echo de menos… mi vida. Mi vida como era antes. Algunos días me despierto y me olvido de todo lo que pasó, y mi mente empieza a pensar a qué playa ir antes de que se llene de gente. Entonces me acuerdo de todo.

—¿Te acuerdas de qué?

Su mirada se centró en mis dedos, que descansaban sobre su rodilla.

—Que ya no estoy ahí. Que ya no soy el mismo.

—Lucas —dije, y lo que escuchó en mi voz, sea lo que fuere, hizo que me quitara la mano para entrelazarla con las suyas—. ¿Por qué has svenido? ¿Te estás escapando de algo? ¿De lo que te pasó?

Se llevó nuestras manos a la boca y posó los labios en mi muñeca.

—No estoy huyendo, *ángel*. Algunos días ni siquiera me muevo.

Ángel. Se me aceleró el corazón.

—¿Qué necesitas? —le pregunté, porque sea lo que fuere, quería dárselo—. Para sentir que sigues adelante.

Buscó algo en mi cara.

—No lo sé, Rosie. Y eso es lo que más miedo me da.

Se me rompió el corazón. La necesidad de hacer que todo mejorase ıcrecía a cada minuto.

—Recorreremos este camino de la mano —anticipé mientras se la ‹sujetaba con fuerza—. Nos quedaremos juntos. Hasta que lo descubras.

«Y también me voy a quedar con ese *ángel*».

Para cuando se fuera y tuviese de tirar de recuerdos. Para cuando ya no esté conmigo.

No habló. Al cabo de unos minutos, rompió el silencio:

—Espero que estés lista para tu gran gesto simbólico.

Ángel. Se me aceleró el corazón.

—¿Qué necesitas? —le pregunté, porque sea lo que fuere, quería dárselo—. Para sentir que sigues adelante.

Buscó algo en mi cara.

—No lo sé, Rosie. Y eso es lo que más miedo me da.

Se me rompió el corazón. La necesidad de hacer que todo mejorase crecía a cada minuto.

—Recorreremos este camino de la mano —anticipé mientras se la sujetaba con fuerza—. Nos quedaremos juntos. Hasta que lo descubras.

«Y también me voy a quedar con ese *ángel*».

Para cuando se fuera y tuviese de tirar de recuerdos. Para cuando ya no esté conmigo.

No habló. Al cabo de unos minutos, rompió el silencio:

—Espero que estés lista para tu gran gesto simbólico.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 22
Rosie

—No sé si lo he hecho bien —lo escuché decir a mi espalda mientras mi tapaba los ojos con ambas manos.

Después de salir del restaurante, Lucas me había guiado hasta el ascensor para subir al último piso.

Antes de que las puertas se abrieran, me advirtió que cerrara los ojos. Después me los había tapado «por si acaso».

Caminamos muy despacio. Lucas me iba guiando, pero, en un momento, me tropecé con sus piernas y me sujeté a sus muñecas para evitar caerme.

—¿En serio esto es necesario?

—Sí —confirmó, y me hizo parar—. *Cosmo* dice que el elemento sorpresa es muy importante.

—¿*Cosmo*? —Solté una carcajada—. ¿La revista *Cosmopolitan*?

—¿Te hace gracia? —preguntó, con voz divertida.

—No. —Le solté las muñecas—. Pero que suenas como un personaje de comedia romántica de los noventa. —Movió las manos, tapándome los ojos solo con una. Fue entonces cuando sentí que, con la otra, me hacía cosquillas en la cintura. Me dio un ataque de risa—. ¡Ey! ¿Por qué me haces cosquillas? Era un cumplido. No hay nada mejor que Matthew McConaughey a principios del 2000. —Esperé que se riera, pero no lo hizo—. Ha sido una broma inocente.

—No hay nada de inocente en eso, Rosie. Sabes lo mucho que me gusta —repuso. Y antes de que pudiera pronunciar otra palabra, me rodeó la cintura con los brazos. Las puntas de sus dedos hicieron contacto con la piel desnuda de mi espalda—. Cuidado con el escalón —dijo antes de levantarme en el aire. Al segundo, me dejó en el suelo. Y yo… estaba demasiado aturdida para darle las gracias. Lucas, enigmático, se rio por lo bajo mientras volvía a ponerse en marcha—. Para que lo sepas, he usado

otras fuentes aparte de las revistas. —Giramos a la derecha antes de para por completo—. Espera un segundo. Mantén los ojos cerrados. Ahora vuelvo. —Escuché sus pasos mientras se alejaba. En la distancia, comentó —: He visto algunos finales de películas. Clásicos, en su mayor parte. Hasta que descubrí que la gente hacía compilaciones de grandes gestos simbólicos y las subían a YouTube. —Su voz se acercó más, y entonces volvió a ponerme las manos encima. Esta vez, en la cintura. Mi corazón latía con fuerza—. Y también leí tu libro. El final fue una referencia bastante buena. Esclarecedora. —El final de mi libro. Ese que había escrito. Lucas se lo había leído—. Ya puedes abrir los ojos.

Como si hubiese puesto el piloto automático, mis párpados se levantaron.

Y… Dios. Ojalá nunca lo hubiera hecho. Ojalá no hubiera abierto los ojos ante algo como esto.

Porque lo que había estado sintiendo hasta hacía unos segundos minutos, horas, no había sido nada, nada en absoluto, en comparación con lo que me inundaba el pecho ahora. El cuerpo. Me sentí tan ligera, tan eufórica y conmovida que podría haber salido volando por los aires y flotar en la oscura noche.

—Lucas —susurré.

Sus manos se arrastraron hasta mis hombros. Sentí sus palmas cálidas muy cálidas, contra mi piel. Preguntó:

—¿Qué te parece?

Estábamos en la azotea del edificio. La mitad era un invernadero, con flores de todos los colores, mientras que la otra la mitad estaba al aire libre, expuesta al cielo nublado de noviembre, que parecía iluminado por luces multicolores que se entrelazaban por encima de nuestras cabezas.

Era un sitio precioso. Mágico. Trascendental. No había acabado y ya sabía que se convertiría en un recuerdo inolvidable.

Recordé las palabras de mi padre: «Elige siempre al chico que te plante un jardín, no el que solo te trae flores, Frijolito».

—No sé si lo he hecho bien —confesó Lucas—. Este es mi primer gran gesto simbólico.

Negué con la cabeza al luchar contra la emoción que me obstruía la voz.

—Es perfecto, Lucas. Todo es tan bonito, no… —Dios, necesitaba mantener la calma. No podía dejar que supiera todo lo que estaba sintiendo—. No cambiaría nada. Ni una sola cosa.

—Me halagas, *ángel*. Pero esto no es todo. Esto no es lo que esperaba haber hecho bien.

Bajó la cabeza y me rozó la mejilla con los labios con mucha suavidad. Me sorprendió lo diferente que fue en comparación con cada una de las veces que lo había hecho antes. Además, me rompió el corazón, porque quería mucho más que un simple beso en la mejilla.

Lucas me cogió de la mano y me guio hacia delante, hasta un banco donde había puesto una manta, un altavoz, una botella de vino y una caja rosa.

Se sacó el móvil del bolsillo y tocó la pantalla. La música llenó el espacio que nos rodeaba.

—Me dijiste que te hubiese gustado que nos conociéramos en la boda de Aaron y Lina —recordó con expresión sombría. Dio un paso decidido hacia mí—. Pensé que esta noche, por ser la última cita, podríamos fingir que nos estamos conociendo por primera vez. —Se me volvió a acelerar el corazón. Más fuerte. Más rápido. Me abrumó una emoción tan poderosa que hasta me costó respirar. Lucas sonrió, y fue una de sus raras sonrisas tímidas—. ¿Qué opinas? ¿Es un gesto simbólico suficientemente grande?

Este hombre amable, considerado y bueno, estaba ansioso por saber si me gustaba su gran gesto. Por si lo consideraba lo suficientemente grande.

Quería gritar. Gritarle al mundo por ser tan injusto. A él, por perseguir mi corazón de esa manera. Por conquistarlo en tan poco tiempo.

Porque lo había conquistado, ¿no? Me había hecho suya sin siquiera intentarlo de verdad. Sin que yo supiera el momento exacto en que había pasado.

Dios, le quería. Me había enamorado de Lucas Martín.

Y lo sabía con tal certeza que me oprimía el pecho.

Nunca creí que existiera esa posibilidad, no en realidad.

Ahí me quedé, sin aire, inmóvil, procesándolo todo, mientras observaba cómo Lucas se pasaba las manos por los muslos.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Sé que está muy lejos de ser un jardín con vistas al Golfo de Vizcaya, así que… también tengo esto.

Se arrodilló y buscó a tientas algo debajo del banco. Un haz de luz apareció e iluminó la pared que teníamos detrás. Fotos de la boda de Lina .y Aarón se proyectaron sobre la superficie lisa. El sitio, la ceremonia, las scaras felices de Lina y Aaron, la abuela, los padres de Lina, pequeños efragmentos de ese día se reprodujeron por toda la pared.

No podía hacerlo.

Con él, sabiendo que su presencia en mi vida tenía fecha de caducidad.

Me puso una manta sobre los hombros. Entonces me di cuenta de que estaba temblando.

—Di algo, Ro.

Ro.

Nunca me había llamado así en una cita. Esa era el apodo que usaba el presto de noches.

—Yo… —Respiré. No tenía palabras para explicarle todo lo que esto lsignificaba para mí. Que era maravilloso. Que me había enamorado de él a—. No me creo que hayas hecho todo esto. Que lo hayas planeado. Para smí. Eres…

Perfecto.

Maravilloso.

El mejor hombre que podría pedir.

Lucas inclinó su cuerpo para que solo pudiera mirarlo a él antes de rozarme la mejilla con la yema de los dedos.

—Rosie —dijo mi nombre con ternura, con tanta ternura que quise arogarle que se retractara—. Si hubiera ido a la boda —continuó, y me dejó de latir el corazón cuando nos miramos a los ojos—, te hubiera visto al otro lado del pasillo y habría dicho «¡guau!» —Hizo una pausa y se le iluminó la cara—. Esa chica me ha dejado sin aliento, ¡es preciosa! Y seguro que le encanta el pastel.

Una risita sutil se me escapó de los labios, aturdida por sus palabras.

Cogió la caja y tiró de la tapa para abrirla. Una sola rebanada de pastel de fresa y crema yacía sobre un pequeño plato. Y lo reconocí de inmediato. Era el que habían servido en la boda de Lina y Aaron. Pero ¿cómo?

Lucas sacó el plato, lo sostuvo en la palma de la mano y dejó la caja en el suelo. Luego, continuó:

—Habría cruzado el pasillo lleno de gente, pastel en mano, y me habría acercado a ti con una sonrisa deslumbrante.

Dios.

Todas esas mujeres que habían estado con él en el pasado habían sido estúpidas para dejarlo ir. Locas.

—Y yo… —Me fui apagando, la voz cargada de emoción. Necesité un momento para recomponerme—. Te habría mirado de arriba abajo con el ceño fruncido. —E hice exactamente eso—. Y hubiera pensado: «Es un bicho raro, pero al menos trae algo dulce». —Le quité el plato y, cuando se rio, añadí—: Y tiene la risa fácil, además de una sonrisa seductora, así que creo… Creo que me quedaré. Acepto el pastel.

Me recorrió el rostro con una mirada cálida.

—Porque soy un bicho raro, te hubiera preguntado si lo compartirías. Era lo mínimo que podías hacer después de haber llegado hasta a ti esquivando a los tíos borrachos y a las tías inquisitivas que querían saber si me iba a quedar soltero para siempre.

Sin importarme no tener un tenedor o una servilleta, le di un mordisco. Este pastel era más dulce, más suave y mucho mejor que el de la boda. Y supe, sin lugar a dudas, que lo había hecho él. Lucas había hecho este pastel.

Casi ni me salieron las palabras.

—Y yo quizá te hubiera dicho que tal vez estabas soltero porque ibas por ahí ofreciéndoles pastel a mujeres que no conocías. —Con las manos temblorosas, sostuve el plato delante de su cara—. Por eso, solo por esta vez, esta chica, que podría o no estar disponible, y que podría o no gustarte, iba a compartirlo contigo.

Lucas se inclinó, dio un mordisco por el otro lado y se lamió los labios para limpiarse la crema. Lo saboreó, exactamente como sabía que haría con sus ojos anclados a los míos. Y vi el movimiento de su garganta al tragar.

—Y después de darte las gracias, habría estado, con todo el respeto, en desacuerdo. —Incliné la cabeza y vi que se puso más serio—. Porque entonces habría sabido… —Lucas dio un paso hacia delante, con la barbilla inclinada por mirarme directamente a los ojos, y siguió—: Que estaba soltero porque nadie había acaparado mi atención ni me había distraído de mis pensamientos con tanta facilidad. No de la manera en que tú lo habías hecho.

Sus palabras bailaron a nuestro alrededor, danzando al ritmo de mi corazón.

La energía cambió mientras nos mirábamos fijamente, las cosas que no habíamos dicho colgaban entre nosotros.

La atmósfera se volvió más espesa, más pesada, y me pareció oír unos truenos en la distancia, pero estaba inmersa en un vacío. No me importaba nada más que él. Que nosotros.

Lucas me arrebató el pastel a medio comer y me quitó la manta de los hombros. Luego, me cogió la mano y llevó la otra a la parte baja de mi espalda.

—Entonces —prosiguió, con una voz que nunca le había escuchado una voz que nunca olvidaría—, te habría rogado que bailáramos una canción. O dos. O todas las que quedaban hasta que se acabara la noche y nos dolieran los pies. Después, te habría rogado que, por favor, me dejaras llevarte a mi casa. A mi cama. A mi corazón.

Sentí que me expandía, que flotaba y me fundía con el cielo tormentoso. Que, si no fuera porque los brazos de Lucas me anclaban al suelo, estaría a merced de la corriente del viento.

Como si lo hubiera sabido, me atrajo hacia él, comenzó a moverse al ritmo de la música y bailamos en silencio. Giramos y nos balanceamos. Me había rodeado la cintura con los brazos y mi mejilla descansaba sobre su pecho. Y, en aquel momento, me juré que nada, ni una sola cosa, me

spodría alejar de él. Ni un trueno, ni un incendio, ni siquiera el apocalipsis ,o King Kong escalando el edificio en el que estábamos.

l Nada.

Porque estaba en los brazos de Lucas, y sabía lo efímero que era ese ımomento.

e Que pronto lo perdería, tanto a él como a su cuerpo. Solo me quedarían alos recuerdos. Una marca que se desvanecería.

e Quizá fue por eso por lo que, cuando el cielo se iluminó con un arelámpago, no me importó. No lo solté.

e Y cuando las nubes temblaron con un trueno, permanecí en sus brazos.

Ni siquiera me moví cuando las compuertas del cielo se abrieron y el iagua comenzó a caer.

Fue su pecho lo que sentí temblar bajo mi rostro, con una risa y una ɔmaldición.

—Por el amor de Dios.

s Negué con la cabeza y me aferré a su cintura.

a —No me importa la lluvia.

—Te estás empapando, Rosie. Deberíamos irnos.

s —No —repuse, levanté la mirada para que pudiera verme—. Estoy ibien aquí. No me quiero ir.

Sonó otro trueno, como si el cielo me estuviera poniendo a prueba.

, Sin pensarlo, Lucas se quitó la chaqueta como pudo, con mis brazos aaferrados a su cintura, y la sostuvo por encima de mi cabeza. Nuestras ymiradas se encontraron.

s —Rosie, por favor. No puedes pillar un resfriado. ¿Qué pasará con tu libro? Tienes que entregarlo en menos de tres semanas. No te queda ɔmucho tiempo. Déjame llevarte a casa.

l Y ahí estaba, poniéndome por delante. Haciéndome imposible no quererle con todo mi corazón.

l —Pero ¿y tú? —Negué con la cabeza. El pelo se me pegaba a las ,mejillas porque la chaqueta que tenía por encima de la cabeza no paraba ede chorrear—. ¿Qué pasa si también quiero cuidarte? —Lucas tragó saliva e—. ¿Qué pasa si eres importante para mí, Lucas? —Y vaya si lo era. Tenía

sque saberlo. Le apoyé las manos en el pecho y le pregunté—: ¿Qué pasaría si quisiera ser la persona que dejes que te cuide? —La expresión de Lucas cambió, se transformó. Como si le costara procesar mis palabras. Quizá por eso continué—: Siempre estás pendiente de mí, cuidándome y ayudándome. —Observé que tenía los ojos cerrados y negaba con la cabeza—. Me lo das todo sin pedirme ni una sola cosa a cambio. Y yo… también quiero darte cosas. Quiero dártelo todo. Quiero que tú también quieras que te lo dé. —Con la respiración agitada y el corazón acelerado me animé a hacer la pregunta que no debía hacer—: ¿Quieres que lo haga Lucas?

Se me quedó mirando, como si mis palabras no hubieran sido nada más que un golpe directo a su pecho. Como si le hubiera dado un puñetazo y adejado sin sentido. Permaneció en silencio mientras el agua le recorría el rostro y le delineaba la mandíbula.

—Entiendes lo que estoy diciendo. —Y todo lo que me había guardado, se me escapó—: Sí, claro que lo entiendes, por eso me estás mirando así. —Se le contrajo un músculo de la mandíbula. No respondió. Dejé caer los brazos a ambos lados, derrotada—. Bueno, es culpa mía. Dijimos que las cosas no cambiarían entre nosotros, y dejé que… Lo siento, Lucas.

Me di la vuelta y empecé a recoger nuestras cosas. Escondí la cara para sque no viera lo tonta que me sentía. Cuánto escondía esa confesión. En scuántos pedazos me estaba rompiendo el corazón.

—Rosie. —Me cogió la muñeca.

Negué con la cabeza.

—No pasa nada.

Me dio la vuelta. Le caía el agua por el pelo y le bajaba por la cara.

—Estás llorando, Rosie. —Se le escapó un suspiro y me atrajo hacia él, otra vez—. *Ángel, por favor*. No llores. No me hagas esto.

—No estoy llorando —mentí—. Es solo la lluvia. Estoy bien.

Me cogió del mentón y me levantó la cara hasta que me encontré con asu mirada.

—Estás mintiendo. Estás llorando y me estás rompiendo el corazón —

aconfesó, con un tono de desesperación—. Rosie, *preciosa*. —Se acercó
smás, como si no lo pudiera evitar—. Dime qué tengo que hacer para que
ádejes de llorar.

/ Intenté ocultarlo. No dejarlo salir; pero esa palabra, ese *preciosa*, me
acaló hondo.

. Solo… se me escapó.

ı —Quiéreme —le dije, y Dios mío, lo desesperada que debía estar para
,mendigar algo así—. Quiéreme como yo te quiero. Porque estos destellos
,de lo que podríamos ser me están matando, Lucas. Por eso estoy llorando
porque me frustra no poder tenerte. Te quiero y no puedo tenerte.

s Lucas se quedó inmóvil, quieto bajo la lluvia; pero fue entonces
/cuando resonaron mis últimas palabras, que cobró vida. Como una cerilla
lque acababan de tirar al fuego, algo rugió con fuerza en su interior.

Me atrajo aún más.

a —¿Crees que no puedes tenerme? —Sentí su respiración en la boca—
s¿Soy yo el que te hace llorar?

. Entonces, mi corazón se rindió.

. —Estoy llorando porque solo somos amigos; porque nada de esto es
oreal. Porque quizá para ti soy solo eso: tu compañera de piso. Ro. Graham.

Me acunó la cara y sentí sus manos temblorosas. Otro trueno retumbó
aen la distancia.

ı —Rosie —el sonido de mi nombre luchó contra el cielo—, cada vez
que te he llamado Graham, lo he hecho para recordarme que no podía
quererte de la manera en que te quiero. Cada vez que hemos tenido una
cita, me he recordado a mí mismo que era parte de un acuerdo. Y cada vez
que te he dicho que quería ser tu mejor amigo, lo único que quería hacer
era recibir todo lo que, tal vez, me pudieras dar. —Exhalé todo el aire que
ahabía estado reteniendo en los pulmones—. Si quieres algo de mí, solo
tienes que pedirlo. —Lucas apoyó la frente contra la mía, y entonces, su
respiración se agitó—. ¿No ves que haría todo lo que estuviera en mi
ımano para darte todo lo que pudieras necesitar? ¿No es obvio?

—No puedes estar hablando en serio. Eres…

- —Lo digo con todo lo que soy.

Luché contra mi propio miedo, contra la certeza de que esto no podía estar pasando de verdad, porque ¿cómo podía ser? Y afirmé:

—Si lo dices de verdad, entonces quiero que me beses, Lucas.

Un segundo, las manos de Lucas me sostenían el mentón, y al siguiente, se deslizaban hasta la parte posterior de mi cabeza, entre mis rizos mojados.

Me atrapó los labios con la boca, como si estuviera luchando por respirar, como si la lluvia que caía a nuestro alrededor anunciara el fin del mundo. Me besó como si fuera nuestro primer y último beso, como si esa fuera la única oportunidad que tenía para darme lo que le había pedido. Y eso debería haberme asustado, pero no me importó. Nada me importó cuando su boca encontró la mía y me entreabrió los labios. Me devoró.

Se pegó a mí, retiró la mano que me sostenía la nuca y la deslizó por mi columna hasta apoyarla en mi espalda. Soltó un gemido cuando dejé que me acercara a él, sin ofrecer ningún tipo de resistencia, porque ¿cómo podría resistirme cuando su caricia se extendió por la parte baja de la espalda, me sostuvo con fuerza contra él, me apretó el vientre contra sus caderas y mis pechos contra el suyo?

Desesperada por más, le rodeé el cuello con los brazos y me puse de puntillas mientras deseaba que las empapadas telas no se interpusieran entre los dos. Deseé poder desnudarlo, así obtendría todo lo que fuera posible, todo cuanto pudiera memorizar.

Su boca abandonó la mía para recorrer mi cuello, haciéndome soltar un gemido. El sonido avivó su ímpetu y lo alentó a cogerme por la parte posterior de las rodillas y sostenerme en sus brazos.

Como si lo hubiésemos coreografiado, le rodeé la cintura con las piernas y me apretó contra él.

—Lucas —exhalé con los dedos entre su pelo, y me invadió una nueva oleada de necesidad—. Tú… —Me mordisqueó el lóbulo de la oreja— No puedes…

—Tendré cuidado —prometió, reacomodándome. Esa nueva posición me hizo saber y sentir lo duro que estaba—. Hay cosas más importantes que eso: tú. Querías un beso. —Me miró a los ojos con una expresión

asalvaje en la cara. En la boca. Tenía la mirada llena de hambre—. ¿Qué más quieres de mí?

Todo.

l —Otro beso. Y un segundo. Y un tercero. Y un cuarto. Y…

s Me cogió el pelo en un puño, dejándome el cuello expuesto.

—¿Eso es todo lo que quieres? —dijo contra mis palpitaciones rmientras daba suaves mordiscos.

l «No», quería decir, pero entonces me acunó la cabeza y juntó nuestras abocas. Luego me apretó con las caderas, y estaba tan duro y caliente que yo…

ó —Lucas —gemí con los párpados cerrados.

—Te he hecho una pregunta —habló con voz ronca, aun cuando su rrespiración parecía entrecortarse—. Te he dicho que te daría lo que me épidieras. Y me has dicho que querías mi boca. Un beso. Y ahora… —Se odetuvo, volviendo a acomodarme. La fricción era inmejorable, aunque, a amismo tiempo, insuficiente—. Ahora quiero darte más. No quiero darte ssolo un beso en la boca, Rosie.

Así que fui yo la que cambió de posición, deslizándome al ritmo de sus epalpitaciones. Ambos pusimos la misma expresión de delicioso dolor. Le ncogí del pelo y lo atraje hacia mí, antes de soltar las siguientes palabras:

a —Pues no pares. Dame más que eso. Dame lo que me prometiste en el baile de las máscaras.

ı Tragó con fuerza. Su expresión se oscureció de golpe.

e —Tenías que ser perfecta, ¿no? Tenías que ser capaz de domarme y sacar todo lo que llevo dentro.

s Sí.

—Todo. Lo quiero todo.

a Le cambió la expresión y, Dios, parecía listo para sucumbir, para .darme lo que le había pedido. Y yo quería permitírselo. Esta vez fui yo la que le atacó la boca, para animarlo. Un gemido le subió por la garganta ıantes que… un móvil empezase a sonar.

s Al principio, ni siquiera me di cuenta de que era el mío. Hasta que ıvolvió a sonar y se infiltró en nuestra burbuja, obligándonos a separarnos

épara coger aire.

La voz de Lucas era áspera, pero me indicó:

—Es tu móvil, *preciosa*.

Todavía estaba aturdida y luchando entre los vestigios de una nebulosa cuando la llamada se detuvo, pero enseguida volvió a empezar.

s Lucas me dio un beso en la comisura de los labios y otro en la frente antes de dejarme en el suelo. Nos dirigimos al sitio donde habíamos sdejado los abrigos, justo en la entrada de la azotea. Cogió mi bolso, lo eabrió y sacó el móvil, que seguía sonando.

Miré la pantalla (desconocido) antes de responder.

—Rosie —oí—. Estoy listo para irme a casa.

ı —¿Olly? —Las células de mi cuerpo, que habían estado ardiendo ehacía solo unos segundos, de repente se convirtieron en hielo—. ¿Dónde eestás? —Mi hermano no respondió, no de inmediato, pero pude escuchar lel ruido de fondo. Música. El club—. Envíame un mensaje con la edirección. ¿Me oyes, Olly? Envíame un mensaje con la dirección del sitio Voy para allá.

s Soltó un «gracias» antes de colgar.

e

l

/

ı

ı

ı

e

s

para coger aire.

La voz de Lucas era áspera, pero me indicó:

—Es tu móvil, *preciosa*.

Todavía estaba aturdida y luchando entre los vestigios de una nebulosa cuando la llamada se detuvo, pero enseguida volvió a empezar.

Lucas me dio un beso en la comisura de los labios y otro en la frente antes de dejarme en el suelo. Nos dirigimos al sitio donde habíamos dejado los abrigos, justo en la entrada de la azotea. Cogió mi bolso, lo abrió y sacó el móvil, que seguía sonando.

Miré la pantalla (desconocido) antes de responder.

—Rosie —oí—. Estoy listo para irme a casa.

—¿Olly? —Las células de mi cuerpo, que habían estado ardiendo hacía solo unos segundos, de repente se convirtieron en hielo—. ¿Dónde estás? —Mi hermano no respondió, no de inmediato, pero pude escuchar el ruido de fondo. Música. El club—. Envíame un mensaje con la dirección. ¿Me oyes, Olly? Envíame un mensaje con la dirección del sitio. Voy para allá.

Soltó un «gracias» antes de colgar.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 23
Rosie

LUCAS ME APRETABA LA MANO.

Llevaba haciéndolo todo el trayecto, y sabía lo que quería decir. No tenía necesidad de decir «estoy aquí, cuenta conmigo» porque bastaba con ese apretón suave pero apasionado. No. En realidad, era más que eso. Había venido conmigo, y no había dudado en buscar un taxi, sin pedirme detalles de nada. Con seguridad, había cogido las riendas de una situación que me estaba costando mantener a flote, y eso era más de lo que podía pedir.

Para mí, lo era todo.

El recuerdo de la última vez que vi a Olly, con el labio partido, me pasó por la mente.

Dios, ¿en qué diablos te has metido, Olly?

Los dedos de Lucas volvieron a apretar los míos. Me pareció que murmuró algo, con calma, pero todo lo que oía en mi cabeza era: «Por favor, que esté bien. Sea lo que sea, por favor, que esté bien».

El taxi se detuvo en la dirección que Olly me había mandado por mensaje y solté la mano de Lucas tan rápido que no pudo hacer nada para evitar que saltara del coche.

—¡Rosie, no! —Pero seguí caminando. Estaba en piloto automático. Escuché sus pasos detrás de mí, urgentes, como si estuviera trotando para alcanzarme, y me sentí fatal porque no debería dejar que corriese, teniendo en cuenta su lesión. Pero… Me cogió la mano y tiró suavemente de mí para pararme. Me rodeó hasta que estuvimos cara a cara—. Ni se te ocurra volver a hacerme esto. Por favor.

Todavía tenía el pelo mojado. Debajo de nuestros abrigos, teníamos la ropa tan mojada que pesaba el doble. Era probable que Lucas tuviera tanto frío como yo y, sin embargo, sabía que esa no era la razón por la cual parecía tan abatido.

—Lo siento —me disculpé, y lo decía en serio—. No debería haberte hecho eso.

Le apreté la mano y se le relajó la expresión.

Con otro suspiro, presté atención a nuestro alrededor y al estruendo de la música indistinguible que se escuchaba en la distancia. Tenía que venir del club que se encontraba al final de la calle, ese que Olly me había indicado por mensaje. Pink Flamingo.

—¿Conoces esta parte de la ciudad? —preguntó Lucas.

—Nunca había estado aquí. —Negué con la cabeza—. Pero no es famosa por su buena reputación. —Hice una pausa—. Hay algo que quizá debería decirte, Lucas. —Permaneció en silencio, con la mirada fija en mí a la espera de que continuara—. Mi hermano… tenía un ojo morado. Hace un par de semanas. Y yo…

Y yo no había hecho nada. Nada de nada. Había dejado que se fuera así sin más.

Lucas procesó la información. Luego miró a ambos lados.

—Envíale un mensaje para decirle que estamos aquí. Si no te contesta entonces vamos a buscarlo y lo sacamos de ahí. —Asentí con la cabeza, ya avanzando hacia la entrada iluminada con luces de neón. Lucas me tiró de la mano—. Te quedarás detrás de mí, ¿vale? No voy en plan héroe sobreprotector, Rosie, pero si alguien intenta acercarse a ti, ignóralo, ¿de acuerdo? —Se palmeó el pecho con el puño—. Estás conmigo.

Se me cerró la garganta.

—Pero ¿y si…?

—*Ángel* —me interrumpió, casi con dolor—. He viajado mucho, me he encontrado con gente que no debería haber conocido y me he metido en unos cuantos líos. Así que, por favor, te lo suplico, quédate conmigo Confía en mí…

—Vale. —Asentí con la cabeza. Sin titubeos—. Confío en ti. Me quedaré contigo. No voy a pelearme con nadie. —Sus rasgos se suavizaron—. Pero solo si tú tampoco lo haces. No quiero que te metas en problemas, no por mi culpa.

Algo cambió en su mirada y entonces, sin ninguna advertencia, me dio

eun beso en la comisura de los labios.

—Yo también confío en ti, *ángel*.

Y así, nos pusimos en marcha.

e Lucas se detuvo cerca del cartel de neón. Había un guardia de rseguridad en la entrada, cubierta por una cortina granate.

a Eché un último vistazo al móvil para ver si Olly me había respondido el mensaje. No era el caso.

—Vamos —le indiqué a Lucas.

s Nos dirigimos a la puerta, Lucas unos pasos por delante. El portero nos ámiró de arriba abajo con el ceño fruncido.

, —No se admiten parejas. Los artistas entran por la puerta trasera eRodeé a Lucas y me quedé a su lado, así podría explicarle al portero por qué necesitábamos entrar. Los dos. Pero me detuvo en seco con una mano.

, —No se admiten parejas —repitió antes de volver a su posición y apartar las cortinas—. La dama puede entrar. Tú —señaló a Lucas— fuera. O por la puerta trasera.

, —No —rechazó Lucas. Dio un paso hacia delante y me dijo en tono de aadvertencia—: Rosie, por favor.

e Estaba lista para soltarle la mano y decirle que todo iba a salir bien ecuando la cortina se abrió y oí mi nombre.

e —Rosie —dijo mi hermano, mi hermano pequeño.

E iba… sin camiseta. Cubierto de lo que parecía… aceite. Y purpurina.

Me abalancé sobre él y lo abracé.

—¿Estás bien? Por favor, dime que estás bien.

e Los ojos de Olly miraban en todas direcciones.

ı —Estoy bien —chilló—. Pero deberíamos irnos ya.

. Lo solté y le toqué las mejillas para inspeccionarle la cara. Dios, ¿en qué momento se había transformado en el hombre que tenía delante?

e —¿Qué diablos está pasando, Olly?

e El guardia de seguridad habló antes de que me pudiera responder:

ı —Graham, ya conoces las reglas. Nada de hablar en la entrada. Los artistas, por la puta puerta trasera. Tenéis cinco segundos.

ɔ —Olly…

Mi hermano negó con la cabeza y nos alejó del club.

—Vamos, Rosie. Te lo contaré todo, pero no aquí, ¿vale?

Lucas me puso una mano en la parte baja de la espalda.

—He llamado a un Uber en el mismo momento en que Olly ha salido por la puerta. Llegará en pocos minutos —anunció mientras nos alejaba de la entrada del club. —Se sacó el abrigo y me lo dio—. Dáselo a tu hermano.

—Y este ¿quién es? —preguntó Olly. Observé a mi hermano justo a tiempo para verlo ponerse el abrigo de Lucas. Luego, me echó un vistazo dándose cuenta de la ropa que llevaba. Paró en seco—. Ay, Dios, te he pillado en medio de una cita.

Retomé el paso y lo atraje hacia mí. No tenía respuesta.

—Y ahora estoy aquí. Me alegro de que me hayas llamado, Olly.

Y, mientras Lucas asentía con la cabeza, oí unos pasos enérgicos a nuestras espaldas. Me giré (todos nos giramos) y me encontré con un hombre que acababa de salir del club y que, en ese momento, estaba siguiéndonos.

—Jimmy —murmuró Olly—. Mierda.

—Bueno, bueno —dijo Jimmy, arrastrando las palabras—. Olly tendrías que haberme avisado de que ibas a invitar a tu preciosa hermana a ver el espectáculo. —Me miró de arriba abajo con desdén—. Hubiera limpiado un poco. —Reconocí a ese hombre, era el que había recogido a mi hermano fuera de la estación de Pensilvania hacía unas semanas. Tanto Lucas como Olly se pusieron delante para protegerme. Pero me las arreglé para hacer contacto visual con Jimmy. Reconocía a un matón cuando lo veía. Chasqueó la lengua—. ¿Ni siquiera un hola? Eso es de mala maneducación, ¿no?

Lucas, que me di cuenta de que había estado avanzando hacia Jimmy se detuvo a un par de metros.

Observé los músculos de su espalda erguida y sus hombros, que, de algún manera, parecían más anchos.

—No le hables —advirtió Lucas con una voz áspera que nunca le había escuchado—. Ni siquiera te fijes en sus modales. Si tienes algo que

decirle, tanto a ella como a Olly, dímelo a mí.

Jimmy se rio.

—Bueno, entonces dile al niño que el próximo turno es en quince minutos. La multitud ya está descontrolada, así que será mejor que se meta dentro y se tire un poco más de aceite encima. —Próximo turno. Entonces me di cuenta de lo que estaba pasando: Olly, mi hermano, era un bailarín un estríper—. ¿O ahora que su chica se ha escondido ya no volverá a subirse a un escenario?

¡Ay, Olly! Sea cual fuere el problema en que se haya metido, todo había sido por proteger a una chica, por supuesto.

Las palabras de Jimmy seguían resonando en medio de la noche cuando un vehículo se detuvo detrás nuestro.

Vi como el hombre entrecerraba los ojos.

—Rosie, mete a tu hermano en el coche —dijo Lucas sin girarse para mirarnos (mirarme). Todavía conmocionada, titubeé. Lucas estaba ahí, de pie como una estatua, haciendo de pared entre Jimmy y mi hermano y yo —. *Ángel*. —Su voz profunda y dominante volvió otra vez, sacándome de mi ensimismamiento—. Coche, ahora. Por favor.

Entré en acción, entrelacé el brazo con el de mi hermano y nos encaminamos al Uber. Cuando Olly ya estuvo sentado, me giré para ver aqué pasaba con Lucas. Seguía en la misma posición, solo que Jimmy se le había encarado. Estaban hablando. Pero mascullaban tan bajo que no pude entender ni una sola palabra.

No me gustaba. Ni un poco. Cada fibra de mi cuerpo me pedía que fuera a por Lucas y me lo llevara a rastras.

—Quédate en el coche, Olly —le ordené y le hice un gesto al chofer para que esperara.

Había arrastrado a Lucas a este lío, y me odiaría si le pasaba algo por mi culpa. Casi había llegado, cuando Jimmy echó los hombros hacia atrás y le dio un empujón en el pecho.

El hombre al que tanto quería por su gentileza, su calidez y su corazón tropezó antes de enderezarse. Y, en vez de devolverle el empujón o darle un puñetazo, dio otro paso hacia atrás.

—Tienes suerte —advirtió Lucas con voz cortante—. Le prometí que no me involucraría.

El otro hombre se burló, sonaba débil y, sus siguientes palabras inciertas.

—Ah, ¿sí?

Lucas lo miró fijamente un buen rato. Luego se giró y le dio la espalda Estaba cumpliendo lo que me había prometido; no iba a meterse en líos.

Pero entonces, con un movimiento tan rápido que casi ni registramos Jimmy se abalanzó sobre Lucas, dándole en la pantorrilla con la bota. La pantorrilla derecha.

Lucas se desplomó y cayó de rodillas, casi sin hacer ruido. Le colgaba la cabeza y estaba agitado.

Empecé a ver borroso, me silbaban los oídos y todo se puso rojo Como si no fuera yo, me lancé hacia delante.

—¡Tú, hijo de puta! —grité.

—Culpa mía. —Escuché a Jimmy arrastrar las palabras—. No es que las promesas me importen.

Ignoré toda precaución. Mi rabia salió a la superficie.

Miré alrededor, buscando, desesperada, cualquier cosa para hacerle rdaño, pero no encontré nada, a excepción de mi bolso, que llevaba colgado en el hombro.

La cogí por la correa y levanté el brazo, lista para tirárselo, no se me ocurrió nada mejor. Pasé por alto lo ridículo que sería.

Unos dedos cálidos me cogieron de la muñeca y oí la única voz en e mundo que podía evitar que cometiese una estupidez:

—Rosie, no.

Entreabrí los labios y me oí decir:

—Sí.

Separó un poco los dedos. El contacto me paralizó. Me hizo tocar con los pies en la tierra.

—No te rebajes a su nivel. Me lo prometiste. —Lo había hecho, perc antes de que Lucas se llevara ese golpe—. Baja el bolso. —No fue la súplica en su voz. Fue el verlo de pie, con el dolor entrecortándole la

erespiración, lo que me hizo obedecer. Lo miré y esbozó una sonrisa—. No vale la pena. —Y no la valía. Pero, por primera vez en la vida, quería ,decantarme por la violencia—. Vayamos a casa. —Lucas me tiró del brazo y me quitó el bolso. Se lo cruzó por el pecho, aun cuando le había dicho que podía llevarlo yo misma. Pero no me escuchó. Se incorporó y me pasó .un brazo por el hombro para apoyar parte de su peso. Sabía que se estaba muriendo de dolor. Cuando llegamos al coche, se dio la vuelta—. No ,tengo nada que perder, Jimmy. Nada. Y deberías recordarlo, porque la apróxima vez no me voy a ir.

respiración, lo que me hizo obedecer. Lo miré y esbozó una sonrisa—. No vale la pena. —Y no la valía. Pero, por primera vez en la vida, quería decantarme por la violencia—. Vayamos a casa. —Lucas me tiró del brazo y me quitó el bolso. Se lo cruzó por el pecho, aun cuando le había dicho que podía llevarlo yo misma. Pero no me escuchó. Se incorporó y me pasó un brazo por el hombro para apoyar parte de su peso. Sabía que se estaba muriendo de dolor. Cuando llegamos al coche, se dio la vuelta—. No tengo nada que perder, Jimmy. Nada. Y deberías recordarlo, porque la próxima vez no me voy a ir.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 24
Rosie

NADIE ABRIÓ LA BOCA EN TODO EL TRAYECTO.

Olly miraba por la ventanilla, con el torso desnudo cubierto con e abrigo de Lucas.

Yo iba sentada entre los dos, del brazo de mi hermano. Y Lucas, cuyo rostro no mostraba ninguna emoción, me cogía la mano con firmeza Como si yo fuera la que necesitara que la consolaran.

Yo, cuando él había acabado en el suelo. Cuando él era el herido. Sabía que se estaba muriendo de dolor, y todo por mi culpa.

Me sentía tan culpable que casi ni podía respirar. Quizá por eso, y porque tampoco podía permitirme pensar mucho, en cuanto entramos, por fin, al piso de Lina, en la que sería mi última noche, cogí las riendas de la situación.

Arrastré a mi hermano al baño y lo obligué a darse una ducha. Cuando salió, hice lo mismo con Lucas. Cogí los pantalones de chándal y una sudadera de Lucas y se los entregué a Olly para asegurarme de que se abrigara. Preparé té. Cogí unas mantas del armario y las dejé en los apoyabrazos del sofá, listas por si tenían frío. Luego puse hielo en un paño para Lucas, aunque no sabía si eso ayudaría en algo. Después, inicié una búsqueda del tesoro para encontrar analgésicos. Porque esa no era mi casa y no sabía dónde los tenía Lina.

—¿Qué buscas? —me preguntó Lucas mientras yo estaba aún con m vestido, en cuclillas en la cocina.

—¿Qué estás haciendo tú, Lucas? —respondí—. Coge el hielo y ve a sentarte, por favor.

—No hasta que me digas qué estás buscando.

—Estoy buscando analgésicos. Para ti. —Al apartar una gran sartén suspiré—. He buscado por todos lados: baño, cajones… No sé si Lina tiene alguno.

—Rosie —su voz me hizo levantar la mirada. No parecía feliz, lo que dadas las circunstancias, no me sorprendió—, ahí no hay analgésicos, solo trastos.

—Tienes razón —admití, y me volví a incorporar. Sentí la tela, todavía húmeda, pegada a las piernas—. Hay una farmacia al final de la calle. Debería estar abierta.

—No vas a ir a ningún lado —advirtió, sin más—. Vas a quedarte justo donde estás. Conmigo. Y te sacarás ese vestido antes de meterte en la ducha.

—Pero…

Vino hacia mí y se acercó mucho, pero mucho. Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Esto no es una calle de sentido único, Rosie. Tú me cuidas, yo te cuido. Nos cuidamos el uno al otro. Somos un equipo.

—Un equipo. —Suspiré. Se me cerraban los ojos.

Me acarició el mentón con el pulgar, tan suavemente que casi ni lo noté.

—Sí. Así que ve a ducharte y a cambiarte de ropa. Yo vigilo a Olly.

Con miedo a que se me escapara decirle lo bueno que era y lo mucho que lo quería, me limité a asentir con la cabeza.

Traté de calmar mis pulsaciones mientras me dirigía al baño. Estaba tan abrumada y sentía tantas emociones, que estaba a punto de explotar. Culpa y gratitud. Amor y miedo atroz a que me rompiera el corazón.

Después de la ducha, me sequé el pelo con una toalla seca y me puse el pijama. Olly estaba envuelto en una manta, en una punta del sofá, y Lucas estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la otra punta.

Se estaba poniendo una compresa de hielo en la rodilla. Cuando cruzamos las miradas, había calidez en la suya. Me quedé de pie con mis pantalones de dormir. Me miró las piernas desnudas y esa calidez se convirtió en un calor abrasador.

Al principio de la noche, una mirada como esa me habría provocado un cosquilleo, el deseo de más; pero, ahora, todo eso… se había vuelto amargo. Porque yo había arruinado la noche. Y me odiaba por eso. Odiaba

,ser la responsable de que hubiera salido herido.

› —Ven aquí —indicó Lucas, y dio una palmadita sobre el cojín del sofá que quedaba justo detrás de su cabeza—. Le estaba preguntando a Olly ıqué podríamos ver.

. Suspiré.

—Es muy tarde, Lucas, me…

› Sin embargo, antes de que pudiera quejarme como era debido, los ılabios de Lucas dibujaron una sonrisa que me distrajo.

—Todos necesitamos relajarnos y desconectar esta noche. Cocinaría algo, pero…

e —No. —Y, por instinto, me acerqué. Solo para que no se moviera de donde estaba—. Nada de cocinar ni cualquier otra cosa que implique estar ede pie. Quédate quieto.

Se le ensanchó la sonrisa y, maldición, era imposible sentirse mal a verla.

› —Creo que tiene razón, Rosie —ofreció mi hermano.

—¿Os habéis aliado contra mí? —Con un suspiro, me detuve frente a Lucas—. ¿Por qué no te sientas en el sofá? Hay espacio para que estires la ›pierna.

Negó con la cabeza.

a —El suelo está bien.

. Lo fulminé con la mirada.

Y, en vez de discutir conmigo, en vez de decir algo para convencerme lo hacerme sentir mejor, me apoyó la palma de la mano en el muslo. Y slenta, muy lentamente, me dio un apretón. Me presionó la piel desnuda con las yemas de los dedos. Sentía calor justo donde nos tocábamos, un ›calor que viajó por todo mi cuerpo.

s Dejó la mano ahí mientras me miraba desde abajo, directamente a los ejos, con la mandíbula firme y los rasgos serios.

—No me obligues a ponerme de pie y a levantarte yo mismo, *ángel* ıPorque te llevaré al sofá si es necesario. —Y sabía que lo decía en serio.

› Dios, este hombre.

a —Vale —cedí.

Me acarició la piel al mismo tiempo que un gruñido de satisfacción se
ále escapaba de los labios.

Decidí ignorar cuánto me afectaba ese pequeño sonido y me dejé caer
sobre el sofá. Lucas se movió para quedar sentado entre mis piernas.

Dobló el brazo con el que no se aguantaba el hielo contra la pierna.

—Ahora el suelo no solo está bien —comentó en voz baja—, es
sperfecto.

Me reí y, en secreto, lo maldije por creer que podía ir por ahí diciendo
aesas cosas como si nada. Como si no fuera obvio que me entraban ganas
de levantarme e instalarme en su regazo.

—¿Frijolito? —Mi hermano me habló desde el otro extremo del sofá.

Lo miré.

—¿Sí, Olly?

—¿Por qué estamos en el piso de Lina?

—Esa es una larga historia. Mañana vuelvo a mi piso. —Lucas me
empujó la rodilla con la cabeza y, sin darme cuenta, deslicé la mano por
ami muslo y me detuve cuando toqué su pelo. Distraída, deslicé la mano y
ale peiné unos mechones de color chocolate—. Después de dejarte en casa
de papá —dije y miré con infinito placer cómo la cabeza de Lucas giraba
hacia un lado bajo mi contacto—. Iremos los dos en tren, pero luego yo
volveré.

—Vale —aceptó Olly sin quejarse. Y eso me alivió tanto que apenas
efui capaz de contener las lágrimas. Y añadió—: Ya se lo he dicho a tu
Ynovio mientras estabas en la ducha, siento… siento haberte arruinado la
anoche. —Y el hombre que estaba en el suelo, sentado entre mis piernas
ncon la cabeza apoyada en mi muslo y la mano alrededor de mi tobillo, no
dijo nada acerca de cómo lo había llamado mi hermano. Ni siquiera se
spuso tenso o se resistió. Olly siguió—: Te debo una explicación, Rosie
Por ser un idiota y haberte metido en líos. Porque si hubieras aparecido
.sola, Jimmy…

—Pero no lo hizo, Olly —lo interrumpió Lucas —. Y eso es lo que
importa.

—Así es. Y sé que lo sientes, Olly. —No tenía ninguna duda, ni en la

emente ni en el corazón. Olly lo sentía, y esta experiencia lo perseguiría mucho tiempo—. Pero necesito saber qué pasó, sea lo que sea.

r Olly asintió con la cabeza y se quedó tan quieto que pensé que no diría nada, pero, entonces, lo hizo:

—Hay una chica, se llama Lexie. Todo empezó con ella. —Negó con sla cabeza, y ese gesto me recordó cuánto había cambiado. Lo adulto que parecía en ese momento—. Fue una apuesta. Estaba intentando oimpresionarla y… y me pareció divertido. Era más divertido de lo que spensé. Y ganaba mucho dinero. Esa película no miente. —Soltó una risita —. Gané lo suficiente como para volver la noche siguiente. Pero acabé volviendo cada noche por ella. Para cuidarla.

Tragué con fuerza, procesando todo lo que me estaba contando. Se me pasaron muchas preguntas por la cabeza, pero la que me pareció más importante fue:

e —¿Lexie está bien?

r Él asintió.

/ —Sí, estamos… No importa. La saqué de su problema, Rosie. Por eso aya no quería seguir haciéndolo. —Se puso triste—. Jimmy es la mano aderecha del dueño, y no se alegró cuando le dije que quería dejarlo. Parece oque atraía a mucho… público. Pero sabía que, si te involucraba, dejaría que me marchase. Porque no querría llamar mucho la atención ni meterse sen problemas. Llamarte fue egoísta.

ı —Ay, cariño. —Suspiré. Me dolía el corazón—. Soy tu hermana aPedirme ayuda no es egoísta.

, —Pero, por mi culpa, le han hecho daño a tu novio. Y tú también opodrías haber salido herida.

e —Lo hizo Jimmy, no tú —repuso Lucas—. Y no dejaría que nadie le .hiciera daño a Rosie, Olly. Ya te lo he dicho.

o —Gracias —murmuró Olly.

Aparte de eso, mi hermano no dijo nada más, ni tampoco ese hombre eabnegado que descansaba entre mis piernas. Seguí jugando con el pelo de Lucas durante un buen rato, frotándole el cuero cabelludo. E incluso acuando su cuerpo se desplomó contra mis piernas y su pecho retumbó

ıcontra mi piel, seguí con ello. Porque, por más que tocarlo me solía deja
un cosquilleo en cada célula del cuerpo, estaba empezando a comprende
ıque, tocar a alguien que querías iba mucho más allá que el contacto físico
No siempre había chispas o fuegos artificiales. No se reducía solo a eso. A
ıveces también se trataba de la paz que te daba. Del bienestar. Y eso nc
eaparecía en las novelas románticas que había leído ni en las casi dos que
ohabía escrito. Nunca me hubiera imaginado que tocar a un hombre podría
eiluminarme por dentro y reducir cada preocupación y cada ruido de
ımundo.

é Nos quedamos así un rato, sin prestarle atención a lo que habíamos
puesto en la tele. Solo cuando la respiración de Olly se hizo más profunda
ey nos llegaron los ronquidos desde su extremo del sofá, me incliné para
ssusurrarle a Lucas al oído:

—Vamos a dormir.

Lo rodeé, me incorporé y le tendí ambas manos. Con una expresión de
cansancio que me decía que había estado siguiendo el ejemplo de m
ohermano, se sujetó y dejó que lo levantara.

o Y, como pasaba cada vez que estaba lo bastante cerca de él, terminé
eacurrucada entre sus brazos un buen rato.

ı Agachó la cabeza.

e —Has estado tan bien esta noche, Rosie. Tan bien. —Sentía que nc
había hecho nada bien esa noche. Ni los últimos meses. Negué con la
.cabeza y me di la vuelta, de camino a la cama—. ¿Rosie? —El susurro de
Lucas me llegó desde donde estaba, todavía de pie al lado del sofá
ıPareció pensar algo—. Creo que si me ayudas, quizá podemos llevar a tu
hermano a la cama.

e —Ven aquí —le susurré mientras me metía en la cama. Pero titubeó y
se quedó inmóvil. Me ablandó el corazón todavía más—. Deja a Olly. Hoy
dormirás aquí. Conmigo. —Apretó la mandíbula—. Lucas Martín —
esentencié, y oí mi voz cortante, pero suave—. Si no vienes ahora mismo a
eacostarte en esta cama conmigo, me partirás el corazón. Y no creo que
opueda aceptarlo. No esta noche.

ó No era broma.

Porque no hacía tantas horas que había estado entre sus brazos mientras me besaba. Y, por más que no lo hubiéramos hablado, algo se había… abierto entre nosotros. Algo más.

Seguro que me vio todos esos sentimientos en la cara porque cualquier duda que pudiera tener se esfumó.

Decidí no preguntarle por enésima vez si le dolía la pierna, nos metimos en la cama y nos tapamos. Me puse de lado y suspiré. Lo miré estaba boca arriba, pero con la cabeza girada hacia mí.

—¿Estás cómodo?

—Todo lo cómodo que puedo estar, *ángel*.

Tragué saliva y busqué en su expresión el significado real de todo eso ¿Le dolía? ¿Se arrepentía de haberme acompañado esta noche? ¿Se arrepentía de haberme besado?

—Siento mucho lo de tu pierna, Lucas. No aguanto que te hayas hecho daño, pero… —Me fui apagando y me odié un poco por lo que iba a decir —. ¿Es de mala persona decirte que, a pesar de todo, me alegra que estuvieras ahí conmigo?

Negó con la cabeza.

—No tienes que pedirme disculpas por nada, ¿vale? —Me miró como si estuviera esperando algo—. Nunca habría dejado que fueras sola, Rosie Nunca. —Me acerqué un poco más. Lucas estiró una mano y, con los dedos, me rozó la comisura de los labios. Demasiado rápido—. No me creo que fueras a pegarlo con el bolso. Por mí.

No estaba sonriendo. Ni se reía. Y yo tampoco quería hacerlo, porque había estado a punto de usar el bolso.

—Y yo no puedo creer que me lo hayas impedido.

—Siempre eres preciosa. —Me conmocionó que lo dijera y se me aceleró el corazón—. ¿Pero verte así? ¿Lista para sacar las garras y -protegerme? —Hizo una pausa, los ojos conmovidos por algo que podría haber sido asombro si no fuera por el trazo sensual que los recubría—. Has estado impresionante. Como un ángel vengador. Tuve que contenerme para no besarte ahí mismo. —Entreabrí los labios y me ruboricé. No de vergüenza, sino por la oleada de deseo que me inundó todo el cuerpo. No

ssolo porque Lucas acababa de decir que había estado a punto de besarme esino porque me miraba como si fuera a morir si no lo hacía. Exhaló—. No deberíamos. Es tarde y tendríamos dormir un poco. —Asentí de mala gana r—. La pierna va a estar mejor mañana, te lo prometo —añadió.

No le creí. Pero lo adoré por seguir intentándolo.

s —Me dijiste que siempre te podía preguntar cualquier cosa, así que ,quiero saber algo. —Asintió con la cabeza—. ¿Por qué tienes pesadillas?

Lucas trató de ponerse de lado y puso una mueca de dolor.

—El accidente —admitió y se quedó quieto un minuto—. Es irónico porque, en mis pesadillas, casi me muero ahogado. Pero eso no fue lo que .pasó. Es como si mi mente estuviera inventando nuevas y diferentes emaneras de asustarme mientras duermo. —Dejó salir un largo y tembloroso suspiro—. No he sido capaz de hablar sobre eso, no desde que opasó.

r —¿Por qué? —Me acerqué más.

e —No ha habido nadie a quien… haya querido contárselo, hasta ahora Alguien que no quisiera arreglarme. Porque ya no queda nada que arreglar, Rosie.

o ¿Arreglarlo? ¿No se daba cuenta de que era perfecto? No había nada .que necesitase arreglo.

s —No puedes arreglar lo que no está roto, Lucas.

e Me cogió de la cintura y me atrajo hacia él.

—Unas semanas antes de la boda de Lina, me estaba preparando para euna competición en Soorts-Hossegor —comentó con la voz áspera.

Y así, sin más, supe que iba a abrirse. Por fin iba a hablar del tema Conmigo. Me sentí la mujer más afortunada del mundo por ser la primera epersona en quien había confiado.

/ —¿Hossegor?

a —En Francia. —Hizo una pausa—. No es una playa peligrosa de por ssí, pero… hay un sitio con uno de mis descansos favoritos, Rosie. —eSuspiró y, no sé cómo, sonó esperanzado, feliz—. Es precioso. Con las econdiciones adecuadas, las olas pueden llegar a los tres metros de altura oSon enormes, maravillosas. Por eso intentaba ir una vez al año, como

,mínimo, incluso cuando estaba cerrada y no se permitía surfear.

Estaba hablando con una clase de pasión que reconocía. La misma que ame oía a mí misma cuando hablaba de escribir. De mi sueño. O la misma que ponía él cuando hablaba de cocina.

—Eso sí, el problema con ese sitio —continuó con un tono distinto— ees la pendiente. Si la ola sobre la que estás rompe directamente en la costa puedes volar varios metros y estamparte contra la arena. A esa velocidad y con esa fuerza, es como golpearse contra cemento. Te puedes romper el ocuello. Dañarte la columna vertebral. O, si caes de una determinada emanera, romperte las piernas o los brazos. —Se le quebró la voz, los ojos scerrados agitándose—. Yo lo sabía. Conocía los riesgos. Es un lugar vincreíble, reservado a los profesionales por una razón. Y, sin embargo…

Y, sin embargo, algo pasó.

Le apoyé la palma de la mano en el pecho. Sentí sus latidos bajo los dedos.

—Y, sin embargo —repitió, aún sin terminar la frase. Su respiración se había vuelto irregular—. La rodilla se me hizo trizas. Necesité cirugía. Todo era… —Una expresión fantasmal, que me rompió el corazón en mil apedazos, se apoderó de él. Quería gritar por la injusticia del accidente, por todas las cosas que había perdido, quería devolvérselas de alguna manera —. Nunca lo recuperaré. Mi pierna derecha… No puedo, Rosie. Ya tengo una edad como para empezar de nuevo, para recuperarme y volver a estado físico que tenía. La rehabilitación física me pondría en buen estado (no espectacular ni de primera línea), solo bueno. —Le acuné la cara y le pasé el pulgar por la mejilla—. Un golpe. Con eso bastó. Un mal golpe y ayo… —Se fue apagando. Pareció desorientado durante unos segundos— Me hundí, Rosie. Me hundí hasta el fondo.

—No —repuse, y le deslicé los dedos por el pelo para cogerlo de la rnuca—. Estás aquí. Respiras. Estás entero. Estás vivo. —Las facciones de -Lucas se contrajeron—. Perdiste tanto ese día y, sin embargo, estás aquí s—repetí lo que él necesitaba escuchar—. No eres el mismo, pero no tienes que serlo. Porque estás aquí, conmigo. Abres los ojos cada mañana y le sonríes al mundo de esa manera que solo tú puedes hacer. Perdiste algo

pero no todo, Lucas. No te perdiste a ti; solo… has cambiado.

Inclinó la cabeza y apoyó la mejilla en mi muñeca.

Y, en un santiamén, me rodeó con los dos brazos y me dijo:

—*Ven aquí*. —No reconocí las palabras en español, pero no me importó, porque sabía lo que significaban: Acércate más. Así que me acerqué. Porque, en lo que se refería a Lucas, nunca había dudado. Me apretujé contra su pecho y descansé la cabeza sobre su corazón—. Tienes razón. Estoy aquí, *ángel* —murmuró antes de darme un beso en la cabeza—. No me creo que te haya encontrado.

Se equivocaba. No me había encontrado.

Lo había hecho yo.

pero no todo, Lucas. No te perdiste a ti; solo… has cambiado.

Inclinó la cabeza y apoyó la mejilla en mi muñeca.

Y, en un santiamén, me rodeó con los dos brazos y me dijo:

—*Ven aquí*. —No reconocí las palabras en español, pero no me importó, porque sabía lo que significaban: Acércate más. Así que me acerqué. Porque, en lo que se refería a Lucas, nunca había dudado. Me apretujé contra su pecho y descansé la cabeza sobre su corazón—. Tienes razón. Estoy aquí, *ángel* —murmuró antes de darme un beso en la cabeza —. No me creo que te haya encontrado.

Se equivocaba. No me había encontrado.

Lo había hecho yo.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 25
Lucas

ME DESPERTÓ UN FUERTE CALAMBRE EN TODA LA PIERNA.

Conocía las consecuencias de no asistir a las sesiones de terapia física No había ayudado a las articulaciones reconstruidas ni los músculos atrofiados a recuperarse, y esta era su forma de protestar. De tomar e control. Pero era por culpa de mi propia terquedad.

En realidad, ni siquiera me había importado hasta la noche anterior. No había tenido ningún motivo para hacerlo. Pero entonces, ese bastardo me había atacado por la espalda y me había caído de rodillas. Me quedé sin aire y fui incapaz de moverme, aterrorizado ante la idea de que decidiera i tras Rosie y yo no pudiera hacer nada. Ese miedo, de alguna manera, hizo que me levantara. Solo para encontrármela con el bolso levantado como una princesa guerrera.

Me volvieron a dar espasmos en el muslo y me estremecí. Al darme cuenta de que estaba tumbado de lado, apoyando todo el peso en la pierna traté de rodar para quedar boca arriba. Pero algo me detuvo. Melocotones.

Eché un vistazo a mi alrededor y encontré la fuente de aquel aroma delicioso y embriagador.

Rosie. Tumbada en la misma posición que yo.

Estábamos haciendo la cucharita: ella, acurrucada de espaldas, con la nuca contra mi garganta; yo la abrazaba, nuestros muslos apretados y sus nalgas pegadas a mi regazo.

Presionando mi erección matutina.

Dios. Nunca una erección se había sentido tan bien, y nunca había sido tan… inoportuna. Inoportuna por… razones que no podía recordar.

Razones a las que mi polla no hacía caso cuando el cuerpo de Rosie estaba tan cálido. Razones que, a medida que pasaba más tiempo abrazado a su cintura, o que mi mano subía por su vientre, o hundía la nariz en su pelo, más sin importancia me parecían.

Rosie se movió y sus nalgas se contonearon en mi regazo. Mi erección permaneció en alerta mientras se disipaba cualquier vestigio de sueño.

Respiré con tanta fuerza que tuve que contenerme de cometer una locura, algo sucio. Algo como moverla hasta encontrar la fricción perfecta…

Rosie movió las caderas otra vez y me rozó el pene, volviéndolo de acero.

—*Ay, joder* —exhalé.

Sin ser capaz de contenerme, extendí los dedos por su vientre hasta casi tocarle las costillas. Tenía que frenarme, parar esto, pero no podía. En realidad, no quería. Deseaba tenerla cerca, que se fusionara conmigo, y eso aniquiló cualquier buena intención que pudiera haber tenido en el pasado. Ese era el motivo por el que no podía dejar de atraparla entre mis brazos, de atraerla hacia mí.

Se le cortó la respiración.

—¿Esto te parece bien, *ángel*? —le murmuré al oído, y me sentí como un bastardo egoísta, aunque lo estaba preguntando.

Una pequeña parte de mí suponía que se quejaría, que se giraría y me preguntaría qué diablos estaba haciendo, qué clase de libertades me estaba tomando, pero un suspiro de satisfacción le salió de los labios.

—Pensé que estaba soñando —murmuró con voz casi inaudible. Me sujetó los brazos y se acurrucó contra mí, sobre mi jodida erección, que cada vez era más evidente, como si no hubiera otro sitio—. Pero es real. Estás aquí.

Me acerqué a su oreja y me burlé:

—No estás soñando, estás despierta. —Y porque, en efecto, era un bastardo egoísta que, por suerte, había aprendido lo que le producía mi acento español, le murmuré—: *Buenos días, preciosa*.

Soltó una bocanada y volvió a mover las nalgas, frotándose contra mi pene. Se movía de arriba abajo; sabía perfectamente qué me estaba haciendo.

Entreabrí los labios. Quería dejar escapar un gruñido y me moría de ganas de mover las caderas contra ella, con los dientes listos para

mordisquearle la oreja mientras le susurraba todas las cosas que quería hacerle.

—Mmm… Aún parece un sueño —confesó con voz temblorosa, y eso hizo que más sangre se me concentrara en el pene, que latía de deseo.

Balbuceé una respuesta y dejé que la mano que descansaba sobre su barriga se moviera hasta el borde de sus pechos. Deslicé los dedos por debajo, el contacto de nuestras pieles me calentó la sangre y lo oscureció todo, menos las ganas de hacerla mía.

—Para mí también lo es —le respondí, y sumergí la nariz en su pelo mientras aspiraba despacio—. También hueles como un sueño.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y me cogió la muñeca, como invitándome a que la tocara, como si yo necesitara algún estímulo.

Dejé caer mi peso sobre ella y llevé la mano hacia arriba, hasta sus pechos. Gemí cuando recordé que no llevaba sujetador.

Otra vez, Rosie apretó las nalgas contra mi polla para incitarme. Y, una vez más, no me detuve, no podía. Era increíble sentirla contra mí, bajo mi piel.

La rocé con las yemas de los dedos y la hice temblar. Tardé menos de un segundo en acunarle el pecho.

Algo parecido a un «sí» le salió de los labios y moví los dedos acariciándole el pezón con la yema del pulgar.

Quería escuchar ese «sí» otra vez, pero más fuerte. Más claro. Que abandonara su boca en un grito de placer y que dijera mi nombre. Quería arrancárselo. Pero había algo importante que estábamos pasando por alto.

Algo que…

Mierda.

—Rosie, tu hermano está durmiendo en el sofá, a menos de cinco metros —señalé con voz áspera.

Negó con la cabeza y arqueó todavía más la espalda para atraerme de nuevo a esa nebulosa, empujándome hacia el punto de no retorno.

—Duerme como un tronco —masculló.

Le atrapé el pezón con el índice y el pulgar, y quise rugir por la frustración de saber que no podía hacerle todo lo que quería. Que pronto

atendría que parar.

Rosie gimoteó y empezó a mover las nalgas de arriba abajo, jugando con movimientos ondulantes.

Aparté la mano de su pecho, lo que requirió de toda mi maldita fuerza de voluntad, y la apreté con brusquedad contra mí.

Conté hasta tres.

—Rosie —le advertí al oído, mordisqueándole la piel, aunque sabía que no debía hacerlo—, tienes que parar.

Pero no lo hizo. Volvió a moverse e hizo que mi pene se hinchara y latiera con una oleada cegadora de deseo.

—Pero me encanta —murmuró sin aliento—. ¿No te gusta?

Claro que sí.

—*Preciosa* —le gruñí al oído—. Joder, me vuelve loco. —Y no debería, de verdad que no debería haberlo hecho, pero presioné las caderas contra ella. Solo una vez—. Tanto que acabaré en los pantalones si continúas.

—No le veo el problema —respondió con rapidez, el ansia cubría sus palabras—. Me gusta.

Intentó moverse otra vez, pero logré detenerla. La giré y la inmovilicé con todo mi peso. Y sentí el cambio, el momento en que se dio cuenta de lo mucho que le gustaba estar debajo de mí. Soltó un gemido.

Me maldije.

—¿Te gusta esto, preciosa? —murmuré. Ella asintió con la cabeza. Respiraba con dificultad, agitada—. Te encanta que tenga el control tenerme encima. —Asintió otra vez. Y, sin ser capaz de frenar, presioné con las caderas. Un último impulso. El último—. Me encantaría hacerte correr así, Rosie.

Gimió, esta vez en voz alta, e hizo que toda la sangre se me reconcentrara en la polla, que se agitaba con desesperación. Le tapé la boca.

Y eso…

Mierda.

No sirvió de nada, su cuerpo se derretía como la puta a nieve con el sol.

—Rosie —le dije en voz baja, tan baja que ni yo la reconocí—, no voy
ba hacer que te corras. Tu hermano nos podría oír. Lo siento, *preciosa*, lo
siento. —Y lo decía en serio. Rosie asintió con la cabeza y, cuando abrió
alos ojos, le aparté la mano de la boca. Le rocé las sienes con los labios—
Cuando lo haga, querré escuchar esos gemidos. —Bajé y le di besos a lo
largo de la línea de la mandíbula—. Si hago que te corras, necesito oírte
achillar mi nombre.

Y luego, hice una de las cosas más difíciles que había hecho en la vida
yme despegué de ella.

Despacio, rodé sobre la espalda, la pierna me agradeció el cambio, y e
edredón acabó pareciendo una tienda de campaña.

Rosie se giró para mirarme a la cara. Me recorrió con la mirada, se
ohumedeció los labios y dejé salir un suspiro áspero.

s —*Ángel* —suspiré—. Puedes seguir mirándome y humedeciéndote los
ilabios así, pero, por favor, no me toques porque… —Perdería el control
Estaba completamente seguro. Me importaría una mierda quién estuviera
sen el piso. Le haría gritar mi nombre.

—Me portaré bien —respondió.

é ¿Y por qué eso me hizo querer… hacerle cosas guarras?

e Se me contrajo la entrepierna.

«Mantén la calma», me dije. «Piensa en cosas antieróticas. Como
cestos de basura. O… esa vez que Taco tuvo diarrea».

. —¿Lucas?

, La miré y vi cómo se le curvaban los labios en una sonrisa. Darme
écuenta de lo guapa que estaba por las mañanas, bajo esa luz, en mi cama
efue como si me pasaran una apisonadora por encima.

—¿Sí?

e Puso ambas manos debajo de las mejillas.

—Me gustaría que este piso tuviera más paredes.

—Sí —resoplé con una risa—, yo tampoco soy muy fan de los
estudios, Ro. —Soltó una risita suave—. Aunque soy fan de las vistas —
lcomenté, mirándola a los ojos—. Ni te imaginas cuánto.

Reapareció ese rubor que la hacía ser única.

—Hoy no para de soltar cumplidos, señor McConaughey.

—Vivo para cautivarla.

Mi mente volvió a la noche anterior, cuando nos besamos. Algo se partió en dos en el momento en que su boca se encontró con la mía. No era ajeno a la tensión no resuelta. Había estado cocinándose a fuego lento mucho tiempo, pero se había liberado en esa azotea.

Necesitábamos hablar del tema. Le había prometido ser sincero, y no quería que pensara que no significaba nada para mí o que prefería ignorarlo. Pero quería hacerlo bien (necesitaba hacer lo correcto en todo lo que la involucraba) y la cama no era el mejor sitio para hablarlo.

—Tengo que recoger a Taco.

Ella asintió.

—Y yo debería despertar a Olly y llevarlo a casa de nuestro padre —mencionó, confirmando que había cosas mucho más importantes con las que lidiar—. Me espera un largo día por delante.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunté.

—Me encantaría presentarte a mi padre, pero quizá en otras circunstancias. —Se quedó pensando—. ¿Y si llamamos a Lina y le preguntamos si puede traer a Taco? Deberías hacer reposo y descansar.

Asentí y tragué con fuerza.

—Quizá tengas razón.

—Siempre tengo razón. Entonces…, ¿le pedirás a Lina que venga? —Puse los ojos en blanco. Ella se rio. Fue un sonido mágico—. Será mejor que no empieces una pelea, Lucas, porque ganaría.

Fue mi turno de sonreír.

—No me amenaces o lo pagarás, Rosalyn Graham.

Abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo, se oyó una voz.

—¿Rosie? ¿Ya te has despertado? —Olly llamó desde el sofá y nos hizo reprimir lo que fuera que habíamos dejado a medias.

—Hoy no para de soltar cumplidos, señor McConaughey.

—Vivo para cautivarla.

Mi mente volvió a la noche anterior, cuando nos besamos. Algo se partió en dos en el momento en que su boca se encontró con la mía. No era ajeno a la tensión no resuelta. Había estado cocinándose a fuego lento mucho tiempo, pero se había liberado en esa azotea.

Necesitábamos hablar del tema. Le había prometido ser sincero, y no quería que pensara que no significaba nada para mí o que prefería ignorarlo. Pero quería hacerlo bien (necesitaba hacer lo correcto en todo lo que la involucraba) y la cama no era el mejor sitio para hablarlo.

—Tengo que recoger a Taco.

Ella asintió.

—Y yo debería despertar a Olly y llevarlo a casa de nuestro padre —mencionó, confirmando que había cosas mucho más importantes con las que lidiar—. Me espera un largo día por delante.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunté.

—Me encantaría presentarte a mi padre, pero quizá en otras circunstancias. —Se quedó pensando—. ¿Y si llamamos a Lina y le preguntamos si puede traer a Taco? Deberías hacer reposo y descansar.

Asentí y tragué con fuerza.

—Quizá tengas razón.

—Siempre tengo razón. Entonces…, ¿le pedirás a Lina que venga? —Puse los ojos en blanco. Ella se rio. Fue un sonido mágico—. Será mejor que no empieces una pelea, Lucas, porque ganaría.

Fue mi turno de sonreír.

—No me amenaces o lo pagarás, Rosalyn Graham.

Abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo, se oyó una voz.

—¿Rosie? ¿Ya te has despertado? —Olly llamó desde el sofá y nos hizo reprimir lo que fuera que habíamos dejado a medias.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 26
Lucas

QUEDARME SOLO EN EL PISO ME HIZO PASAR MÁS TIEMPO CONMIGO MISMO DEI que podía soportar.

Rosie se había ido con Olly y, a pesar de que no me gustaba la idea de quedarme, comprendí por qué me había dicho que acompañarla no era buena idea.

Rosie, su hermano y su padre necesitaban pasar ese tiempo a solas Como familia. Y yo podía usar ese tiempo para apaciguarme después de haber estado tan cerca de hacerlo con Rosie esa misma mañana.

Además, llevaba esperando que Lina trajera a Taco desde que me había quedado solo. Por supuesto, Lina, como la buena acaparadora perruna que era, había cambiado los planes. De manera que había decidido traerme a Taco más tarde, cuando viniera a ayudarnos con el traslado. Porque Rosie se iba ese día. Volvía a su casa.

Y yo me iba con ella. Por desgracia, no como quería. Solo iba a echar una mano, aunque no iba a ser de mucha ayuda. Pero… necesitaba verla en su piso, asegurarme de que todo estaba arreglado y solucionado, ver con mis propios ojos que estaría segura. Y bien.

«Mentiroso», una voz me acusó en mi cabeza. «Lo que quieres es una excusa para pasar más tiempo con ella. Encontrar un mínimo desperfecto en su casa para arrastrarla de vuelta a este piso, contigo».

Sí. Así era. Porque, después de besarla y dormir con ella, era muy difícil ignorar esta parte, esta emoción que me inundaba, palpitante, que deseaba a Rosie. La deseaba sobremanera.

Volvía a estar cachondo. Lo había estado todo el día, pero cada vez era peor, porque no paraba de pensar en ella, en la mudanza y en que no la volvería a ver nunca más.

Con un suspiro tembloroso, miré la hora y me di cuenta de que tenía tiempo antes de que Rosie volviera de Filadelfia y Lina trajera a Taco.

Una ducha. Fría. Necesitaba bajar las revoluciones antes de que alguna de las chicas apareciera.

Entré al baño y me saqué la ropa. Me eché un buen vistazo en el espejo y señalé con el dedo a mi reflejo.

—*Contrólate, Lucas* —le ordené a mi imagen, como si eso ayudara— Te estás comportando como un idiota cachondo, y eso no puede ser.

Pero ni mi expresión anhelante se apagó ni me bajó la erección.

Negué con la cabeza, puse la ducha al tope de fría, me metí de un salto y cerré los ojos en cuanto sentí el chorro de agua sobre los hombros.

No debería sentirme así por una mujer a la que apenas conocía. Una mujer a la que le había prometido que estaría a salvo conmigo. Una mujer que se había convertido en una de mis mejores amigas. Mi mejor amiga.

¿Cómo había pasado esto?

Nunca me había sentido así con una mujer, no como me sentía con Rosie. Quería hacer cosas por ella y, si me lo permitía, dárselo todo. Quería asegurarme de que estuviera bien. Más que eso. No solo bien, sino feliz. De que cumpliera sus sueños. De que se sintiera cuidada y querida.

Y, Dios, quería hacerle el amor. Venerar su cuerpo. Darle placer. Con las manos. Con la boca. Con la polla, si alguna vez tenía esa suerte. Quería tratarla como se merecía, como el tesoro que era.

No había manera de evitarlo. Todo eso estaba ahí, latente bajo la piel. Me exigía que lo apaciguara.

Me llevé las manos a la cadera y… Dios. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había aliviado toda esa presión.

Nuestro acuerdo de convivencia tuvo un montón de ventajas, pero también una gran desventaja: la falta de habitaciones. Y de paredes. De privacidad.

La imagen de Rosie moviéndose contra mi regazo se proyectó delante de mis ojos, me encendió la piel e hizo que bajara la mano con lentitud alentado por el agua que se deslizaba por cada rincón de mi cuerpo. Incapaz de detenerme, me entregué a la abrumadora necesidad que llevaba horas intentando mantener a raya.

Solté un gemido.

Joder, estaba tan duro. Me sorprendió no haber estallado cuando se acurrucó contra mi regazo.

Con un jadeo, me la froté de la base a la cima. Y casi me caí de rodillas.

Me apoyé en las baldosas frescas y resbaladizas de la ducha y continué moviendo la mano. Cada presión áspera y lenta me hizo cerrar los ojos de dolor y alivio. Era una tortura y, a la vez, un placer.

Mi mente evocó las imágenes de esa mañana, cuando Rosie me había restregado las nalgas. Me imaginé recostándola boca abajo mientras me preparaba para hacerla gemir como le había prometido. También me imaginé su sabor, la sensación de su cuerpo debajo del mío, la piel sonrosada, la curva de los labios cuando, por fin, la llevara al clímax que ambos ansiábamos.

Me vuelve loco.

De solo pensar en ella, perdía la cabeza. Y se lo diría yo mismo. Con mucho gusto la vería retorcerse de lujuria al susurrarle todas esas palabras que tanto le gustaban. Me…

—¿Lucas?

Su voz atravesó la nebulosa y me envolvió como una nube de humo.

—¿Rosie? —pronuncié su nombre, deseoso y sorprendido.

Me di la vuelta sin detener la mano, porque no podía parar. Rosie estaba de pie en la puerta abierta del baño, con el abrigo puesto, las llaves todavía en la mano. Quería saborear esas mejillas sonrosadas. Estaba paralizada, con la mirada clavada en mi puño, todavía alrededor de la polla.

—Rosie, *mi ángel* —imploré con voz áspera, y me giré hacia ella. Dejé que me viera todo, porque estaba a su merced. Ni siquiera sentí vergüenza cuando añadí—: Esto es lo que me haces sentir.

Se le agitó la garganta y vi que todo el cuerpo le reaccionaba ante la imagen de verme desnudo mientras me tocaba bajo la corriente de agua. Los ojos se le volvieron acuosos. Se puso roja. Abrió los labios, y yo ya estaba fantaseando con tener esos labios sobre la piel, alrededor de mi polla, sobre mi boca.

Me puse más duro.

—No puedo parar —confesé con la voz áspera, desesperada obligándome a detenerme.

La mirada de Rosie se encontró con la mía.

—No lo hagas. —Esos ojos vidriosos me confirmaron que no estaba consternada por mi descontrol. Para nada. Estaba excitada, halagada Llena de deseo—. He oído un gemido y he pensado que te dolía la rodilla.

Dejé caer la frente sobre la puerta de vidrio de la ducha y una risita se me escapó de los labios.

—Me dolía, *ángel*. —Tiré hacia atrás, enderecé la espalda y la miré directamente a los ojos para darle una muestra, si eso era lo que quería— Tanto que he tenido que tocarme a mí mismo.

Se movió y volvió a dirigir la mirada a mi puño. A mi polla. Y yo me toqué todavía más. Cada vez estaba más cerca del abismo. Bajó un poco la vista y noté la conmoción, la preocupación en su mirada, cuando vio la cicatriz de mi rodilla.

—Sube los ojos, Rosie —le ordené. Estaba listo para detonar como una condenada bomba, y la quería conmigo. Ella obedeció. Y de inmediato se llevó una mano al pecho sin prestar atención, justo a las tetas—. ¿Te gusta lo que ves, Rosie? —le pregunté, fascinado por su expresión de deseo— ¿Te gusta verme así? ¿Te gusta saber que eres la responsable de esto?

Afirmó con la cabeza.

—Mucho.

Mierda.

—Rosie —mascullé—. Rosie. Las cosas que quiero decirte. Las que quiero hacerte.

Ella tragó saliva y nos quedamos suspendidos en el tiempo. Luego, con lentitud, muy despacio, dejó caer las llaves al suelo. Se desabrochó el abrigo, que reveló la camisa a cuadros que le había visto ponerse por la mañana. Con mucha delicadeza, como si no tuviéramos prisa y no supiera que yo estaba a punto de explotar de puro deseo, se lo quitó.

—Ya hemos dejado la timidez atrás. Dímelo todo —declaró, y me miró a los ojos con algo que me hacía enloquecer—. Quiero oírlo. Quiero

que me mires como yo te estoy mirando.

Un gemido me retumbó en el pecho, me subió por la garganta y me dejó en un estallido.

—¿Quieres que te diga cómo jugaría con tu cuerpo? ¿Quieres darme una muestra y volverme loco como solo tú puedes?

Afirmó con la cabeza, recorriéndome con la mirada, desde mi puño hasta mi cara.

Sentí que le enseñé los dientes. La bestia se estaba desatando, cortaba las ataduras y se escapaba de la correa.

—Desabróchate la camisa —le indiqué, y ella lo hizo tirando con fuerza del cuello. Con tanta fuerza que arrancó dos botones de la parte superior, dejando el sujetador de algodón al descubierto. Dejé escapar un gruñido ante esa vista—. Tócate otra vez el pecho con la mano.

Lo hizo y se me dispararon las pulsaciones, la polla palpitándome contra el puño.

Rosie gemía mientras se frotaba el pecho, mirándome.

—Tú también sientes dolor, Rosie. —Exhalé por la nariz, recorriéndole el cuerpo con la mirada. Quería salir de esa ducha—. Estás sufriendo y no podemos permitirlo. —Asintió y tragué con fuerza, deseando que fuera mi mano la que le rodeara los pechos. Venerarla con los dedos. Recorrerla con la lengua—. Bájate el sujetador —le ordené en voz baja. Y se convirtió en un gruñido cuando añadí—: Deja que te mire, *preciosa*.

Verla ahí, de pie, con la camisa entreabierta, podría haberme despertado la necesidad de ponerme de rodillas, pero, en vez de eso despertó otra cosa. La necesidad de mantenerme alejado. De mantenerme a raya.

Apreté los dientes y abrí la mampara de la ducha con una mano. Con la otra, seguí tocándome. Bajó la vista otra vez y soltó un gemido.

—Hazle esto a tu pezón, Rosie. Con la palma de la mano y, luego, con los dedos. —Hizo lo que le indiqué y gimió otra vez. Mantuvo los ojos cerrados durante un segundo, solo para volver a abrirlos y centrarlos en mí, con el mismo deseo que sabía que se reflejaba en mi rostro—. Con eso no basta.

Sin pensar en todas las razones por las que no debería hacerlo, avancé un par de pasos, listo para salir de la ducha y hacerle el amor en el suelo como un maldito animal. Pero Rosie se movió al mismo tiempo, mirándome con deseo. Se quitó los zapatos y se metió en la ducha conmigo, empapándose la ropa. Su mano cayó sobre mi pecho y lo vi todo rojo durante un segundo.

Con un solo movimiento rápido, la tuve contra las baldosas resbaladizas. Con otro, la vi bajarse la cremallera de los vaqueros, dejando la ropa interior de encaje blanco a la vista.

Solté un gruñido y, por instinto, me froté más.

—Quieres verlo, Rosie. Así puedes verlo de cerca. —Respiré jadeando, y me toqué con fuerza—. Quieres que te guíe, así que, métete los dedos. Hazlo. Por favor. Antes de que lo haga yo.

Se metió la mano dentro de las bragas, obediente. Y, ¡ay!, el gemido que soltó casi me hizo explotar de placer, hasta pude sentir las primeras gotas de éxtasis.

—Frótate el clítoris, juega con él como lo haría yo —la incité, y casi no me reconocí la voz. Nuestras manos se movieron con urgencia—. ¡Ah *preciosa*, así!

El sonido de nuestras respiraciones se impuso al agua que nos caía sobre la cabeza, y no pude dejar de acercarme, no podía parar la mano que acabó en su garganta, rodeándola con suavidad.

—¿Te parece bien? —le pregunté, mirándola de cerca—. Dime si no te gusta.

Asintió con la cabeza una vez, como si no fuera capaz de más.

—Sí. ¡Oh, Dios mío! Sí. —Nuestros movimientos se volvieron vertiginosos, más desesperados, nuestras caderas se movían como si estuviéramos haciendo el amor en vez de tocarnos. Se le cortó la respiración—. ¿Lucas? Estoy a punto de llegar. Ay, Dios. Me… Lucas.

Presioné con los muslos y apreté un poco más el agarre de la garganta. Me contuve. No quería acabar hasta que ella estallara de placer.

—Vamos, Rosie —gruñí, liberándome la polla y poniendo la mano por encima de la suya—. Llevo fantaseando con esto desde Halloween. Acaba

épara mí.

Explotó con un gemido agónico, justo como quería. Se le agitaron los párpados y le tembló todo el cuerpo. Y, cuando su mano perdió intensidad por la ola de placer que la sacudía, tomé el mando hasta que llegó al orgasmo.

Mi frente cayó sobre la suya y esperé que abriera los ojos una vez más antes de retomar mi propio éxtasis. Se humedeció los labios entreabiertos mientras me frotaba con la mano. Se me tensó la columna a medida que llegaba al clímax.

—Esto es lo que me haces, Rosie. —Me puso las manos en los hombros, las dejó caer hacia mis pectorales y, con las uñas, me acarició el vientre. Respiré hondo y me froté con desesperación porque solo quedaba deseo—. ¿Te puedo acabar encima, Rosie, *ángel*? Por favor.

—Sí —exhaló—. Sí.

Se levantó la camisa, obligando al resto de botones a abrirse. Yo me froté el pene una última vez antes de explotar. Con un gemido ronco eyacabé sobre su piel lisa, extrayendo hasta la última gota. Deseé estar dentro de ella. Deseé que esto hubiera durado horas, días.

—Rosie —exhalé, y me apoyé en la pared que tenía detrás; la polla todavía me palpitaba por la liberación, y observé como el agua le limpiaba los restos blanquecinos del vientre—. *Estoy a tus pies. A tus pies preciosa*.

Nos quedamos un rato bajo el agua, frente contra frente, jadeando hasta que, en algún momento, cerré el grifo y levanté a Rosie sin decir ni una palabra. Mi pierna se quejó. Se dio cuenta y me exigió que la dejara en el suelo, pero me negué. No me quedaba mucho tiempo con ella, y eso me había vuelto imprudente. Por eso quizá, en vez de dejar que se fuera en vez de poner distancia entre nosotros y hablar de lo que acababa de pasar, la tumbé en el suelo y le quité la ropa mojada. La besé otra vez en los labios. La ayudé a ponerse ropa seca. Y luego, dejé que me hiciera lo mismo.

Porque el tiempo corría en nuestra contra. Todo lo hacía. Y, tal vez siempre lo había hecho.

s
l
l

s
s
e

s
l
a

e
,
r

a
a
,

,
i
a
o
,
e
n
o

,


I ♥ NY
NYC

Capítulo 27
Rosie

—Casi ni he rozado el bordillo. Estás haciendo que parezca que hi atropellado una ardilla o algo así.

Me reí por lo bajo.

—¿Una ardilla? ¿En serio? —preguntó Lucas.

Lina lo fulminó con la mirada.

—Podría pasar. —Luego bajó la voz a un susurro y miró a Taco de reojo—. No quería usar un p-e-r-r-o como ejemplo, ¿vale?

Taco gimoteó a mi lado y Lucas, a quien no había dejado de mirar en todo el trayecto, murmuró por lo bajo:

—Lo que tu digas. No te voy a defender ante Aaron. Me gusta, y estoy seguro de que estaría rompiendo algún código de hermanos.

—¡Ah! —contesté—. Yo tampoco voy a defenderte, lo siento.

Lina puso los ojos en blanco.

—Aaron sabía lo que hacía cuando me prestó el coche. Me dijo que no debería asustarme el tráfico de Nueva York, sabiondos.

Lucas me rozó la espalda, lo que me puso la piel de gallina, aunque el toque hubiese sido breve.

—Claro —asintió Lucas mientras cogía la bolsa que llevaba colgada del hombro—. Es el tráfico de Nueva York el que debería estar aterrorizado —repuso, y me miró—. De ella.

Negué con la cabeza y dejé escapar una risa. Estos dos eran ridículos, y de ninguna manera me iba a llevar la bolsa.

Lucas entrecerró los ojos.

—Qué gracioso —comentó Lina abriendo el maletero—. Alguien se ha despertado creyéndose cómico.

Lucas ignoró el comentario y fue a por la maleta.

Yo hice lo mismo porque solo tenía una ligera idea de lo que había querido decir. Además, estaba demasiado ocupada fulminando a Lucas

con la mirada. Bajé la voz y le recriminé:

—No deberías llevar peso.

Parecía listo para contradecirme, pero aceptó:

—Tienes razón.

—Ya te lo dije, siempre tengo razón —murmuré, y estiré los labios Luego le quité el asa—. Dámela.

—No —repuso antes de cogerla de todos modos—. Tienes razón, perc eso no significa que vaya a dejar que cargues sola con todo ese peso po las escaleras. —Se encogió de hombros y fue mi turno de entrecerrar los ojos—. Esa mirada no va a disuadirme, Rosie. —Se me acercó y, solo para que yo pudiera escucharlo, murmuró—: Solo me está poniendo cachondo.

Separé los labios y yo…

No esperaba ese comentario, pero me gustó. Mucho. Demasiado.

Quería que volviera a tocarme, como hacía unas horas, pero, esta vez quería más. Esta vez, lo quería todo.

Lucas entornó los ojos.

—*Preciosa*, no me mires así. Estás empeorando las cosas.

Lina se aclaró la garganta y, cuando le eché un vistazo, tenía los ojos entrecerrados.

—¿Qué estáis cuchicheando ahí delante?

—Le estaba diciendo a Rosie lo afortunados que somos por estar vivos —respondió Lucas, pero su expresión me contaba una historia diferente Se giró hacia su prima—: ¿No estás de acuerdo, protagonista de *A todo gas*?

—¡Ja! —respondió Lina—. Graciosísimo.

Con un suspiro, le dije a mi mejor amiga:

—Toma. —Le puse la llave en la palma—. Sube primero. Nosotros llevamos el resto. —Para mi sorpresa, Lina no me cuestionó. Solo llamó a Taco y se dirigió a la escalera. Cogí la bolsa menos pesada que pude encontrar (una con un cojín) y se la colgué del hombro a Lucas. Luego recuperé la maleta que él pensaba subir—. Ahí está. —Le di unas palmaditas en el pecho—. Arriba, Martín número dos. —Me cogió de la muñeca y una sensación omnipotente y salvaje me inundó todo el cuerpo

Levanté la mirada, la pesadez y la lujuria se disiparon con sutileza cuando me hizo el puchero más tierno que había visto. Me reí. De forma despreocupada, añadí—: No me seas gruñón. No puedes ganar todo el tiempo. Ahora, tira para arriba.

Se burló.

—Soy un rayo de sol. —Bajó la mirada hacia los dedos que me sujetaban el brazo. Me cogió la mano y se la llevó al pecho, justo sobre su corazón—. Yo solo… quiero ayudar.

No quería ayudarme. Necesitaba hacerlo. Y yo lo sabía.

Lo acaricié por encima del jersey y me aseguré de que sintiera mi contacto a través de toda la ropa que me separaba de su piel. Y solo cuando parecía estar tan distraído como yo, le confesé:

—Estás aquí, conmigo. Eso es todo lo que necesito.

Lo miré fijamente, así que fue imposible no ver cómo le cambió la expresión cuando captó mis palabras.

Tal vez quería hablar de lo que había pasado esa mañana o la noche anterior, porque aún no lo habíamos hecho, aunque sabía que nos debíamos una charla. Pero, una vez más, este no era el momento, así que me aclaré la garganta y le dije:

—Vamos. Lina se estará preguntando por qué tardamos tanto.

Asintió con la cabeza y subió.

Unas dos horas más tarde, ya habíamos subido todas mis cosas y limpiado el gran desorden que los contratistas habían dejado.

—Estoy muerta —gruñó Lina desde un extremo del sofá—. Esto ha sido lo equivalente a, al menos, tres meses de ejercicio.

Me reí por lo bajo y Lucas se burló con ironía:

—Creo que los abundantes descansos de diez minutos que te has tomado para comer patatas fritas anulan el entrenamiento, *prima*.

—¡Qué aguafiestas! —Lina hizo ademanes en el aire—. Hoy estás de un humor de perros, Lucas. Ni siquiera sabía que podías ser tan malhumorado. —Lina no estaba mintiendo. Lucas no había actuado como él mismo esas últimas horas. Había estado suspirando y gruñendo, apenas sonriendo—. Tal vez deberías echarte una siesta cuando llegues a casa.

oEstás actuando como un bebé que necesita descansar un poco.

a —Anoche dormí bien —aclaró, y me miró desde el otro lado del salór l—. De hecho, en lo que menos estoy pensando es en dormir.

Se me aceleró el pulso, porque podía ver lo que irradiaban ese par de ojos marrones que me miraban fijamente. Podía sentirlo en la piel.

e Lina se aclaró la garganta.

a Desvié la mirada y aplaudí una vez.

—Muchas gracias por la ayuda, chicos. —Me levanté y Taco me empujó la pierna con la cabeza. Me puse en cuclillas y le planté un besc i—. Y gracias a ti también, por ser el más guapo del mundo.

o Lucas gruñó y Taco se fue de inmediato hacia él. Parecía estar un pocc más relajado.

Miré a Lina, sentada en el sofá, y me di cuenta de que no teníar aninguna razón para quedarse. Para que Lucas se quedara. Volvería al pisc de Lina. Y pronto, a España.

e Me invadió el pánico, haciéndome respirar con dificultad.

s Solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

e —Chicos, ¿queréis comer algo? No tengo nada en la nevera, perc puedo pedir pizza. —Me dirigí a mi mejor amiga porque, si miraba a Lucas, haría algo muy estúpido, como saltarle al regazo y rogarle que nc se fuera—. Es lo mínimo que puedo hacer.

y Lina suspiró, juntando las manos debajo del mentón.

—Le prometí a Aaron que lo recogería en la oficina. —Se puso de pie a—. Y no voy a desperdiciar ninguna oportunidad de sacarlo pronto de ahí Porque un día tendré que arrancarle el culo de esa silla de oficina, antes de que se fusione con su portátil. —Asentí con la cabeza, debatiéndome cor sla idea de decirle a Lucas que, si quería quedarse, podía hacerlo. Me moría de ganas de estar con él. Pero Lina intervino—: Deberíamos ponernos en emarcha. Dejaré a Lucas en Manhattan. Me pilla de paso.

a —Por supuesto —respondí, porque ¿qué más podía decir? Ni siquiera osabía si Lucas quería quedarse. Estaba muy callado. Cogí el móvil de la smesita de café y miré la hora—. Vale. Creo que deberíais ir tirando si…

. —Tengo hambre —deslizó Lucas de pasada—. Y esas pizzas me

parecen una gran idea.

Mi cabeza giró en su dirección tan rápido que casi me mareé.

Me miró con determinación.

—Puedes pasarte por la pizzería de Alessandro de vuelta —dijo Lina mientras cogía el abrigo y el bolso—. Si llamas ahora, seguro que ya lo tiene listo cuando te deje.

—Tal vez tengo hambre ahora —respondió Lucas mirándome a los ojos.

Se me aceleró el pulso. El corazón, pobre y esperanzado, se me subió a la garganta.

Oí la exhalación de Lina.

—No vas a comer en el coche de Aaron. Te va a matar, y, aunque hoy estés gruñón, eres mi primo favorito.

Vi a Lucas respirar muy lentamente por la nariz, como si estuviera juntando fuerzas. Y, por primera vez en mucho tiempo, me quedé atónita al verlo contestar mal.

—¿Siempre eres tan desconsiderada, Lina?

—Lucas. —Tuve que sofocar un jadeo.

—¿Ves a qué me refiero? —Mi mejor amiga entrecerró los ojos al mirar a su primo—. Hoy estás de mal humor.

Lucas parpadeó varias veces y se disculpó:

—Perdón. Lo siento. Yo… *Soy un gilipollas*.

—Sí, lo eres. Pero disculpa aceptada. —Lina se le plantó delante—. Y para que lo sepáis, no estoy ciega. Te he visto cojeando, y también como Rosie te controlaba cada cinco minutos. —Eso me dejó boquiabierta— Por no hablar de toda esta tensión sexual no resuelta que tenéis. Así que, a menos que queráis tener esa conversación ahora mismo, te llevo a casa. Y si dejas de ser un imbécil, puede ser que no te interrogue sobre por que Aaron se queda callado cada vez que te nombro. Y créeme que quiero, en serio, porque es la primera vez que mi marido me esconde algo; y, aunque es adorable que te cubra siguiendo un código de colegas, me cabrea que me dejéis de lado.

Lucas se levantó y abrazó a Lina.

—*Soy un idiota* —se disculpó—. Lo siento. Tienes razón. Puede que necesite esa siesta.

Las palabras de Lina me oprimieron el pecho. Había sido una amiga horrible al esconderle todo esto.

—Tenéis que iros —murmuré con suavidad mientras trataba de controlar mis pensamientos para no ahogar la voz—. De todos modos, es probable que pase de las pizzas y vaya derecha a la cama. Me muero de sueño.

Los primos Martín rompieron el abrazo y, a continuación, me vi en brazos de mi mejor amiga.

—No estoy enfadada —me aclaró solo a mí—. Me lo contarás todo, lo sé. Y estaré ahí cuando estés preparada, ¿de acuerdo?

Un sonido ahogado me salió de la garganta.

—Vale.

Dios, era la mejor.

Cuando mi amiga me soltó, Lucas estaba ahí, como si hubiera estado esperando en la fila para conseguir su abrazo. Y yo… Ay. No podía esperar para arrojarme a sus brazos. A su calidez, su aroma y su fuerza. Me envolvió en un abrazo y me dio un beso silencioso cerca de la oreja. Luego, susurró:

—*Buenas noches, preciosa*.

Taco me frotó los pies y soltó un gemido.

Pero no les dije nada. Y quizá fue lo mejor. Porque seguro que habría dicho algo estúpido como «quédate».

Quédate para siempre.

Así que me limité a ver cómo Lucas, Lina y Taco se iban. A los pocos minutos, estaba sola. Otra vez. Como lo había estado antes de que Lucas llegara a mi vida. De alguna manera, se había vuelto… irreemplazable.

—Vale —le anuncié a mi piso vacío—. Estoy sola. Y eso está bien. No pasa nada.

Solo que no lo estaba. Ni por asomo.

Porque ya lo echaba de menos, y eso era una locura. Era… ridículo. Exagerado. Pero tenía algo vivo y palpitante dentro que exigía que lo

edejaran salir.

Y así, se me encendió una bombilla. Una que estaba conectada a órgano que me latía en el pecho. Cogí la mochila donde llevaba el portátil lo saqué y me volví a zambullir en el sofá. Abrí mi manuscrito e hice lo único que había sabido hacer alguna vez, mucho tiempo atrás. Escribí sobre cada una de las cosas que no sabía cómo… manejar. Cómo procesar. Cada miedo, cada emoción, cada pregunta aterradora y cada certeza sofocante. Cada esperanza. Y escribí. Los liberé en mi historia para poder desenredarlos de la mejor manera que conocía. Sobre el papel.



Un par de horas después estaba acostada en la cama. Muy despierta.

De alguna manera, me había quedado trabajando hasta pasadas las doce, y pensé que esa productiva sesión de escritura, sumada al agotamiento del día, me dejarían noqueada. Pero no.

Miré el techo oscuro de mi habitación. Mirando el móvil de vez en cuando. Deseaba que se iluminara con un mensaje o una llamada. Deseaba ser lo suficientemente valiente para contestarla.

Pero la pantalla se mantuvo completamente negra; el dispositivo, en silencio.

No me atrevía a hacer nada al respecto, y eso me estaba volviendo loca.

Apretando los ojos, dejé escapar un gruñido.

Había tantas reglas implícitas sobre cómo las mujeres deberían comportarse con los hombres que les interesaban. Hombres a los que habían besado y querían repetirlo una y otra vez. Pero se trataba de Lucas y de mí. Esas reglas no se aplicaban a nosotros.

Lo había visto desnudo, precioso e imponente, debajo del chorro de agua, con la mano alrededor de la polla. Muriéndose por mí. Vulnerable. Poderoso.

Y, antes de eso, lo había besado bajo la lluvia, donde no me había importado nada, excepto sus labios, que se movían sobre mi boca.

Había bailado con él al ritmo de nuestra banda sonora. Me hizo da
lvueltas en sus brazos mientras me envolvía en su risa.
, Lo consolé cuando tuvo pesadillas. Y eso era lo que quería por encima
ode todo: poder quitarle el miedo.
í Y, cuando necesité que alguien me consolara a mí, dejé que me
.sostuviera la mano. Y dejé que, algo que había empezado como un
aexperimento, se convirtiera en algo real.
r Las reglas no se aplicaban a nosotros.

Era una mujer adulta. No necesitaba una razón para enviarle un mensaje a Lucas. A mi amigo. A uno de mis mejores amigos. Al hombre en el que no podía dejar de pensar.

Le escribiría.

—A la mierda… —Y, en ese preciso momento, la pantalla se iluminó Con el corazón en la garganta, cogí el móvil a toda prisa, y, en el apuro, se
Sme enredaron las piernas en el edredón y me caí—. ¡Ay! Maldita sea.
l Desde mi posición, tirada sobre la alfombra, estiré un brazo y cogí el móvil de la mesita de noche, sin molestarme en volver a la cama. Era un
1mensaje de texto.
a

Lucas:

1 Creo que tengo ansiedad por separación.

)

Curvé los labios en la sonrisa más ridícula y grande de todas, y me apresuré a escribir una respuesta.

1

e Pensaba que solo la tenían las mascotas.

s

Estás despierta.

e

· ¿Te he desperado?

a

Nop. Ya estaba despierta del todo.

He estado trabajando.

Me alegro. ¿Cuántas palabras?

Un montón 😴

Esa es mi chica.

Seguro que estás exhausta.

Debería dejarte ir a dormir.

La vibración del pecho se me subió a las sienes mientras me inventaba una excusa para seguir hablando.

No te preocupes. Mi cerebro sigue a tope, así que no puedo dormir.

¿Podrías… hacerme compañía?

Hasta que me quede dormida.

😇 Ah, ¿sí? ¿Es lo que quieres?

Síp.

Bueno, tienes suerte, se me da genial animar a la gente, por no hablar de que mi compañía es excelente.

La mayoría del tiempo.

Lo sé.

Todo el tiempo.

Incluso cuando estás gruñón.

Me llegó una foto. Era una *selfie* donde aparecía con el ceño fruncido Estaba haciendo un puchero.

¿Un gruñón como este?
Todavía creo que estoy guapo.
Incluso diría que sexy.

Lo estaba. Como siempre.

Me llegó otro mensaje.

¿Me podrías animar a mí también?
Envíame una foto.
Hazlo por mi ansiedad por separación.
Me da miedo olvidarme de tu cara.

¿Me estás tirando la caña, Lucas Martín?

¿Está funcionando?

Con una risita nerviosa, me saqué una *selfie* y se la envié.

¿Estás en… el suelo? ¿Por qué estás tirada a los pies de la cama?

¡Ups! Estaba tan atontada con Lucas que ni siquiera había pensado en eso.

Me llegó otra foto suya. Esta estaba sacada de más lejos, como si hubiera estirado el brazo para que pudiese ver que estaba en la cama

Sobre el cobertor. Sin camisa. Su glorioso torso al desnudo, el tatuaje asomando por el borde de la pantalla.

Así es como se usan las camas, Ro.

Te acuestas sobre ellas.

Gracias por la clase, profesor.

¿Qué puedo decirte? Soy un experto en los distintos usos de las camas.

¿Eh?

¿Eh?

¿De verdad, Rosie? ¿Eh?

Podría haber respondido mejor, mucho mejor. Con más sensualidad Pero mi cerebro estaba… disperso.

No te hagas la sorprendida.

Me di unos segundos para pensar una respuesta. Pero me había derrotado.

¿Te has olvidado de lo de esta mañana? Porque yo no.

No puedo pensar en otra cosa.

Bueno, no. También he pensado en esa ducha.

En cómo te has corrido.

Me quedé mirando esa palabra en la pantalla, el calor concentrándoseme entre las piernas. No supe qué contestarle.

Mi cerebro no paraba de buscar una buena respuesta, cualquier cosa No pasaba nada, solo era sexteo. Y yo era escritora de novelas románticas de escenas de sexo. Podía ser *sexy*. Podía atreverme. Podía sextear.

Pero me quedé en blanco. No se me ocurría nada. Solo me venían imágenes de esa mañana, de nosotros en la cama, bajo el cobertor. De esa ducha y de Lucas desnudo, acabándome en el vientre. Había sido la experiencia sexual más erótica que había tenido en la vida y me…

No sé cuánto tiempo me quedé pensando, pero Lucas acabó mandándome otro mensaje.

¿Rosie?

Sigo aquí.

Lo siento. Soy idiota. Te juro que no estaba intentando tener sexo telefónico ni sextear contigo.

Ah, ¿no?

No.

Vaya desilusión. Habría estado encantada con cualquiera de las dos opciones; solo necesitaba… un poco más de tiempo.

Te estaba enviando mensajes porque me estoy volviendo loco de lo mucho que te echo de menos.

El piso está demasiado tranquilo.

Demasiado vacío.

Sé que tengo a Taco.

Pero quiero que vuelvas.

Me dolía el corazón.

«Quiero que vuelvas».

Así me sentía en mi propia casa. Así me había echado a perder. ¿Era posible que los dos nos sintiéramos igual?

Yo también te echo de menos.

Y, como ya había quedado claro que no tenía ningún instinto de supervivencia en lo que se refería a este hombre, le escribí las palabras que quería que leyera, la verdad que quería que viera, que quería gritarle hasta que me quedara sin cuerdas vocales.

Y también quiero que vuelvas.

Me gustaría que estuvieras aquí, conmigo.

En mi cama.

Ojalá no me lo hubieras dicho.

¿Por qué?

Los tres puntitos bailaron en la pantalla durante unos segundos. Luego desaparecieron.

Me quedé muy quieta y esperé un minuto.

Pasaron dos, tres, diez, quince. Treinta minutos.

Lucas no respondió.

Tal vez se había… quedado dormido.

O quizá le había entrado hambre y había decidido hacerse algo de comer. Lo conocía, eso suponía algo más sofisticado que abrir un paquete de cereales y un cartón de leche, aunque fuera la una de la madrugada. O quizá…

—Jesucristo —me dije en la habitación vacía—. Escúchate, Rosie.

Maldije al darme cuenta de que no solo estaba siendo ridícula, sino que también me había levantado y caminaba de un lado a otro, a punto de provocarme a mí misma dolor de cabeza.

El portero electrónico retumbó por todo el piso y me sobresaltó. Se me cayó el móvil. La pantalla se iluminó a mis pies.

Soy yo.

Lo dejé donde estaba. No me importaba nada, excepto la puerta.

Porque… él estaba aquí.

Corrí y apreté el botón que abría la cerradura de la entrada del edificio. Cuando abrí de un tirón la puerta del piso, mi jadeo no tenía nada que ver con la carrera que acababa de pegarme.

Unos segundos después, el hombre más guapo que había visto en la vida apareció por el pasillo. El mismo hombre que se había convertido, sin saber cómo, en mi persona favorita de Nueva York (del país, de todo el mundo).

—Por esto —dijo con esa sonrisa tan suya, radiante, y que tenía el poder de llenarme el estómago de mariposas. Capaz de hacerme erizar la piel y despertarme cada nervio—. No podía presentarme en tu puerta a altas horas de la madrugada sin que me hubieras invitado. Por eso ojalá no me hubieras dicho que me echabas de menos. —El corazón se me había desbocado—. Me dijiste que me echabas de menos —repitió, como si todavía estuviera procesando mis palabras.

Y sin querer, sin saber cómo, me arrojé a sus brazos. Si no hubiera sido por su pierna, que no estaba lista para soportarlo, lo habría escalado como a un árbol. Pero, aun así, me enredé lo mejor que pude. Respiré hondo empapándome de su aroma, envolviéndome con esos músculos tonificados bajo toda la ropa que llevaba puesta para contrarrestar el clima helado de Nueva York. Me empapé de él.

—Y es lo mejor que he dicho en la vida —respondí, las palabras se desbordaban y caían sobre su pecho. Cerca del corazón, donde me quería esconder. Y entonces, dije algo que tal vez no debería haber dicho, pero no

fui capaz de detenerme—. Lo diría otra vez si eso hiciera que te quedaras
Lo diría un millón de veces. —Me abrazó fuerte y dejó salir un largo
suspiro que me entibió el cuello. Y, porque él me había roto la coraza y
todo estaba saliendo, continué—: Llevo echándote de menos desde que
has puesto un pie fuera del piso. Pero empecé a echarte de menos
muchísimo antes, Lucas.

Su pecho hizo un ruido sordo, un gruñido profundo que me agitó con
expectativa y deseo ante lo que estaba creciendo entre nosotros.

Luego, me cogió de la cintura, nos metimos en el piso y cerramos la
puerta. Al segundo, ya estaba apoyada contra ella.

Lucas puso un brazo a cada lado de mi cabeza y me aprisionó contra la
superficie de madera.

—Otra vez. Nadie me había echado tanto de menos o necesitado así
Vuelve a decirlo —pidió, mirándome a los ojos.

Se me secó la boca ante su expresión. Ante la forma en que se le
ensombreció la mirada y la mandíbula se le volvió una línea tensa.

—Te he echado de menos, Lucas. Mucho. Por favor, quédate conmigo
Quédate esta noche.

«Quédate esta noche y todas las que nos quedan».

Me cogió la cara, me recorrió la mejilla hasta la comisura del labio y
me dibujó la línea de la boca con la yema del dedo índice.

—Si me quedo… —Cerró los ojos y exhaló—. He visto cómo te
corrías, Rosie. Sin casi tener la oportunidad de tocarte. Si me quedo, eso
va a cambiar. Si me quedo, vamos a hacerlo.

Me estremecí de solo pensar en lo mucho que quería que cumpliera esa
advertencia.

—Vale.

—Tengo que decirte una cosa —aclaró con la mirada endurecida—
Me voy en una semana, y digo en serio que no puedo… Mi vida es un
caos, Rosie. No puedo ofrecerte nada. Pero soy… soy un egoísta cuando
se trata de ti. Te daré mi boca si me lo pides. Mis caricias, mi cuerpo. No
es mucho, y sin duda menos de lo que te mereces, pero si lo quieres, si me
quieres…

Lo besé.

Frené sus palabras.

No las necesitaba. Lo único que necesitaba era a él.

Y se lo hubiera dicho si no me hubiera devuelto el beso con una surgencia que competía con la mía.

Así que lo besé. Lo besé como hacía mucho tiempo que quería hacer ¡Por fin me había sacado de encima todo lo que me lo había impedido Porque se iba pronto y era probable que esto fuera lo único que pudiese atener de él, así que lo iba a coger.

Lo atraje con una desesperación que nunca había sentido. Quería que ame apretase mientras me embriagaba la boca. Me rodeó la cintura con un brazo, ajustó su cadera a la mía y me apretó contra la puerta. Solté un .gemido ante el contacto y Lucas aprovechó la oportunidad para separarme los labios y rozarme la lengua con la suya.

La cabeza me daba vueltas con cada sensación que me inundaba el cuerpo y me desequilibraba. Intenté quitarle el abrigo, deseaba que esa .barrera extra se fuera, pero él no quiso ceder.

Se me escapó una queja mientras me recorría el cuello con la boca muy despacio. Me succionaba la piel. Y transformó esa queja en un largo gemido.

Subió a la oreja y me habló pegado a la piel.

—Ese sonido.

—¿Cuál? —Luché por preguntar.

Con los dientes, me acarició el lóbulo de la oreja antes de tirar de él.

Mi reacción fue inmediata. Un nuevo gemido me trepó por la garganta.

—Ese —susurró—. Haría locuras por ese sonido, Rosie.

—¿Qué locuras? —exhalé. Pero lo que quería decir era: «Por favor .Házmelas todas. Ahora mismo».

Me presionó la cadera con la suya. Me estaba quedando sin aire ante el odeseo. Duro. Estaba muy duro. Y la tenía muy grande.

—Cosas como follarte contra la puerta ahora mismo.

Quería gritarle que no se detuviera.

Pero antes de que me salieran las palabras, su boca estaba recorriendo

el camino de regreso a la mía, dejando detrás un rastro de estremecimiento que se me extendía a los brazos. Su boca se detuvo cuando llegó a la mía. Pero sin hacer contacto.

Sin besarme.

¿Por qué no me estaba besando?

Me acarició la nariz con la suya.

—He estado a punto de hacerlo esta tarde —confesó en voz baja—. En el suelo de ese baño. —Solté un gemido y tiré de su ropa, pero no quería moverse. Me atrapó el labio inferior antes de preguntar—: ¿Quieres saber qué más voy a hacerte?

—Sí.

—Quiero quitarte esos pantalones de pijama que me vuelven loco —dijo en voz baja, muy baja, pegado a mi boca—. Y las bragas. —Me arrastró los labios por el mentón—. Para poder llegar al fondo, hasta que solo me sientas a mí.

Mis párpados cerrados se agitaron ante sus palabras.

—Hazlo —supliqué, y distinguí en mi voz una necesidad intolerable—. Todo. Por favor.

—No. —Me rozó la oreja con los dientes y se me tensaron los dedos de los pies—. Ahora no. —Sentí sus palabras como una tortura que me arrancaba la posibilidad de tener todo eso en ese momento. O de tenerlo tan pronto y rápido como me hubiese gustado—. ¿Sabes qué voy a hacer en cambio? —Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo, despacio, se le dibujaba una gran sonrisa. Una que nunca había visto. No era feliz y radiante; era oscura. Sensual. Una advertencia y una promesa. Una que quería que mantuviera—. Esta noche —declaró, y supe, antes de que lo dijera, que no había vuelta atrás, que, después de esa noche, no volvería a ser la misma—, te voy a llevar a la cama. Te voy a follar lento. Y ningún gemido me detendrá. Esta noche, te voy a hacer gritar mi nombre.

Si en algún momento había llegado a pensar que él había venido desbocado, no podía haber estado más equivocada.

Porque, desde el preciso instante en que esas palabras le salieron de los labios, Lucas se desató.

Me cargó en brazos y, antes de que me pudiera preocupar por él, antes de que pudiera siquiera pensar, le estaba rodeando la cintura con las piernas mientras se dirigía al dormitorio.

Se me paró el corazón. Mi deseo se agitó. Y lo siguiente que supe fue que me había dejado sobre el edredón.

Ladeó la cabeza con lentitud, me recorrió el cuerpo de arriba abajo con la mirada y ¡Dios! Nadie me había mirado de esa manera. Como si estuviera listo para comerme viva.

Observé cómo se quitaba, por fin, el abrigo. Luego, cogió el dobladillo de la sudadera y se la sacó con un solo movimiento.

No llevaba nada debajo.

Un sonido gutural de deseo me recorrió la garganta, porque, aunque ya lo había visto desnudo, ya le había visto la geografía de la cadera y cada músculo que demostraba su fuerza, no los había visto así. Ni siquiera en la ducha. No con ese brillo oscuro en la mirada ni esa sonrisa traviesa.

—¿Sin camiseta? —me oí preguntar.

Sonrió con sutileza, haciéndose el misterioso.

—He salido con prisas. Todavía no sé cómo le he enviado un mensaje a Aaron para pedirle que cuidara a Taco. Seguro que me odia, pero me trae sin cuidado. —Se me secó la garganta. Su expresión se volvió seria cuando avanzó unos pasos hacia la cama—. Ven aquí. —Se detuvo en el borde. Sin perder ni un segundo, me arrodillé y me arrastré hasta que quedé justo delante. Me miró con una expresión tensa y suave. Me rozó la mejilla con los dedos y dijo—: Todo este rubor. Eres preciosa. —Se acercó más, bajó la cabeza para que pudiera mirarlo a los ojos—. Me muero de ganas de ver cómo se esparce.

Sentada de rodillas, alargué los brazos hacia arriba para darle luz verde.

No dudó en aceptar mi oferta y me sacó la camiseta.

Exhalé por la boca, temblorosa, mientras sus ojos me recorrían el cuerpo de arriba abajo, disfrutando de mis pechos desnudos.

—*Me robas el sentido* —murmuró—. Me dejas sin aliento.

Me estiré hacia él, le puse las palmas de las manos sobre el pecho con

sdelicadeza y las deslicé hacia abajo. Memoricé el mapa de su piel firme y scálida. Quería memorizarlo todo. Y, cuando llegué al borde de los vaqueros, me incliné para rozarle el centro del pecho con la boca. Aprete elos labios sobre su corazón. Después, fui a por su costado, donde tenía el tatuaje, y, sin pensarlo, le di un enorme beso a la cresta de la ola ırepasando el diseño con la lengua.

i El abdomen de Lucas se contrajo, se tensó. Sentí cómo se estremecía bajo mi lengua.

ɔ Levanté la cara y la confesión se me escapó:

—Llevaba queriendo hacer esto desde que lo vi por primera vez.

Soltó un gruñido. Lo siguiente que supe fue que me atrajo hacia él y ame atrapó la boca con la suya.

a Cuando el beso terminó, dijo con voz ronca:

a —¿Has fantaseado con esto? ¿Conmigo?

Asentí con la cabeza.

—Cada día. Cada noche antes de dormir. Cada vez que cerraba los ojos.

e Exhaló con brusquedad.

e —¿Qué más te has imaginado haciéndome?

a Arrastré las manos a lo largo de la cintura de sus vaqueros, luego dejé lque mis pulgares dibujaran las curvas de sus caderas, para, por fin, volver eal botón y escuchar su gruñido.

a —Hoy, cuando te he sorprendido en la ducha —comenté, e hice un egran esfuerzo a causa de la intensa sensación de calor que emanaba de él e—, he deseado que fuera mi mano. O mi boca. —Las caderas de Lucas empujaron hacia arriba y supe que había sido un acto reflejo. Me puse a la zaltura de sus ojos—: Me hubiera gustado que me acabaras dentro.

Me cogió la cara, con los dedos entre mi pelo, mientras yo le bajaba la cremallera.

l Lo envolví con la mano a través de la tela elástica de la ropa interior, y Lucas resolló con una exhalación.

—Te ha gustado ver cómo me tocaba —dijo y se movió contra mi ımano—. Pero hubieras querido ser tú. —Asentí con la cabeza—

/Demuéstramelo. —Me tiró un poco más del pelo. Le bajé la ropa interior y sme relamí al verlo. Sin pensarlo, cerré la mano, presionándolo de arriba éabajo muy lentamente, porque quería darle placer. Hacerle sentir bien lMás que bien. Su pecho vibró con un gruñido y arqueó la espalda—. Una ,vez más. Pero más fuerte, *preciosa*. No seas tímida. —Le obedecí y lo apreté con fuerza mientras lo observaba. Dejó escapar otro gemido agudo ay breve, y esa fue mi última advertencia antes de que me soltara el pelo y me cogiera de los hombros para tumbarme en la cama—. Basta de jugar —sentenció mientras me apoyaba un brazo a cada lado de la cabeza. Me besó con fuerza.

/ Luego, me recorrió el cuerpo con los labios y, con los dientes, me sujetó los pantalones cortos. Con un movimiento ágil, me los arrancó y colocó la cabeza sobre mi pelvis. Resiguió la costura de mis bragas arañando la tela con los dientes. Se me arqueó la espalda ante su contacto. La cabeza me daba vueltas.

s —Lucas —exhalé, estaba a punto de correrme.

Con la boca, rozó la tela fina que me cubría el clítoris antes de apartar la tela.

—¡Ay, Dios! —gemí. Y, como no se detuvo, hice lo único que podía érepetir esas palabras—: ¡Ay, Dios!

r Sentí su rugido sobre mi piel.

—Dios, no —advirtió antes de volver a darme placer con la lengua— ıLucas. —Gimoteé y me puso las palmas sobre la cara interna de los lmuslos para separarlos. Se aseguró de mantener mis piernas bien abiertas smientras su lengua descendía otra vez—. Dilo. —Se me escapó un gemido ay elevé las caderas—. Te he dicho que quiero oír mi nombre, alto y claro —repitió antes de volver a empujar, y otra vez, y una vez más—. Dilo.

a Movió una mano y, con el pulgar, empezó a frotar el clítoris con movimientos circulares, llevando mi cuerpo directo a un frenesí.

/ —Lucas —jadeé con la voz rota.

Entonces, hizo algo con la lengua, algo que nunca había experimentado iantes. Me sujeté a la primera cosa que encontré: un cojín. Mis caderas se .pegaron a su boca, deseaba que fuese más rápido. Cuando lo hizo

yentreabrí los labios, con un gemido a punto de escapárseme y, como Lucas aquería, grité su nombre.

. Cuando los espasmos disminuyeron, mi cuerpo se relajó y él se aarrodilló. Se sujetó la polla, mirándome fijamente.

o —Podría acabar con solo saborearte y ver cómo lo disfrutas.

o Antes de que pudiera procesar la forma en que esas palabras parecían ydevolverme a la vida, ya había saltado de la cama para deshacerse de los rvaqueros y la ropa interior.

e Cuando volvió a colocarse entre mis piernas, dejó que su pene yaciera sobre mí; y ese contacto, él desnudo, me dejó sin aire.

e —Métemela —rogué, tan sofocada que apenas me reconocí la voz— yEstoy con la píldora. La última vez que me hice una revisión estaba todo ,bien, y hace mucho que no estoy con nadie. Y dijiste que tú tampoco.

. Lucas se estremeció. En ningún momento dejó de mirarme a la cara mientras se hundía en mí.

—También estoy limpio. Nunca he tenido sexo sin condón, Rosie.

r Parecía perdido en sus pensamientos, pero enseguida me miró con algo nuevo en los ojos, en la cara. Algo que adoraba y me aterrorizaba.

: Por eso afirmé:

—Sé lo que hago. Sé lo que hay. Quiero todo lo que tengo delante. — Apretó la mandíbula y me aseguré de que me mirara a los ojos—: Te .quiero dentro, Lucas. Todo lo que puedas darme.

s Lucas gruñó ante mis palabras y, sin perder el contacto visual, se sdeslizó dentro. Una embestida firme y dura.

o Cerré los ojos, el placer me movía arriba y abajo mientras me recorría ola columna.

—No. Mírame —me ordenó. Y, porque estaba a su merced, abrí los ojos. Vi su mirada justo cuando me cogió de los muslos e impulsó otra vez, todavía más hondo—. ¿Cómo es tenerme dentro? ¿Cómo estás?

—Bien —respondí al moverme contra él—. Muy bien.

o —Bien no es suficiente. —Volvió a empujar y vi pequeñas estrellas en esus ojos—. Esto no es un buen polvo.

, No respondí, no podía hacerlo cuando su ritmo no hacía más que

saumentar. Me estiré para llegar a él, atraerlo hacia mí y besarlo.

Le nació un rugido del pecho mientras profundizaba las embestidas eMe movía tanto que tuvo que sujetarme de la cintura.

Se movió e hizo que se me arqueara la espalda con el cambio de postura, aunque yo solo deseaba que fuera más adentro. Más rápido. Más nduro. Solo lo deseaba… a él. A su peso. A su cuerpo. Todo. Sobre. Mí.

s Lo siguiente que supe fue que, esas manos que me habían estado cogiendo de la cintura, me tiraron hacia él y me dieron la vuelta. Apoyé la amejilla en el edredón, que apreté con el puño mientras él volvía a entrar.

—Te conozco como si fueras mi libro favorito, Rosie, como si te .hubiera memorizado. —Me levantó las caderas, así que los dos estábamos ode rodillas—. ¿Ahora llego al fondo? ¿Ahora soy más que bueno? —Ay joder, vaya si lo era—. Voy a borrarte de la memoria a cada perdedor que ate tuvo y no te merecía. —Con una mano, me rodeó la garganta, pero no ejerció esa deliciosa presión como había hecho esa tarde. La dejó ahí. Con la otra mano, me agarró de los pechos mientras sus caderas seguían su oritmo. Cada vez me acercaba más al abismo. Me hizo gemir con abandono —. Eso es. Ahora, un poco más alto. —Obedecí—. Vamos, preciosa —me insistió al oído con voz áspera mientras se movía hacia dentro y hacia -fuera contra mi espalda—. No te resistas, Rosie. Llega al orgasmo. Acaba econmigo dentro y llévame al paraíso.

Llevó una mano a mi clítoris y dibujó círculos con los dedos mientras econtinuaba impulsándose. Me estaba follando justo como le había rogado que hiciera.

a —Lucas, me… —No logré acabar la frase porque llegué al orgasmo mientras él también acababa. Sentí el gruñido que le salió de los labios, y sacabé con él. Grité su nombre otra vez. La última.

a Me rodeó la cintura y me mantuvo pegada a él, todavía dentro.

Después de ese momento maravilloso, me dio un beso en la barbilla Luego, sin despegarse de mí, guio nuestros cuerpos hasta que quedamos nen cucharita.

Lo cogí por los brazos, porque no quería que se fuera.

e Un gemido ahogado me salió de la garganta y le arranqué una risa

relajada y feliz.

Respiré hondo, satisfecha, y, por fin, me giré para mirarlo a la cara. Estudié esa sonrisa, los pliegues en las comisuras de los ojos, los labios que quería besar otra vez.

—¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor. —Su boca rozaba la mía con una suavidad que me habría hecho doblar las rodillas si no hubiera estado acostada— Pero esa pregunta debería hacerla yo.

—¿Por qué?

—Porque quiero. —Me dio un beso en la nariz—. Porque te mereces que te lo pregunten.

Creía firmemente que era el mejor hombre que había conocido.

—Pero…

Me detuvo con otro beso, este en los labios.

—A la próxima, dejaré que lo hagas tú. Me montarás y yo miraré cómo lo haces —anunció sin más, como si fuera un hecho, y me entraron ganas de cumplir con su palabra en ese mismo momento.

Pero, en cambio, pregunté:

—¿La próxima?

—Si estás de acuerdo. —Se le borró la sonrisa—. No creo que pueda mantenerme alejado de ti. No ahora que te he probado. No ahora que te he tenido. No cuando solo tengo una semana.

Podría haber hecho muchas preguntas.

«¿Qué pasará cuando te vayas?»

«¿Qué estamos haciendo?»

«¿También sientes esta fuerza palpitante y poderosa justo en medio del pecho?»

Pero no quería escuchar la respuesta a ninguno de esos interrogantes. Quería vivir el momento, justo ahí. Deseaba tener esa próxima vez de la que me hablaba, y todas las que siguieran. Durante el tiempo que nos quedaba. Aunque solo fuera una semana. No quería definir lo que éramos no después de todo lo que le había pasado y de haber perdido tanto.

Lo único que fui capaz de decir fue:

—Pues no lo hagas. No te alejes.

—Pues no lo hagas. No te alejes.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 28
Rosie

Muy pocas cosas me incitaban a despertarme con solo olerlas. Número uno: el olor a humo, que se me había quedado incrustado en el cerebro desde esa vez que el señor Brown decidió, a las tres de la madrugada, poner un peluquín en el microondas. Nunca me había atrevido a preguntar por qué. Me lo había tomado como una lección de vida.

Sin embargo, el número dos era, de lejos, mi manera favorita de darle la bienvenida al día: tortitas.

Y ese era el aroma que inundaba todo el piso.

El estómago me gruñó, expectante y goloso.

Esas expectativas pronto se convertirían en una clase distinta de hambre al palpar la cama y, de inmediato, recordar quién había ocupado ese espacio vacío. Quién me había abrazado toda la noche mientras me daba besos en el cuello, como si jamás quisiera marcharse.

Lucas.

Me atravesó una oleada de deseo. Se asentó en mi interior y me empujó a salir de la cama con determinación. Cogí lo primero que encontré tirado por ahí (su sudadera) y me la puse.

La distancia entre mi habitación y la cocina nunca me había parecido tan larga.

Cuando por fin llegué al umbral de la puerta, la música me inundó los oídos. Era una canción que nunca había escuchado, tampoco recordaba que Lucas la hubiera puesto alguna vez, pero tenía un ritmo alegre y vivaz.

Fijé la mirada en el hombre que había detrás de los fogones con una espátula rosa en la mano. Solo llevaba ropa interior y un delantal ajustado a la cintura. Se movía de un lado a otro en perfecta sincronía con la música mientras meneaba un poco el culo para marcar el ritmo.

Y… Dios mío. Al verlo, mi pobre corazón dio un vuelco, se agrandó ante la certeza de que estaba tan loca por él que ya ni tenía gracia.

Seguro que se me escapó algún sonido, porque Lucas se dio la vuelta Su preciosa sonrisa me pilló con la guardia baja y acabé murmurando algo estúpido como:

—Hola.

—*Buenos días, bella durmiente* —dijo, mirándome a los ojos con la misma emoción que la noche anterior, cuando me había dicho que no podía alejarse de mí.

Me recorrió el cuerpo de arriba abajo. Muy despacio. Y le cambió la sonrisa. No desapareció, no del todo, sino que se volvió más seria mientras me inspeccionaba las piernas con cuidado.

—Me he puesto lo primero que he encontrado —aclaré, un poco sofocada, y agité su sudadera—. ¿Te parece bien…?

—Sí —dijo sin dudar, con voz ronca y baja—. Por favor, déjatela puesta, llévala todo el día. —Inhaló con lentitud, como si necesitara oxígeno extra—. ¿Sabes qué? ¿Qué te parece si te quedas con todas mis sudaderas? Y las camisetas y los pantalones. Quédatelo todo, no me importa. Prefiero vértelos puestos a ti que a mí.

—¿Y qué te pondrás tú?

Asintió con la cabeza, aún distraído.

—Ya pensaremos en eso más tarde.

La risa que había estado aguantando se me escapó de los labios y sonó como la de una adolescente enamorada.

—Trato hecho. —Me encantaba tener ese tipo de poder sobre él— Pero solo si sigues bailando. —Me senté en una de las sillas que rodeaban la mesa de la cocina. Apoyé los codos y me dispuse a esperar con el mentón sobre los puños—. Ya estoy lista para verlo bien.

—¿Lo has visto? —Su sonrisita de satisfacción era deliciosa. Asentí— ¿Te ha gustado?

Fingí que pensaba la respuesta.

—Es un… nueve sobre diez.

Dejó la espátula en la encimera y dio un paso en mi dirección.

—¿Y este? —me preguntó al repetir el mismo meneo de antes— ¿Cuál es el veredicto?

. Balanceó las caderas de un lado a otro al ritmo de la canción que
pacababa de empezar.

Hice ver que evaluaba sus movimientos.

—¡Ajá! Eso te da una nota de nueve y medio. Pero solo porque has
acomprado al jurado con toda tu ropa.

o Dejó escapar una risa estridente y espontánea.

—¿Me estás llamando tramposo, Ro? —Dio un paso en mi dirección
a—. ¿Te ríes de mí porque me he distraído un poco al verte tan apetitosa
scon mi ropa puesta?

—Me ha parecido bonito. —La velocidad de mis pulsaciones se
paceleró cuando se acercó—. Muy bonito.

Lucas se detuvo, se inclinó un poco y extendió el brazo para coger el
aborde de la silla. La movió hacia él. Me tenía justo debajo.

a Se apoyó en el respaldo, detrás de mi cabeza.

s —Me disperso contigo. —Tenía la boca a pocos centímetros de la mía
e—. Siempre me distraerás de lo que sea que esté haciendo o pensando. —
Me recorrió con la nariz, los labios apenas rozando mi boca—. Tienes ese
poder sobre mí. —Exhalé, temblorosa, porque quería que acortara la
distancia y me hiciera de todo en esa silla. Me besó en la comisura—. Te
deseo tanto. Otra vez —susurró. Y me fue imposible ignorar el brazo que
ótenía doblado junto a la cabeza. Se contenía de hacer lo que yo deseaba
con desesperación—. Una mirada, Rosie. Es lo único que hace falta para
.encenderme.

n Lo besé. Porque esa era la mejor respuesta que podía darle. Gimió. Me
lcogió la nuca y me inclinó todavía más la cabeza, de manera que se me
entreabrieron los labios.

. Le entrelacé las manos en la nuca e hizo una especie de fuerza hacia
arriba, lo que nos llevó a estar de pie. Con la otra mano, me cogió de la
cintura y me dejó sentir lo duro que estaba, lo mucho que me deseaba
como me había dicho. Así que me agarré todavía más fuerte y gemí. Me
maldije por haberme puesto la sudadera. También le hice sentir lo mucho
.que lo necesitaba.

Lucas interrumpió el beso, me miró a los ojos. Un millón de cosas le

ebailaban en la mirada.

—Por mucho que me encante esto —repuso, indiferente, como si esc no me pusiera más cachonda—, no voy a dejar que se queme el desayuno sTodavía no he superado la pérdida de las pizzas.

Dejé caer los brazos mientras asentía con la cabeza y me preparaba para volver a la silla, porque, si no nos íbamos a besar (o a hacer otras ıcosas), entonces me conformaría con verlo cocinar. Pero Lucas me cambió alos planes: no me soltó la cintura, sino que se dio la vuelta y fuimos juntos hasta los fogones.

e Se colocó detrás de mí y sentí su respiración en la sien.

—En ningún momento he dicho que fuese a dejarte —me susurró a loído mientras me ponía la espátula en la mano—. Primero, desayuno Después iremos a recoger a Taco.

Iremos. Nosotros. Juntos.

a —Lucas, ¿os quedaréis los dos aquí? ¿Conmigo? —le pregunté cor -una enorme y ridícula sonrisa.

e —Solo si quieres.

a —Sí —dije súbitamente, y me dio otro beso en el pelo. El corazón me eiba a mil por hora cuando observé la tortita marrón que había en la sartén—. ¿Crees que podemos salvarla?

a Cogió el bol de la masa, estiró un brazo y me puso ese bíceps al lado ade la cara. ¡Riquísimo!

—Tirémosla a la basura y volvamos a empezar.

e —Sí, *chef*.

e —¡Ah! —comentó al tirar la tortita medio chamuscada—. Me encanta cuando me hablas guarro, Rosie.

a

a

,

e

)Un vaso de agua apareció al lado de mi portátil.

Bueno, no salió de la nada. Alguien lo había dejado ahí.

e Lucas.

Llevábamos desde el viernes casi sin salir del piso, solo unas horas

para recoger sus cosas y a Taco, ya que habíamos decidido que no íbamos a dormir separados. Sin embargo, decir que estábamos durmiendo era una exageración. Tampoco es que me quejara. Es más, si no fuera por el trabajo, no me despegaría de él. Faltaban tres semanas para la fecha de entrega y, aunque había cogido el ritmo con el experimento, todavía me quedaba mucho trabajo por delante, muchas palabras que escribir.

«No puedes relajarte ahora, Ro. Estás tan cerca», había insistido Lucas cuando comenté que podría dedicar más tiempo a estar con él.

Pero Lucas tenía razón. Estaba tan cerca que ya podía sentir la cinta rompiéndoseme contra el pecho mientras cruzaba la línea de meta.

Así que, aunque el tiempo de Lucas en Nueva York, en mi piso, estaba llegando a su fin, yo trabajaba todo el día, mientras él se sentaba en algún lado a leer algunos de los muchos libros de romántica que tenía, y se aseguraba de que siempre tuviera algo de picar y me mantuviera hidratada. Almorzábamos y cenábamos juntos; sacábamos a pasear a Taco y nos acurrucábamos en el sofá todas las noches. Y teníamos sexo. De ese que te vuela la cabeza. El mejor sexo de toda mi vida.

El hecho de que se iba a ir era una constante en el fondo de mi mente, como un zumbido que no podía ignorar, pero con el que podía vivir. Porque no podía permitirme que eso me amargara el tiempo que me quedaba con él. No iba a consetirlo. Así que, por una vez en la vida, opté por no planear y decidí disfrutar del momento. De Lucas. Si lo nuestro iba a acabarse en una semana, disfrutaría de esa semana. Y me enfrentaría a las secuelas cuando llegara el momento.

—¿Rosie? —Una voz baja sonó cerca de mi oído y me trajo de vuelta al presente.

Me alegré al ver que tenía a Lucas justo detrás.

—¿Sí? —respondí, y disfruté la manera en que su aroma me envolvía.

Apoyó las manos en el escritorio y me encerró. Dios, adoraba cuando lo hacía.

—Te has dormido en los laureles, Ro.

—¿Y cómo lo sabes?

Me pasó la nariz a lo largo de la mejilla, lo que me provocó un

scosquilleo en la piel.

a —Te has quedado mirando el vaso de agua. —Se rio por lo bajo— lMucho rato.

e —Estaba pensando.

e Se inclinó un poco más y me apoyó la barbilla en el hombro.

—¿En mí? ¿En nosotros?

s Se me aceleró el corazón ante lo cerca que estaba de la verdad.

—Puede ser.

a —¿Estaba desnudo? —preguntó a continuación.

Me mordí el labio.

a —Es posible.

n —¿Estabas desnuda?

e Me mordí el labio.

. —¡Ey! Esos son mis pensamientos favoritos.

s Me di la vuelta muy rápido, le di un beso en los labios y volví a ecentrarme en el ordenador. En mi manuscrito.

Seguro que no se lo esperaba, porque no dijo ni una palabra. Pero… ,pareció necesitar un momento para recuperar el aliento.

. Sonreí para mis adentros.

e —Dime, Rosie. ¿Cuándo me dejarás leerlo? Llevo esperándolo desde éque acabé el primero.

a —Aún no está terminado. —No traté de esconder lo feliz que me ahacía.

—¿Y si me dejas echarle un vistazo? —respondió un segundo después a—. Un… fragmento. Un avance. Es martes, te debes a tus fans, y yo soy el número uno. *Hashtag Team Rosie. Hashtag Teaser Tuesday. Hashtag Friday Kiss*.

Giré la cabeza muy despacio.

o —¿Dónde has aprendido eso?

Su sonrisa fue grande y orgullosa, preciosa y libre, como él.

—Tengo mis métodos. Deberías saber que se me da muy bien investigar.

n —En realidad, tienes razón —consideré. Me giré y sonreí para mis

adentros porque Lucas había investigado en la *librósfera*. Por mí—.Perdón por subestimarte, Matthew McConaughey. Pero nada de adelantos.

Estaba superorgullosa de ese primer borrador, pero no sabía cómo me sentiría si Lucas lo leyera, teniendo en cuenta que me había inspirado en él, en nosotros… Quizá demasiado.

—¿Ni siquiera un vistazo a una escena picante? Podría ayudar inspirándote un poco más. —Me invadió el calor, pero negué con la cabeza—. Vale. —Suspiró, pero sabía que estaba fingiendo—. Entonces ¿cuántas palabras te faltan?

Esbocé una sonrisa, imparable.

—No muchas.

Me cogió de la cintura por detrás y dejó descansar la cabeza en mi hombro.

—Esa es mi chica —declaró, y el corazón me dio un vuelco, como si fuera la primera vez que decía esas palabras—. Estoy muy orgulloso de ti Ro. Ni te imaginas cuánto.

Y, por alguna razón, oírle decir eso, que estaba orgulloso de mí, me hizo sentir que había logrado algo muy grande.

Algo increíble.

Algo extraordinario.

Porque él me importaba hasta ese punto.

—Todo gracias a ti. —Exhalé, abrumada por mis propios pensamientos—. Por tu ayuda. Por nuestro experimento.

—Has sido tú, *preciosa*. Yo no he escrito nada. Has sido tú.



Había llegado la última noche de Lucas en Nueva York. En Estados Unidos. En mi piso, en mi cama, mi franja horaria. Y, a cada segundo que pasaba y nos acercaba a la mañana, me ponía de peor humor.

Esta semana habíamos aprovechado todo el tiempo que teníamos, pero no habíamos hablado en ningún momenot de lo que pasaría después de que Taco y él cogieran el vuelo a España. Para siempre. Ninguno de los

.dos había querido reventar la burbuja de felicidad en la que nos habíamos
encerrado. Tal vez había sido un error. Tal vez, no. Sin duda, había sido
eun error.

n Pero ¿qué se suponía que debía decir? ¿Cómo podía sacar el tema?
«¡Ey, Lucas! Me he enamorado de ti. Y sé que tu vida es un desastre y
restás intentando encontrar el equilibrio entre lo que has perdido y quién
ieres, pero ¿qué somos nosotros?».

, Eso sería muy egoísta.

El mero hecho de pensar en tener esa conversación con Lucas me revolvía el estómago. Solo quería protegerle, hacer todo lo posible por él ver cómo encontraba su camino y disfrutaba de una nueva vida; y sabía ique esto (una relación a distancia con alguien a quien apenas conocía de unas semanas), no se lo facilitaría.

i ¿O sí? A estas alturas, no tenía ni idea. Y eso me ponía muy triste.

, Tanto que tenía el ánimo por los suelos.

Y Lucas lo notaba. Por supuesto que sí.

e Por eso se había pasado toda la noche intentando hacerme sonreír Hasta delante de Aaron y Lina cuando nos habíamos encontrado para su cena de despedida. Me había cogido de la mano, tocado la espalda y susurrado al oído. Actuó como el hombre que yo quería que fuera. Como si fuera mío.

s De pie, en el baño, delante del espejo mientras me cepillaba los dientes, miré el móvil.

Tenía un par de mensajes de Lina. Era comprensible. Sabía que había algo entre nosotros y le debía una explicación. Pero podía esperar al día siguiente. Sabía que podría lidiar con las secuelas de mi corazón roto, si no estaba demasiado enfadada conmigo. Mataría dos pájaros de un tiro.

Bloqueé el móvil, lo dejé boca abajo sobre el mueble del baño y seguí
mirando a la nada hasta que estuve lista para acostarme.

e Fui a la habitación y me encontré a Lucas abriendo la mochila. Taco, a sus pies. La escena me hacía querer gritar. Me hacía estar furiosa conmigo
misma; con el tiempo, por pasar tan rápido; con el destino, por hacer que
nuestros caminos se cruzaran solo para llevárselo tan lejos.

¿Qué diría si le sacaba esa estúpida mochila, corría hasta la ventana y la mandaba a volar?

¿Qué diría si le pedía que se quedara? No podía pasar más de tres meses en el país sin visado. Pero los podría esconder, a él y a Taco.

¿Qué contestaría si le decía que me daba igual lo que pensaba que no podía darme? Lo aceptaría. Me mudaría a España. Me…

—¡Ey! —La voz de Lucas me sobresaltó.

Había algo en su expresión que se parecía mucho al… dolor Preocupación.

Caminó hasta donde yo estaba y me cogió de la cintura.

—¿En qué estás pensando?

—¿Quieres que sea sincera? —Afirmó con la cabeza—. Me preguntaba cuánto te enfadarías si tirara tu mochila por la ventana.

Se rio, pero nada podía levantarme el ánimo.

—¿Quieres una respuesta honesta?

—Siempre.

—No me habría enfadado. —Me sostuvo la cara con las dos manos y me la levantó para mirarme directamente a los ojos—. Creo que nunca podría enfadarme contigo. En serio.

Fruncí el ceño y pregunté con un puchero:

—¿Por qué?

—Porque siempre tienes una razón para hacer lo que haces. —Me recorrió la línea del labio con el pulgar y me borró el puchero—. Así que si quieres tirar todas mis cosas por la ventana, sé que no sería irracional Cogería mi abrigo con una sonrisa y rescataría los restos.

Una especie de presión que conocía muy bien me subió por el pecho y se me acumuló en los párpados.

—A mí me parece bastante irracional.

—Tal vez —admitió—. Pero no tendría importancia porque sabría lo que significa. Por qué lo habrías hecho. Y es una razón bastante buena para sonreír.

Exhalé, solté la bocanada de aire por la boca, con fuerza.

—Bueno, soy feliz si tú lo eres. —Lucas se rio por lo bajo y eso me

molestó—. ¿Te parece que esto es gracioso? —Traté de cruzarme de brazos, pero Lucas se inclinó, me rozó los labios con la boca y eliminó cualquier intención de alejarme de su pecho. Su beso fue lento y suave, y me dieron ganas de llorar. Cuando nos tomamos un descanso, me esforcé por hacer que me funcionaran las cuerdas vocales—. ¿Lucas?

—¿Sí? —contestó, esos ojos marrones emanaban una seriedad que no le había visto antes.

—No creo que pueda decirte adiós. —Porque no era solo despedirse. Era verlo irse de mi vida, sin ser capaz de hacer nada para evitarlo. Era la injusticia del tiempo, que no había estado de nuestro lado. Se trataba de lo mucho que deseaba que se quedara—. No… No creo que pueda ir contigo al aeropuerto. No… —Cerré los ojos. Negué con la cabeza—. No puedo Lucas. Yo…

Sentí sus labios en la frente.

—Está bien, Ro —me susurró—. No tienes que venir. Lo entiendo.

Pero no quería que lo entendiera.

Quería que luchara por mí. Que me hiciera decir en voz alta las palabras que necesitaba oír. Que me dijera que no se marcharía o que no nos convertiríamos en un recuerdo. Que me dijera que, por mucho que no supiera como sería su nueva vida, me quería en ella y me necesitaba.

Pero no podía hacerle decir esas cosas. Y entendía que no lo hiciera.

Eso me rompió el corazón, pero tampoco podía hacer que priorizara mi corazón por encima de su bienestar.

—Vale. —Exhalé. Y, cuando abrí los ojos, no estaba lista para lo que me estaba diciendo con la mirada.

Una expresión que no supe identificar se adueñó de su rostro, sus ojos todas sus facciones. Era casi como si sintiera más dolor que yo. Como si no pudiera soportar la idea de irse. Como si me quisiera.

Sin decir ni una palabra, me cogió la mano y me llevó a la cama.

Y, sin decir nada, lo hice.

Me tumbó de espaldas y me puso una mano a cada lado de la cabeza.

Nuestras miradas se encontraron y juré que me estaba mirando con algo que no quería reconocer en voz alta. Una emoción poderosa que lo

econsumía todo a su paso, que se correspondía con la mía.

—¿Qué necesitas? —Quiso saber, y me dio un beso en la comisura de los labios—. Te lo daré, Rosie.

La respuesta era tan sencilla, tan obvia, que no entendí por qué me lo preguntaba.

Me aferré a él, casi desesperada, y le contesté:

—A ti.

Porque solo lo necesitaba a él.

consumía todo a su paso, que se correspondía con la mía.

—¿Qué necesitas? —Quiso saber, y me dio un beso en la comisura de los labios—. Te lo daré, Rosie.

La respuesta era tan sencilla, tan obvia, que no entendí por qué me lo preguntaba.

Me aferré a él, casi desesperada, y le contesté:

—A ti.

Porque solo lo necesitaba a él.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 29
Lucas

APOYÉ LOS CODOS EN LAS RODILLAS Y DEJÉ CAER LA CABEZA CON LOS HOMBROS abatidos. Cerré los ojos y me dije por enésima vez que había hecho lo correcto.

Lo único que podría haber hecho.

Rosie no era la única que luchaba contra la idea de decir adiós. Yo también lo hacía. No… habría podido hacerlo de ninguna otra manera.

Me escabullí mientras ella todavía dormía. Fui un cobarde.

Pero era puro instinto de supervivencia.

No podía darle lo que se merecía. Era… un hombre sin ningún plan Sin vida. Sin propósito. «Sin oficio ni beneficio», como diría la abuela.

Y, si me hubiera quedado un minuto más en esa cama, con ella, cálida y maravillosa a mi lado, nunca me hubiera ido. Solo habría atrasado lo que tarde o temprano iba a pasar: ella encontraría a alguien que le podría dar todas las cosas que quería y se merecía. Todo lo que habíamos tenido más estabilidad. Alguien que tuviera un plan de vida, un futuro. Alguien sin tantos problemas.

No quería que Rosie se conformara conmigo. Y no iba a utilizarla, a usarnos a nosotros, para ignorar la realidad.

Miré el mostrador y, al fin, vi mi destino en la pantalla, donde se indicaba que ya podía hacer el *check-in*.

—Joder, ya era hora —murmuré por lo bajo, aunque sabía que era culpa mía por haberme presentado tan temprano. En vez de disfrutar de ese tiempo con Rosie. Con un suspiro, que no era de alivio, me puse de pie, cogí la mochila y llamé a Taco—: Vamos, chico.

Me dirigí a la fila antes de que se hiciera más larga.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a mi hermana, que había llegado el día anterior a España. Por la diferencia horaria, sabía que era la hora de comer.

Estoy en el aeropuerto.

¿Vendrás a recogernos?

¿Podemos quedarnos en tu casa esta noche?

Primero, te cuido al perro. ¿Y ahora a los dos?

Puse los ojos en blanco; se estaba haciendo la difícil, como siempre. La conocía como la palma de mi mano.

La abuela también se está quedando aquí, se ha instalado hoy. Así que iremos a buscarte las dos. Te llevaré un bocadillo; sé que los vuelos te dan hambre. ¿Jamón o chorizo?

Jamón.

¿Y el “por favor” y “gracias”?

Por favor. Gracias.

Y ¿por qué la abuela se queda contigo?

Maleducado. Espero que le traigas un regalo. Y a mamá.

¡Uh!

Mierda. No me había acordado de los regalos. Ni siquiera del llavero con el Empire State Building que me había pedido mi madre.

¿Uh? ¿Eso es todo?

¿A qué te refieres?

Por empezar, dices “por favor” y “gracias” sin ser sarcástico. Además tampoco sueltas algo tipo “mi presencia, yo soy el regalo”.

No pareces el…

tío encantador de siempre.

Lo siento.

¿Te estás disculpando?

¿Estás bien?

Era una pregunta malintencionada. No tenía energía para analizar cómo estaba, menos vía mensaje con Charo. Empecé a escribir una respuesta.

Estoy bien. Solo cansado. Hablamos cuando llegue, ¿vale?

Aterrizo a las…

—¡Lucas! —Levanté la cabeza y fruncí el ceño porque esa no podía ser la voz que creía que era. Su voz. No podía estar aquí—. ¡Lucas! ¡Espera!

Me di la vuelta.

Mis ojos escudriñaron la multitud, saltaban de cabeza en cabeza, de rostro en rostro, hasta que se detuvieron en uno. El único que nunca podría pasar por alto. Ni siquiera en una terminal abarrotada de gente.

Después, todo pasó a cámara lenta.

Era como estar en un sueño, Rosie avanzando entre la gente. Su pelo era un enredo de rizos; le brillaban los ojos; tenía las mejillas sonrosadas y esos labios carnosos que había memorizado, entreabiertos. Llevaba la sudadera de manga corta con la que había estado durmiendo (mi sudadera)

y… Dios, ¿por qué diablos no llevaba el abrigo? Era noviembre y hacía un frío que pelaba.

—¡Lucas! —repitió Rosie. Se acercó mientras yo seguía ahí de pie como una estatua. Como un completo idiota, la observé correr hacia mí y oí a Taco ladrar con entusiasmo—. ¡Dios mío! Aún estás aquí. Gracias a Dios.

Los últimos tres pasos que dio fueron como en una nebulosa. Como si no fuera real y eso no pudiera estar pasando. Como si todo fuera producto de mi imaginación.

—¿Rosie?

Pero, en vez de contestarme, se abalanzó y aterrizó contra mi pecho. Fue como volver a encontrar el equilibrio. Todo lo que me rodeaba desapareció.

La abracé, respiré su olor, me alegré de tenerla en mis brazos, de tener la posibilidad de hacer todo lo que no me había atrevido a hacer la última vez.

Levantó la vista, con esos ojos que nunca sería capaz de olvidar, y se encontró con mi mirada.

Incapaz de contenerme, incliné la cabeza y la besé. Feliz por volver a besar esos labios.

Cuando me detuve para coger aire, nos saqué de la fila, sin importarme perder mi sitio. La miré a los ojos.

—Rosie, ¿qué estás haciendo aquí?

Tembló y me quité la cazadora para taparle los hombros. Negó con la cabeza, pero no se quejó. Bien. Quería darle calor. Que estuviera segura.

—No… —se fue apagando y dio un paso atrás—. No he podido hacerlo, Lucas.

No me gustaba el espacio que había puesto entre nosotros, pero tuve el presentimiento de que ella lo necesitaba.

—Pensaba que no te gustaban las despedidas —repliqué—. Por eso me he ido.

«Mentiroso. Eras tú el que no podía soportar la idea de despedirse de ella».

—Y tienes razón. —Se le cerró la garganta—. No puedo. No puedo decirte adiós, Lucas. Por eso estoy aquí. —Fruncí el ceño, esperando que continuara. Sabía que había algo más. Sacó el móvil, lo desbloqueó y buscó algo—. Mira. —indicó, y me enseñó la pantalla. Era una foto. Una *selfie* mía con Taco en la playa. Una foto vieja. Del día anterior a accidente. De antes de conocernos—. Mira. La guardé justo cuando la publicaste en Instagram. —Se le aceleró el ritmo de la respiración— Soy… algo así como tu seguidora, pero sin seguirte a ti, en realidad. Cada día entraba para ver si habías subido algo, me iba a dormir y pensaba en las fotos, en ti, en tu cara, y también en Taco. —Mi propio pecho se acompasó a su ritmo; de repente, el oxígeno luchaba por entrar y salir de los pulmones—. Me pasé meses así. Después no viniste a la boda de Aaron y Lina, y eso me rompió el corazón porque perdí la oportunidad de conocerte en persona. Estaba destrozada. Pero me dije que estaba siendo estúpida, que solo había sido una pequeña obsesión. —Negó con la cabeza —. Pero me estaba engañando a mí misma. Nunca dejé de pensar en ti Lucas. —Abrí y cerré la boca varias veces, pero no me salía nada. ¿Qué podía decir? Intentaba procesar todo lo que me estaba diciendo. Lo bien que me hacía sentir eso. Cómo se me hinchaba el pecho y se me subía a la cabeza—. ¿Piensas que soy rara? ¿Una *stalker*? Porque si es el caso, tienes que decírmelo antes de que…

—No —dije—. Por Dios, no. —Le apreté las mejillas y, con los pulgares, las acaricié—. Me siento halagado, Rosie. Nunca pensaría que eres rara. Me encanta que te gustase lo que veías. Me encanta que me desees. —La besé en la frente—. Me halagas, preciosa.

—Vale —susurró Rosie—. Eso es bueno. Muy bueno.

—No te estaba mintiendo, Rosie. —Me aseguré de que me mirara a los lojos—. Todo lo que dije en esa azotea, lo que habría pasado si nos hubiéramos conocido en la boda, era verdad. ¿Lo entiendes?

Tenía algo en la mirada. Algo que me cortaba el aliento. Algo que se parecía a cómo ella me había mirado esa noche, segundos antes de que me pidiera que la besara.

—Lucas —declaró, al mirarme fijamente a los ojos—, me hace feliz

oque digas eso. porque… —Por un breve momento, cerró los ojos agitados
ey luego, los abrió otra vez—. Este es mi gran gesto simbólico.

/ El corazón me latía desbocado en el pecho.

a —Me he dicho mil veces que no debería hacerlo, pero no puedo
levitarlo —prosiguió, y me miraba con miles de cosas bailando en sus
apreciosos ojos—. Quédate conmigo, Lucas. No te vayas. Te quiero. Hace
.mucho tiempo que te quiero. Sé que no puedes quedarte sin visado, que
ahas exprimido el tiempo que tenías hasta el último segundo. Así que voy
ncontigo. Conseguiré un billete, me… —Negó con la cabeza—. No he
ecogido nada al salir, pero no me importa. Me puedo comprar cosas en
eEspaña. Solo te necesito a ti, Lucas. Te quiero a ti. Quiero tener citas, a
eparte del experimento. Quiero besarte bajo la lluvia cien veces más
eQuiero bailar contigo en la cocina cada mañana. Quiero traerte una caja de
o*cronuts* cuando quiera darte las gracias. Y no porque seamos amigos. —Se
ame paró el corazón. Me dejaron de funcionar los pulmones, ni salía ni
,entraba aire. Dejé caer los brazos a los lados. Y… no sabía cómo todavía
éestaba de pie. Rosie dio el golpe de gracia—: Porque somos más que eso
nPorque lo somos todo. Y eso lo podemos hacer aquí o en España.

a Parpadeé y me rompí por dentro.

s Me hice añicos con un gran estallido.

Seguro que se dio cuenta porque le cambió la expresión. Dio un paso
satrás.

e —Rosie. —Me salió un hilo de voz. Quise cogerle la cara, pero negó
econ la cabeza. Porque lo supo; no necesité decírselo. Me podía leer
perfectamente—. No puedes dejar tu vida atrás y seguirme. Me… —Se
alejó un poco, solo un par de centímetros, pero los suficientes para
sponerme pálido. Necesitaba abrazarla. No… podía soportar verla herida
ssobre todo cuando yo era el único responsable—. Rosie, preciosa. —Trate
de alcanzarla otra vez, pero ella negó con la cabeza. Algo me oprimió el
epecho y me cortó la respiración—. Rosie, yo…

e No me salían las palabras. Tartamudeaba al mirar cómo se rompía en
pedazos. Por mi culpa.

z Por lo que no podía decirle en voz alta. Lo que no podía darle.

—Está bien —susurró. Pero no lo estaba—. Está bien. Ha sido muy egoísta por mi parte, imprudente. Te he puesto en una situación comprometida. —Se le agitó la garganta—. Sabía que lo último que necesitabas era esto. Me lo dijiste tú mismo, que no estabas en el mercado que no tenías citas. Solo pensé… Pensé que, tal vez, eso había… cambiado. Por mí.

—Rosie… —repetí su nombre y, por primera vez, fue difícil, como si ya no tuviera derecho a articular esas cinco letras. Como si lo hubiera perdido en el momento que había titubeado—. Yo… —«Quiero hacerlo No hay nada que quiera más que a ti», quería decirle—. No puedo.

«No puedo dejar que hagas esto. No puedo dejar que te desarraigues .No cuando en España me espera la mismísima nada».

Pero esas palabras no salieron, la ansiedad y un miedo abrumador las paralizaron.

Una sola lágrima le rodó por la mejilla y mató algo dentro de mí Apagó una luz y me trajo oscuridad.

Intenté acercarme, rogarle que no llorara, pero me lo impidió con una mano.

—Sabía lo que estaba haciendo. Estaba feliz de tenerte una semana conmigo, aunque era la última. Así que no te lamentes, Lucas Martín. Yo tampoco me lamento de hacer lo que hice. —Dejó caer la mano y se abrazó la cintura—. En realidad, solo deseaba que me quisieras tanto como yo te quiero.

«Pero sí te quiero. Te quiero con cada célula de mi cuerpo. Con cada determinación nerviosa. Con cada hueso. Con cada partícula de mi ser».

—Buen viaje, Lucas —murmuró.

Se dio media vuelta y, aunque Taco gimoteaba y me hociqueaba la pierna como un maníaco, no me moví. Me quedé clavado donde estaba sin aliento, viendo cómo se alejaba con mi chaqueta, que le colgaba de los hombros.

—Está bien —susurró. Pero no lo estaba—. Está bien. Ha sido muy egoísta por mi parte, imprudente. Te he puesto en una situación comprometida. —Se le agitó la garganta—. Sabía que lo último que necesitabas era esto. Me lo dijiste tú mismo, que no estabas en el mercado, que no tenías citas. Solo pensé… Pensé que, tal vez, eso había… cambiado. Por mí.

—Rosie… —repetí su nombre y, por primera vez, fue difícil, como si ya no tuviera derecho a articular esas cinco letras. Como si lo hubiera perdido en el momento que había titubeado—. Yo… —«Quiero hacerlo. No hay nada que quiera más que a ti», quería decirle—. No puedo.

«No puedo dejar que hagas esto. No puedo dejar que te desarraigues. No cuando en España me espera la mismísima nada».

Pero esas palabras no salieron, la ansiedad y un miedo abrumador las paralizaron.

Una sola lágrima le rodó por la mejilla y mató algo dentro de mí. Apagó una luz y me trajo oscuridad.

Intenté acercarme, rogarle que no llorara, pero me lo impidió con una mano.

—Sabía lo que estaba haciendo. Estaba feliz de tenerte una semana conmigo, aunque era la última. Así que no te lamentes, Lucas Martín. Yo tampoco me lamento de hacer lo que hice. —Dejó caer la mano y se abrazó la cintura—. En realidad, solo deseaba que me quisieras tanto como yo te quiero.

«Pero sí te quiero. Te quiero con cada célula de mi cuerpo. Con cada terminación nerviosa. Con cada hueso. Con cada partícula de mi ser».

—Buen viaje, Lucas —murmuró.

Se dio media vuelta y, aunque Taco gimoteaba y me hociqueaba la pierna como un maníaco, no me moví. Me quedé clavado donde estaba, sin aliento, viendo cómo se alejaba con mi chaqueta, que le colgaba de los hombros.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 30
Rosie

MIRABA FIJAMENTE LA PARED DE LA HABITACIÓN DE INVITADOS DE MI PADRE.

Con un suspiro, me preparé para una nueva oleada de lágrimas, pero no llegó.

Debería haberme quedado sin lágrimas después de todas las horas que llevaba llorando. En mi defensa, había conseguido no derramar ninguna en el aeropuerto, ni en el camino de vuelta a la ciudad, menos en el tren a Filadelfia. Ni siquiera cuando me di cuenta de que aún llevaba la cazadora de Lucas, con su olor envolviéndome.

Cuando subí los escalones de la entrada de mi padre, los ojos me empezaron a arder, avisándome de lo que iba a pasar. Cuando abrió la puerta, me rompí.

Me atrajo como lo había hecho miles de veces y lloré. Lo saqué todo.

Todavía no sabía por qué había ido ahí, por qué había decidido hacer todo el viaje a Filadelfia, si nunca lo había hecho. Ni una vez. Siempre que me habían dejado o mi relación se había ido al garete, llamaba a Lina, me comía un litro de helado, me sentía mal un par de días y después seguía adelante.

Pero esa vez presentí que era diferente. Como si me hubiesen dejado de lado. Desmontada y con todas las piezas esparcidas. Demasiado lejos unas de las otras como para intentar juntarlas.

Después de mirar esa pared un tiempo absurdamente largo, me di cuenta de que nada de lo que había experimentado hasta ese día había sido desamor.

Esto era desamor.

Supongo que por eso había venido aquí, a casa de mi padre, en busca del consuelo que nunca había necesitado.

Para cuando me quedé sin lágrimas, había abierto una puerta completamente diferente. La que llevaba a todas las cosas que no le había

contado a mi padre, ni a Olly. Así que les hablé del primer libro que escribí, sobre cómo me sentí ante esa nueva posibilidad, y lo feliz afortunada y completa que me sentía. Como era algo que nunca había experimentado. Les conté que había dejado el trabajo, las mentiras y todo lo que les había ocultado. Porque había estado aterrorizada, paralizada por la presión a la que me había sometido. Por todo lo que estaba en juego. Por la posibilidad de que no entendieran lo importante que era este sueño para mí. Y ellos me escucharon. Como una pequeña parte de mí, esa que no había estado agobiada por el miedo y las inseguridades, sabía que harían.

—Frijolito, ¿por qué pensaste que tenías que ocultármelo? —me había preguntado al acabar.

Me dio hipo y le respondí:

—Me daba pánico decepcionarte. Que tuvieras miedo por mí, cuando yo ya tenía suficiente miedo por vosotros dos. No… no quería que me dijeras que el único salto de fe que había dado en la vida había sido un error. Creí que no lo entenderías. Pensé que, tal vez, me juzgarías. No sé.

—Por supuesto que tengo miedo —repuso—. Tengo miedo por ti. Siempre lo tendré, Frijolito. Es parte de ser padre. Quiero que progreséis, triunféis y cumpláis todos vuestros sueños, pero también quiero protegeros. Suavizar cualquier golpe que pueda venir. Pero nunca podrías decepcionarme. —Hizo una pausa—: Y siempre intentaré entenderte, Frijolito.

Lo abracé muy fuerte.

—¿Aunque nunca hayas leído un libro de romántica?

—Siempre hay una primera vez para todo. ¿Y a quién le importa lo que piense un viejo como yo? ¿Lo que pueda pensar la gente? —Suspiró—. No deberías haberme escondido esto.

No debería haberlo hecho.

Tampoco debería haberle ocultado a Lucas lo que sentía por él. Que lo quería. Aunque eso no habría cambiado nada.

La vida era demasiado corta, demasiado frágil para guardar secretos y vivir con verdades a medias. Incluso cuando nos decíamos que era para

eproteger a las personas que más queríamos. O a nosotros mismos. A
,nuestros corazones. Porque la realidad era que, sin sinceridad, nunca
aviviríamos.
o Y estaba empezando a entenderlo.
r —Y en cuanto a ese muchacho… —Recordé cuando todo era mucho
.más simple, cuando solo éramos Frijolito y papá, capaces de resolverlo
otodo cenando tortitas.
e Pero ya no era una niña, y Lucas tampoco era un chico cuyo nombre
egarabateaba en mi diario.
Lucas era el hombre de quien me había enamorado. El hombre al que
ahabía ido a buscar al aeropuerto en un intento de convertirme en mi propia
heroína de libro. Solo que, en esta historia, el héroe había subido a un
avión y me había dejado en tierra con el corazón roto.
o Un golpe en la puerta me sobresaltó e hizo que mi mirada se dirigiera a
ela entrada.
n —Rosie, cariño —saludó Lina, y me miró de esa forma en la que solo
tu mejor amiga podía mirarte. Como si estuviera lista para asesinar a
.quienes te hicieran daño, pero también para darte una colleja si decías una
,estupidez—. Tu padre me ha llamado. Y, ¡guau!, no ha exagerado. Estás
oen la mierda.
s No supe si era por su mirada o por el hecho de que necesitaba mi mejor
,amiga, aunque la había estado apartando por mi propia estupidez, pero me
eché a llorar.
Lina vino hacia la cama y, antes de darme cuenta, me rodeó en un
abrazo.
e Esperó que me desahogara del todo, otra vez, como había hecho mi
.padre, aunque era distinto. Porque era Lina, y nadie me entendía mejor
que ella.
Al rato, nos tumbamos de lado, y se lo conté todo. Como debería haber
ohecho en cuanto me di cuenta de que me había enamorado de su primo.
Cuando acabé, Lina se quedó inmóvil, con una expresión de comprensión.
y —Lo siento mucho, Lina —murmuré con la voz rasposa y aguda de
atanto hablar y llorar—. No quería ocultártelo. No tanto tiempo, pero ha

apasado tan… rápido.

a Ella me buscó la mano y la sujetó con fuerza.

—Lo entiendo, ¿vale? —admitió, y se encogió de hombros—. Quizá he sido un poco… inflexible. Y eso no ha sido justo.

o —Supongo que ya da igual.

o —Importa, Rosie. Eres mi mejor amiga y te quiero. —Me cogió de la mano—. Por supuesto que importa. Además, es muy difícil seguir eenfadada contigo cuando estás llorando. Sería como darle una patada a un cachorrito tierno pero muy tristón.

e Eso solo me llevó a acordarme de Taco, de Lucas.

a Suspiré.

a —Ahora mismo no tengo nada de tierna, y ambas lo sabemos.

Inclinó la cabeza.

a —Sí, tienes razón. Siempre has sido una llorona fea. Pero te quiero. —No me sacó una sonrisa, pero me sentí un poco más… ligera. Porque aún oconservaba a mi mejor amiga. Eso no había cambiado. Ni siquiera después ade haberle ocultado algo así—. ¿Te puedo preguntar algo? —Asentí con la acabeza—. ¿Por qué pensaste que funcionaría? —quiso saber, ahora con sexpresión grave—. ¿Por qué pensaste que este… experimento os llevaría a algo más?

r Esa era una muy buena pregunta.

e —Estaba desesperada, Lina. Por alguna razón, dejar InTech para dedicarme a escribir había… aumentado la presión que me había nimpuesto, tanto que la corriente me arrastró y me ahogué en algo que no podía controlar. Cuanto más alta la vara, más bloqueada estaba. Así que icuando Lucas se ofreció… —me agité ante el recuerdo de su sonrisa— rquise aceptar. Porque era él, pero también porque quería que funcionara. Por algún motivo, sabía que lo haría funcionar.

r Y supongo que una parte de mí siempre supo que, mientras fuera él… .me podría inspirar. Me podría enamorar.

—Entonces, después de ser testigo de mi experiencia con citas falsas e—analizó Lina—, creíste que seguir la farsa con alguien que te podría allegar a gustar no confundiría tus sentimientos.

—No confundí mis sentimientos, Lina. —Frunció el ceño. Antes de que me preguntara, lo confesé porque ¿qué sentido tenía seguir omitiendo la verdad?—. Le quiero, Lina. Me he enamorado de Lucas. No hay incertidumbre o confusión con lo que siento.

Lina se quedó unos segundos en silencio. Algo en su mirada cambió, iluminada por la comprensión.

—¿Ayudó? —inquirió—. ¿Lucas marcó la diferencia en tu libro?

—Sí —le respondí y, Dios, no sé qué me pasaba, pero quería llorar otra vez—. Muchísima. Él…

Negué con la cabeza.

—Cuéntamelo —me pidió, estrujándome la mano.

—Es mágico, Lina. Generoso y amable. Dulce e imponente. Siempre consigue hacerme sentir mejor. Tiene la sonrisa más bonita que he visto -Y, quizá no quieras escucharlo, pero me ha dado el mejor sexo de mi vida mes… —La presión se aceleró en mi pecho e hizo que me tensara por scompleto—. Lucas es el mejor hombre que he conocido y yo… En arealidad, quería que él me quisiera tanto como yo lo quiero a él. Por un segundo, pensé que sería así, y ahora… —Me ardieron los ojos. Si acababa esa declaración, me quedaría sin aire. Lina empezó a parpadear se le estaban llenando los ojos de lágrimas—. No te atrevas a llorar tú también —le ordené con una risa ahogada.

—Dios mío, Rosie. No tenía ni idea. —Agitó la cabeza—. Pero creo… aCreo que tiene sentido, en cierto modo.

—¿Lo tiene? —dije con el ceño fruncido.

—Sabes que sospeché que teníais algo desde el primer segundo en que ,os vi juntos. —Abrí la boca, pero me detuvo con la mano—. Quizá por eso .fui tan inflexible. Incluso cuando Aaron insistió que lo vuestro no era solo sexo. —Se encogió de hombros—. No lo creí, hasta que me contó lo que .Lucas organizó en la azotea. ¿Sabías que Aaron lo ayudó con las fotos y el pastel? ¿Sin que yo lo supiera? En ese momento me di cuenta. Después sfue imposible no ver lo… diferente que estaba Lucas.

—¿Diferente? —exhalé.

—La manera en la que se movía a tu alrededor, como te miraba. —

Seguro que me vio el dolor en la cara, porque palideció—. Perdón, eso no
te ayuda —clarificó—. Vale, dime, ¿has acabado el segundo libro? ¿Está
listo?

Lo estaba, en gran parte. Porque Lucas lo había cambiado todo.

—Sí.

—¿Me dejarás leerlo?

—Te lo envío esta noche, cuando llegue a casa.

—Estoy muy orgullosa de ti, Rosie. —Se acercó y me plantó un beso en la mejilla. Cuando volvió a su sitio, me miró con una expresión divertida—. No me creo que corrieras por un aeropuerto como si esto fuera una comedia romántica.

Gruñí, no porque me arrepintiera (volvería a hacerlo), sino porque sabía que Lina nunca me dejaría olvidarlo.

—No fue mi idea más brillante.

Nos sonreímos la una a la otra, pero enseguida se nos borró la sonrisa.

—¿Al menos te dio una buena razón? —Quiso saber mi mejor amiga.

La pregunta empezó a darme vueltas por la cabeza. Por mucho que reflexionara, no encontraba una respuesta. Así que le dije lo mejor que se me ocurrió:

—Antes de esa primera cita, me prometió que no se enamoraría de mí —Me acerqué para apoyarle la cabeza en el hombro—. Así que tal vez… Tal vez no debería haberme olvidado de eso.

Lina no dijo nada, y yo tampoco.

Simplemente nos quedamos tumbadas en la cama, en silencio, hasta que entró mi padre y preguntó:

—¿Tortitas? Olly está poniendo la mesa.

Seguro que me vio el dolor en la cara, porque palideció—. Perdón, eso no te ayuda —clarificó—. Vale, dime, ¿has acabado el segundo libro? ¿Está listo?

Lo estaba, en gran parte. Porque Lucas lo había cambiado todo.

—Sí.

—¿Me dejarás leerlo?

—Te lo envío esta noche, cuando llegue a casa.

—Estoy muy orgullosa de ti, Rosie. —Se acercó y me plantó un beso en la mejilla. Cuando volvió a su sitio, me miró con una expresión divertida—. No me creo que corrieras por un aeropuerto como si esto fuera una comedia romántica.

Gruñí, no porque me arrepintiera (volvería a hacerlo), sino porque sabía que Lina nunca me dejaría olvidarlo.

—No fue mi idea más brillante.

Nos sonreímos la una a la otra, pero enseguida se nos borró la sonrisa.

—¿Al menos te dio una buena razón? —Quiso saber mi mejor amiga.

La pregunta empezó a darme vueltas por la cabeza. Por mucho que reflexionara, no encontraba una respuesta. Así que le dije lo mejor que se me ocurrió:

—Antes de esa primera cita, me prometió que no se enamoraría de mí. —Me acerqué para apoyarle la cabeza en el hombro—. Así que tal vez… Tal vez no debería haberme olvidado de eso.

Lina no dijo nada, y yo tampoco.

Simplemente nos quedamos tumbadas en la cama, en silencio, hasta que entró mi padre y preguntó:

—¿Tortitas? Olly está poniendo la mesa.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 31
Lucas

Me sonó el móvil. La pantalla se iluminó con el nombre de la persona que llevaba tres semanas evitando. Y, como había hecho los últimos veintiún días, no contesté. Me llegó un mensaje.

Lina:

Gallina.

Estuve de acuerdo.

Pero no iba a cogerlo.

Uno, porque mi prima tenía razón: era un cobarde. El rey de los cobardes, como me había escrito ayer. ¿Por qué negarlo?

Y dos, porque no me entusiasmaba discutir cómo Lina me quería cortar los huevos. No quería oír que me iba a matar, que se aseguraría de que sufriera y que se quedaría con Taco. No quería oírla decir que no me merecía a Rosie.

Porque sabía que pensaba todo eso y, además, que estaba en lo cierto.

No me la merecía, y habría ayudado a Lina si hubiera tenido el ánimo para levantar el culo del sofá de la abuela. Aunque, al ritmo que llevaba, la abuela me despacharía un día de estos. Quizá hasta se aliaría con Lina y me daría una colleja.

Como había dicho: «Como un alma en pena, pululando por la vida».

Y no se equivocaba.

Me tiré el pelo hacia atrás con las dos manos y traté de sacarme todo eso de la cabeza. Pero el móvil se iluminó con otra notificación y, como hacía siempre, de inmediato lo levanté de la mesa. Por si acaso era ella.

Llámame, es importante. Ha pasado algo.

Con desesperación, mis dedos volaron por la pantalla y, en menos de dos segundos, estaba haciendo lo que no me había permitido hacer en semanas.

—¿Qué ha pasado? —le ladré al teléfono cuando Lina descolgó—. ¿Es algo malo? ¿Rosie está bien? —Solo hubo silencio—. Lina, no juegues conmigo. —Ni siquiera reconocí mi propia voz—. Dime qué ha pasado.

Escuché una risa al otro lado de la línea.

—Sabía que era la única manera de que contestaras. —Resopló— Debería haberlo hecho antes, pero creo que estaba intentando ser amable.

Gruñí, dándome cuenta de que me había engañado.

Pero todavía tenía el corazón en la garganta y no era capaz de calmarme, de eliminar la idea de que podría haberle pasado algo a Rosie. Tampoco pude ignorar el hecho de que, con un océano de por medio, no hubiera podido hacer nada.

—¿Rosie está bien?

—No voy a responder a eso —resopló.

—Lina, te lo juro… —Detesté mi voz áspera—. ¿Está bien o no?

Exhaló con calma, parecía cargada de piedad, mezclada con enfado.

—Ya… Cálmate, ¿quieres? No ha pasado nada. —Cuando escuché esa confirmación, exhalé un poco más aliviado. Solo un poco—. Aparte de t —añadió después.

Tragué con fuerza, intentando aguantarme las ganas de gritarle algo de lo que no podría retractarme. Era muy consciente de lo mucho que había herido a Rosie. Nada de lo que pudiera decir cambiaría las cosas. Me odie por ello. Nunca olvidaría la expresión que puso en el aeropuerto ni me perdonaría a mí mismo por ponerla en esa situación. Por cada segundo de dolor que le había infligido.

Taco, que percibió mi altibajo emocional, me puso la cabeza sobre la rodilla. Lo acaricié detrás de las orejas y me recompensó con un ladrido rápido, en señal de agradecimiento.

—¿Es Taco? —preguntó Lina con un tono más animoso—. ¿Puedes darle un beso de parte de…?

—No.

—¡Ah! No me caes bien ahora mismo, Lucas.

Compartía el sentimiento.

—¿Qué quieres, Lina? Aparte de provocarme un infarto y decirme algo que ya sabía.

—Bueno, al menos reconoces que das asco. Por algo se empieza. Pensaba que estarías en estado de negación, pero no parece ser el caso. Vale, porque…

—Lina —gruñí—, no tengo energía para esto, sea lo que sea. Por eso no te he devuelto las llamadas.

Soltó otro largo suspiro.

—Estaba esperando que no lo estuvieras, pero suenas tan deprimido como ella. Incluso más.

Se me revolvió algo por dentro. No tenía derecho a preguntar, pero se me escaparon las palabras antes de que pudiera retenerlas.

—Ella está… —casi ni podía acabar la frase— ¿deprimida?

—Bueno… —La voz de Lina se fue apagando, y me hizo revolver en la silla—. Es una pregunta inquisitiva, primo. ¿Cómo estás tú?

Decir que estaba deprimido era quedarse corto. Las dos cosas que me habían mantenido a flote eran Taco, que apenas se despegaba de mí, y la abuela, cuya paciencia, por supuesto, estaba a punto de acabarse.

—Estoy bien.

—Ah, ¿sí? ¿Estás bien? —Mi prima bajó la voz como yo—. Bien. Rosie también está bien. Y, por cierto, no me ha contado nada de lo que sea que pasase entre vosotros. Así es ella, mi mejor amiga, leal hasta la muerte.

El recuerdo de su cara, mirándome con esperanza mientras me pedía que me quedara con ella, que estuviera con ella, se proyectó ante mis ojos. Y… Dios, quise romper algo. Luché por respirar. No me merecía su lealtad.

Taco me hociqueó la pierna para pedir atención, así que volví a rascarle el pelaje.

—Lo sé, chico —murmuré. Luego me dirigí a Lina—: Vale, si eso es

todo, entonces…

—¡Guau! —soltó Lina—. Eres más idiota de lo que pensaba.

—No tengo tiempo para est…

—No —me cortó. Y el cambio en su tono de voz fue claro como el agua. Iba a escuchar lo que llevaba tiempo queriendo decirme. Y, si colgaba, encontraría otra manera de decírmelo—. Sabes que te mereces que te diga que te comportas como un idiota. Por eso no has tenido los huevos de atenderme o devolverme las llamadas. Porque no quieres oír la verdad. Porque no quieres abrir los ojos y ver las cosas de otra manera. —Apreté la mandíbula. Ella, implacable, continuó—: Te lo dije, Lucas. Te lo advertí. Te dije: «Si le haces daño, te voy a matar». Rosie es mi mejor amiga. Mi familia en Nueva York. Era lo único que tenía antes de Aaron —Hizo una pausa, y me di cuenta de que estaba tratando de controlarse— Y no lo decía en broma. Debería querer matarte. Pero dije todo eso porque daba por sentado que solo estabais follando. Que lo vuestro solo era diversión.

—No fue así —gruñí—. Nunca lo fue.

—Lo sé —admitió—. Ahora lo sé. Es la única razón por la que no te he asesinado. Porque sé toda la historia.

Casi sentí terror al preguntarle:

—¿Toda la historia?

—Sí, Lucas. El experimento que estabais haciendo —aclaró, y cambió el tono, como si no pudiera esconder más sus emociones—. Rosie me lo contó. Todo lo que hiciste por ella. Todas las citas. La tienda de discos, la pizzería, la azotea.

Cerré los ojos ante los recuerdos.

—No… no quería que pasara esto, Lina. Nunca quise hacerle daño. Nunca he… —Se me rompió la voz—. Ella es… mucho más que… Ella es Rosie. —Me costaba respirar, y las lágrimas, que tanto había luchado por contener, empezaron a brotar; por eso, lo mejor que pude hacer fue repetir mis palabras—: No quería que pasara esto.

Mi prima se quedó en silencio. Tanto rato que pensé que ya estaba, que eso era todo, que me había dado su opinión y me dejaba en paz.

Pero entonces, suspiró, y el sonido fue tan triste que estuve a punto de colgar.

—Lucas… —bajó la voz y casi pude verla negar con la cabeza—, ¿no lpensaste que después de todo lo que hiciste ella podría enamorarse iperdidamente de ti?

s Mi mundo dejó de girar.

s Igual que cuando la había divisado en el aeropuerto mientras corría ahacia mí. O cuando la había besado, sin sentir la lluvia (que me había dado -igual). O cuando me había dicho que me echaba de menos y yo corrí a su ocasa a la una de la noche.

r Solo que esta vez era diferente, porque la gravedad, el significado de lo .que estaba oyendo era… demasiado fuerte.

. ¿Ella se podría enamorar perdidamente de ti?

e Se me entumeció el cuerpo.

a Sentía una gran opresión en el pecho.

Ya no estaba seguro de si estaba sentado, de pie o tirado en el suelo No podía decir si seguía teniendo el móvil en lo mano o se me había caído ehasta que la voz de Lina, de algún modo, me llegó a través de la nebulosa:

—¿Me estás diciendo que la llevaste a Zarato, que, de alguna manera convenciste al dueño para que te dejara usar su invernadero, donde colgaste luces e instalaste un proyector, solo para recrear la noche en la óque a ella le hubiese gustado conocerte, y no llegaste a pensar que podría oenamorarse de ti? —Mi cabeza no registraba las palabras de Lina, solo aentraban y salían, y mi mente seguía atascada procesando lo que había dicho antes—. ¿Me estás diciendo que conseguiste hacerle mi pastel de bodas (y, sí, Aaron me ha contado que te ayudó, y créeme, ha pagado muy .caro el haberme ocultado este pequeño secreto), que pudiste bailar con ella sy besarla bajo la maldita lluvia como un Darcy moderno, y aun así rpensabas que nada de eso conseguiría que se enamorara de ti? —Lina me rdio pie a decir algo, pero no fui lo bastante rápido—. ¿Me estás diciendo que te persiguió por un aeropuerto…?

e —Lina… —por fin logré hablar. Suplicar. Ella solo esperó a que respondiera. Con dificultad, recobré el ritmo de la respiración antes de

edecir algo, y, quizá por eso, las palabras me salieron a borbotones—. ¿Ella me quiere? ¿Eso ha dicho? ¿Rosie ha dicho que está enamorada de mí?

o Los segundos se extendieron a una eternidad.

e —Lucas, ¿estás de coña?

—Respóndeme.

—Por Dios —murmuró—. Sí, Lucas. Por supuesto, Rosie te quiere aEstá enamorada de ti. ¿Por qué te perseguiría por el maldito aeropuerto y ose ofrecería a seguirte a donde quiera que fueras? Ese fue su gran gesto ısimbólico, y créeme, aunque escriba novelas románticas, nunca lo había hecho. Por nadie. En la vida. Rosie siempre le da demasiadas vueltas a otodo; hace planes. Y rompió sus propias reglas por ti.

Y yo no había dicho ni una palabra. Solo le había roto el corazón.

—No puedo darle nada, Lina. Nada de nada.

Porque la vida no era tan fácil como decir que sí y estar con ella. La vida no era tan simple como seguir lo que dictaba tu corazón y esperar lo .mejor.

, ¿Qué clase de hombre tendría al lado? Uno que no podía darle nada Un hombre sin planes ni futuro.

, —Ella no quiere nada de ti. Solo te quiere a ti. Quererte. ¿No lo eentiendes? —refutó Lina un segundo después.

a Sí y no. Es que para mí no era suficiente. Quizá sí lo era en ese amomento, pero no a la larga.

o —Para mí no es suficiente.

a —Ay, Lucas. —Lina suspiró—. De verdad no te das cuenta, ¿eh? —eNo tenía una respuesta para eso porque Lina aún no conocía toda la yhistoria. A no ser que Rosie se la hubiera contado, cosa que dudaba aNunca haría eso, confiaba en ella—. Rosie… —Su voz se fue apagando ícomo si dudara si debía decirlo o no—. Me matará si se entera de que te lo ehe contado, pero… te ha escrito un puto libro.

o El suelo me tembló debajo de los pies.

—¿Que ella qué?

e —Su libro. He leído el primero, por supuesto. Y era bueno. Es…

e —Lo sé —dije con voz áspera. También lo había leído. Me lo sabía de

amemoria.

—¿Pero este libro, esta historia que, en cierto modo, has inspirado con tu pequeño experimento? —Hizo una pausa, y sentí el bombeo de mi corazón en las sienes, retumbándome en los oídos—. Dios mío, me ha dejado sin aliento. No recuerdo haber reído tanto, llorado tan desconsoladamente o angustiarme de esta forma con un libro. Y…

Lina se fue apagando, dejando la frase inconclusa.

—¿Y qué? —Exhalé.

—Te veía en esas páginas, Lucas. Eras tú. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho, cómo ha transformado algo grandioso en algo que conmueve por su belleza, pero lo ha hecho. Y es una jodida carta de amor. Para ti.

memoria.

—¿Pero este libro, esta historia que, en cierto modo, has inspirado con tu pequeño experimento? —Hizo una pausa, y sentí el bombeo de mi corazón en las sienes, retumbándome en los oídos—. Dios mío, me ha dejado sin aliento. No recuerdo haber reído tanto, llorado tan desconsoladamente o angustiarme de esta forma con un libro. Y…

Lina se fue apagando, dejando la frase inconclusa.

—¿Y qué? —Exhalé.

—Te veía en esas páginas, Lucas. Eras tú. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho, cómo ha transformado algo grandioso en algo que conmueve por su belleza, pero lo ha hecho. Y es una jodida carta de amor. Para ti.


I ♥ NY
NYC

Capítulo 32
Rosie

La Navidad solía encantarme.

De niña, me pasaba todo el año esperándola. No tenía nada que ver cor los regalos ni la interminable provisión de dulces. Siempre se había tratadc de la magia. Del amor.

Estaba en el aire, como el polvo de hadas, flotando sobre todo e mundo, y haciéndolo brillar.

En algún punto de mi vida, pensé que se me pasaría, seguramente en e instituto. Era tan natural dejar de emocionarse por cosas como decorar e árbol o ponerte un pijama navideño. Pensaba que me aburriría el colo blanquecino de la ciudad o la tediosa búsqueda de regalos para todo e mundo. Pero, en realidad, eso no pasó.

Mi amor por la Navidad nunca se desvaneció.

Hasta este año.

Por primera vez en la vida, la temporada navideña había llamado a la puerta y no podría haberme importado menos.

No decoré el árbol. Dejé el pijama rojo y verde en el cajón. Por fin v la nieve como era: una masa gris y fangosa. Y no había comprado regalos para nadie.

Incluso me había sentido tentada a hacer la maleta e irme lejos, muy lejos. A algún lugar donde no celebraran la Navidad.

Sí. Contra todo pronóstico, me había convertido en el Grinch. M corazón, que alguna vez había albergado sentimientos difusos, había pasado a ser un gran agujero. ¿Y lo peor? Ni siquiera sentía rencor Tampoco furia o frustración; era desesperanza. Me parecía una broma de mal gusto, porque no podía convertirme en el gruñón del Grinch. En vez de eso, tenía que conformarme con ser una versión desanimada y triste de personaje.

Eso lo había descubierto el día que me presenté en casa de mi padre

después del aeropuerto, después de que me rompieran el corazón por primera vez en la vida. Roto de verdad. Y tardé tiempo en aceptarlo, en aprender a vivir con la idea de que me había perdido un futuro que apenas había tenido tiempo de imaginar. Aprender a vivir sin él.

Porque echaba de menos a Lucas.

Además, echaba de menos la idea de estar enamorada.

Porque era la ingeniera convertida en escritora de romántica que apenas había sobrevivido al momento más romántico y mágico del año.

No se podía ignorar esa ironía.

Y, aun así, sin saber cómo, logré sobrevivir a la Navidad sin que me diera un colapso nervioso; solo salí dos veces de mi piso (el Día de Acción de Gracias y Navidad), para demostrarle a todo el mundo que estaba bien que estaba un poco mejor. Y, con el tiempo, mi Grinch interno y yo observamos cómo todo el mundo guardaba los árboles de Navidad y suspiré, aliviada, mientras pensaba: «Por fin se ha acabado todo esto».

Pero, sin saber cómo, calculé mal y me di con todo lo que había intentado evitar con tanto empeño.

La Víspera de Año Nuevo.

La maldita víspera de Año Nuevo.

Así que, ahí estaba yo, en medio de la fiesta más sofisticada que mi mejor amiga se había encargado de encontrar, ataviada con un vestido de fiesta y un par de tacones altos que Lina había escogido. Copa de *champagne* en mano. Y trataba, sin éxito, de sonreírle a toda esa gente borracha llena de esperanza y nuevos propósitos.

—¿Más *champagne*, Rosie?

—Por supuesto —respondí, distraída, y asentí con la cabeza—. Ojalá pudiera ahogarme en él.

—¿Ahogarte en qué? —respondió Lina con una risita.

Rosie triste Grinch.

—Nada. —Me volvió a llenar la copa y me di cuenta de que tenía una botella en la mano—. ¿Dónde has conseguido esa botella?

—Contactos. —Me sonrió y me rellenó la copa hasta llegar al borde— Ahora bebe.

Entrecerré los ojos.

—¿Y tu copa?

—¡Ah! —Hizo un gesto con la mano y vi que tampoco llevaba ningún vaso. ¿Había bebido algo en lo que llevábamos de noche? Diablos, si lo supiera—. Es solo para ti, amiga. Así te relajas un poco. —Entrecerré los ojos hasta casi cerrarlos. Lina puso los suyos en blanco—. No me mires así. No intento emborracharte. —Hizo una pausa y, luego, masculló— Confía en mí.

Antes de que pudiera analizar la última frase, Aaron reapareció. Se repuso detrás de su mujer, como siempre hacía, mientras la rodeaba con el brazo de una manera tan natural y orgánica que habría hecho embelesar a la Rosie de hacía dos meses. La Rosie triste Grinch suspiró y desvió la mirada.

Sin previo aviso, me vino un recuerdo a la mente: Lucas, de pie a mi espalda, justo como estaban Aaron y Lina. Pero no habíamos estado en una fiesta sofisticada, sino en mi cocina, preparando el desayuno, y Lucas se había estado riendo, ese ruido sordo que le salía del pecho y que me hacía reír.

¡Uf!

¿Algún día iba a dejar de echarlo de menos?

¿Qué estaba haciendo yo ahí de todos modos?

Miré la hora en el móvil. Faltaban quince minutos para la medianoche. Me daba dieciséis antes de irme. Celebraría el Año Nuevo y desaparecería. Eso le había prometido a Lina, y a mí misma.

Le eché un vistazo a mi mejor amiga; me miraba con una sonrisa amplia y alarmante.

—Mmm… —murmuré, y pregunté con el ceño fruncido—: ¿Por qué tanta risa?

No me respondió y me acercó la copa a la mano.

Las personas que nos rodeaban empezaron a moverse, buscando a la persona que besarían al final de la cuenta atrás.

Cogí la copa y la vacié de un sorbo.

—Está bien, amiga —ofreció Lina, y me dio una palmadita en la otra

mano—. Pronto se acabará.

Sí, porque me iría a casa a esconderme bajo las mantas.

—Bien.

Por alguna razón, miré a Aaron, que también me estaba sonriendo. Miré dos veces y tardé un momento asimilarlo.

—Vosotros dos… ¿estáis bien?

Las sonrisas gemelas se ensancharon todavía más y me hizo preguntarme si se habrían drogado. Porque Aaron nunca había sonreído así, como un… maníaco, excepto el día de su boda, y porque Lina le decía cosas raras. Ahora me miraba, divertido. Me dio escalofríos.

A menos… A menos que estuvieran drogados con la vida, el amor y lo que representaba esta estúpida noche.

—Estoy feliz, si estás… feliz. —Volví a mirar el móvil. Faltaban diez minutos para irme—. ¿Queda *champagne*?

—Por cierto, ¿cómo está Olly? —Lina me hizo la pregunta con esa sonrisa psicótica mientras me llenaba la copa. Otra vez.

Sabía lo que estaba haciendo (entretenerme, distraerme, porque lo había estado haciendo toda la noche), pero le seguí la corriente. Al menos Olly era un tema que me traía algo de consuelo.

—Está bien. Feliz de estar en casa.

—¿Al final Joe entendió lo que le pasaba?

—Tardó un poco. Pero, sí. Más que nada porque, pasara lo que pasara, nada cambiaba el hecho de que Olly había vuelto a casa.

Lina asintió con la cabeza con una mirada cálida.

—Tu padre es un cacho de pan.

Aaron se rio con disimulo.

—Eso no se traduce literal, nena. Quieres decir que Joe es un osito de peluche.

Mi mejor amiga puso los ojos en blanco.

—De todas formas, Rosie me ha entendido. Sabéis perfectamente qué quiero decir.

Eso me hizo sonreír un poco, porque, contrario a lo que ella creía, no tenía ni idea de lo que había querido decir. Solo que había sido algo bueno

porque Lina adoraba a mi padre.

—Y mírala. —Lina me señaló la cara—. Le he arrancado una pequeñísima sonrisa. ¡La primera en semanas!

Se me borró esa pequeñísima sonrisa de la cara.

—En fin. —Me encogí de hombros—. Le he conseguido a Olly una entrevista con el contratista que me arregló el piso.

Había estado hablando por teléfono con Aiden, después de que el señor Allen me pasase su contacto. Fue cuando me comentó que necesitaba más mano de obra y que estaba buscando gente. Así que le pregunté si estaría dispuesto a contratar a alguien sin experiencia. Me dijo que sí, y, cuando se lo mencioné a Olly, no solo pareció interesado, sino entusiasmado con la idea.

—Eso es genial, Rosie —celebró Lina con un pequeño aplauso—. Esperemos que le vaya bien. Y si necesita algunos consejos, podemos enviar a Aaron para que lo prepare de cara a la entrevista. Si Olly sobrevive, conseguirá el trabajo que quiera. Sabes lo temible que puede ser Aaron y…

—Qué graciosa —la cortó Aaron, y le dio un beso rápido en la sien que dejó a mi mejor amiga un poco deslumbrada. Luego se dirigió a mí—. Pero si crees que le ayudaría, mándame a Olly.

—Gracias, Aaron. —Sabía que tenía mucha experiencia con las entrevistas de trabajo y, aunque InTech y el negocio de Aiden fueran completamente diferentes, cualquier ayuda sería bienvenida—. Me parece muy buena idea, pero dejaré que Olly decida cómo quiere prepararse.

Sin ningún tipo de advertencia, nos quedamos en penumbras y un solo haz de luz iluminó la pantalla que habían instalado en la parte superior de una de las paredes.

Los brindis surgieron a nuestro alrededor. Había llegado el momento que todo el mundo estaban esperando.

Todo el mundo menos yo, por supuesto.

Lina aplaudió, la sonrisa cada vez más radiante, y me contagió. Le dediqué una sonrisa que no estuviera cargada de tristeza. No lo conseguí pero no se desanimó, así que supongo que tampoco había estado tan mal

Después me cogió de la mano y me arrastró lejos de la mesa, hacia la amultitud.

—¿En serio tenemos que hacer esto?

—Sí. —Me dio una palmadita en la mano.

a Dos números dorados se proyectaron e iluminaron la pantalla grande un uno y un cero; y pude sentir el sabor de la expectación de toda la gente rque me rodeaba.

s «Solo unos segundos más y seré libre».

a Mi mejor amiga se colocó entre su marido y yo. La gente se movía y se onos llevaba por delante al pasar, y quizá hasta nos habrían separado, en su afán de acercarse a la pantalla o buscar a sus seres queridos antes de que llegara a cero.

. Lina giró la cabeza y me miró a los ojos. Había algo en su mirada, algo sque no podía descifrar. Me miró como nunca, como si estuviera a punto de ycaminar sobre ascuas por mí. Como si se estuviera conteniendo de eabrazarme. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, un segundo antes del comienzo de la cuenta atrás y el caos, me dijo:

n —Pide un deseo, Rosie. Podría hacerse realidad.

: Un poco sorprendida por sus palabras, cerré los ojos y escuché cómo cantaban los números, incapaz de que me afectaran las palabras de Lina.

s ¡Diez!

n «Pide un deseo».

e ¡Nueve!

«Podría hacerse realidad».

o ¡Ocho!

e No quería nada. Nada… Excepto una cosa.

¡Siete!

o Una persona.

¡Seis!

La única persona en todo el mundo que deseaba que estuviera a mi elado.

, ¡Cinco!

. El hombre de quien estaba enamorada.

¡Cuatro!

El hombre al que me gustaría besar esta noche.

¡Tres!

Y, con los ojos todavía cerrados, sentí que alguien me cogía de la mano. El contacto era cálido, fuerte, familiar.

¡Dos!

El corazón me dio un vuelco y cobró vida después de semanas dormido.

Tiró con suavidad hacia delante y me apretó contra su pecho.

El aroma a jabón fresco y sal marina me golpeó e hizo que me tensara y vibrara ante la posibilidad.

¡Uno!

Me quedé sin aire cuando sentí una brisa en los labios.

Un beso me rozó la barbilla.

Y luego, cuando pensé que era imposible, que mi mente me estaba jugando una mala pasada, me susurraron cuatro palabras al oído:

—Abre los ojos, *preciosa*.

¡Feliz Año Nuevo!

Parpadeé y… Dios.

Un gemido me subió por la garganta. No sé por qué ni cómo, porque pensaba que me había quedado sin lágrimas, pero lloré. Porque tenía a mi deseo delante. Mi único deseo.

Lucas.

Había tantas cosas que no entendía, tantas cosas por saber, pero estaba enamorada y lo había echado de menos con todo mi ser; así que no pude hacer nada, excepto tropezarme con él. Mientras se me escapaban las lágrimas, puse en duda mi vista, mi salud mental y el bombeo de mi corazón. Lágrimas de felicidad, lágrimas de tristeza y toda clase de lágrimas. Porque él estaba ahí. Lo tenía delante, con un traje oscuro, el pelo despeinado y los ojos más cálidos del mundo.

¿Había vuelto? ¿Cómo? ¿Por qué?

Lucas me sujetó la cara con las manos mientras dibujaba una sonrisa.

—No llores, Rosie. —Apoyó su frente en la mía, me sostenía la cara

con creciente desesperación, suplicante—. Basta de lágrimas. —Consciente solo de su presencia, no sabía de dónde venían las pequeñas chispas de color que estallaban a nuestro alrededor; solo sabía que Lucas estaba aquí, conmigo. Y se aferraba a mí como había deseado ese día en el aeropuerto. Sobre la sien oí—: Feliz Año Nuevo, *ángel*. Te he echado mucho de menos.

Entreabrí los labios, lo cogí de las muñecas, lo sujeté con los dedos y sentí sus pulsaciones bajo la piel.

—Lucas —susurré—. Estás aquí. ¿Por qué estás aquí?

Se me acercó y, su cercanía, me produjo un escalofrío.

—Estoy aquí porque te quiero. Porque pensé que tenía que irme, Rosie. Porque no te valoré. No valoré lo nuestro. Y porque estoy listo para humillarme todo lo que sea necesario para que vuelvas conmigo. —Un sonido extraño me salió de la garganta. Me agarró con más fuerza—. Dejarte fue la cosa más dura que he hecho. Pero ahora lo entiendo. Ahora sé que no podía estar contigo hasta querer ser un hombre mejor. Hasta querer avanzar por voluntad propia. —Me recorrió la nariz con la suya acercando los labios, con la promesa de un beso que necesitaba con desesperación—. Pero ya no me voy a ir. Si me quieres. Si me eliges. —Me acarició con las yemas de los dedos mientras me levantaba la cara para poderme mirarme—. ¿Lo harás? ¿Todavía me quieres? —La pregunta me dejó sin aire, no pude articular ni una palabra—. Tengo que decirte tantas cosas, Rosie. Tantas cosas que explicarte, pero… —Se detuvo, se acercó aún más, me apretó con más urgencia, bajando la voz—. Te necesito. Si me vuelves a aceptar, te lo demostraré.

—Lucas —dije por fin—, ¿podrías… dejar de hablar y darme un beso? Por favor.

No tuve que mirarlo para saber que estaba sonriendo cuando me besó. Porque, cuando sus labios por fin se encontraron con los míos, lo sentí en los huesos. Sentí su sonrisa, su amabilidad, su generosidad, su sinceridad, su amor. Sentí todas esas cosas propias de él y que yo tanto adoraba. Todo lo que me había llevado a enamorarme de él con desesperación.

Profundizó el beso, y con eso me decía lo mucho que me había echado

-de menos, cuánto lo sentía y todo lo que me necesitaba y quería. Lo recog
stodo y lo guardé en un lugar seguro, donde había almacenado todo lo que
sme había dado, y que pensaba que había perdido. Pero ahora ya no dolía
lAhora me llenaba de felicidad. Me hacía flotar.

ɔ Cuando nos separamos, nuestros ojos se encontraron. Los suyos brillaban como si tuviera algo precioso delante. Algo de un valor ɀincalculable. Algo que no pensaba dejar escapar.

—Has matado a la Rosie triste Grinch —carraspeé.

Lucas rio.

—Te he echado tanto de menos. —Se le agitó la garganta—. Tu boca .—Con la yema del pulgar me rozó el labio—. Tus ojos. —Lo movió a m ɑceja—. Esta cara preciosa. —Bajó la cabeza y me rozó las mejillas con los ılabios—. Pero, sobre todo, he echado de menos esto. —Me llevó una .mano al pecho, justo encima del corazón, que latía, desvocado, queriendo ɑsaltar de mi pecho e irse con él—. Y sé que ya no tengo derecho sobre él ɑpero, Dios mío, lo quiero para mí. Ni te imaginas cuánto. —Hizo una ,pausa, como si le fuera imposible continuar—. Espero poder tenerlo.

ı Mis manos subieron por sus brazos y llegaron a su cara. Le acaricié el -pelo y tiré suavemente hacia atrás.

ɑ —Lo tienes —le aseguré, mirándolo para que viera hasta qué punto— ɐSiempre lo has tenido y lo tendrás.

s No supe que había estado conteniendo la respiración hasta que soltó ǒtodo el aire por la nariz con un estremecimiento.

i —Vale —aceptó e inclinó el rostro ante mi caricia—. Me alegro. De lo contrario, lo que viene ahora habría sido un poco difícil.

ʔ Iba a responder algo, pero, antes de que pudiera articular palabra empezó a sonar una canción por el altavoz.

. Despacio, volví a ser consciente de lo que me rodeaba. La Víspera de ıAño Nuevo. La fiesta. Lina y Aaron. Confeti por todos lados. El inicio de ,la canción que había marcado el inicio de algo que no sabía a dónde me ɔllevaría.

Levanté la vista hacia Lucas y me encontré con ese par de ojos ɔmarrones llenos de la misma emoción que me inundaba el pecho.

—Nuestra canción. —Solo pude comentar. Algo me oprimía la garganta—. La banda sonora de Rosie y Lucas.

Lucas se encogió de hombros, curvó los labios en una sonrisa y, luego bajó la cabeza y me mordisqueó la oreja.

—Te dije que la escogieras a conciencia. —Un escalofrío me recorrió los brazos. Todo mi cuerpo cobró vida ante ese simple contacto— ¿Bailarías conmigo, Rosalyn Graham?

—Sí —respondí, y lo repetí por si las dudas—: Sí. ¡Sí!

Me volvió a abrazar, me recorrió toda la espalda con una mano hasta llegar a mi nuca y la enterró entre mi pelo.

—Sé que no es una canción lenta, pero no soy capaz de estar lejos de ti ni un segundo más. —Me levantó la cabeza y me volvió a besar. Me besó con esmero. Con sinceridad. Sin palabras de por medio. Me concedía un pedacito de sí mismo al que no había tenido acceso antes. Le rodeé el cuello con los brazos. Solo podía atraerlo hacia mí y darle acceso a lo que fuera que quisiera. Se separó y me besó con suavidad todo el mentón— Desearía que no estuviéramos en medio de una fiesta —admitió en voz baja y solo para mí—. Quiero tenerte solo para mí, pero, de todas formas eso va a tener que esperar. Antes tengo que contarte muchas cosas.

Recobré la compostura, asentí con la cabeza y lo dejé hacer mientras nos balanceamos con suavidad.

—Entonces, dímelo. Dímelo todo, Lucas.

—Te abandoné sin explicación —reconoció y tragó con dificultad— Y lo siento. Perdón por hacerte daño y dejar que creyeras que lo que sentía por ti no era tan fuerte y poderoso como para estar contigo. Te hice creer que no eras suficiente para mí y nunca me lo voy a perdonar.

Le acaricié la nuca y deslicé los dedos entre el pelo.

—Lucas, no tienes que pedirme perdón. —Y no debería. De verdad que no tenía hacerlo—. Te asalté por sorpresa en un intento de hacerte entender lo que sentía por ti. Fue mucho y muy rápido.

—No lo fue. Por eso necesito que me escuches, Rosie. Porque tú… Porque lo eres todo. Te lo juro. ¿No te das cuenta?

—Entonces… —Se me fue la voz ante el miedo de preguntar. Porque

ahabía jugado tanto con esa pregunta que no sabía qué esperar—. ¿Por que te fuiste así?

—Estaba convencido de que estaba haciendo lo correcto. —Apretó la mandíbula—. Nunca dudé de que me querías, pero pensé que se te pasaría ÓCreí que te estabas conformando conmigo. Y, si yo no creía que era e.hombre ideal para ti, ¿por qué tú sí?

Sus palabras me volvieron a romper el corazón, porque ¿cómo podría pensar eso de sí mismo este hombre desinteresado, considerado y amable?

—Cuando salí de España era una cáscara vacía. Llevaba mucho tiempo así. Me habían arrancado el cable que me sujetaba a la Tierra, Rosie, y me idejaron sin saber qué hacer, sin ser quien sabía ser. No podía ofrecerte ónada. —Negó con la cabeza—. Te mereces a alguien que te desafíe, que te nayude a llevar el peso que llevas sobre los hombros, alguien que ponga el lmundo a tus pies. Y yo… apenas podía caminar sin caerme bajo mi propio epeso. Así que, ¿cómo iba a hacer todo eso por ti?

Me puse de puntillas y le besé la comisura de los labios para decirle zque le estaba escuchando, que lo entendía.

—Pero luego —continuó Lucas, la voz temblorosa por la emoción— leí tu libro. El que escribiste mientas vivimos juntos, mientras estuvimos sjuntos. El que nació de nuestras citas —dijo. Entreabrí los labios, el corazón se me había acelerado—. Lina me lo envió, me dijo que lo leyera Y yo… Dios. Todo lo que no pensaba que era, todo lo que no podía creer.que vieras en mí, estaba ahí. Me vi a mí mismo a través de tus ojos. Me aquerías. Y sabía que, si alguien como tú podía quererme estando rincompleto, yo iba a hacer más. Ser más. Me hizo desear convertirme en un hombre mejor. Uno que valiera la pena, para mí y para ti. Para demostrarte que tienes razón. Me hizo querer ganarme ese amor que lestabas dispuesta a darme. Y eso es lo que estoy haciendo, o intentando ehacer. —Había algo más en su mirada, algo feroz y apasionado, algo que solo había captado de vez en cuando durante el tiempo que lo habíamos .compartido—. Desperdicié mucho tiempo lamentándome, pensando en lo que había perdido, y no vi lo que todavía tenía. Lo que podía tener. —eMovió la mano para acunarme la cara—. He vuelto a hacer terapia

éaunque solo llevo un par de sesiones, estoy comprometido por completo También he buscado ayuda para aprender a controlar mis ataques de ıpánico y procesar lo que me pasó. Por fin he contado lo del accidente y .pedido disculpas por ser un idiota, y… pensé en ti, Rosie. Cada día, cada lnoche. Hasta recordé lo que me dijiste esa noche con Alexia y Adele, en e piso de Lina. Fue un anhelo, un ruido sordo en mi cabeza. Y… de repente ıtodo tuvo sentido. Creo que siempre lo tuvo.

—¿El qué?

ɔ —La escuela de cocina. Pero estaba demasiado ciego para verlo. Soy ɐdemasiado terco y no tenía esperanzas en la vida. Sigo pensando que soy ɐdemasiado mayor para eso, y sé que podría fracasar, pero estoy decidido a ɐintentarlo. Porque es lo que quiero, lo que, junto a ti, me hace soñar de lnuevo con el futuro. —Me rodaron lágrimas por las mejillas, el pecho ɔlleno de felicidad—. Me puse en contacto con Alexia y me ayudará con todo. Voy a empezar en la escuela de cocina, Rosie. Aquí, en Nueva York ɐ—Salté a sus brazos, hundiendo la cara en su cuello. Se rio. Dejó salir una carcajada espontánea—. Tardaré un tiempo en tenerlo todo listo: el ,papeleo para la visa, la solicitud de ingreso, todo —me susurró al oído— sAsí que espero que estés dispuesta a tener una relación a distancia lconmigo, *ángel*. Rezo porque lo estés porque…

. —Sí, Lucas. Sí. —Le planté un beso en los labios—. Iré a visitarte a rEspaña siempre que pueda, escribiré desde ahí. Y el resto del tiempo ɐcontinuaremos a distancia. Aunque te echaré de menos cada día mientras ɔque tengamos que estar separados.

ı Se volvió a reír y fue un sonido glorioso.

ɐ —Estamos hablando de largos meses de sexo telefónico, *ángel*.

ɐ Sonreí.

ɔ —No se me ocurre mejor uso para el móvil.

ɐ Se le llenaron los ojos de una esperanza que me dejó sin aliento, de la sclase que tenía el poder de cambiar toda una vida. Me puso las manos en ɔlos hombros y me dio la vuelta. Se agachó y me dijo:

- —Vale, porque ¿te acuerdas que te he dicho que sería muy difícil si me ;decías que no me querías?

Me señaló la pantalla donde habían puesto la cuenta atrás.

Un nuevo raudal de lágrimas me dificultó la lectura:

Rosalyn Graham:

¿quieres ser mi mejor amiga, mi compañera de piso, mi reina del baile, mi compañera del experimento de la vida y mi corazón?

¿Serás mía, del mismo modo yo soy completa y absolutamente tuyo?

Entonces, los labios del hombre que quería me susurraron al oído:

—Te quiero, Rosie. Te quiero como nunca he querido a nadie. Y, si me lo permites, te querré toda la vida.

Y, antes de que pudiera procesar lo que estaba haciendo, me giré y lo miré a los ojos para darle el sí más fácil que había dado en la vida.

Me señaló la pantalla donde habían puesto la cuenta atrás.

Un nuevo raudal de lágrimas me dificultó la lectura:

Rosalyn Graham:

¿quieres ser mi mejor amiga, mi compañera de piso, mi reina del baile, mi compañera del experimento de la vida y mi corazón?

¿Serás mía, del mismo modo yo soy completa

y absolutamente tuyo?

Entonces, los labios del hombre que quería me susurraron al oído:

—Te quiero, Rosie. Te quiero como nunca he querido a nadie. Y, si me lo permites, te querré toda la vida.

Y, antes de que pudiera procesar lo que estaba haciendo, me giré y lo miré a los ojos para darle el sí más fácil que había dado en la vida.


I ♥ NY
NYC

Epílogo
Lucas

Un poco más de un año más tarde…

¿ESTÁS SEGURO DE QUE LO TIENES TODO? —ME PREGUNTÓ OTRA VEZ—. ¿HAS metido en cajas todas las cosas que Charo te enviará y lo imprescindible en la mochila?

—Preciosa —le respondí con una sonrisa imposible de lo grande que era—, solo te necesito a ti.

—¿No te importaría olvidarte los calcetines? —Su voz era dulce como las fresas—. ¿O la ropa interior? Es muy engorrosa de reemplazar.

—No podría importarme menos. —Y no mentía—. Menos ropa que tendrás que quitar.

Dejó escapar un suspiro sutil. Conocía ese sonido a la perfección. Se había vuelto muy familiar, y también lo que indicaba. Lo había aprendido en las numerosas ocasiones en que habíamos recurrido a los móviles el tiempo que habíamos pasado separados.

Nos veíamos siempre que podíamos, pero nunca era suficiente. Nunca lo sería. Todavía llevaba la cuenta de todo el tiempo que no la había tenido a mi lado.

Habían pasado diez semanas, cinco días y catorce horas desde su última visita.

Y desde entonces, no solo había estado sin ella, sino también sin Taco ya que Rosie se lo había llevado al volver a Nueva York.

—Lo sé, ángel —y bajé la voz para que el taxista no escuchara mis siguientes palabras. No porque me importara que lo hiciera, sino porque eran solo para ella—: Me muero por tocarte. Por acariciarte. Por sentirte bajo mi cuerpo.

Otro suspiro, pero este fue distinto. Este indicaba que no solo echaba de menos mi contacto. La entendía demasiado bien. La echaba de menos a

toda ella.

—Ah, vale —asintió Rosie—. Espero que no te olvides el cepillo de dientes, porque compartir el mío sería dar un paso enorme.

Chasqueó la lengua, y su provocación, en vez de decir lo que ambos estábamos pensando (lo dura que había sido la distancia y cuánto la habíamos odiado), me hizo querer saltar del taxi y correr hacia ella.

Algo que, después de ir al fisioterapeuta, era capaz de hacer sin cojear o sin que tuviera consecuencias.

—Preciosa, no hay paso para el que no estemos listos.

Y no lo había. Ya me habría casado con ella si hubiéramos estado viviendo en la misma franja horaria. Aún me costaba olvidar y aceptar que la había abandonado un año atrás. Casi había perdido a Rosie, el amor de mi puta vida, en mi intento por protegerla, a mí mismo, como había sido capaz de entender después de las debidas sesiones con un psicólogo. Pero como había dicho el doctor Vera, no se trata de olvidar, sino de perdonarse a uno mismo y trabajar para ser mejor. Y lo intentaba cada día. Además había aprendido a vivir con quien era en ese momento, sin resentirme por lo que había perdido. Y estaba muy seguro de lo que quería en el futuro.

Siempre había querido a Rosie. Y ahora estaba listo para aceptar todo lo que me pudiera dar. Contaba los segundos para empezar una vida con ella en Nueva York, donde asistiría a una escuela de cocina y labraría un futuro mientras ella avanzaba en su carrera como escritora de romántica. Mientras construíamos un mañana juntos.

—¿Estás en el taxi? —preguntó Rosie, y me trajo de vuelta a la conversación—. ¿De camino al aeropuerto?

—Sí, estoy en el taxi. —Solo que no estaba de camino al aeropuerto, estaba de camino hacia ella. Hacía una hora que había aterrizado en Nueva York, aunque Rosie pensaba que todavía no había embarcado.

—Uf, siento que las últimas diez semanas han sido las más largas de mi vida. Y encima debo esperar otra noche más. No es justo.

Vi el edificio de Rosie.

—Ya casi estoy.

—Lo sé. —Suspiró—. Pero quiero que estés aquí ahora.

El taxi aparcó.

—¿Qué harás cuando me veas, ángel?

Se oyó una risa sensual y profunda.

—Qué no te haré…

Busqué dinero y pagué al conductor.

—Cuéntame.

—Voy a saltarte encima —contestó sin titubeos. Me colgué al hombro mi gastada mochila de confianza y me dispuse a caminar hasta su edificio. Empujé la puerta de entrada, que ni siquiera estaba cerrada. Me apunté mentalmente que debía decirle a alguien que la arreglara y entré. Ella siguió—: Te voy a besar por todos lados. En la boca, en el cuello. En los párpados, en las orejas, en todos los sitios que pueda.

—¿Todos? —pregunté mientras subía la escalera.

—Cada rincón al que pueda llegar con los labios —confirmó, y yo emusité, contento—. Cuando haya acabado y esté satisfecha con mi trabajo, me pondré de pie, tiraré del dobladillo de tu camiseta y te quitaré toda la ropa, así podré empezar a…

Llamé a la puerta.

Oí el ladrido entusiasta de Taco.

Y, por la línea, Rosie respiró sobresaltada.

—¿Empezar a qué? —le pregunté.

—Desnudarte —murmuró. Exhaló, temblorosa. La emoción contuvo su voz cuando dijo—: ¿Lucas?

—¿Rosie?

—Tu vuelo —respondió, y pude escucharlo todo en esas dos palabras; la sorpresa, el alivio, el amor, la alegría—. Me dijiste que era hoy. Que llegarías mañana.

—Ahá —confirmé—. No te mentí. Mi vuelo era mañana. Pero no podía esperar, Rosie. Cogí un billete que salía antes.

—¿En serio?

—Sí, preciosa —asentí y escuché sus suaves pasos. Rápidos. Tan desesperados como yo estaba por ella—. No podía esperar ni un segundo más para verte, Rosie. Para besarte, para despertar cada mañana a tu lado

Para cocinarte y recordarte que debes beber agua cuando estés muy concentrada escribiendo. Para oírte gritar mi nombre. No podía esperar n un segundo más para empezar nuestra nueva vida juntos. Ya he esperado bastante. He esperado toda una vida. Así que, ¿me abres la puerta y me dejas demostrártelo?

Para cocinarte y recordarte que debes beber agua cuando estés muy concentrada escribiendo. Para oírte gritar mi nombre. No podía esperar ni un segundo más para empezar nuestra nueva vida juntos. Ya he esperado bastante. He esperado toda una vida. Así que, ¿me abres la puerta y me dejas demostrártelo?


I ♥ NY
NYC

Agradecimientos

DIOS MÍO. ESTO ES REAL, ¿NO?

Decir que los últimos doce meses han sido una locura sería minimizarlos por completo. Y, creedme, no lo digo a la ligera. Si es tu primera vez aquí y esta es la primera vez que has oído hablar de mí seguro que no tienes ni idea de lo que estoy hablando, pero no pasa nada. Solo quiero darte las GRACIAS por confiar en mí y espero que hayas adorado a Rosie y a Lucas tanto como yo. Pero si sabes a lo que me refiero, eso quiere decir que estabas aquí hace un año. Significa que escogiste mi primera novela, *Farsa de amor a la española*, la leíste y te gustó lo bastante para hablar de ella. Para hacer tu magia. Y sí, seguro has querido gritar al mundo entero (y a mí) lo mucho que adoras a nuestro amante de las barritas de granola caseras: Aaron Blackford. O sea que gracias A TI, a tu cariño y a tu pasión, hoy estoy aquí, escribiendo estos agradecimientos, sentada en mi oficina de escritora a tiempo completo, en vez de estar detrás de un ordenador en una empresa, robando horas a hurtadillas entre un trabajo que no me hacía feliz y una vida a la que le faltaba algo. Esto. Así que, gracias. A todos lo que lo habéis hecho posible, GRACIAS.

Ella, hola. Sé que vas a poner los ojos en blanco, pero tú empezaste esto. Llevas aquí desde aquel horrible primer manuscrito de *Farsa de amor a la española*, e incluso cuando era un desastre (no os lo podéis llegar a imaginar), me animaste a seguir adelante. Porque así eres tú. Y por eso te quiero y valoro tanto tu amistad. Por eso nunca te desharás de mí y por eso estarás atrapada en mis agradecimientos. PARA SIEMPRE.

Jessica, me has dado la mano, me has alentado, guiado en medio de esta locura, me has dicho cuándo relajarme y tomarme un descanso, y me has recordado que debería estar orgullosa de mí. Sinceramente, creo que me estaría meciendo abrazada a las rodillas en algún rincón si no fuera por ti. Gracias. Andrea, Jenn y todo el equipo de Dijkstra, gracias por vuestra paciencia infinita (y perdón por seguir reventándoos la bandeja de

entrada).

Kaitlin, acabo de leer tu nota en las pruebas de imprenta que he recibido por correo, así que estoy un poquito emocionada. No repetiré lo que me has escrito, pero te diré que no te puedo explicar lo mucho que valoro que confíes y deposites toda tu fe en mí. Todavía me cuesta creerlo no te voy a mentir. Megan, Katelyn, Morgan y todo el increíble equipo de Atria, habéis trabajado a contrarreloj y no podría estar más agradecida de teneros a mi lado. Gracias a vosotros he logrado cosas que ni siquiera había soñado.

Molly y el maravilloso equipo de Simon & Schuster UK, gracias por ser tan geniales y el trabajo tan increíble que estáis haciendo. El día que por fin vea mis libros en Waterstones, seguro que me desmayo.

Señor B, una vez, cuando estaba teniendo uno de esos días, me dijiste «No solo tienes suerte. Para que la suerte te encuentre, primero debes trabajar duro y darlo todo», y, por alguna razón, eso fue lo más tranquilizador que me han dicho. Te quiero. A pesar de que no me regalaste flores el día del lanzamiento. Ni un pastel temático. Ni un cachorrito. Sinceramente, no pido tanto.

A ti, que estás leyendo esto, hola de nuevo. Gracias otra vez. La historia de Rosie y Lucas es un poco más emocional y mucho más personal, y, de todo corazón, espero que te haya gustado. Y también espero que, si como Rosie o Lucas, sientes que te has perdido o que te has quedado estancado, nunca, pero jamás, te rindas. Como diría Joey: «No puedes rendirte. ¿Eso es lo que haría un dinosaurio?».

entrada).

Kaitlin, acabo de leer tu nota en las pruebas de imprenta que he recibido por correo, así que estoy un poquito emocionada. No repetiré lo que me has escrito, pero te diré que no te puedo explicar lo mucho que valoro que confíes y deposites toda tu fe en mí. Todavía me cuesta creerlo, no te voy a mentir. Megan, Katelyn, Morgan y todo el increíble equipo de Atria, habéis trabajado a contrarreloj y no podría estar más agradecida de teneros a mi lado. Gracias a vosotros he logrado cosas que ni siquiera había soñado.

Molly y el maravilloso equipo de Simon & Schuster UK, gracias por ser tan geniales y el trabajo tan increíble que estáis haciendo. El día que por fin vea mis libros en Waterstones, seguro que me desmayo.

Señor B, una vez, cuando estaba teniendo uno de esos días, me dijiste: «No solo tienes suerte. Para que la suerte te encuentre, primero debes trabajar duro y darlo todo», y, por alguna razón, eso fue lo más tranquilizador que me han dicho. Te quiero. A pesar de que no me regalaste flores el día del lanzamiento. Ni un pastel temático. Ni un cachorrito. Sinceramente, no pido tanto.

A ti, que estás leyendo esto, hola de nuevo. Gracias otra vez. La historia de Rosie y Lucas es un poco más emocional y mucho más personal, y, de todo corazón, espero que te haya gustado. Y también espero que, si como Rosie o Lucas, sientes que te has perdido o que te has quedado estancado, nunca, pero jamás, te rindas. Como diría Joey: «No puedes rendirte. ¿Eso es lo que haría un dinosaurio?».

Índice

Capítulo 1. Rosie
Capítulo 2. Rosie
Capítulo 3. Rosie
Capítulo 4. Lucas
Capítulo 5. Rosie
Capítulo 6. Lucas
Capítulo 7. Rosie
Capítulo 8. Lucas
Capítulo 9. Rosie
Capítulo 10. Rosie
Capítulo 11. Rosie
Capítulo 12. Lucas
Capítulo 13. Rosie
Capítulo 14. Rosie
Capítulo 15. Lucas
Capítulo 16. Rosie
Capítulo 17. Rosie
Capítulo 18. Lucas
Capítulo 19. Rosie
Capítulo 20. Lucas
Capítulo 21. Rosie
Capítulo 22. Rosie

Capítulo 23. Rosie
Capítulo 24. Rosie
Capítulo 25. Lucas
Capítulo 26. Lucas
Capítulo 27. Rosie
Capítulo 28. Rosie
Capítulo 29. Lucas
Capítulo 30. Rosie
Capítulo 31. Lucas
Capítulo 32. Rosie
Epílogo. Lucas
Agradecimientos

Capítulo 23. Rosie
Capítulo 24. Rosie
Capítulo 25. Lucas
Capítulo 26. Lucas
Capítulo 27. Rosie
Capítulo 28. Rosie
Capítulo 29. Lucas
Capítulo 30. Rosie
Capítulo 31. Lucas
Capítulo 32. Rosie
Epílogo. Lucas
Agradecimientos

ELENA ARMAS

Es española, ingeniera química y una romántica empedernida. Tras años devorando libros con finales felices, ha decidido escribir el suyo. *Farsa de amor a la española* es su primera novela, que empezó autopublicando, y se ha convertido en un éxito internacional y un fenómeno en redes. Además de ser autora *best seller* de *The New York Times*, Elena ha sido la primera española en ganar un premio Goodreads y su novela ha llegado a más de treinta países.

Su segunda obra, *Experimento de amor en Nueva York*, nos cuenta la apasionante historia de Rosie y Lucas.

Visita su página web:

www.authorelenaarmas.com



ELENA ARMAS

Es española, ingeniera química y una romántica empedernida. Tras años devorando libros con finales felices, ha decidido escribir el suyo. *Farsa de amor a la española* es su primera novela, que empezó autopublicando, y se ha convertido en un éxito internacional y un fenómeno en redes. Además de ser autora *best seller* de *The New York Times*, Elena ha sido la primera española en ganar un premio Goodreads y su novela ha llegado a más de treinta países.

Su segunda obra, *Experimento de amor en Nueva York*, nos cuenta la apasionante historia de Rosie y Lucas.

Visita su página web:

www.authorelenaarmas.com



Título original: *The American Roommate Experiment*
Traducción del inglés: Marcela A. Armengol
Edición revisada y adaptada

Primera edición: marzo de 2023

© 2022, Elena Armas
© 2023, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - www.vreuropa.es

Publicado originalmente por Simon&Schuster. Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción parcial o total en cualquier forma.

ISBN: 978-84-19873-31-6
Depósito legal: B. 2.735-2023
Maquetación: Estudio Olifant

Título original: *The American Roommate Experiment*
Traducción del inglés: Marcela A. Armengol
Edición revisada y adaptada

Primera edición: marzo de 2023

© 2022, Elena Armas
© 2023, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - www.vreuropa.es

Publicado originalmente por Simon&Schuster. Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción parcial o total en cualquier forma.

ISBN: 978-84-19873-31-6
Depósito legal: B. 2.735-2023
Maquetación: Estudio Olifant

¡EL ROMANCE MÁS ADICTIVO
ESTÁ EN VERA!



FARSA DE AMOR A LA ESPAÑOLA,
Elena Armas



UNA LUNA SIN MIEL,
Christina Lauren

¡EL ROMANCE MÁS ADICTIVO
ESTÁ EN VERA!



FARSA DE AMOR A LA ESPAÑOLA,
Elena Armas



UNA LUNA SIN MIEL,
Christina Lauren


Wink Poppy Midnight
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

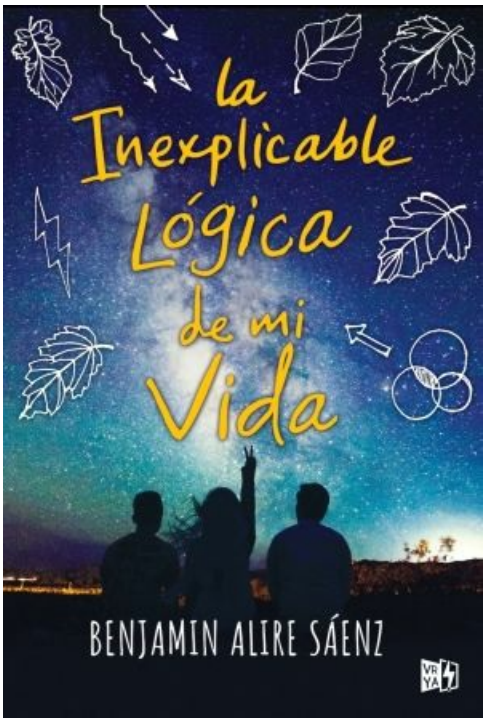
Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus

sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


la
Inexplicable
Lógica
de mi
Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ

La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire

9788412214840

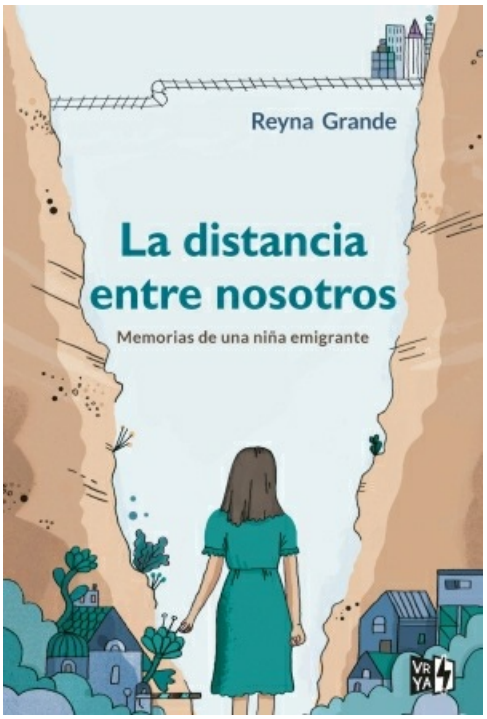
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia

emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

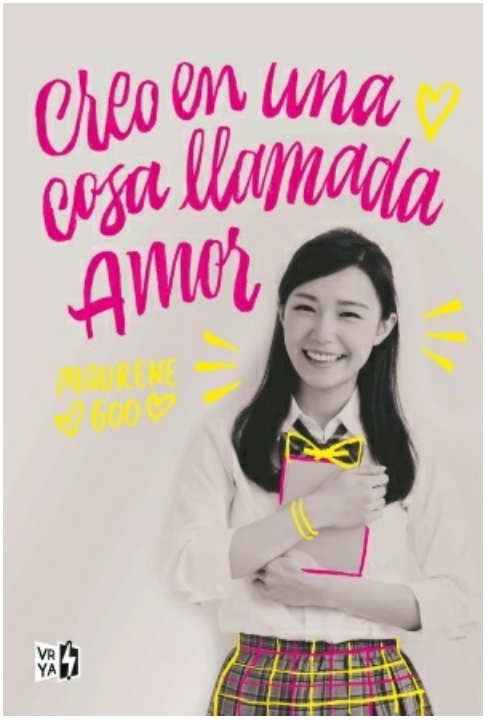
"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

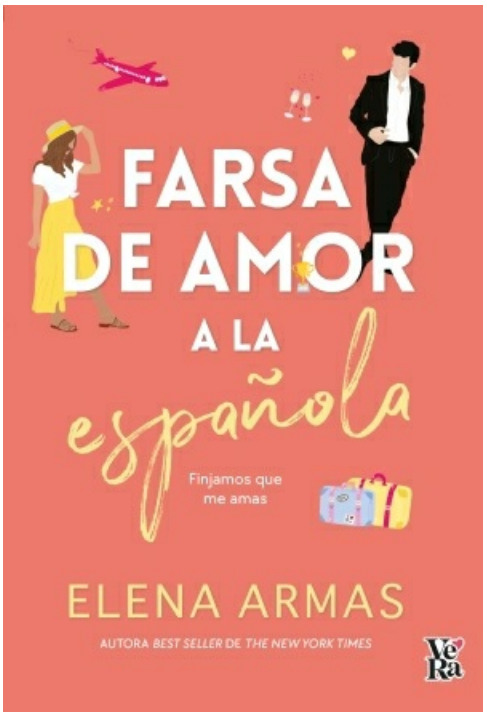
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


FARSA DE AMOR A LA española
Finjamos que me amas
ELENA ARMAS
AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES
Vé Ra

Farsa de amor a la española

Armas, Elena
9788412676501
500 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuatro semanas no son demasiado para encontrar a alguien dispuesto a acompañarte a la boda de tu hermana al otro lado del Atlántico, y menos aún si tiene que fingir que te ama. Suena ridículo, sí, pero lo es aún más que Aaron Blackford, el compañero de trabajo al que Catalina no soporta, se ofrezca a hacerlo. Pero Lina está desesperada, y deberá sopesar qué es peor: aguantar a Aaron, con su aire petulante y sus ojos de hielo, o admitir a su familia que ha mentido y que es todo una farsa. Como diría su abuela: que Dios nos pille confesados.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)